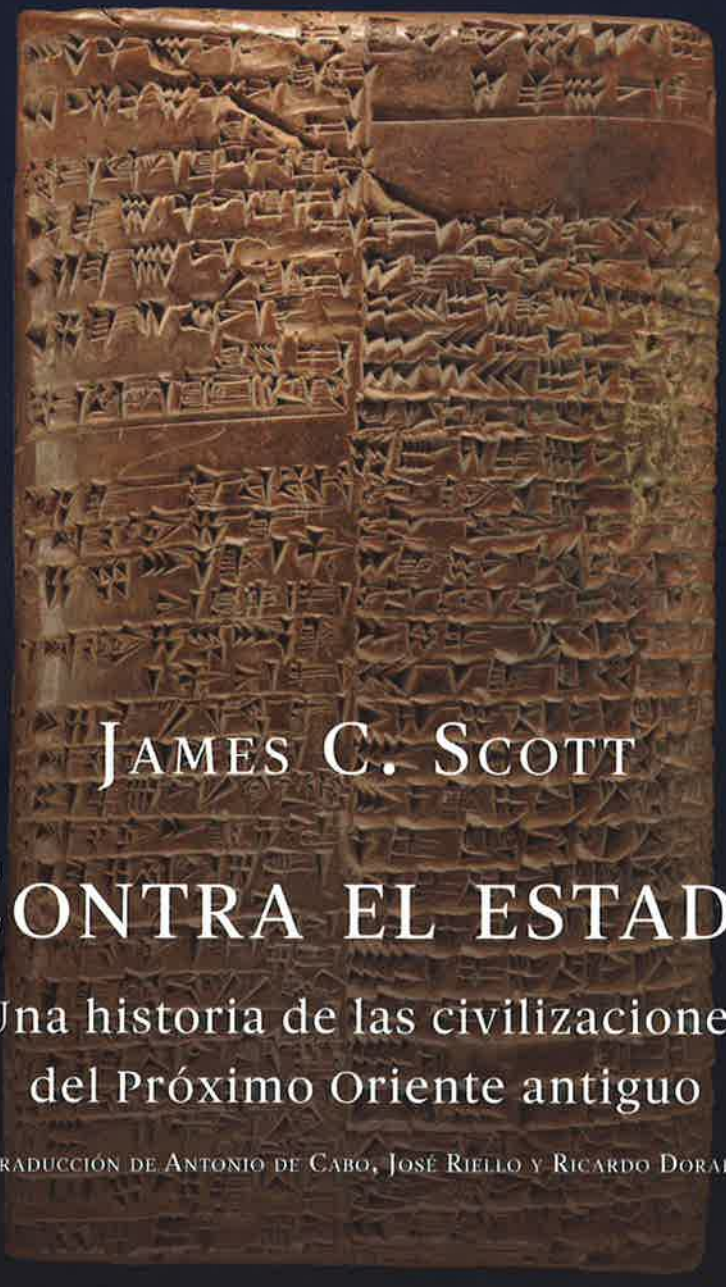

JAMES C. SCOTT

CONTRA EL ESTADO

Una historia de las civilizaciones del Próximo Oriente antiguo

TRADUCCIÓN DE ANTONIO DE CABO, JOSÉ RIELLO Y RICARDO DORADO

EDITORIAL TROTTA

Este libro rompedor revisa, a contracorriente de la opinión establecida, lo que se creía saber de las primeras civilizaciones en la llanura aluvial mesopotámica y en otros lugares. Se creía que la domesticación de plantas y animales condujo al sedentarismo y a la agricultura en campos fijos. Sin embargo, el sedentarismo es muy anterior a cualquier evidencia de domesticación de plantas o animales, y tanto el sedentarismo como la domesticación existieron casi cuatro milenios antes de que surgiera una aldea agrícola. Se creía que el sedentarismo y el surgimiento de ciudades eran el efecto típico de la irrigación y de los estados. Pero resulta que ambos son, por el contrario, resultado de la abundancia de los humedales. Se pensaba que el sedentarismo y la agricultura condujeron a la formación de estados, pero sucede que estos solo aparecen mucho después de la agricultura en campos fijos. Se daba por hecho que la agricultura fue un gran paso adelante para la nutrición, el bienestar y el ocio de las personas; lo contrario parece haber sucedido en las primeras fases.

Las civilizaciones tempranas eran vistas como imanes que atraían a las personas con el lujo, la cultura y las oportunidades que ofrecían. En realidad, los primeros estados se vieron obligados a capturar y retener a gran parte de su población con diferentes formas de servidumbre y estaban transidos por las epidemias del hacinamiento; eran frágiles y propensos al colapso. En cambio, las «edades oscuras» que los sucedieron podrían haber supuesto, con frecuencia, una mejora real en el bienestar humano. Parece razonable sostener que, al menos fuera de las elites, la vida en el exterior de los estados —la vida del «bárbaro»— pudo haber sido más sencilla en términos materiales, y más libre y saludable, que la vida dentro de las civilizaciones.

Ilustración de cubierta: Tablilla de arcilla con escritura sumeria cuneiforme, donde se registra la contabilidad de una gran cantidad de grano y su equivalente en harina, *ca.* 2042 a.e.c.

James C. Scott (1936)

Politólogo y antropólogo estadounidense especializado en política comparada, es Sterling Professor de Ciencia Política en la Universidad de Yale y director en dicha universidad del Programa de Estudios Agrarios. En el campo comparativo ha estudiado las sociedades agrarias y preestatales, una dedicación que ha combinado con su interés por las políticas subalternas y el anarquismo. Su trabajo de campo etnográfico se ha ido depositando sucesivamente en libros como *Weapons of the Weak* (1985), fruto de su estancia en una aldea de Malasia. La indagación sobre los modos de resistencia a la dominación en poblaciones rurales ha tenido continuación en posteriores trabajos como *Seeing Like a State* (1998) y *The Art of Not Being Governed* (2009).

Contra el estado

Contra el estado.
Una historia de las civilizaciones del Próximo Oriente antiguo

James C. Scott

Traducción de Antonio de Cabo de la Vega,
José Riello y Ricardo Dorado Puntch

E D I T O R I A L T R O T T A

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición de la Comunidad de Madrid

BIBLIOTECA DE CIENCIAS BÍBLICAS
Y ORIENTALES

dirigida por Julio Trebolle Barrera

Título original: Against the Grain.
A Deep History of the Earliest States

© Editorial Trotta, S.A., 2022
Ferraz, 55. 28008 Madrid
Teléfono: 91 543 03 61
E-mail: editorial@trotta.es
http://www.trotta.es

© Yale University, 2017
Publicado originalmente por Yale University Press

© Antonio de Cabo de la Vega, José Riello
y Ricardo Dorado Puntch, traducción, 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1364-083-9
Depósito Legal: M-20376-2022

Impresión
Grupo Gráfico Gómez Aparicio

A mis nietos, que se adentran en lo profundo del Antropoceno

Lillian Louise
Graeme Orwell
Anya Juliet
Ezra David
Winfred Daisy

Claude Lévi-Strauss escribió:

> Parece que la escritura resulta necesaria para la reproducción del estado centralizado y estratificado...*. La escritura es una cosa bien extraña [...] El único fenómeno que ella ha acompañado fielmente es la formación de las ciudades y los imperios, es decir, la integración de un número considerable de individuos en un sistema político, y su jerarquización en castas y en clases [...] Parece favorecer la explotación de los hombres antes que su iluminación.

* Las palabras «parece que la escritura resulta necesaria para la reproducción del estado centralizado y estratificado», no figuran en la traducción inglesa ni en el original en francés. Véase C. Lévi-Strauss, *Tristes Trópicos*, trad. de Noelia Bastard, rev. técnica de Eliseo Verón, Paidós, Barcelona, 1988, pp. 323-324. [Las notas con asterisco son de los traductores].

ÍNDICE GENERAL

Prefacio 11

Introducción. Una narración hecha jirones: lo que no sabía 19
Paradojas de las narrativas del estado y de la civilización 21
Poner al estado en su lugar 28
Itinerario en miniatura 32

1. La domesticación del fuego, las plantas, los animales... y nosotros 47
Fuego 47
Concentración y sedentarismo: la tesis de los humedales 52
Humedales y sedentarismo 55
¿Por qué ignorados? 62
Cuidado con la brecha 64
Entonces, ¿por qué plantar? 68

2. La transformación del paisaje mundial: el complejo *domus* 73
De la plantación neolítica al zoológico floral: las consecuencias del cultivo 75
La *domus* como módulo evolutivo 77
De presa del cazador a animal de corral del granjero 79
Especulación sobre paralelismos humanos 85
Nuestra domesticación 88

3. Las zoonosis: una tormenta epidemiológica perfecta 95
El trabajo pesado y su historia 95
El campamento de reasentamiento multiespecífico tardoneolítico: una tormenta epidemiológica perfecta 98
Una nota sobre fertilidad y población 111

4. La agroecología de los primeros estados 115
La geografía rural de la construcción del estado 121
Los cereales crean estados 126
Las murallas crean estados: protección y confinamiento 133
La escritura crea estados: contabilidad y legibilidad 135

5. Control de población: esclavitud y guerra 145
El estado y la esclavitud 149
Esclavitud y servidumbre en Mesopotamia 151
Egipto y China 157
La esclavitud como estrategia de «recursos humanos» 160
Capitalismo de saqueo y construcción del estado 163
La particularidad de la servidumbre y de la esclavitud en Mesopotamia 165
Una especulación sobre la domesticación, el trabajo pesado y la esclavitud 170

6. La fragilidad del estado temprano: la descomposición como colapso 173
La morbilidad en el estado temprano: aguda y crónica 178
La enfermedad: hipersedentarismo, desplazamiento y estado 179
Ecocidio: deforestación y salinización 182
Víctimas de la política: guerras y explotación del núcleo 188
Elogio del colapso 193

7. La edad dorada de los bárbaros 201
Las civilizaciones y su penumbra bárbara 203
Geografía bárbara, ecología bárbara 207
Incursiones 215
Rutas comerciales y núcleos cerealistas susceptibles de tributación 220
Gemelos malvados 225
¿Una edad dorada? 228

Bibliografía 233
Índice analítico 251

PREFACIO

Lo que figura a continuación no es sino el informe de la misión de reconocimiento de un intruso. Permítaseme una explicación. En 2011, me pidieron que impartiera dos *Tanner Lectures* en Harvard. Me sentí muy halagado por el ofrecimiento, pero acababa de terminar con gran esfuerzo un libro y estaba disfrutando de un bienvenido período de «lectura libre» sin ningún objetivo en mente. ¿Qué podía preparar en cuatro meses que resultara interesante? A la búsqueda de un tema manejable, consideré las dos conferencias iniciales que he venido dictando durante las dos últimas décadas sobre sociedades agrarias en mis clases de grado. En ellas me ocupo de la historia de la domesticación y de la estructura agraria de los estados tempranos. Aunque han ido evolucionando gradualmente, era consciente de que estaban lamentablemente anticuadas. Quizá, pensé, podría abalanzarme sobre los trabajos más recientes acerca de domesticación y estados primitivos y escribir un par de conferencias que reflejaran, al menos, una literatura más actual y más digna de mis aventajados estudiantes.

¡Menuda sorpresa me esperaba! La preparación de las conferencias puso patas arriba mucho de lo que creía que sabía y me colocó frente a un alud de nuevos debates y descubrimientos que me di cuenta de que debía interiorizar si quería hacer justicia al tema. Las propias conferencias, finalmente, me sirvieron más para dejar constancia de mi asombro ante la gran cantidad de conocimientos recibidos que tenía que ser complemente revisada, que como un intento de emprender dicha revisión. Mi anfitrión, Homi Bhabha, seleccionó a tres astutos comentaristas —Arthur Kelinman, Partha Chatterjee y Veena Das— que, en un seminario posterior a las conferencias, me convencieron de que mis argumentos no estaban ni remotamente listos para ser cosechados. Solo

cinco años después conseguí volver con un borrador que consideré provocador y bien argumentado.

Este libro, por tanto, refleja mis esfuerzos por seguir profundizando, aunque todavía es, en buena medida, el trabajo de un aficionado. Pese a que soy un politólogo de carné y un antropólogo y ambientalista por invitación, este trabajo me ha exigido moverme en la frontera entre la prehistoria, la arqueología, la historia antigua y la antropología. Al carecer de experiencia sustancial en ninguno de esos campos, merezco la acusación de *hybris*. Mi excusa —que quizá no llegue a justificación— para este intrusismo es triple. En primer lugar, ¡aporto a la empresa la ventaja de mi ingenuidad! Al contrario que los especialistas en este campo, sumergidos en los complejos argumentos de cada debate, yo empecé con las mismas creencias sobre la domesticación de las plantas y los animales, sobre el sedentarismo, los centros de población tempranos y los primeros estados, que compartimos todos aquellos que no hemos estado prestando demasiada atención al conocimiento nuevo producido en las aproximadamente dos últimas décadas. En este sentido, mi ignorancia y mi subsiguiente sorpresa ante la gran cantidad de cosas que creía que sabía y que eran erróneas pueden constituir una ventaja a la hora de escribir para una audiencia que parta de las mismas equivocaciones. En segundo lugar, he hecho un esfuerzo consciente, como consumidor, para entender los debates y conocimientos actuales en biología, epidemiología, arqueología, historia antigua, demografía e historia ambiental que se refieren a nuestro tema. Y, finalmente, aporto como antecedente dos décadas intentando comprender la lógica del poder del estado moderno (*Seeing Like a State*), así como las prácticas de los pueblos no estatales, especialmente en el sudeste asiático que, hasta tiempos recientes, se habían sustraído a su absorción por parte de los estados (*The Art of Not Being Governed*).

Se trata, por tanto, de un proyecto conscientemente derivativo. No aporta conocimiento nuevo por sí mismo, sino que intenta, a lo sumo, «unir los puntos» del conocimiento ya existente de forma sugerente y clarificadora. El asombroso avance del saber en las últimas décadas nos ha servido para revisar radicalmente —o para revertir— lo que creíamos saber de las primeras «civilizaciones» en la llanura aluvial mesopotámica y en otros lugares. Creíamos (al menos, la mayoría de nosotros) que la domesticación de las plantas y animales condujo directamente al sedentarismo y a la agricultura en campos fijos. Y resulta que el sedentarismo es muy anterior a cualquier evidencia de domesticación de plantas o animales y que tanto el sedentarismo como la domesticación existieron casi cuatro milenos antes de que apareciera nada parecido a una

aldea agrícola. Se creía que el sedentarismo y el surgimiento de ciudades eran el efecto típico de la irrigación y de los estados. Y resulta que ambos son, por el contrario, resultado de la abundancia de los humedales. Creíamos que el sedentarismo y la agricultura condujeron directamente a la formación de estados, pero sucede que estos solo aparecen mucho después de la agricultura en campos fijos. Se daba por hecho que la agricultura fue un gran paso adelante para la nutrición, el bienestar y el ocio de las personas. Lo contrario parece haber sucedido en las primeras fases. El estado y las civilizaciones tempranas eran vistos como imanes que atraían a las personas con el lujo, la cultura y las oportunidades que aportaban. En realidad, los estados tempranos se veían obligados a capturar y retener a una gran parte de su población, con diferentes formas de servidumbre, y estaban transidos por las epidemias del hacinamiento. Los estados tempranos eran frágiles y propensos al colapso y, en cambio, las «edades oscuras» que los sucedieron podrían haber supuesto, con frecuencia, una mejora real en el bienestar humano. Por último, parece razonable sostener que, al menos fuera de las elites, la vida en el exterior de los estados —la vida del «bárbaro»— pudo haber sido, en muchas ocasiones, más sencilla en términos materiales, y más libre y saludable, que la vida dentro de las civilizaciones.

No soy tan inocente como para pensar que lo aquí escrito va a ser la última palabra sobre domesticación, estados tempranos o sobre la relación entre dichos estados y las poblaciones de su *Hinterland*. Mi objetivo es doble. En primer lugar, el mucho más modesto de condensar el mejor conocimiento existente en estas materias y de tratar de sugerir sus implicaciones para la formación estatal y las consecuencias tanto humanas como ecológicas de la forma estado. Solo con esto ya habríamos puesto el listón muy alto, por lo que he tratado de emular el nivel alcanzado en este género por autores como Charles Mann (*1491*)* o Elizabeth Kolbert (*The Sixth Extinction*)**. Mi segundo objetivo, del que deben quedar libres de toda culpa mis guías nativos, es extraer consecuencias sugerentes y de mayor alcance «con las que —creo— deberíamos pensar». Así, por ejemplo, propongo que la comprensión más amplia de la domesticación como control sobre la reproducción debería aplicarse no solo al fuego, a las plantas y a los animales, sino también a los esclavos, a los súbditos estatales y a las mujeres en la familia patriarcal. Sostendré que los granos de cereal tienen características únicas que los convierten,

* Ch. Mann, *1491: una historia de las Américas antes de Colón*, trad. de Miguel Martínez-Lage y Federico Corriente, Taurus, Madrid, 2006.

** E. Kolbert, *La sexta extinción: una historia nada natural*, trad. de Joan Lluís Riera, Crítica, Barcelona, 2018.

prácticamente en cualquier lugar, en la principal mercancía susceptible de imposición tributaria, esencial para la construcción de los estados tempranos. Creo que hemos subestimado enormemente la importancia de las enfermedades (infecciosas) del hacinamiento en la fragilidad demográfica de los estados tempranos. Al contrario que muchos historiadores, me pregunto si el frecuente abandono de los centros de los estados tempranos no habrá supuesto, en muchos casos, una mejora en la salud y la seguridad de las poblaciones, antes que una «edad oscura» indicativa del colapso de una civilización. Y, finalmente, cabe pensar si estas poblaciones que se mantuvieron fuera de los centros estatales durante los milenios siguientes al establecimiento de los primeros estados no podrían haber permanecido en tales ubicaciones (o haberse refugiado en ellas), precisamente, porque las condiciones que encontraron allí eran mejores. Todas estas implicaciones que extraigo de mi interpretación de los datos pretenden ser provocaciones. Deberían estimular ulteriores reflexiones e investigaciones. Donde he topado con un obstáculo, lo indico con toda franqueza. Igualmente, he tratado de señalar los puntos en los que la evidencia es escasa y en los que me pierdo en especulaciones.

Procede, ahora, hacer una aclaración sobre la geografía y los períodos históricos considerados. Mi atención se centra casi exclusivamente en Mesopotamia y, en particular, en la llanura aluvial meridional, al sur de la actual Basora. La razón de esta selección es que el área entre el Tigris y el Éufrates (Sumeria) fue *la cuna de los primeros estados «prístinos» del mundo*, aunque no el lugar de ubicación del primer sedentarismo, de los primeros indicios de cosechas domesticadas y, ni siquiera, de las primeras aldeas protourbanas. El período histórico que describo (más allá de una historia profunda de la domesticación) abarca desde el Período El Obeid, que comienza hacia el 6500 a. e. c., hasta el Período Paleobabilónico, que termina aproximadamente en el 1600 a. e. c. Sus subdivisiones convencionales (con cierto debate para las más antiguas) serían:

El Obeid (6500-3800 a. e. c.)
Uruk (4000-3100)
Jemdet Nasr (3100-2900)
Protodinástico (2900-2335)
Acadio (2334-2113)
Ur III (2112-2004)
Paleobabilónico (2004-1595 a. e. c.)

Con mucho, la mayor parte de las pruebas aducidas se refiere al período entre el 4000 y el 2000 a.e.c., por ser tanto el período crítico de formación estatal como del que se ocupa la mayor parte de la bibliografía existente.

En ocasiones, me referiré brevemente a otros estados tempranos, como los de las dinastías Qin y Han de China, al antiguo Egipto, a la Grecia clásica, a la República y el Imperio romanos y hasta a las primeras civilizaciones mayas del Nuevo Mundo. El objeto de estas incursiones es triangular la posición en aquellos casos en los que los datos procedentes de Mesopotamia son escasos o discutidos, para elaborar conjeturas fundadas sobre los correspondientes patrones a partir de la comparación. Ello resulta especialmente importante en el caso del papel del trabajo forzado en los estados tempranos, para la importancia de las enfermedades en el colapso estatal, para las consecuencias del colapso y, finalmente, para la relación entre los estados y sus «bárbaros».

Para explicar todas estas sorpresas que me aguardaban y que, según imagino, esperan también a muchos de mis lectores, me he servido de un gran número de experimentados «guías nativos» de los terrenos disciplinares con los que no estoy íntimamente familiarizado. La cuestión no es si me he convertido en un cazador furtivo: ¡mi intención era esa! La cuestión es si esta caza en vedado la he practicado con los guías nativos más cuidadosos, experimentados, seguros y viajados. Mencionaré aquí a algunos de los más importantes porque deseo implicarlos en esta empresa, en la medida en que sus conocimientos me han servido para encontrar el camino. Al comienzo de la lista deben figurar los arqueólogos y especialistas en la llanura aluvial mesopotámica que han sido excepcionalmente generosos con su tiempo y sus consejos críticos: Jennifer Pournelle, Norman Yoffee, David Wengrow y Seth Richardson. Otros, cuyos trabajos me han servido de inspiración, sin ningún orden en particular, han sido: John McNeill, Edward Melillo, Melinda Zeder, Hans Nissen, Les Groube, Guillermo Algaze, Ann Porter, Susan Pollock, Dorian Q. Fuller, Andrea Seri, Tate Paulette, Robert Mc. Adams, Michael Dietler, Gordon Hillman, Karl Jacoby, Helen Leach, Peter Perdue, Christopher Becwith, Cyprian Broodbank, Owen Lattimore, Thomas Barfield, Ian Hodder, Richard Manning, K. Sivaramakrishnan, Edward Friedman, Douglas Storm, James Prosek, Aniket Aga, Sarah Osterhoudt, Padriac Kenney, Gardiner Bovingdon, Timothy Pechora, Stuart Schwartz, Anna Tsing, David Graeber, Magnus Fiskesjo, Victor Lieberman, Wang Haicheng, Helen Siu, Bennet Bronson, Alex Lichtenstein, Cathy Shufro, Jeffrey Isaac y Adam T. Smith. Estoy especialmente agradecido a Joe Manning que, tal como he podido

descubrir, había anticipado una buena parte de mis argumentos acerca de los cereales y los estados, y cuya magnanimidad intelectual alcanza hasta para permitirme cazar furtivamente su título *Against the Grain** como primera mitad del de mi propio libro.

Aunque con considerable temor al principio, he ido poniendo a prueba mis argumentos ante audiencias de arqueólogos y especialistas en historia antigua. Una de las primeras a las que infligí la versión preliminar incluía a mis antiguos colegas de la Universidad de Wisconsin, en la que impartí la *Hilldale Lecture* en 2013. También querría agradecer a Clifford Ando y a sus colegas por su invitación a la conferencia sobre «Infraestructura y poder despótico en los estados antiguos» en la Universidad de Chicago en 2013, y a David Wengrow y Sue Hamilton por la oportunidad que me dieron de dictar la *Gordon Childe Lecture* en el Instituto de Arqueología de Londres en 2016. Parte de mi argumentación fue presentada (¡y diseccionada!) en la Universidad de Utah (en la O. *Meredith Wilson Lecture*), en la Escuela de Estudios Orientales y Africanos de la Universidad de Londres (*Centennial Lecture*), en la Universidad de Indiana (*Patten Lectures*), en la Universidad de Connecticut, en la Northwestern University, en la Universidad de Fráncfort del Meno, en la Universidad Libre de Berlín, en el Taller de Teoría Legal de la Universidad de Columbia y en la Universidad de Aarhus que, además, me permitió disfrutar del lujo de un permiso remunerado durante las fases siguientes de investigación y redacción. Quedo especialmente agradecido a mis colegas daneses Nils Bubandt, Mikael Gravers, Christian Lund, Niels Brimnes, Preben Kaarlsholm y Bodil Frederickson por su generosidad intelectual y por las aportaciones con las que contribuyeron a ampliar mi educación.

No creo que nunca nadie en el mundo haya tenido una asistente de investigación más valiosa ni más tenaz intelectualmente que Annikki Herranan, hoy en pleno lanzamiento de su carrera como antropóloga. Anniki me tenía preparado, cada semana, un suntuoso «menú degustación» intelectual con un rumbo infalible hacia los platos más apetitosos. Faizah Zakariah consiguió los permisos para las imágenes que aquí se muestran, y Bill Nelson elaboró con destreza los mapas, esquemas e «histogramas» destinados a orientar al lector. Por último, mi editor de la Yale University Press, Jean Thompson, explica mi lealtad, como la

* El título inglés *Against the Grain*, literalmente, «contra el grano» o «contra el cereal», incluye un juego de palabras que también significa «a contrapelo», «a contracorriente» o «contra la opinión común».

El título original de la obra de Joe Manning es *Against the Grain: How Agriculture Has Hijacked Civilization.*

de tantos otros, a la editorial. Encarna el estándar de calidad, atención y eficacia que todos desearíamos que no fuera tan infrecuente. En lo relativo a garantizar que la redacción final quedara tan libre de errores, desaciertos y contradicciones como fuera posible, el «ejecutor» fue Dan Heaton. Su insistencia en la perfección resultó un placer gracias a su temperamento y buen humor. Los lectores deben estar seguros de que se ha hecho todo lo posible para que los errores que hayan podido quedar sean, irremediablemente, solo míos.

Introducción

UNA NARRACIÓN HECHA JIRONES: LO QUE NO SABÍA

¿Cómo llegó a vivir el *Homo sapiens sapiens*, en un momento tan avanzado de la historia de su especie, en populosas comunidades sedentarias, con ganado domesticado y un puñado de granos de cereal, gobernado por los ancestros de los que ahora llamamos estados? Este nuevo complejo ecológico y social se convertiría en el modelo para casi toda la historia registrada de nuestra especie. Enormemente amplificado por el crecimiento de la población, la energía hidráulica y los animales de tiro, la navegación a vela y el comercio a larga distancia, dicho modelo prevaleció durante más de seis milenios hasta la llegada de los combustibles fósiles. El relato que sigue está animado por la curiosidad sobre el origen, la estructura y las consecuencias de este complejo ecológico fundamentalmente agrario.

La narración habitual de este proceso ha sido la del progreso, la civilización y el orden público, la de una creciente riqueza y un incremento del tiempo libre. Dado lo que sabemos ahora, buena parte del relato resulta ser errónea o seriamente engañosa. El propósito de este libro es cuestionar esa narrativa basándome en mi interpretación de los avances en la investigación arqueológica e histórica de las dos últimas décadas.

La fundación de las primeras sociedades agrarias y de los primeros estados en Mesopotamia se produjo en el último 5 % de nuestra historia como especie en el planeta. Y según este mismo baremo, la era de los combustibles fósiles, que comenzó a finales del siglo XVIII, representa solo el último cuarto del 1 % de la historia de nuestra especie. Por razones que son alarmantemente obvias, estamos cada vez más preocupados por nuestra huella en el medio ambiente de la Tierra en esta última era. Cuán grande ha llegado a ser ese impacto se refleja en el animado debate que gira en torno al término «Antropoceno», acuñado para designar una nueva época geológica durante la cual las actividades de los

humanos han resultado decisivas para la alteración de los ecosistemas y de la atmósfera mundiales[1].

Aunque no hay duda del decisivo impacto contemporáneo de la actividad humana sobre la ecosfera, se sigue debatiendo la cuestión de *cuándo* se tornó decisivo. Algunos proponen datarlo a partir de los primeros ensayos nucleares, que depositaron una capa permanente y detectable de radiactividad en todo el mundo. Otros proponen iniciar el reloj del Antropoceno con la Revolución Industrial y el uso masivo de combustibles fósiles. También se podría argumentar que debemos echarlo a andar en el momento en que la sociedad industrial adquirió las herramientas —por ejemplo, la dinamita, los buldóceres o el hormigón armado (en especial para las presas)— necesarias para alterar radicalmente el paisaje. De estos tres candidatos, la Revolución Industrial solo tiene dos siglos de antigüedad y los otros dos todavía son, virtualmente, parte de nuestra memoria viva. Así pues, medido por el lapso de aproximadamente 200 000 años de nuestra especie, el Antropoceno comenzó tan solo hace unos minutos.

Propongo un punto de partida alternativo, mucho más profundo desde el punto de vista histórico. Aceptando la premisa del Antropoceno como un salto cualitativo y cuantitativo en nuestro impacto ambiental, sugiero que comencemos con el uso del fuego, la primera gran herramienta homínida para la construcción de paisajes —o, mejor dicho, de construcción de nichos—. Las pruebas del uso del fuego datan de, al menos, hace 400 000 años y, tal vez, incluso de mucho antes, mucho antes de la aparición del *Homo sapiens*[2]. El asentamiento permanente, la agricultura y el pastoreo, que aparecieron hace unos 12 000 años, marcan un nuevo salto en nuestra transformación del paisaje. Si nuestra preocupación es la huella histórica de los homínidos, uno bien podría identificar un Antropoceno «fino» mucho antes del más explosivo y reciente Antropoceno «espeso»; «fino», en gran parte, porque había muy pocos homínidos para manejar estas herramientas de paisajismo. Nuestros efectivos, alrededor de 10 000 a. e. c., eran unos insignificantes dos a cuatro millones en todo el mundo, mucho menos de una milésima parte de nuestra población actual. El otro invento premoderno decisivo fue institucional: el estado. Los primeros estados en la llanura aluvial mesopotámica aparecieron no antes de hace unos 6000 años, varios milenios después de las primeras pruebas de agricultura y seden-

1. El término fue acuñado por vez primera por el científico climático holandés Paul Crutzen en 2001.
2. Para las fechas, comunicación personal de David Wengrow.

tarismo en la región. Ninguna institución ha hecho más para movilizar las tecnologías de modificación del paisaje en su interés que el estado.

Para captar, pues, cómo llegamos a hacernos sedentarios, cultivadores de cereales y ganaderos, gobernados por esa nueva institución que ahora llamamos estado, resulta necesaria una incursión en la historia profunda. Me parece que la Historia, en su mejor versión, es la más subversiva de las disciplinas, en la medida en que puede decirnos cómo llegaron a ser cosas que, probablemente, damos por sentadas. El atractivo de la historia profunda es que, al revelar las numerosas contingencias que se unieron para dar forma, por ejemplo, a la Revolución Industrial, al Último Máximo Glacial o a la dinastía Qin, responde a la llamada de una generación anterior de historiadores franceses de la Escuela de los Anales en favor de una historia de procesos a largo plazo (la *longue durée*), en lugar de una crónica de acontecimientos públicos. Ahora bien, la exigencia contemporánea de una «historia profunda» va un paso más allá que la Escuela de los Anales al reclamar lo que, a menudo, equivale a una historia de la especie. Este es el *Zeitgeist* en el que me encuentro, un *Zeitgeist* seguramente ilustrativo de la máxima de que «la lechuza de Minerva solo alza su vuelo al atardecer»[3].

Paradojas de las narrativas del estado y de la civilización

Una cuestión fundamental que subyace a la formación del estado es cómo nosotros (*Homo sapiens sapiens*) llegamos a vivir en medio de esas concentraciones sin precedentes de plantas, animales y personas domesticadas que caracterizan a los estados. La forma estado es, desde este punto de vista más general, cualquier cosa menos natural o dada. El *Homo sapiens* apareció como subespecie hace unos 200 000 años y salió de África y del Levante no hace más de 60 000 años. La primera evidencia de plantas cultivadas y de comunidades sedentarias aparece hace unos 12 000 años. Hasta entonces —es decir, el 95 % de la experiencia humana en la Tierra— vivíamos en el seno de pequeñas bandas de caza

3. Es difícil evitar preguntarse: «¿En qué nos equivocamos para terminar aquí?». Esta pregunta es demasiado ambiciosa como para que pueda abordarla yo. Sin embargo, hay algo evidente, y es que nuestros problemas nos los hemos creado, en gran parte, nosotros mismos. Esto, a su vez, sugiere una analogía médica. Se afirma que más de dos tercios de las hospitalizaciones en los países industrializados se debe a enfermedades iatrogénicas: condiciones médicas que resultan de intervenciones y terapias médicas previas. Se podría decir que nuestros actuales males ambientales son, en gran medida, iatrogénicos. De este modo, quizá, el primer paso sería disponer de una larga y profunda historia de la medicina que nos ayudara a rastrear los orígenes de nuestras dolencias actuales.

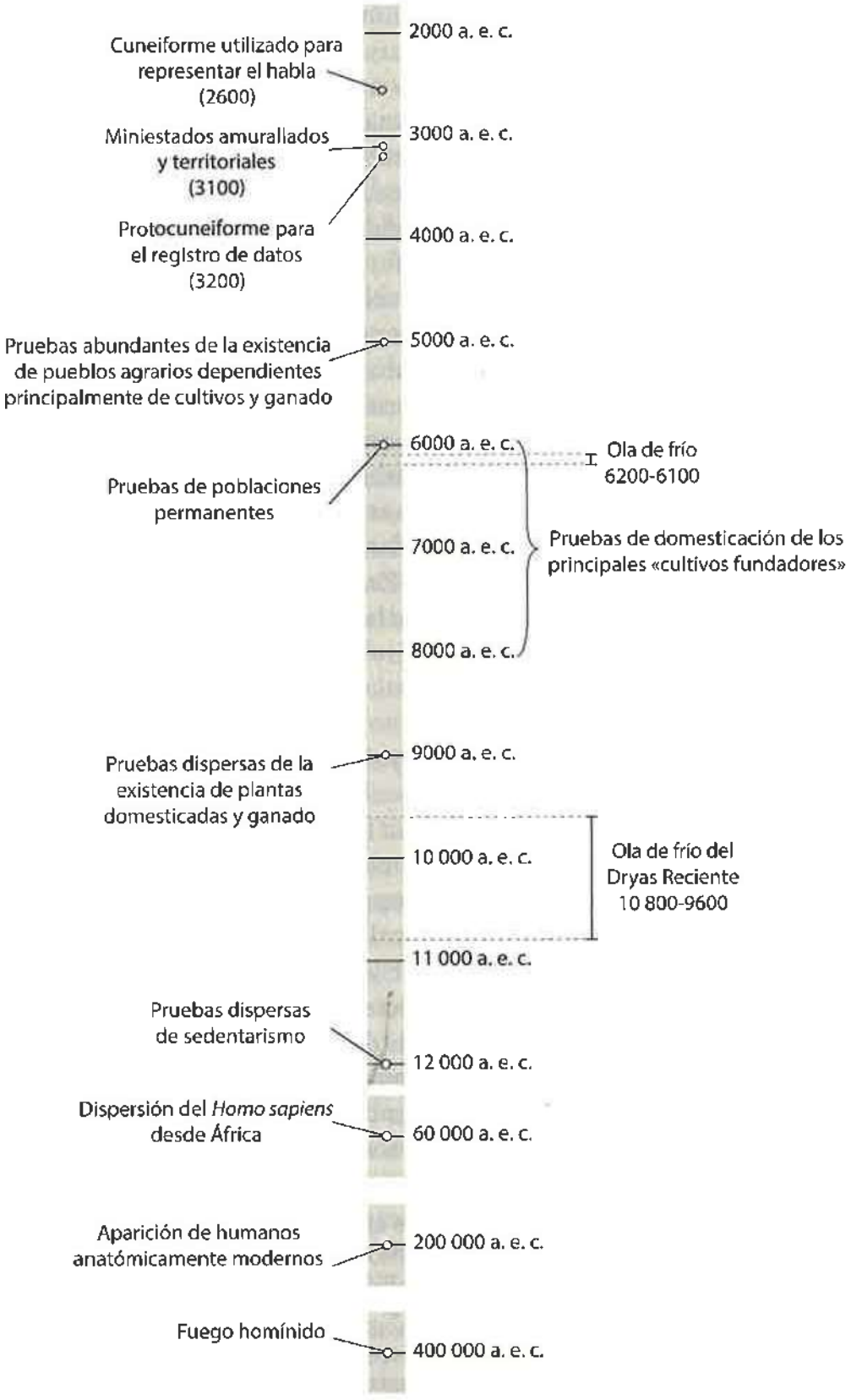

Fig. 1. Línea de tiempo: del fuego al cuneiforme.

y recolección, móviles, dispersas y relativamente igualitarias. Aún más destacable, para aquellos interesados en la forma estado, es el hecho de que los primeros estados —reducidos, estratificados, recaudadores de impuestos y amurallados— aparecen en el valle del Tigris y del Éufrates solo alrededor del 3100 a. e. c., más de cuatro milenios *después* de las primeras domesticaciones de cultivos y del sedentarismo. Este enorme retraso supone un problema para aquellos teóricos que desearían naturalizar la forma estado y que asumen que, una vez que se establecieron las cosechas y el sedentarismo, los requisitos, respectivamente, tecnológico y demográfico, para la formación del estado, estos estados/imperios debían surgir inmediatamente como sus unidades de orden político lógicas y más eficientes[4].

La cruda realidad de estos hechos viene a perturbar la versión de la prehistoria humana que la mayoría de nosotros (me incluyo aquí) hemos heredado de forma irreflexiva. La humanidad histórica ha sido hipnotizada por la narrativa del progreso y de la civilización codificada por los primeros grandes reinos agrarios. Como sociedades nuevas y poderosas, estaban decididas a distinguirse tan claramente como fuera posible de las poblaciones de las que surgieron y que aún podían divisar amenazadoramente en sus márgenes. En esencia, era una historia del «ascenso del hombre». La agricultura, sostenía, venía a reemplazar al mundo salvaje, primitivo, sin ley y violento de los cazadores-recolectores y de los nómadas. Los cultivos en campos fijos, por otro lado, fueron el origen y el garante de la vida sedentaria, de la religión organizada, de la sociedad y del gobierno a través de la ley. Aquellos que se negaban a dedicarse a la agricultura, lo hacían por ignorancia o por rechazo a la adaptación. En casi todos los primeros escenarios agrícolas, la superioridad de la agricultura venía avalada por una elaborada mitología que relataba cómo un dios o una diosa poderosos confiaban el grano sagrado a un pueblo elegido.

Una vez que se cuestiona la suposición básica de la superioridad y el atractivo de la agricultura en campos fijos sobre cualquier forma previa de subsistencia, se hace evidente que esta misma suposición se basa en otra aún más profunda y arraigada, que casi nunca se cuestiona: que la propia vida del sedentario es superior y más atractiva que las for-

4. En el primer milenio antes de Cristo —posterior al período en que me centro—, cuando el pastoreo nómada se combina con la cría de caballos, se hace posible un nuevo tipo de imperio no sedentario de las praderas, ejemplificado por los mongoles y, mucho más tarde en el Nuevo Mundo, por los comanches. Para tales políticas excepcionales, véase Pekka Hämäläinen, «What's in a Concept? The Kinetic Empire of the Comanches»: *History and Theory* 52/1 (2013), pp. 81-90, y Mitchell, *Horse Nations*.

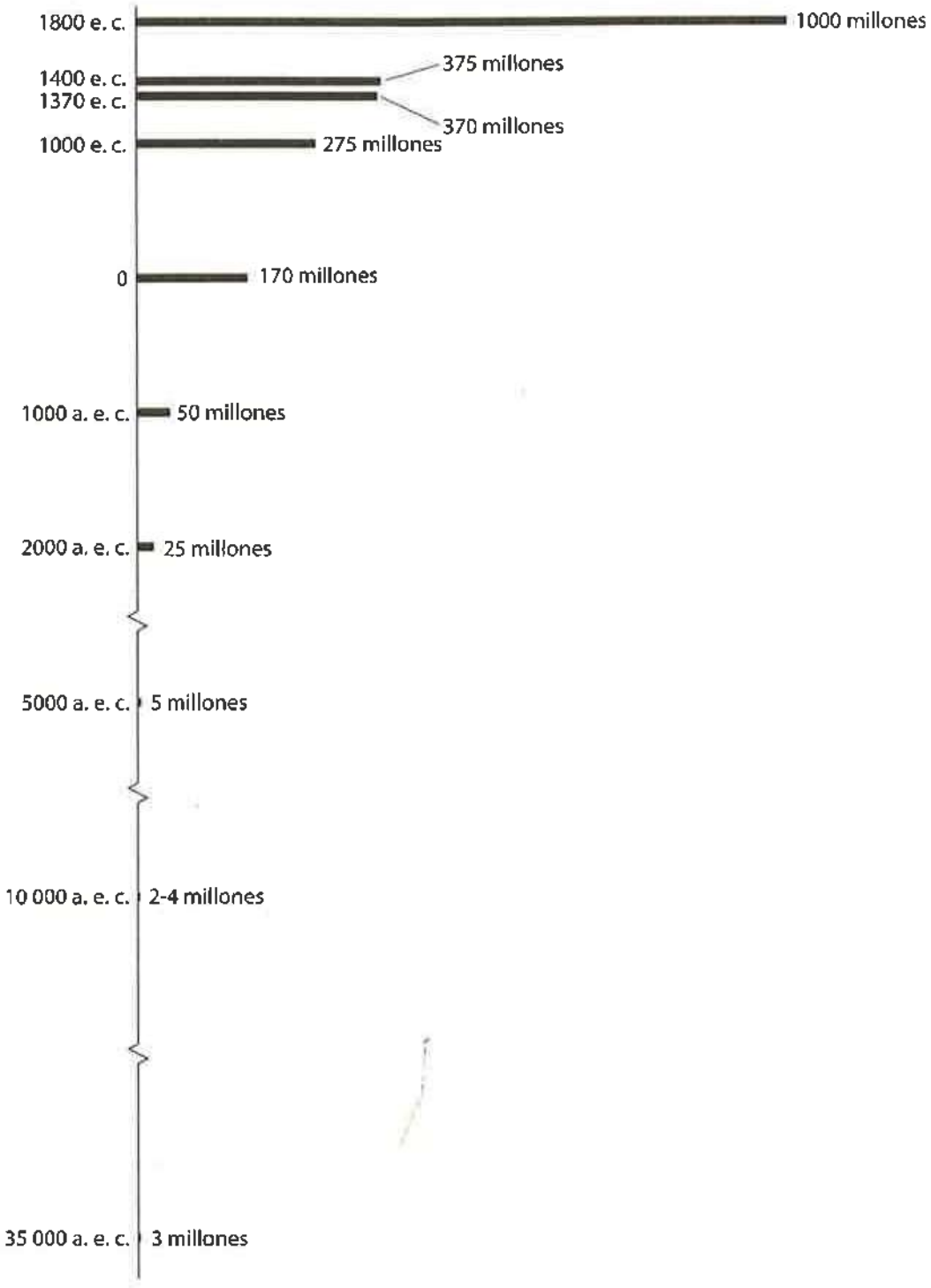

Fig. 2. Población estimada en el mundo antiguo.

mas móviles de subsistencia. El lugar de la *domus* y de la residencia fija en la narrativa de la civilización es tan profundo que resulta invisible: ¡los peces no hablan del agua! Se da por hecho, simplemente, que el fatigado *Homo sapiens* no podía esperar a establecerse, por fin, de forma permanente, que no podía esperar a terminar con cientos de milenios de movilidad y desplazamiento estacional. Sin embargo, existen ingentes pruebas, incluso en circunstancias relativamente favorables, de la decidida resistencia al asentamiento permanente de pueblos móviles de todas partes. Los pastores y las poblaciones cazadoras y recolectoras han luchado contra los asentamientos permanentes, asociándolos, a menudo correctamente, con la enfermedad y el control estatal. Muchos pueblos nativos americanos fueron confinados en reservas solo a continuación de la derrota militar. Otros aprovecharon las oportunidades históricas presentadas por el contacto europeo para aumentar su movilidad, los sioux y los comanches se convirtieron en cazadores, comerciantes y asaltantes a caballo, y los navajos, en pastores de ovejas. La mayoría de los pueblos que practica formas móviles de subsistencia —pastoreo, recolección, caza, recolección marina e incluso cultivo itinerante—, al tiempo que se adapta con presteza al comercio moderno, ha luchado implacablemente contra el asentamiento permanente. Como mínimo, carecemos de justificación alguna para suponer que los «dones» sedentarios de la vida moderna puedan ser interpretados como una aspiración universal en la historia de la humanidad[5].

La narrativa básica del sedentarismo y la agricultura ha sobrevivido durante mucho tiempo a la mitología que originalmente le dio su carta de naturaleza. De Thomas Hobbes a John Locke, Giambattista Vico, Lewis Henry Morgan, Friedrich Engels, Herbert Spencer y Oswald Spengler a los relatos del darwinismo social sobre la evolución general de la sociedad, la secuencia de progreso desde la caza y la recolección al nomadismo y hasta la agricultura (y de la banda a la aldea, de la aldea al pueblo, y del pueblo a la ciudad) se instaló como doctrina establecida. Estas opiniones prácticamente reproducen el esquema evolutivo de Julio César, de los hogares a las familias, pasando por los pueblos y hasta los estados (un pueblo sometido a leyes), en el que Roma era la cúspide, con los celtas y luego los germanos en los rangos inmediatamente inferiores. Aunque varían los detalles, estos relatos reproducen la marcha

5. La única exploración empática de este tema que conozco es el hermoso libro de Bruce Chatwin sobre Australia, *The Songlines* (Cape, Londres, 1987). Los romaníes, también conocidos como gitanos, son un tenaz ejemplo moderno de movilidad —tanto es así que, tras la Segunda Guerra Mundial, el famoso diplomático noruego Fritjof Nansen propuso expedirles los que habrían sido los primeros pasaportes «europeos»—.

de la civilización que transmiten la mayoría de las rutinas pedagógicas y que se introducen en los cerebros de los escolares de todo el mundo. El paso de un modo de subsistencia a otro se considera brusco y definitivo. Nadie, una vez mostradas las técnicas de la agricultura, soñaría con seguir siendo un nómada o un recolector. Se supone que cada paso representa un salto trascendental en el bienestar de la humanidad: más tiempo libre, mejor nutrición, mayor esperanza de vida y, al final, una vida sedentaria que promueve las artes domésticas y el desarrollo de la civilización. Extirpar esta narración de la imaginación mundial resulta casi imposible; sencillamente, el programa de desintoxicación en doce pasos requerido para lograrlo supera mi imaginación. Y, sin embargo, emprendo aquí tímidamente el primero de ellos.

Resulta que la mayor parte de lo que podríamos llamar la narrativa estándar ha tenido que ser abandonada una vez confrontada con la acumulación de evidencias arqueológicas. Contrariamente a las suposiciones anteriores, los cazadores y recolectores —incluso hoy, en los refugios marginales en que habitan— no se parecen en nada a esos famélicos forajidos al borde de la inanición del folclore. De hecho, los cazadores y recolectores nunca estuvieron tan bien en términos de dieta, salud y tiempo libre. Los agricultores, por el contrario, nunca estuvieron peor —en términos de *su* dieta, *su* salud y *su* tiempo libre—[6]. La actual moda de las dietas «paleolíticas» refleja la infiltración de este conocimiento arqueológico en la cultura popular. El paso de la caza y de la recolección a la agricultura —un cambio que fue lento, vacilante, reversible y, a veces, incompleto— conllevó, al menos, tantos costes como beneficios. Así, mientras que la plantación de cultivos aparecía, en la narrativa estándar, como un paso crucial hacia un presente utópico, esto no puede haber resultado así para quienes lo experimentaron por primera vez: un hecho que algunos eruditos ven reflejado en la historia bíblica de la expulsión de Adán y Eva del jardín del Edén.

Las lesiones que la narrativa estándar ha sufrido a manos de las recientes investigaciones son, en mi opinión, fatales. Por ejemplo, se ha asumido que la residencia fija —sedentarismo— es una consecuencia de la plantación de cosechas y que estos cultivos habrían permitido que las poblaciones se concentraran y se asentaran, proporcionando una condición necesaria para la formación del estado. Desgraciadamente para

6. Hasta la revolución del saneamiento (alcantarillado y agua potable) de mediados del siglo XIX y antes de la vacunación y los antibióticos, las poblaciones urbanas poseían, en general, tasas de mortalidad tan elevadas que solo podían crecer gracias a la emigración a gran escala desde el campo.

esta narración, el sedentarismo es, en realidad, bastante común en entornos preagrícolas ecológicamente ricos y variados —especialmente en los humedales que bordean las rutas migratorias estacionales de peces, aves y caza mayor—. Así, en la antigua Mesopotamia (en griego, «entre los ríos») meridional, uno se encuentra con poblaciones sedentarias, incluso ciudades, de hasta cinco mil habitantes con poca o ninguna agricultura. También se da la anomalía opuesta: la plantación de cultivos asociada a la movilidad y a la dispersión, excepto durante el breve período de la cosecha. Esta última paradoja nos alerta de nuevo sobre el hecho de que también esta asunción implícita de la narrativa estándar —en esencia, que la gente no podía esperar para abandonar por completo la movilidad y «asentarse»— podría ser un error.

Y, tal vez lo más problemático de todo: el acto civilizatorio central de toda la narración, la *domesticación*, resulta ser obstinadamente esquivo. Al fin y al cabo, los homínidos habían venido moldeando el mundo vegetal —en gran parte con fuego— antes del *Homo sapiens*. ¿Qué cuenta, entonces, como el Rubicón de la domesticación? ¿Cuidar de las plantas silvestres, desherbarlas, trasladarlas a un nuevo lugar, echar un puñado de semillas en un limo fecundo, depositar una semilla o dos en un agujero realizado con un plantador de madera, o arar? No parece haber ningún «¡ajá!» o ningún «¡eureka!». Incluso hoy existen en Anatolia grandes extensiones de trigo silvestre de las cuales, como célebremente demostró Jack Harlan, puede recogerse en tres semanas con una hoz de pedernal suficiente grano como para alimentar a una familia durante un año. Mucho antes de la plantación deliberada de semillas en campos arados, los recolectores ya habían desarrollado todas las herramientas de cosecha: cestas aventadoras, piedras de moler, morteros y majas para procesar los granos y las legumbres salvajes[7]. Para el lego, dejar caer las semillas en una zanja preparada o en un agujero parece decisivo. Pero ¿cuenta también diseminar las semillas de una fruta comestible en una parcela de compost de desechos vegetales cerca del campamento, a sabiendas de que muchas brotarán y prosperarán?

Para los arqueobotánicos, la evidencia de granos domesticados dependía de encontrar granos con raquis no quebradizos (intencionadamente o no favorecidos por los primeros plantadores, puesto que las es-

7. De hecho, parece que esos emplazamientos con rodales silvestres y/o granos cultivados pero no domesticados y las reuniones periódicas para cosechar los granos y almacenarlos eran lo suficientemente comunes como para ser malinterpretados como comunidades permanentes y sedentarias con cultivos totalmente domesticados. Véase a este respecto el cuidadoso análisis de Asouti y Fuller, «Emergence of Agriculture in Southwest Asia».

pigas no se rompían, sino que «esperaban a la cosecha») y semillas de mayor tamaño. Ahora resulta que estos cambios morfológicos parecen haber ocurrido mucho *después* de que se hayan cultivado los granos. La que antes parecía ser, sin ambigüedades, una evidencia ósea de ovejas y cabras completamente domesticadas también ha sido cuestionada. El resultado de estas ambigüedades es doble. Primero, hace que la identificación de un solo acto de domesticación sea arbitraria y que carezca de sentido. En segundo lugar, refuerza el argumento de un período muy, muy largo, de lo que algunos han llamado «producción alimentaria de bajo nivel» de plantas no totalmente silvestres y, sin embargo, tampoco totalmente domesticadas. Los mejores análisis de la domesticación de plantas suprimen la noción de acto de domesticación singular y, en cambio, argumentan, sobre la base de robustas pruebas genéticas y arqueológicas, que los procesos de cultivo duran hasta tres milenios en muchas zonas y dan lugar a domesticaciones múltiples y dispersas de la mayoría de los principales cultivos (trigo, cebada, arroz, garbanzos, lentejas)[8].

Aunque estos hallazgos arqueológicos dejan hecha jirones la narrativa estándar de la civilización, tal vez podríamos considerar este período temprano como parte de un largo proceso, aún en curso, en el que los humanos hemos intervenido para obtener un mayor control sobre las funciones reproductivas de las plantas y los animales que nos interesan. Los criamos, protegemos y explotamos selectivamente. Podría decirse que este argumento se extiende a los primeros estados agrarios y a su control patriarcal sobre la reproducción de mujeres, prisioneros y esclavos. Guillermo Algaze lo afirma aún más lapidariamente: «Las primeras aldeas del Próximo Oriente domesticaban plantas y animales. Las instituciones urbanas de Uruk, a su vez, domesticaban a los humanos»[9].

Poner al estado en su lugar

Cualquier investigación como esta sobre la formación del estado corre el riesgo, por definición, de concederle un lugar más privilegiado del que, de otra manera, merecería en un relato más equilibrado de los asuntos humanos. Querría evitarlo. Los hechos, tal y como ahora los entiendo,

8. Para los resúmenes quizá más detallados del estado de la cuestión, véanse Fuller *et al.*, «Cultivation and Domestication Has Multiple Origins», y Asouti y Fuller, «Emergence of Agriculture in Southwest Asia».

9. Algaze, «Initial Social Complexity in Southwestern Asia».

muestran que una historia imparcial de la especie debería dar al estado un papel mucho más modesto del que habitualmente se le concede.

Que los estados han llegado a dominar el registro arqueológico e histórico no es ningún misterio. Para nosotros —es decir, el *Homo sapiens*—, acostumbrados a pensar en unidades de una o unas pocas vidas, la permanencia del estado y de su espacio administrado se nos aparece como una constante ineludible de nuestra condición. Aparte de la actual hegemonía absoluta de la forma estado, una gran parte de la arqueología y la historia en todo el mundo está patrocinada por el estado y a menudo no supone más que un ejercicio narcisista de autorrepresentación. Hasta hace poco, a este sesgo institucional se le sumaba la tradición arqueológica de excavación y análisis de los grandes restos históricos. Es decir, si se construye monumentalmente en piedra y se dejan los escombros convenientemente reunidos en un solo lugar, es probable que lleguen a ser «descubiertos» y que pasen a dominar las páginas de la historia antigua. Si, en cambio, se construye con madera, bambú o cañas, es mucho menos probable que aparezca en el registro arqueológico. Y, en el caso de que unos cazadores-recolectores o nómadas, por numerosos que fuesen, esparcieran basura biodegradable por todo el paisaje, lo más probable es que no hayan dejado ni rastro en el registro arqueológico.

Una vez que aparecen los documentos escritos en el registro histórico —digamos, los jeroglíficos o el cuneiforme—, el sesgo se hace aún más pronunciado. Invariablemente, se trata de textos estadocéntricos: impuestos, unidades de trabajo, censos tributarios, genealogías reales, mitos fundacionales, leyes. No hay voces que se les opongan, y los esfuerzos por leer esos textos *a contrapelo** resultan, a la vez, heroicos y excepcionalmente difíciles[10]. Por lo general, cuanto más grandes son los archivos estatales que se conservan, más páginas se dedican a ese mismo reino histórico y a su autorretrato.

Y, sin embargo, esos primeros estados que aparecieron en los limos aluviales o arrastrados por el viento en la Mesopotamia meridional, Egipto y el río Amarillo eran minúsculos tanto demográfica como geográficamente. No eran más que un borrón en el mapa del mundo antiguo y no mucho más que un error de redondeo en una población mun-

* En el original: *against the grain.*

10. Un buen número de pueblos nómadas poseían sistemas de escritura (a menudo tomados prestados de pueblos sedentarios), pero normalmente escribían en materiales perecederos (corteza, hojas de bambú, cañas) y con fines no estatales (como memorizar hechizos y poesías de amor). Las pesadas tablillas de arcilla de la llanura aluvial meridional de Mesopotamia son, claramente, la tecnología de escritura de un pueblo sedentario, y es por ello por lo que, en gran parte, sobrevive.

dial total estimada en unos veinticinco millones en el año 2000 a. e. c. Se trataba de pequeños nodos de poder rodeados por un vasto paisaje habitado por pueblos no estatales —también conocidos como «bárbaros»—. A pesar de Sumeria, del Imperio acadio, de Egipto, Micenas, de los olmecas o los mayas, de la cultura del valle del Indo y de la China Qin, la mayor parte de la población mundial continuó, durante largo tiempo, viviendo fuera del alcance inmediato de los estados y de sus impuestos. Resulta arbitrario y notablemente difícil determinar en qué preciso momento el panorama político pasó a quedar definitivamente dominado por los estados. En una estimación generosa, hasta hace cuatrocientos años, un tercio del planeta seguía ocupado por cazadores-recolectores, cultivadores itinerantes, pastores y horticultores independientes, mientras que los estados, por ser esencialmente agrarios, quedaban en gran medida confinados a esa pequeña porción del planeta apta para el cultivo. Es posible que gran parte de la población mundial nunca se haya topado con ese sello distintivo del estado: el recaudador de impuestos. Muchos, tal vez la mayoría, pudieron entrar y salir del espacio estatal y cambiar sus modos de subsistencia, y contaron con una razonable posibilidad de evadir la pesada mano del estado. Así pues, si situamos la era de la definitiva hegemonía estatal en torno al año 1600 e. c., podemos afirmar que el estado solo ha dominado las dos últimas décimas del 1 % de la vida política de nuestra especie.

Al focalizar nuestra atención en los lugares excepcionales en los que aparecieron los primeros estados, nos arriesgamos a olvidar el hecho clave de que, en la mayor parte del mundo, hasta hace bien poco, no había estado alguno. Los estados clásicos del sudeste asiático son aproximadamente contemporáneos del reinado de Carlomagno, más de seis mil años después de la «invención» de la agricultura. Los del Nuevo Mundo, con excepción del Imperio maya, son creaciones aún más recientes. También eran territorialmente bastante reducidos. Fuera de su alcance quedaban grandes conglomerados de pueblos «no administrados», reunidos en lo que los historiadores podrían denominar tribus, cacicazgos y bandas. Habitaban zonas sin soberanía o con una soberanía nominal muy débil.

Los estados en cuestión eran solo rara y muy brevemente los formidables Leviatanes que tiende a transmitir la descripción de sus poderosos reinados. En la mayoría de los casos, los interregnos, la fragmentación y las «edades oscuras» eran más comunes que el gobierno consolidado y efectivo. También en este caso, es probable que nosotros —como también los historiadores— quedemos hipnotizados por las crónicas de la fundación de una dinastía o de su período clásico, mientras que las peri-

pecias de la desintegración y el desorden dejan poco o nada en los registros. La «Edad Oscura» de Grecia, de cuatro siglos de duración, cuando por lo que se sabe se perdió la alfabetización, es casi una página en blanco en comparación con la vasta literatura sobre las obras y la filosofía de la Edad Clásica. Esto es totalmente comprensible si el propósito de una historia es examinar los logros culturales que veneramos, pero pasa por alto la fragilidad y la debilidad de los estados. En buena parte del mundo, el estado, incluso cuando era robusto, era una institución estacional. Hasta hace muy poco, en el sudeste asiático, durante las lluvias monzónicas anuales, la capacidad del estado para proyectar su poder se contraía casi hasta los muros de su palacio. A pesar de la imagen que el estado tenía de sí mismo y de su centralidad en la mayoría de las historias estándar, es importante reconocer que, tras su primera aparición y durante miles de años, no fue una constante, sino una variable (y muy tambaleante) en la vida de gran parte de la humanidad.

La presente es una historia no estatal también en otro sentido. Trata de dirigir nuestra atención hacia aquellos aspectos de la creación y el colapso de los estados que parecen ausentes o que solo dejan débiles huellas. A pesar de los enormes progresos en la documentación del cambio climático, los cambios demográficos, la calidad del suelo y los hábitos alimentarios, quedan numerosos aspectos de los primeros estados que es poco probable que aparezcan registrados en los restos físicos o en los primeros textos, al tratarse de procesos insidiosos y lentos, tal vez simbólicamente amenazantes e incluso indignos de ser mencionados. Parece, por ejemplo, que la huida de los primeros dominios estatales a la periferia era algo bastante común, pero, en la medida en que contradice la narrativa del estado como benéfico civilizador de sus súbditos, queda relegada a oscuros códigos legales. Otros, entre los que me incluyo, están casi seguros de que la enfermedad fue un factor importante de la fragilidad de los primeros estados. Sin embargo, sus efectos son difíciles de documentar, ya que se trata de acontecimientos repentinos y escasamente comprendidos, y porque muchas enfermedades epidémicas no dejaron ninguna huella ósea evidente. Del mismo modo, el alcance de la esclavitud, la servidumbre y el reasentamiento forzoso resulta difícil de demostrar, ya que, en ausencia de argollas al cuello, los restos de los esclavos y los de los súbditos libres resultan indistinguibles. Aunque todos los estados estaban rodeados de pueblos no estatales, debido a su dispersión sabemos muy poco sobre su ir y venir, sobre su relación cambiante con los estados y sobre sus estructuras políticas. Cuando se reduce una ciudad a cenizas, a menudo es difícil saber si se debió a un fuego accidental, como el que asolaba a todas las ciudades antiguas construi-

das con materiales combustibles, a una guerra civil o a una revuelta, o a una razia desde el exterior.

En la medida de lo posible, he tratado de apartar mi mirada del resplandor de la autorrepresentación del estado y de sacar a la luz esas fuerzas históricas sistemáticamente pasadas por alto en las historias dinásticas, y refractarias a las técnicas arqueológicas estándar.

Itinerario en miniatura

El primer capítulo gira en torno a la domesticación del fuego, de las plantas y de los animales, y a la concentración de alimentos y población que dicha domesticación hace posible. Antes de que pudiéramos ser objeto de estatalización, fue necesario que nos reuniéramos —o *fuéramos* reunidos— en un número considerable, con una expectativa razonable de no morir inmediatamente de hambre. Cada una de estas domesticaciones reorganizó el mundo natural de una manera que redujo enormemente el radio de una comida. El fuego, que debemos a nuestro pariente mayor *Homo erectus*, ha sido nuestra gran baza, al permitirnos remodelar el paisaje para fomentar las plantas comestibles —árboles frutales y de nueces, arbustos de bayas— y hacer crecer brotes que atraigan a las presas deseables. En la cocina, el fuego permitió que una serie de plantas previamente indigeribles resultara apetecible y más nutritiva. Se ha afirmado que debemos nuestro cerebro relativamente grande y nuestro intestino relativamente pequeño (en comparación con otros mamíferos, incluyendo primates) a la ayuda predigestiva externa que proporciona cocinar.

La domesticación de los granos —especialmente el trigo y la cebada, en este caso— y de las legumbres fomenta el proceso de concentración. Coevolucionando con los humanos, las variedades fueron seleccionadas especialmente por sus grandes frutos (semillas), por su maduración regular y por su desgranabilidad (por su condición indehiscente). Se podían plantar anualmente alrededor de la *domus* (la granja y sus alrededores) y proporcionaban una fuente bastante fiable de calorías y proteínas —ya sea como reserva para un mal año o como alimento básico—. Los animales domesticados —especialmente las ovejas y las cabras, en nuestro caso— pueden verse bajo el mismo prisma. Son nuestros serviciales esclavos recolectores cuadrúpedos (o bípedos, en el caso de gallinas, patos y gansos). Gracias a sus bacterias intestinales pueden digerir plantas que nosotros no somos capaces de encontrar y/o descomponer y pueden devolvérnoslas, por así decir, en su forma «cocinada», como grasa y

proteína, que tanto ansiamos y podemos digerir. Criamos selectivamente estos animales domesticados por las cualidades que deseamos: reproducción rápida, tolerancia al confinamiento, docilidad, producción de carne, leche y lana.

La domesticación de plantas y animales no era, como he señalado, estrictamente necesaria para el sedentarismo, pero creó las condiciones para un nivel de concentración de alimentos y población sin precedentes, especialmente en los entornos agroecológicos más favorables: las ricas llanuras inundables, los suelos de *loess* y las aguas perennes. Por eso he decidido llamar a estos lugares *campamentos de reasentamiento multiespecífico del Neolítico tardío*. Ahora bien, resulta que, aunque ofrece condiciones ideales para la creación de un estado, el campo de reasentamiento multiespecífico del Neolítico tardío implicaba mucho más trabajo pesado que la caza y la recolección, y no era nada bueno para la salud. Cuesta entender por qué alguien que no esté impulsado por el hambre, el peligro o la coacción renunciaría voluntariamente a la caza y la recolección o al pastoreo para abrazar la agricultura a tiempo completo.

El término «domesticar» se entiende normalmente como un verbo activo que toma un objeto directo, como en «el *Homo sapiens* domesticó el arroz... domesticó la oveja», y así sucesivamente. Esto pasa por alto la agencia activa de los domesticados. No está tan claro, por ejemplo, hasta qué punto nosotros hemos domesticado al perro o el perro nos ha domesticado a nosotros. Y qué decir de los «comensales» —gorriones, ratones, gorgojos, garrapatas, chinches— que no fueron invitados al campo de asentamiento, sino que entraron de rondón porque encontraron agradables la compañía y la comida. ¿Y qué hay de los «domesticadores en jefe», los *Homines sapientes*? ¿No fueron, a su vez, domesticados, atados a su ronda diaria de arar, plantar, desherbar, cosechar, trillar, moler, todo en nombre de sus granos favoritos, y de atender a las necesidades de su ganado? Constituye casi una pregunta metafísica quién es el sirviente de quién —al menos hasta que llega la hora de comer—.

En el capítulo segundo se explora el significado de la domesticación para las plantas, el hombre y la bestia. Sostengo, como otros, que la domesticación debe ser entendida de manera expansiva, como el esfuerzo continuo del *Homo sapiens* por moldear todo el entorno a su gusto. Dado nuestro frágil conocimiento sobre cómo funciona el mundo natural, se podría decir que dicho esfuerzo ha resultado más fructífero en consecuencias *no intencionadas* que en efectos intencionados. Aunque algunos consideran que el Antropoceno *espeso* comenzó con el depósito mundial de radiactividad tras el lanzamiento de la primera bomba ató-

mica, existe lo que he denominado un Antropoceno «fino» que data del uso del fuego por el *Homo erectus* hace aproximadamente medio millón de años y que se amplía mediante el desmonte para la agricultura y el pastoreo y las consiguientes deforestación y sedimentación. El impacto y el ritmo de este Antropoceno temprano crece a medida que lo hace la población mundial hasta, aproximadamente, veinticinco millones de personas en el año 2000 a. e. c. No hay ninguna razón en particular para insistir en la etiqueta «Antropoceno» —un término tan en boga como fuertemente debatido mientras escribo—, pero sí existen muchas razones para enfatizar el impacto ambiental global de la domesticación del fuego, las plantas y los animales de pastoreo.

La «domesticación» cambió la composición genética y la morfología tanto de los cultivos como de los animales en torno a la *domus*. La concurrencia de plantas, animales y humanos en asentamientos agrícolas creó un ambiente nuevo y, en gran parte, artificial, en el que la presión de la selección darwiniana operó para promover nuevas adaptaciones. Los nuevos cultivos se convirtieron en «casos perdidos» que ya no podían sobrevivir sin nuestras atenciones y protección constantes. Lo mismo ocurrió con las ovejas y cabras domesticadas, que se hicieron más pequeñas, más tranquilas, menos conscientes de sus entornos y con un menor dimorfismo sexual. En este contexto, me pregunto si acaso también nosotros nos hemos visto afectados por un proceso similar. ¿En qué medida hemos resultado también domesticados por la *domus*, por nuestro confinamiento, por el hacinamiento, por nuestras diferentes pautas de actividad física y organización social? Por último, sostendré que, si ponemos frente a frente el mundo de la agricultura —obligada como está al metrónomo de un grano de cereal dominante— con el mundo del cazador-recolector, la vida agrícola es, comparativamente, más estrecha desde el punto de vista de la experiencia, y más pobre tanto en un sentido cultural como ritual.

Las cargas de la vida para los que no formaban parte de las elites en los primeros estados, tema del capítulo tercero, eran considerables. La primera, como se ha señalado anteriormente, era el trabajo pesado. No hay duda de que, con la posible excepción de la agricultura de recesión (*décrue*), la agricultura era más onerosa que la caza y la recolección. Como han observado Ester Boserup y otros, no hay razón para que, en la mayoría de los entornos, un recolector se dedique a la agricultura, a menos que se vea obligado a ello por la presión demográfica o alguna forma de coacción. Una segunda carga, tan pesada como imprevista, de la agricultura fue el directo efecto epidemiológico de la concentración —no solo de personas, sino también de ganado, cultivos y del gran sé-

quito de parásitos que los acompañaron a la *domus* o se desarrollaron allí—. Las enfermedades con las que estamos familiarizados ahora —sarampión, paperas, difteria y otras infecciones extrahospitalarias— hicieron su aparición inicial en los primeros estados. Parece casi seguro que muchos de los primeros estados colapsaron como resultado de epidemias análogas a la peste antonina y a la plaga de Justiniano en el primer milenio e.c. o a la Peste Negra del siglo XIV en Europa. Después llegó otra plaga: la plaga estatal de los impuestos en forma de grano, peonadas y reclutamiento, más allá del oneroso trabajo agrícola. En tales circunstancias, ¿cómo consiguió el estado primitivo arreglárselas para reunir, mantener y aumentar su población de súbditos? Hay quien ha llegado a sostener que la formación del estado *solo* fue posible allí donde la población estaba rodeada por el desierto, las montañas o una periferia hostil[11].

El cuarto capítulo está dedicado a lo que podría llamarse la hipótesis del grano. Seguramente, sorprenderá que casi todos los estados clásicos se basaran en los cereales, incluyendo el mijo. La historia no registra ningún estado de yuca, sagú, boniato, ñame, banano, fruto del pan o batata (¡las «repúblicas bananeras» no cuentan!). Mi hipótesis es que solo los granos resultan perfectamente idóneos para la producción concentrada, la liquidación de impuestos, la apropiación, las encuestas catastrales, el almacenamiento y el racionamiento. En un suelo adecuado, el trigo proporciona la agroecología necesaria para las densas concentraciones de súbditos humanos.

En cambio, el tubérculo casava (también llamado mandioca, yuca) crece bajo tierra, requiere pocos cuidados, es fácil de ocultar, madura en un año y, lo que es más importante, puede dejarse en el suelo sin peligro y permanece comestible durante dos años más. Si el estado quiere tu casava, tendrá que venir y desenterrar los tubérculos uno por uno, y lo que obtendrá es una carga de escaso valor y gran peso para su transporte. Si evaluáramos los cultivos desde la perspectiva del «recaudador de impuestos» premoderno, los principales granos (sobre todo, el arroz anegado) se contarían entre los preferidos, y las raíces y los tubérculos entre los menos deseables.

De ello se deduce, creo, que la formación de un estado solo es posible cuando se dan pocas alternativas a una dieta dominada por los cereales domesticados. Mientras la subsistencia esté repartida en varias redes alimentarias, como es el caso de los cazadores-recolectores, los cultivadores itinerantes, los recolectores marinos, etc., es poco probable que surja un estado, ya que no se dispone de ningún alimento básico, fá-

11. Carneiro, «A Theory of the Origin of the State».

cilmente conmensurable y accesible, que sirva de base para la apropiación. Cabría imaginar, por ejemplo, que las antiguas legumbres domesticadas —los guisantes, la soja, los cacahuetes o las lentejas, todos ellos nutritivos y fáciles de secar para su almacenamiento— podrían servir como un cultivo fiscalizable. En este caso, el obstáculo es que la mayoría de las legumbres son cultivos de crecimiento irregular, que pueden recogerse mientras crecen; no tienen, pues, una cosecha fija, algo que requiere el recaudador de impuestos.

Algunos entornos agroecológicos, debido a la riqueza de los limos y a la abundancia de agua, pueden considerarse «preadaptados» a la concentración de campos de cereales y de población. Y, a su vez, esas zonas constituyen potenciales emplazamientos para la construcción estatal. Dichos entornos quizá resulten necesarios para esta construcción temprana, pero no suficientes. Se podría decir que el estado tiene una afinidad electiva por tales localizaciones. Al contrario de lo que antes se pensaba, el estado no inventó el riego como una forma de concentrar la población y, mucho menos, de domesticación de los cultivos; ambas fueron logros de pueblos preestatales. Sin embargo, lo que el estado, una vez establecido, sí ha hecho a menudo es mantener, amplificar y expandir el entorno agroecológico que constituye la base de su poder por medio de lo que podríamos llamar el paisajismo estatal. Se incluye aquí la reparación de los canales afectados por el aterramiento, la excavación de nuevos canales de toma, el asentamiento de prisioneros de guerra en tierras de cultivo, la penalización de los individuos que no se dedican a la agricultura, el despeje de nuevos campos, la prohibición de actividades de subsistencia no gravables como el pastoreo y la recolección, y el intento de impedir la huida de sus súbditos.

Existe, creo yo, algo así como un módulo agroeconómico que caracteriza a la mayoría de los primeros estados. Ya sea que el grano en cuestión sea trigo, cebada, arroz o maíz —los cuatro cultivos que representan, aún hoy, más de la mitad del consumo calórico mundial—, sus patrones poseen un aire de familia. El primer estado pone sus esfuerzos en la creación de un paisaje, legible, seguro y relativamente uniforme de cultivos de cereales gravables, y en mantener en esta tierra una gran población disponible para la corvea, el reclutamiento y, por supuesto, la producción de grano. Por montones de razones, ecológicas, epidemiológicas y políticas, a menudo el estado no logra este objetivo, pero no por ello deja de ser, por así decir, la niña de sus ojos.

Un lector atento podría preguntarse en este punto qué es, entonces, un estado. Pienso que las entidades políticas de la temprana Mesopotamia se convirtieron gradualmente en estados. Esto es, la «estatalidad»

es, en mi opinión, un *continuum* institucional, no tanto una cuestión de todo o nada, como un juicio de más o menos. Un sistema de gobierno con un rey, personal administrativo especializado, jerarquía social, un centro monumental, murallas, recaudación de impuestos y sistema de distribución es, ciertamente, un «estado» en el sentido fuerte del término. Tales estados existen desde los últimos siglos del cuarto milenio a. e.c. y parecen estar bien atestiguados por la poderosa organización territorial de Ur III en el sur de Mesopotamia, como muy tarde, alrededor del año 2100. Antes hubo entidades políticas con poblaciones numerosas, comercio, artesanos y, al parecer, asambleas ciudadanas, pero cabría discutir hasta qué punto dichas características pueden satisfacer una definición fuerte de estatalidad.

Como debería resultar obvio a estas alturas, la llanura aluvial meridional de Mesopotamia ocupa el centro de mi atención geográfica por la sencilla razón de que fue allí donde surgieron por primera vez los pequeños estados. «Prístinos» es el adjetivo que normalmente se usa para describirlos. A pesar de que los asentamientos fijos y los cereales domesticados pueden encontrarse antes en otros lugares (por ejemplo, en Jericó, en el Levante y en los «flancos montañosos» al este de la llanura aluvial), no dieron lugar a estados. Las formas estatales mesopotámicas, a su vez, influyeron en las prácticas estatalizadoras subsiguientes en Egipto, en la Mesopotamia septentrional e incluso en el valle del Indo. Por esta razón, y ayudado por las tablillas cuneiformes de arcilla que han sobrevivido y por la prodigiosa erudición en esta disciplina, me centro en los estados mesopotámicos. Cuando los paralelismos o contrastes resultan llamativos y apropiados, me referiré, ocasionalmente, a la temprana construcción estatal en el norte de China, a Creta, a Grecia, a Roma y a los mayas.

Estaría tentado a decir que los estados surgen, cuando lo hacen, en áreas ecológicamente ricas. Pero sería un error. Lo que se requiere es riqueza en forma de cultivo de grano dominante apropiado y conmensurable, y una población que lo cultive y que pueda ser fácilmente administrada y movilizada. Las zonas de gran abundancia, pero también gran diversidad, como los humedales, que ofrecen numerosas opciones de subsistencia a una población móvil, no resultan zonas adecuadas para la creación con éxito de estados debido, precisamente, a su ilegibilidad y a su evasiva diversidad. Esta lógica de cultivos y personas evaluables y accesibles resulta también de aplicación, a menor escala, a los esfuerzos de control y legibilidad de las *reducciones* españolas del Nuevo Mundo, con sus numerosos asentamientos misioneros, y ese ejemplo modélico de legibilidad que es la plantación de monocultivos con su mano de obra en barracones.

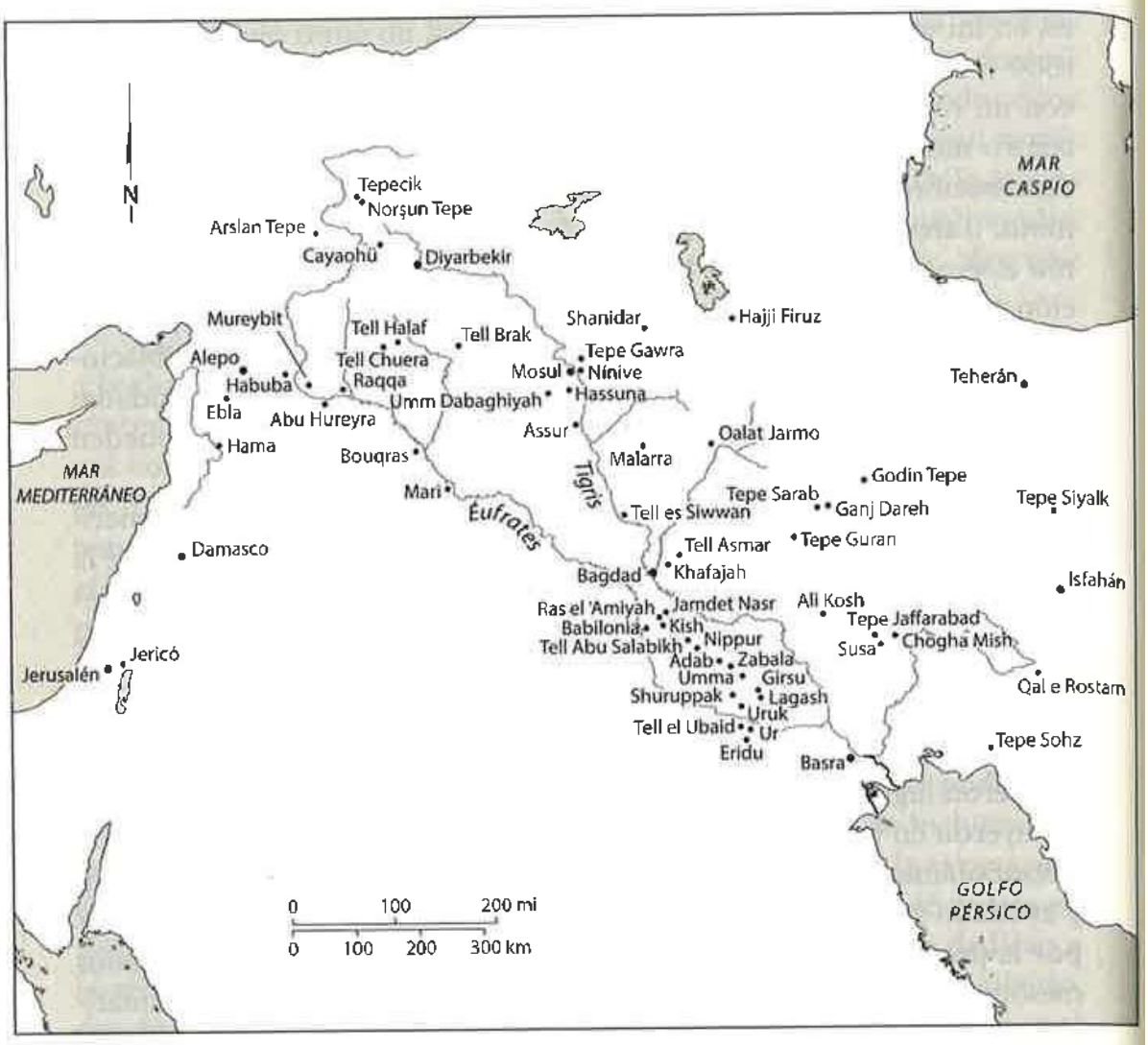

Fig. 3. Mesopotamia: región Tigris-Éufrates.

También la cuestión más amplia, que abordo en el quinto capítulo, resulta importante por tener que ver con el papel de la coerción en el establecimiento y el mantenimiento del estado antiguo. Aunque es objeto de acalorado debate, entra directamente en el meollo de la narrativa tradicional del progreso civilizatorio. Si la formación de los estados más tempranos se mostró en gran medida como una empresa coercitiva, debería reexaminarse esa visión del estado, tan apreciada por los teóricos del contrato social, como Hobbes o Locke, como un imán de la paz civil, del orden social y de la liberación de los temores, que atrajo a los pueblos por su carisma.

De hecho, según veremos, el estado temprano resultó a menudo incapaz de mantener su población; era excepcionalmente frágil desde un punto de vista epidemiológico, ecológico y político, y propenso al co-

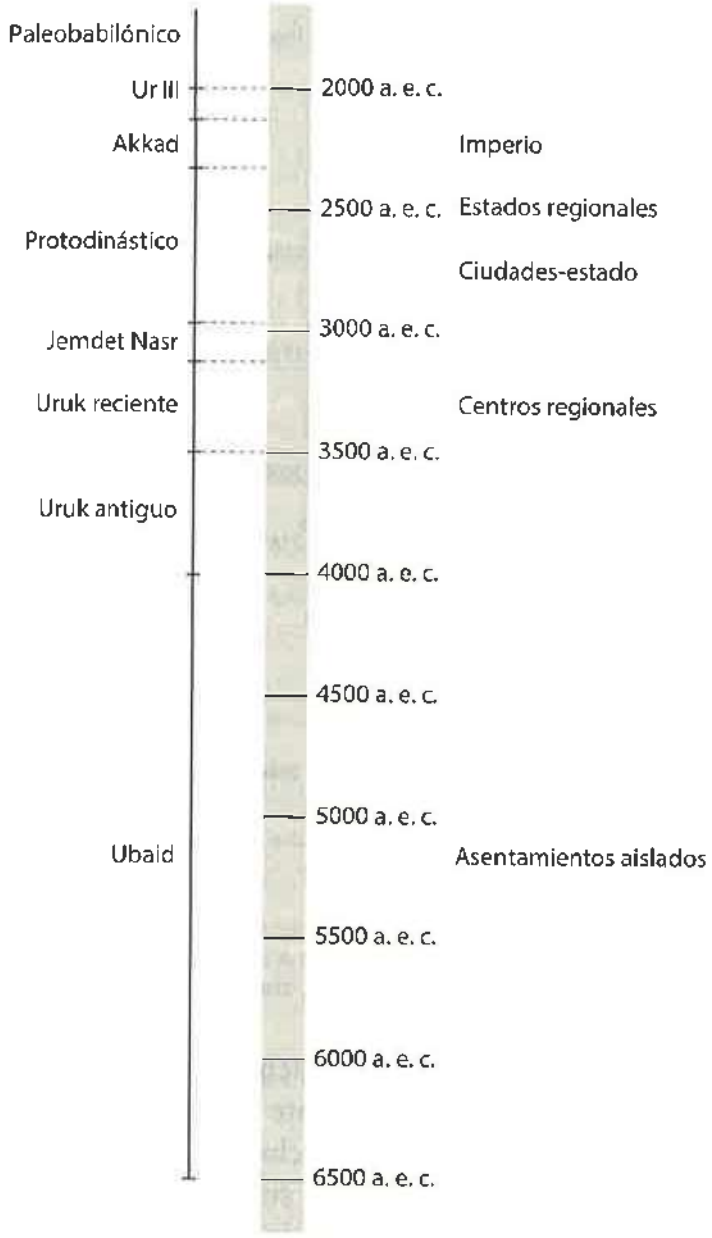

Fig. 4. Cronología: antigua Mesopotamia.

lapso o a la fragmentación. Sin embargo, si los estados se disolvían con frecuencia, ello no sucedía porque no ejercieran todas las formas de poder coercitivo a su disposición. La evidencia del uso masivo del trabajo forzado —prisioneros de guerra, servidumbre bajo contrato, esclavitud en los templos, mercados de esclavos, reasentamiento forzoso en colonias de trabajo, trabajo de convictos y esclavitud comunitaria (por ejemplo, los ilotas de Esparta)— es abrumadora. El trabajo forzado resultó particularmente importante para la construcción de murallas y carreteras, la excavación de canales, la minería, la explotación de canteras, la

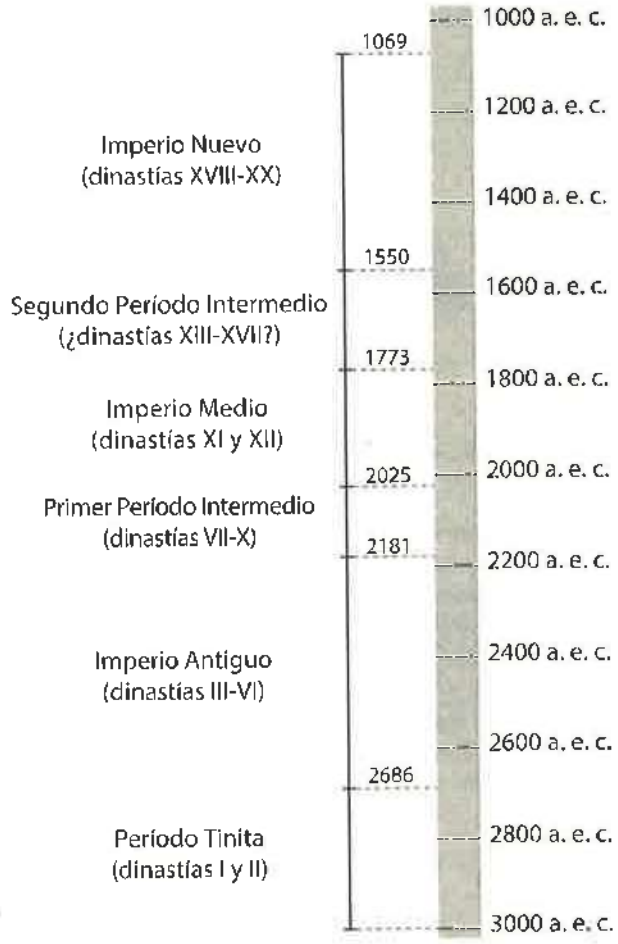

Fig. 5. Cronología: Nilo, antiguo Egipto.

tala de árboles, la construcción monumental, el tejido de la lana y, por supuesto, el trabajo agrícola. Es evidente la atención que se prestaba a la «economización» de la población, incluidas las mujeres, como forma de riqueza, como ganado, fomentando su fertilidad y altas tasas reproductivas. El mundo antiguo, sin duda, compartía la opinión de Aristóteles de que el esclavo era, como el animal de tiro, una «herramienta de trabajo». Aun antes de aparecer los términos para designar a los esclavos en los primeros escritos, el registro arqueológico ya tiene mucho que contar con sus representaciones en bajorrelieve de esclavos cautivos y harapientos, conducidos de vuelta desde el campo de victoria y, en Mesopotamia, con sus miles de cuencos idénticos, pequeños y biselados, que servían, con toda probabilidad, para las raciones de cebada o cerveza de las cuadrillas de trabajo.

La esclavitud formalizada en el mundo antiguo alcanza su apoteosis en la Grecia clásica y la temprana Roma imperial, estados esclavistas en el sentido pleno que se aplica al Sur prebélico en los Estados Unidos.

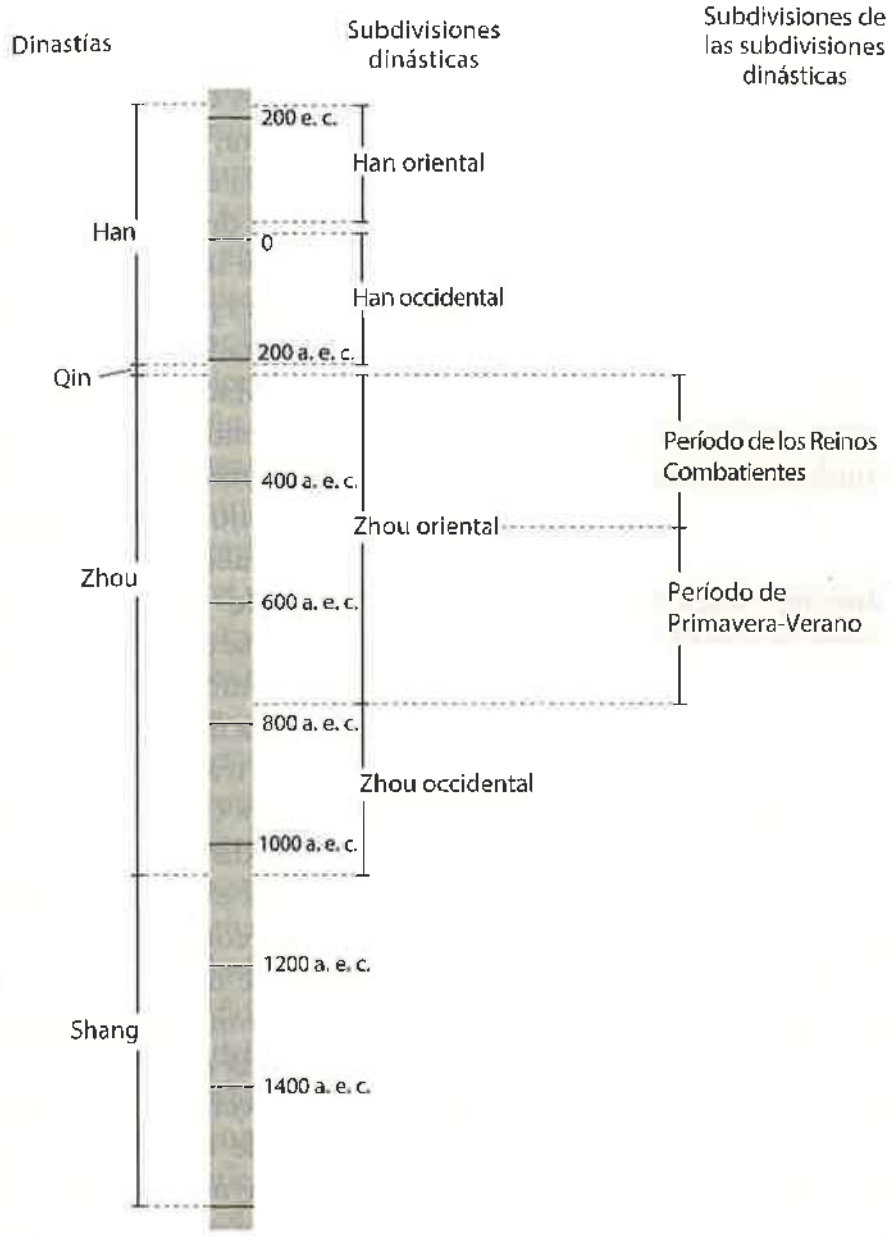

Fig. 6. Cronología: río Amarillo, antigua China.

Una esclavitud de este tipo, aunque no ausente en Mesopotamia y el antiguo Egipto, fue menos dominante que otras formas de trabajo forzado, como los miles de mujeres de los grandes talleres en Ur que elaboraban textiles para la exportación. Que buena parte de la población de Grecia y la Italia romana estaba siendo retenida en contra de su voluntad queda patentemente atestiguado por las rebeliones de esclavos en la Italia romana y en Sicilia, por las ofertas de libertad en tiempos de guerra —por parte de Esparta a los esclavos atenienses, y por parte de los atenienses a los ilotas de Esparta— y por las frecuentes referencias a po-

blaciones que huían y se escondían en Mesopotamia. Ello nos recuerda la advertencia de Owen Lattimore de que las grandes murallas de China fueron construidas tanto para mantener a los contribuyentes chinos *dentro* como para mantener a los bárbaros *fuera*. Por variable y difícil de cuantificar que resulte a lo largo del tiempo la esclavitud, esta parece haber sido una condición para la supervivencia del estado antiguo. Los primeros estados, ciertamente, no inventaron la institución de la esclavitud, pero la codificaron y la organizaron como proyecto estatal.

Históricamente hablando, los primeros estados eran instituciones novedosas; no había relojes de príncipes, ni Maquiavelos que los gobernantes pudieran consultar, por lo que no resulta sorprendente que, a menudo, contaran con una vida exigua. La dinastía Qin de China, famosa por sus muchas innovaciones de gobierno fuerte, apenas duró quince años. La agroecología favorable a la creación de estados fue relativamente estacionaria, mientras que los estados que aparecen ocasionalmente en estas localizaciones se encienden y se apagan como semáforos erráticos. Las razones de esta fragilidad y cómo podríamos entender su más amplio significado proporcionan el tema del capítulo sexto.

Se han vertido ríos de tinta arqueológica tratando de explicar el «colapso» maya, el «Primer Período Intermedio» egipcio y la «Edad Oscura» de Grecia. A menudo, las pruebas de que disponemos no nos proporcionan ninguna pista definitiva. Lo normal es que las causas sean múltiples y que resulte arbitrario señalar una como decisiva. Al igual que sucede en el caso de un paciente que sufre muchas enfermedades subyacentes, es difícil especificar la causa de la muerte. Y cuando, por ejemplo, una sequía lleva al hambre y luego a la resistencia y a la huida, de la que, a su vez, se aprovecha un reino vecino para invadirlo, saquearlo y apoderarse de su población, ¿cuál de estas causas debemos preferir? El escaso registro escrito raramente ayuda. Cuando un reino es destruido por una invasión, los saqueos, la guerra civil o la rebelión, los escribas depuestos raramente permanecen en sus puestos lo suficiente como para registrar la debacle. Ocasionalmente, aparecen evidencias de que un complejo palacial ha sido incendiado; pero no está claro por quién ni por qué razón.

Aquí hago hincapié en particular en las causas de la fragilidad que son intrínsecas a la agroecología de los primeros estados. Las causas extrínsecas —como la sequía o el cambio climático (claramente implicadas en varios «colapsos» regionales simultáneos)— pueden, de hecho, resultar, en general, más importantes para el colapso de un estado, pero las causas intrínsecas nos dicen más sobre los aspectos autorrestrictivos de los primeros estados. Con este fin, mi especulación seguirá tres lí-

neas de falla, subproducto de la propia formación estatal. La primera son los efectos de la enfermedad en las concentraciones sin precedentes de cultivos, personas y ganado junto con sus parásitos y patógenos concomitantes. Imagino, como otros, que las epidemias de uno y otro tipo, incluyendo las enfermedades de los cultivos, fueron responsables de bastantes colapsos repentinos. Sin embargo, es difícil conseguir pruebas. Más insidiosos son dos efectos ecológicos del urbanismo y de la agricultura de riego intensivo. El primero dio lugar a una constante deforestación de la cuenca alta de los estados ribereños y a los subsiguientes aterramientos e inundaciones. La segunda dio lugar a una bien documentada salinización del suelo, a un menor rendimiento y al ulterior abandono de las tierras cultivables.

Quiero, por último, cuestionar, como han hecho otros, el uso del término «colapso» para describir muchos de estos acontecimientos[12]. De forma inconsciente, «colapso» denota la tragedia civilizatoria de un gran reino primitivo que se está hundiendo, junto con sus logros culturales. Deberíamos hacer una pausa antes de adoptar este uso. Muchos reinos eran, de hecho, confederaciones de asentamientos menores, y «colapsar» podría, simplemente, significar que han vuelto a fragmentarse en sus partes constitutivas, tal vez para volver a unirse más tarde. En el caso de la reducción de las precipitaciones y del rendimiento de los cultivos, el «colapso» podría implicar una dispersión más bien rutinaria para hacer frente a la periódica variación climática. Incluso en el caso de, digamos, la huida o la rebelión contra los impuestos, la corvea o el reclutamiento, ¿no podríamos celebrar —o, al menos, no deplorar— la destrucción de un orden social opresivo? Finalmente, en caso de que sean los llamados bárbaros los que estén a las puertas, no debemos olvidar que a menudo adoptan la cultura y el idioma de los gobernantes a los que deponen. Las civilizaciones nunca deberían ser confundidas con los estados a los que habitualmente sobreviven, ni tampoco deberíamos preferir irreflexivamente unidades de orden político mayores a las más pequeñas.

Y ¿qué hay de esos bárbaros que, en la época de los primeros estados, son vastamente más numerosos que los súbditos del estado y que, aunque dispersos, ocupan la mayor parte de la superficie habitable de la Tierra? El término «bárbaro», como sabemos, fue originalmente aplicado por los griegos a todos los que no hablaban su lengua: a los esclavos capturados, así como a algunos vecinos bastante «civilizados», como los egipcios, los persas y los fenicios. Se suponía que «ba-ba» era una paro-

12. Véase McAnany y Yofee, *Questioning Collapse*.

dia del sonido del habla no griega. De una u otra forma, el término fue reinventado por todos los primeros estados para diferenciarse de los de fuera. Me parece, por tanto, apropiado que el séptimo y último capítulo esté dedicado a los «bárbaros», a esa vasta población que, simplemente, no estaba sujeta al control del estado. Continuaré usando el término «bárbaro» —como un guiño evidente— en parte porque quiero argumentar que la era de los primeros y frágiles estados fue un tiempo en el que era bueno ser bárbaro. La duración de este período variaba de un lugar a otro dependiendo de la fuerza del estado y de la tecnología militar; mientras duró, podría llamarse la edad de oro de los bárbaros. La zona bárbara, por así decir, resulta ser, en esencia, la imagen especular de la agroecología del estado. Una zona de caza, de roza y quema, de marisqueo, de recolección, pastoreo, de raíces y tubérculos, y de poco o ningún cultivo permanente de cereales. Una zona de movilidad física, y de estrategias de subsistencia cambiantes y entremezcladas: en dos palabras, producción «ilegible». Si el reino bárbaro es un reino de diversidad y complejidad, el reino estatal lo es, en términos agroeconómicos, de relativa simplicidad. Los bárbaros no son, esencialmente, una categoría cultural; son una categoría política utilizada para designar poblaciones no administradas (¿aún?) por el estado. La línea fronteriza en la que empiezan los bárbaros es la línea en la que terminan los impuestos y los cereales. Los chinos usaban los términos «crudo» y «cocido» para distinguir entre bárbaros. Entre grupos con el mismo idioma, cultura y sistemas de parentesco, el segmento «cocido» o más «evolucionado» se refería a aquellos cuyos hogares habían sido registrados y que, aunque solo nominalmente, eran gobernados por magistrados chinos. Se decía que «habían entrado en el mapa».

Como comunidades sedentarias, los primeros estados eran vulnerables a los pueblos no estatales, de mayor movilidad. Si uno piensa en los cazadores y recolectores como especialistas en la localización y explotación de fuentes de alimentos, las agregaciones estáticas de personas, granos, ganado, textiles y productos metálicos de las comunidades sedentarias representaban una cosecha relativamente fácil. ¿Por qué debería alguien tomarse la molestia de cultivar una cosecha cuando, al igual que el estado (!), puede sencillamente confiscarla del granero? Como atestigua elocuentemente el dicho bereber, «El saqueo es nuestra agricultura». El crecimiento de los asentamientos agrícolas sedentarios que fueron en todas partes la base de los primeros estados puede ser visto como un nuevo y muy lucrativo lugar de recolección para los pueblos no estatales —una ventanilla única, por así decir—. Como pudieron observar los nativos americanos, la mansa vaca europea era más

fácil de «cazar» que el ciervo cola blanca. Las consecuencias para el estado primitivo fueron considerables. O bien invertía cuantiosamente en defensas contra los asaltos y/o pagaba tributo —extorsión— a los posibles asaltantes, a cambio de que no lo saquearan. En cualquier caso, la carga fiscal del estado temprano, y por tanto su fragilidad, aumentó considerablemente.

Aunque la espectacularidad de los asaltos tiende a dominar los relatos de las relaciones del estado temprano con los bárbaros, fue, sin duda, mucho menos importante que el comercio. Los primeros estados, situados en su mayoría en ricas tierras aluviales, fueron socios comerciales naturales de sus vecinos bárbaros. Saqueando en un entorno mucho más diverso, solo los bárbaros podían proveer los recursos imprescindibles, sin los cuales el primer estado no podía sobrevivir mucho tiempo: minerales metálicos, madera, cueros, obsidiana, miel, plantas medicinales y aromáticas. El reino de las tierras bajas era más valioso como depósito comercial, a largo plazo, que como lugar de saqueo. Representaba un mercado grande, nuevo y lucrativo para los productos del interior, que se podían intercambiar por productos de las tierras bajas, como cereales, textiles, dátiles y pescado seco. Una vez que el desarrollo de la navegación costera permitió incrementar el comercio a larga distancia, su volumen se disparó. Para hacerse una idea de sus efectos, basta con recordar el impacto que tuvo en la caza de los nativos americanos el mercado europeo de pieles de castor. La caza y la recolección se convirtieron, con la expansión del comercio, más en una empresa comercial y empresarial que en una mera actividad de subsistencia.

El resultado de esta simbiosis fue una hibridación cultural mucho mayor de lo que parece implicar la típica dicotomía «civilizado-bárbaro». Se ha argumentado de forma convincente que los primeros estados y los primeros imperios se vieron normalmente ensombrecidos por un «gemelo bárbaro», que se desarrolló con él y cuyo destino compartió en su caída[13]. Los *oppida* comerciales celtas al margen del Imperio romano son un ejemplo de esta dependencia.

Así, la larga época de estados agrícolas relativamente débiles y de numerosos pueblos no estatales a caballo fue una suerte de edad de oro de los bárbaros: disfrutaron de un rentable comercio con los primeros estados, incrementado con tributos y saqueos cuando era necesario; evitaron los inconvenientes de los impuestos y del trabajo agrícola; y gozaron de una dieta más nutritiva y variada, y de una mayor movilidad física.

13. Véase Thomas J. Barfield, *The Perilous Frontier: Nomadic Empires and China*, Blackwell, Oxford, 1992.

Sin embargo, dos aspectos de este comercio resultaban, a un tiempo, melancólicos y fatales. Tal vez la principal mercancía comercializada con los primeros estados fue el esclavo —habitualmente de entre los propios bárbaros—. Los antiguos estados reponían su población mediante guerras de captura y comprando esclavos a gran escala a los bárbaros que se especializaron en su trata. Además, apenas si había un estado primitivo que no contratara mercenarios bárbaros para su defensa. Al vender tanto a sus camaradas bárbaros como su propio servicio militar a los primeros estados, los bárbaros contribuyeron poderosamente al declive de su breve edad de oro.

1

LA DOMESTICACIÓN DEL FUEGO, LAS PLANTAS, LOS ANIMALES... Y NOSOTROS

Fuego

El significado del fuego para los homínidos y, en última instancia, para el resto del mundo natural, se intuye vívidamente en una cueva excavada en Sudáfrica[1]. En el nivel más profundo y, por tanto, más antiguo, no hay depósitos de carbón ni, por ende, de fuego. Aquí aparecen vestigios de esqueletos completos de grandes felinos y restos fragmentarios de huesos —con marcas de dientes— de fauna diversa, entre la cual está el *Homo erectus*. En un nivel más alto y posterior se encuentran depósitos de carbón como indicios de fuego. Aquí hay restos de esqueletos completos de *Homo erectus* y restos fragmentarios de huesos de varios mamíferos, reptiles y aves, entre los cuales hay unos pocos huesos roídos de grandes felinos. El cambio en la «propiedad» de la cueva y la inversión de quién aparentemente se estaba comiendo a quién testimonian elocuentemente el poder del fuego para las especies que aprendieron a usarlo primero. Cuando menos, el fuego proporcionaba calor, luz y relativa seguridad frente a los predadores nocturnos, y constituía también el precursor de la *domus* o del hogar.

La idea de que el uso del fuego fuera *la* transformación decisiva en la suerte de los homínidos parece convincente. Ha sido la más antigua y la mejor herramienta para transformar el mundo natural. Con todo, «herramienta» quizá no sea la palabra exacta; a diferencia de un inanimado cuchillo, el fuego tiene vida propia. En el mejor de los casos, es «se-

1. C. K. Brain, *The Hunters or the Hunter? An introduction to African Cave Taphonomy*, Chicago University Press, Chicago, 1981, citado en Goudsblom, *Fire and Civilization* [hay trad. cast. de Óscar Luis Molina S., *Fuego y civilización*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1995].

midoméstico», aparece cuando no se lo espera y, si no está totalmente vigilado, escapa de sus grilletes para llegar a ser peligrosamente salvaje.

El uso del fuego por parte de los homínidos es históricamente profundo y omnipresente. La evidencia de hogueras humanas posee al menos 400 000 años de antigüedad, mucho antes de que nuestra especie entrara en escena. Gracias a los homínidos, gran parte de la flora y la fauna del mundo está compuesta por especies adaptadas al fuego (pirófilas), estimuladas por la quema. Los efectos del fuego antropogénico son tan enormes que, en un relato imparcial del impacto humano en el mundo natural, podrían dejar en nada a la domesticación de cultivos y ganados. La razón por la que el fuego humano como arquitecto del entorno no se registra como debiera en nuestros relatos históricos se debe, quizá, a que sus efectos se extendieron a lo largo de cientos de milenios y fueron provocados por pueblos «precivilizados», también conocidos como «salvajes». En nuestra era de la dinamita y los buldóceres pareciera una especie de paisajismo ambiental a cámara lenta. Pero sus efectos acumulados fueron trascendentales.

Nuestros antepasados no podían dejar de notar cómo los incendios naturales transformaban el paisaje: cómo eliminaban la antigua vegetación y alentaban una rápida colonización de pastos y arbustos, muchos de los cuales aportaban semillas, bayas, frutas y nueces apetecibles. Tampoco podían dejar de percibir que un incendio alejaba la caza a su paso, exponía las madrigueras y los nidos ocultos de la caza menor y, lo que es más importante, estimulaba a continuación el crecimiento de los brotes y las setas que atraía a los animales que pastan. Los nativos de Norteamérica prendían fuego para esculpir los paisajes favoritos de los alces, ciervos, castores, liebres, puercoespines, grévoles engolados, pavos y codornices que cazaban. Las presas que obtenían de este modo constituían una suerte de *cosecha* de piezas que habían agrupado deliberadamente mediante la cuidadosa creación de un hábitat que les resultara tentador[2]. Aparte de ser los diseñadores de cotos de caza —verdaderas reservas—, los primeros humanos se servían del fuego para la caza mayor. Las pruebas sugieren que, mucho antes de que aparecieran el arco y la flecha, aproximadamente hace unos 20 000 años, los homínidos ya usaban el fuego para obligar a los rebaños a caer por precipicios y para empujar a los elefantes a las ciénagas donde, inmovilizados, podían rematarlos con facilidad.

El fuego fue la clave del creciente dominio de la humanidad sobre el mundo natural: el monopolio de una especie y su carta ganadora en

2. Cronon, *Changes in the Land*.

todo el mundo. La selva amazónica presenta huellas indelebles del uso del fuego para despejar la tierra y abrir el dosel arbóreo; el paisaje australiano de eucaliptos es, en gran medida, efecto del fuego humano. La dimensión de este tipo de paisajismo en Norteamérica fue tal que, cuando se detuvo abruptamente debido a las devastadoras epidemias que trajeron los europeos, el nuevo crecimiento descontrolado de la superficie forestal creó la ilusión ante los colonos blancos de que Norteamérica era un bosque primario prácticamente virgen. Según algunos climatólogos, la ola de frío conocida como Pequeña Edad de Hielo, fechada aproximadamente entre 1500 y 1850, bien podría haberse debido a la reducción del CO_2 —un gas de efecto invernadero— provocada por la desaparición de los granjeros del fuego indígenas de Norteamérica[3].

Desde nuestra perspectiva, esta ingeniería paisajística a cámara lenta supuso, con el tiempo, la concentración progresiva de recursos de subsistencia en un área cada vez más reducida. Reorganizó, mediante una forma de horticultura aplicada por medio del fuego, la flora y la fauna deseables en un círculo más estrecho en torno al asentamiento (o a los asentamientos), facilitando la caza y la recolección. El radio para una comida, podría decirse, se redujo. Los recursos de subsistencia estaban más cerca y más a mano, eran más abundantes y más predecibles. Dondequiera que los humanos y el fuego cooperaban esculpiendo el entorno para facilitar la caza y recolección, eran pocos los bosques «clímax» pobres en nutrientes que se dejaban crecer. No estamos todavía, ni mucho menos, cerca de los bueyes, el arado y el ganado domesticado de la *domus*, pero sí que estamos asistiendo a una intensificación sistemática de la gestión del paisaje y de los recursos de enormes proporciones, que es anterior en cientos de milenios al verdadero cultivo de cosechas totalmente domesticadas y al pastoreo. A diferencia de la teoría de la recolección óptima que da por sentada la disposición del mundo natural y se pregunta cómo podría un actor racional distribuir sus esfuerzos para obtener alimento, lo que tenemos aquí es una perturbación ecológica deliberada mediante la cual los homínidos crean, con el tiempo, un mosaico de biodiversidad y una distribución de recursos deseables más de su gusto. Los biólogos evolucionistas denominan construcción de nichos a esta actividad que combina ubicación, reposicionamiento de recursos y seguridad física: piénsese en un castor.

3. Para esta aún discutida afirmación, véanse William Ruddiman, «The Anthropogenic Greenhouse Era Began Thousands of Years Ago»: *Climatic Change* 16 (2003), pp. 261-293; y R. J. Nevle *et al.*, «Ecological-Hydrological Effects of Reduced Biomass Burning in the Neo-Tropics After AD 1600», *Geological Society of America Meeting*, Minneapolis, 11 de octubre de 2011, resumen.

Al contemplar la concentración de recursos bajo esta luz, los hitos de la narrativa clásica de la civilización —la domesticación de plantas y animales— adquieren una nueva dimensión como elementos, entre otros muchos, de un *continuum de longue durée* de una construcción de nichos cada vez más elaborada[4].

El fuego también concentra poderosamente a las personas de otra manera: cocinando. Es casi imposible exagerar la importancia de la cocina en la evolución humana. La aplicación del fuego a los alimentos crudos externaliza el proceso digestivo; gelatiniza el almidón y desnaturaliza las proteínas. Esta descomposición química de los alimentos crudos, para la que un chimpancé requiere un intestino aproximadamente tres veces más grande que el nuestro, permite al *Homo sapiens* comer mucho menos alimento y gastar menos calorías para extraer los nutrientes. Las consecuencias son enormes. Permitió al hombre primitivo recolectar y comer una gama mucho más amplia de alimentos: plantas con espinas, pieles gruesas y cortezas pudieron ser abiertas, peladas y desintoxicadas por medio del cocinado; semillas duras y alimentos fibrosos que no habrían compensado el esfuerzo calórico que requeriría su ingesta se volvieron comestibles; la carne y las vísceras de pequeñas aves y roedores podían ser esterilizadas. Incluso antes de la llegada de la cocina, el *Homo sapiens* era un omnívoro de amplio espectro que molía, trituraba, machacaba, fermentaba y encurtía la carne y las plantas crudas, pero, con el fuego, la gama de alimentos que podía digerir se expandió exponencialmente. Como testimonio de esta gama, un yacimiento arqueológico del valle del Rift fechado hace 23 000 años evidencia una dieta que abarca cuatro redes tróficas (agua, bosques, pastizales y zonas áridas) y al menos 20 animales grandes y pequeños, 16 familias de aves y 140 tipos de frutas, nueces, semillas y legumbres, por no mencionar las plantas para usos medicinales y artesanales: cestas, tejidos, trampas y presas[5].

El fuego para cocinar era, al menos, tan importante para la concentración de la población como el fuego como arquitecto paisajista. Este último ponía al alcance de la mano alimentos más apetecibles, mientras el primero hacía que toda una gama de alimentos no digeribles hasta entonces resultaran ahora nutritivos y comestibles. El radio de una comida

4. Zeder, «The Broad Spectrum Revolution at 40». Aunque me concentro aquí en el fuego como herramienta para la modificación del paisaje, la caza y la cocina, el fuego se empleó también como herramienta para endurecer herramientas de madera, para partir piedras, para dar forma a las armas y para asaltar colmenas mucho antes de la revolución neolítica. Véase Pyne, *World Fire*.

5. Jones, *Feast*, p. 107.

se redujo mucho más. No solo eso, sino que los alimentos reblandecidos por medio del cocinado como forma de digestión externa facilitaron el destete y la alimentación de ancianos y desdentados.

Armado con el fuego para esculpir el entorno y capaz de comer mucho más de él, el hombre primigenio podía permanecer más cerca del hogar y, al mismo tiempo, establecer nuevos hogares en entornos hasta entonces inhóspitos. La colonización neandertal del norte de Europa es un ejemplo de ello, pues habría sido inconcebible sin el fuego para calentarse, cazar y cocinar.

Los efectos genéticos y fisiológicos de al menos medio millón de años de cocina han sido enormes. En comparación con nuestros primos primates, poseemos dientes más pequeños y un intestino de menos de la mitad de tamaño, y empleamos muchas menos calorías en masticar y digerir. Las ganancias en eficiencia nutricional, afirma Richard Wrangham, explican en gran medida el hecho de que nuestros cerebros sean tres veces más grandes de lo que cabría esperar, a juzgar por otros mamíferos[6]. En el registro arqueológico, el aumento en el tamaño del cerebro coincide con la aparición de los hogares y de los restos de comidas. Sabemos que cambios morfológicos de esta magnitud se han producido en otros animales en tan solo 20 000 años a partir de una modificación drástica en la dieta y en el nicho ecológico.

El fuego explica, en gran medida, nuestro triunfo reproductivo como el «invasor» de mayor éxito del mundo[7]. Al igual que ciertos árboles, plantas y hongos, somos una especie adaptada al fuego: pirófila. Hemos adaptado nuestros hábitos, nuestra dieta y nuestro cuerpo a las características del fuego y, al hacerlo, estamos condenados, por así decir, a su cuidado y a su alimentación. Si la piedra de toque de la domes-

6. Wrangham, *Catching Fire*, pp. 40-53 [hay trad. cast. de Pablo Hermida, *En llamas. Cómo la cocina nos hizo humanos*, Capitán Swing, Madrid, 2019].

7. En este punto, el lector podría preguntarse por qué el *Homo sapiens* fue un invasor de mayor éxito que el *Homo neanderthalensis* que, después de todo, también poseía fuego y cocina. Una respuesta, diferente de la de su mayor fertilidad, es la propuesta por Pat Shipman, que ha sugerido que la diferencia decisiva reside en otra herramienta, el lobo domesticado, que permitió que el *Homo sapiens* se convirtiera en un cazador de caza muchísimo más eficiente, en lugar de ser un mero carroñero. Nos explica persuasivamente que los «perros lobo» habrían sido domesticados —o se habrían acercado al *Homo sapiens*— hace más de 36 000 años, cuando los dos homínidos vivían muy próximos. Afirma también que este fue el momento en que la mayoría de los animales de caza mayor, debido al uso de perros de caza por parte del *Homo sapiens*, entraron en marcada decadencia o se extinguieron. Gran parte de su argumento se basa en la superposición temporal y espacial de las dos subespecies y en los cotos de caza por los que se enfrentaron. Constituye un misterio para mí por qué, entonces, el *Homo neanderthalensis* no domesticó al lobo. Véase *The Invaders*.

ticación de una planta o animal es que no pueda propagarse sin nuestra ayuda, entonces, por la misma razón, nuestra adaptación al fuego ha sido de tal magnitud que nuestra especie no tendría futuro sin él. Incluso pasando por alto completamente las artesanías dependientes del fuego que se desarrollaron más tarde —alfarero, herrero, panadero, ladrillero, vidriero, metalúrgico, orfebre, cervecero, carbonero, ahumador de alimentos, yesero— no es exagerado decir que dependemos por completo del fuego. En cierto modo, nos ha domesticado. Una pequeña pero contundente evidencia es que los crudistas que insisten en no cocinar nada pierden peso indefectiblemente[8].

Concentración y sedentarismo: la tesis de los humedales

Lo que podría haber sido una tendencia temprana al aumento de la población y a su asentamiento en el Creciente Fértil gracias a unas condiciones más cálidas y húmedas, finalizó abruptamente en torno al año 10800 a. e. c. Se cree que la ola de frío que siguió, de un milenio de duración, fue provocada por un formidable pulso de agua de deshielo de los glaciares de Norteamérica (lago Agassiz), que repentinamente drenaron hacia la zona oriental rumbo al Atlántico a través de lo que ahora llamamos río San Lorenzo[9]. La población se redujo y la restante retrocedió desde las tierras altas marginales a refugios en los que el clima y, por tanto, la flora y la fauna eran más favorables. Más tarde, alrededor de 9600 a. e. c., la ola de frío cesó y el clima se volvió más cálido y húmedo otra vez, y rápido. La temperatura media pudo haber aumentado hasta siete grados centígrados en solo una década. Los árboles, mamíferos y aves abandonaron los refugios para colonizar un paisaje repentinamente más acogedor y, con ellos, por supuesto, su animal de compañía, el *Homo sapiens*.

Casi al mismo tiempo, los arqueólogos han encontrado pruebas dispersas de la ocupación durante todo el año de muchos emplazamientos: el Natufiense en el Levante meridional y la etapa «precerámica» de las aldeas neolíticas de Siria, del centro de Turquía y de Irán occidental. Por

8. Para el fuego y la cocina, véanse Goudsblom, *Fire and Civilization*, y Wrangham, *Catching Fire*.

9. Anders E. Carlson, «What Caused the Younger Dryas Cold Event»: *Geology* 38/4 (2010), pp. 383-384, http://geology.gsapubs.org/content/38/4/383.short?rss=1&ssource=mfr. Aunque la datación del comienzo del Dryas Reciente y el giro del lago Agassiz hacia el este desde su drenaje al Misisipi no coinciden del todo, parece probable que un pulso de agua de deshielo fuera responsable de la ola de frío.

lo general, se encuentran en zonas ricas en agua y subsisten en gran medida gracias a la caza y a la recolección, aunque hay pruebas —discutidas— de horticultura de cereales y cría de ganado. Lo que no se discute, en cambio, es que entre 8000 y 6000 a. e. c. se estaban plantando todos los llamados «cultivos fundadores» —los cereales y las legumbres: lentejas, guisantes, garbanzos, yero y lino (para tejer)—, aunque generalmente a una escala modesta. En el mismo lapso de dos milenos —el calendario respecto a los cereales no está claro— aparecen las cabras, las ovejas, los cerdos y el ganado vacuno domesticados. Con este conjunto de domesticaciones se pone en marcha el «paquete neolítico», considerado como la revolución agrícola decisiva que marca el comienzo de la civilización, incluyendo las primeras pequeñas aglomeraciones urbanas.

Los asentamientos protourbanos permanentes emergen en las tierras húmedas de la llanura aluvial meridional, cerca del golfo Pérsico, en torno al año 6500 a. e. c. La llanura aluvial meridional no es el lugar donde primero se registra la ocupación durante todo el año, ni donde aparece la primera prueba de cereales domesticados. En este sentido, es una recién llegada. En este libro me concentro en estos asentamientos posteriores por dos importantes razones. En primer lugar, estas aglomeraciones urbanas de la desembocadura del Éufrates —por ejemplo, Eridu, Ur, Umma y Uruk— se convirtieron, mucho más tarde, en los primeros «miniestados» del mundo. En segundo lugar, aunque otras sociedades antiguas, como Egipto, el Levante, el valle del Indo, el valle del río Amarillo y los mayas en el Nuevo Mundo tienen sus propias variantes de revolución neolítica, la Mesopotamia meridional no solo fue el lugar del primer sistema estatal, sino que también influyó directamente en la posterior creación de estados en otras partes de Oriente Medio así como en Egipto y en India.

Incluso sobre la base de esta improvisada cronología —gran parte de la cual aún se discute— se puede apreciar cuánto de ella se opone obstinadamente a lo que he llamado la narrativa estándar. Dicho relato giraba en torno a la domesticación del grano como condición previa para la vida sedentaria permanente y, por ende, de los pueblos, las ciudades y la civilización. No había duda en torno a la presunción, que sigue siendo común, de que la caza y la recolección requerían mayor movilidad y dispersión que el sedentarismo. Sin embargo, el sedentarismo es muy anterior a la domesticación de los cereales y del ganado, y a menudo persiste en lugares donde el cultivo de cereales es escaso o inexistente. Lo que también está meridianamente claro es que los cereales y el ganado domesticados se conocen desde mucho antes de que apareciera algo parecido a un estado agrícola —mucho antes de lo previa-

mente imaginado—. Sobre la base de las pruebas más recientes, se estima ahora que el lapso entre esas dos domesticaciones fundamentales y las primeras economías agrarias basadas en ellas se extiende durante 4000 años[10]. Es evidente que nuestros antepasados no se arrojaron de cabeza a la revolución neolítica ni en brazos de los primeros estados.

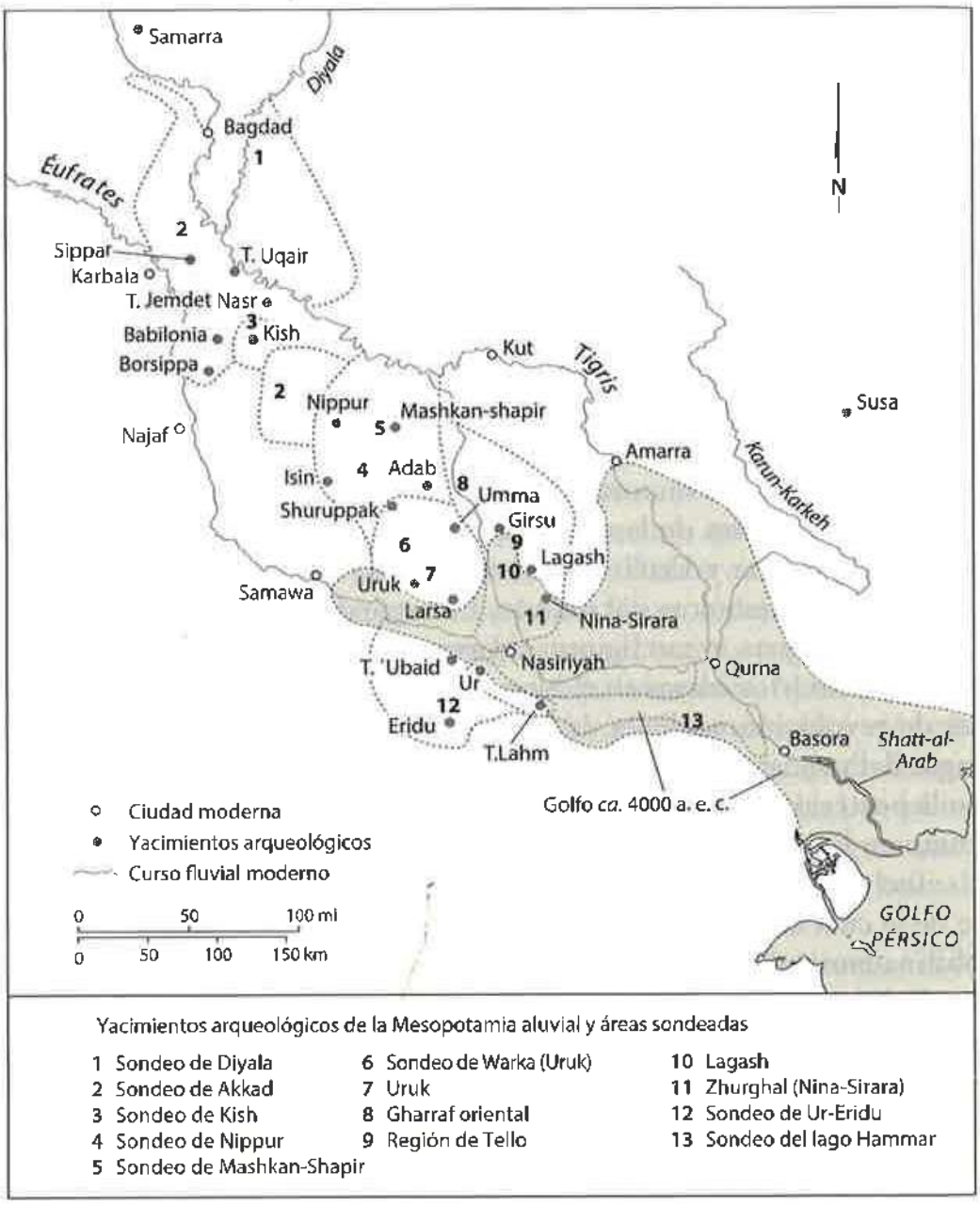

Fig. 7. La llanura aluvial mesopotámica: yacimientos arqueológicos. Principales yacimientos arqueológicos con sus áreas de estudio.

10. Zeder, «The Origins of Agriculture».

Quienes elaboraron la narrativa anterior se equivocaron radicalmente también en otra cuestión. Tomando como punto de partida las condiciones excepcionalmente áridas que han predominado en el valle del Tigris y el Éufrates en la historia reciente, proyectaron con bastante lógica esa aridez hacia el pasado, hasta los albores de la agricultura. Confinada en pequeños oasis y valles fluviales, se suponía que una creciente población se había visto obligada a intensificar sus prácticas de subsistencia para extraer más de la escasa tierra cultivable. La irrigación era la única estrategia de intensificación viable para la que se contaba con evidencia arqueológica. Solo la irrigación podía garantizar abundantes cosechas cuando las precipitaciones fueran lamentablemente insuficientes. A la par, un proyecto tan grande de modificación del paisaje requeriría la movilización de mano de obra para excavar y mantener los canales, lo que implicaría la existencia de una autoridad pública capaz de organizar y controlar esa fuerza laboral. Los trabajos de irrigación habrían hecho posible una tupida economía agrícola-ganadera que, según ellos, impulsó la formación del estado como condición de su existencia.

Humedales y sedentarismo

La opinión predominante de que «hacer florecer el desierto» gracias a la agricultura de regadío constituyó la base de las primeras comunidades sedentarias de importancia resulta, a pesar de todo, ser errónea en casi todos sus detalles. Como veremos, los primeros grandes asentamientos estables surgieron en humedales, no en zonas áridas; dependían abrumadoramente de los recursos del humedal, no de los cereales, para su subsistencia; y no tenían necesidad de la irrigación en el sentido habitual del término. En la medida en que en este contexto resultaba necesario algún tipo de paisajismo humano, es mucho más probable que se tratara de drenaje que de regadío. La concepción clásica de que la antigua Sumeria fue un milagro del regadío organizado por el estado en un paisaje árido resulta ser totalmente errónea. Debemos al pionero estudio de Jennifer Pournelle la revisión más completa y documentada sobre la llanura aluvial mesopotámica meridional durante el séptimo y el sexto milenio a. e. c.[11].

11. Pournelle, «Marshland of Cities». Para ulteriores, pero más breves, versiones de sus descubrimientos véase Pournelle, Darweesh y Hritz, «Resilient Landscapes»; Hritz y Pournelle, «Feeding History». La tesis de Pournelle aparece anticipada, pero con pruebas mucho menos sólidas, por otros, por ejemplo, Pollock, *Ancient Mesopotamia*, pp. 65-66; Matthews, *The Archaeology of Mesopotamia*, p. 86. Para una versión histórica y geológica

En ese momento el sur de Mesopotamia no era en absoluto árido, sino más bien un paraíso de humedales para los recolectores. Debido al considerable aumento del nivel del mar y a la planitud del delta del Tigris y del Éufrates, se produjo una masiva «transgresión» marina a zonas que ahora son áridas. Pournelle reconstruye este vasto humedal deltaico basándose en la detección remota, en aerofotogrametrías anteriores, en la historia hidrológica, en el análisis de antiguos sedimentos y cursos de agua, en la historia climática y en los restos arqueológicos. El error de la mayor parte de los especialistas anteriores (no todos) ha sido no solo extrapolar a hace diez mil años la aridez general de la región, sino también ignorar el hecho de que la llanura aluvial se encontraba entonces —antes de las deposiciones anuales de sedimentos— más de diez metros por debajo de su nivel actual. Las aguas del golfo Pérsico, en aquellas condiciones antiguas, bañaban las puertas de la antigua Ur, ahora bastante alejada tierra adentro, y el agua salada de las mareas se extendía hacia el norte hasta Nasiriya y Amara.

Una breve descripción de cómo es posible que surgieran poblaciones considerables dependientes de recursos vegetales silvestres no cultivados y marinos sin el beneficio del regadío de grandes campos de cereal arrojará luz sobre dos cuestiones de interés analítico. Primero, demuestra la estabilidad y la riqueza de una subsistencia basada en varias redes alimentarias. Gran parte de la dieta durante el Período de El Obeid (6500-3800 a.e.c., llamado así por un tipo de cerámica muy difundido) estaba compuesta de peces, aves y tortugas que vivían en los humedales. Segundo, nos servirá más adelante para demostrar cómo la amplitud misma de una red de subsistencia —caza, pesca, recolección y cosecha en una variedad de entornos ecológicos— plantea obstáculos insuperables para la imposición de una autoridad política única.

Más que de una zona árida entre dos ríos, como es hoy en gran medida, la llanura aluvial meridional se trataba de un intrincado humedal deltaico atravesado por cientos de afluentes, ora encontrándose, ora separándose, con cada temporada de inundaciones. La llanura aluvial actuaba como una gran esponja, absorbiendo los caudales altos anuales, elevando el nivel freático y liberándolos lentamente en los meses secos a partir de mayo. El terreno inundable del bajo Éufrates es extremadamente llano: la pendiente varía desde los veinte o treinta centímetros por kilómetro en el norte a solo dos o tres centímetros por kilómetro en el sur, lo que hace que el curso histórico del río sea notablemente errá-

más profunda, así como para una reformulación de la «teoría del oasis de la civilización» de Gordon Childe, véase Rose, «New Light on Human Prehistory».

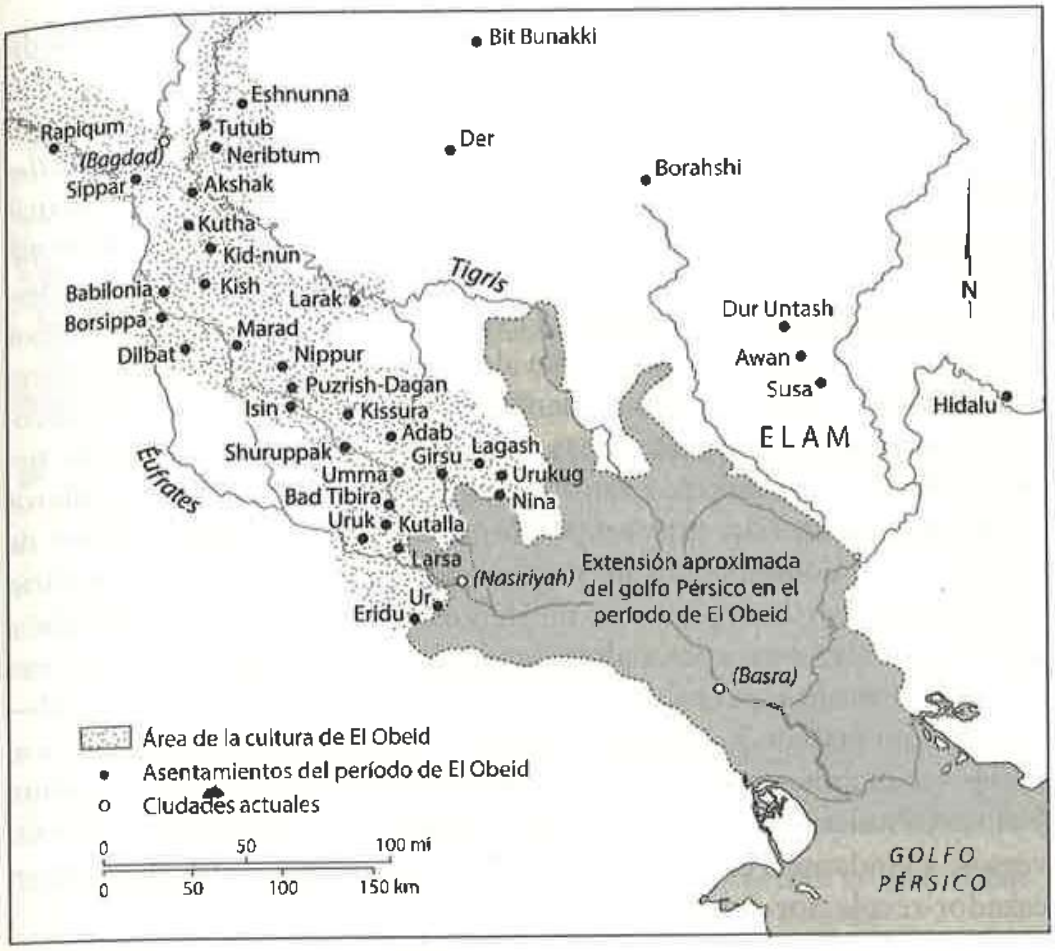

Fig. 8. La llanura aluvial mesopotámica. Extensión del golfo Pérsico hacia 6500 a. e. c. Por cortesía de Jennifer Pournelle.

tico[12]. En el punto más alto de la crecida anual, los cursos de agua superaban regularmente sus crestas o diques naturales creados por la deposición anual de sus sedimentos más bastos, y se derramaban pendiente abajo inundando las tierras bajas y las depresiones vecinas. Como los lechos de muchos cursos de agua estaban por encima de la tierra circundante, una simple ruptura en el dique debida a una subida de agua cumpliría el mismo propósito: podríamos llamar a esta última técnica «irrigación natural asistida»[13]. Las semillas podían diseminarse por el

12. Véase, entre otros, Pollock, *Ancient Mesopotamia*, pp. 32-37.

13. El proceso se encuentra bellamente descrito por Azzam Awash de la siguiente manera: «No fue casualidad que la agricultura se desarrollara primero en la fertilidad natural renovable de los pastizales que rodean las marismas. Lo que hicieron los sumerios fue inventar un ingenioso sistema de riego que sus herederos árabes del humedal siguieron utilizando. Tras el pico de las inundaciones, esparcen semillas en las tierras más altas que comienzan a emerger cuando las aguas de inundación retroceden. Estas tierras más altas se cubren dos veces al día como resultado de la acción de las mareas del Golfo que

campo preparado de forma natural. La nutritiva llanura aluvial, a medida que se secaba lentamente, también producía abundante forraje para los herbívoros salvajes, así como para cabras, ovejas y cerdos domésticos.

Los habitantes de estas marismas vivían en lo que se llaman *turtlebacks* [«conchas de tortuga»], pequeñas áreas de tierra ligeramente más altas, comparables a los *cheniers* del delta del Misisipi, a menudo de no más de un metro de altura por encima del nivel máximo del agua. Desde estos *turtlebacks* los habitantes explotaban prácticamente todos los recursos que el humedal ponía a su alcance: cañas y juncos como material de construcción y como alimento, una gran variedad de plantas comestibles (juncos lacustres, eneas, nenúfares, junquillos), tortugas, peces, moluscos, crustáceos, pájaros, aves acuáticas, pequeños mamíferos y gacelas migratorias, que proporcionaban una importante fuente de proteínas. La combinación de ricos suelos de aluvión con un estuario de dos grandes ríos repletos de nutrientes, vivos y muertos, dio lugar a una vida ribereña excepcionalmente rica que atraía cantidades enormes de peces, tortugas, aves y mamíferos —¡por no hablar de humanos!— que se alimentaban de criaturas situadas más abajo en la cadena trófica. En las condiciones cálidas y húmedas que predominaban en el séptimo y el sexto milenio a.e.c. los recursos naturales de subsistencia eran diversos, abundantes, estables y resistentes: prácticamente ideales para un cazador-recolector-pastor.

En particular, la densidad y la diversidad de los recursos que están más abajo en la cadena alimentaria hacen más factible el sedentarismo. En comparación, por ejemplo, con los cazadores-recolectores que seguían a la caza mayor (focas, bisontes, caribúes), quienes consumen la mayor parte de su dieta en niveles tróficos más bajos, como plantas, mariscos, frutas, nueces y peces pequeños que son, al margen de otros factores, más abundantes y menos móviles que los mamíferos y peces más grandes, pueden llevar vidas mucho menos nómadas. La cornucopia de recursos de subsistencia de los niveles tróficos más bajos en los humedales de Mesopotamia fue, quizás, excepcionalmente favorable para la creación temprana de importantes comunidades sedentarias.

ralentizan el flujo en el Tigris y el Éufrates causando un 'reflujo' del agua. De este modo, las semillas quedan regadas automáticamente sin necesidad de abrir canales ni de bombear agua. Sin embargo, a medida que los plantones crecen, el agua retrocede demasiado para permitir el riego, y por tanto los plantones son trasplantados de la tierra más alta a los campos/pastizales más bajos. El sistema de irrigación continúa proporcionando agua dos veces al día hasta los primeros días de verano. Para cuando las aguas de inundación han retrocedido, las raíces del plantón tocarán el agua subterránea y no necesitarán del duro trabajo del riego». «The Mesopotamian Marshlands: A Personal Recollection», en Crawford, *The Sumerian World*, p. 640.

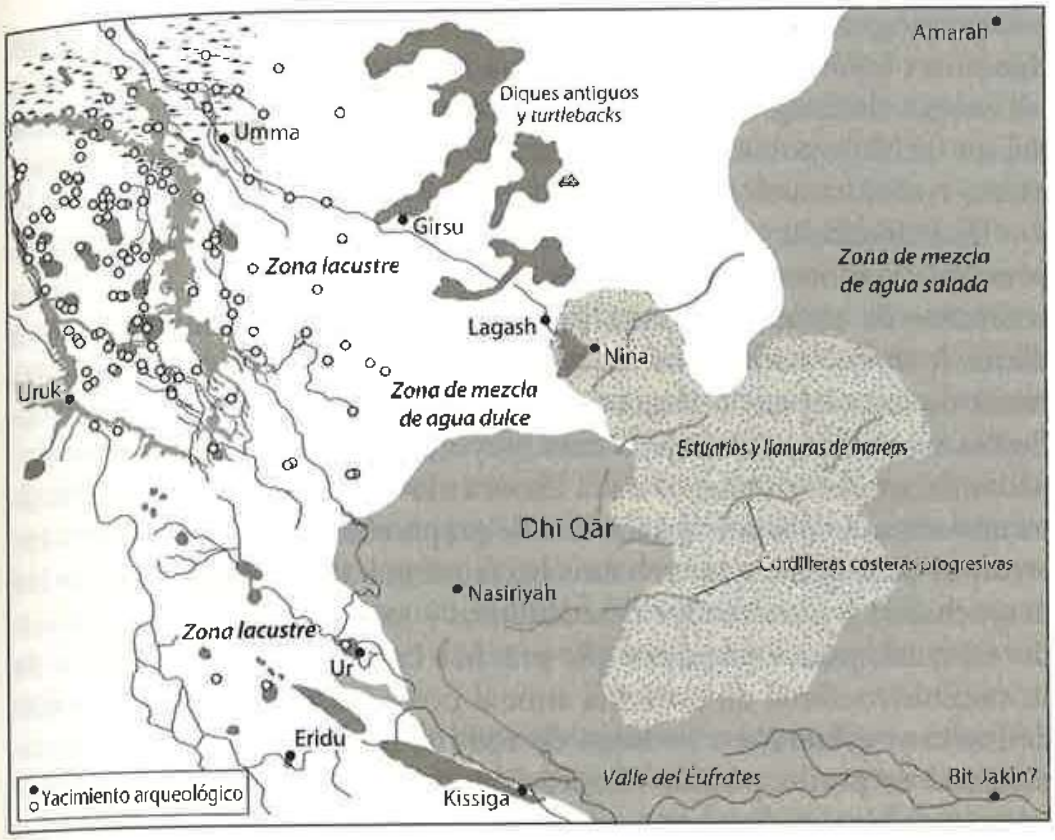

Fig. 9. Llanura aluvial de la Mesopotamia meridional: cursos de agua antiguos, diques y *turtlebacks*, *ca.* 4500 a. e. c. Por cortesía de Jennifer Pournelle.

Las primeras aldeas estables en la llanura aluvial meridional no estaban simplemente situadas en una zona húmeda fértil, sino que se encontraban en la línea de unión de varias zonas ecológicas diferentes, lo que permitía a los lugareños cosechar en todas ellas y amortiguar el riesgo de dependencia exclusiva de alguna en particular. Vivían en la frontera entre el medio marino acuático de la costa y el estuario, con sus recursos característicos, y la muy diferente ecología de agua dulce aguas arriba. La unión de agua salobre y agua dulce, de hecho, constituía una frontera en movimiento que se desplazaba de un lado a otro con unas mareas que, en un terreno tan plano, recorrían grandes distancias. Por tanto, para un elevado número de comunidades, estas dos zonas ecológicas se trasladaban a través del entorno mientras aquellas permanecían inmóviles, obteniendo sustento de ambas. Aún más enfáticamente podría decirse lo mismo de las temporadas de inundaciones y sequía y de los recursos propios de cada una de ellas. El gran ritmo anual de la región era una transición entre los recursos acuáticos de la estación húmeda y los recursos terrestres de la estación seca. En lugar de que la población de la llanura aluvial tuviera que cambiar de asentamiento de una

zona ecológica a otra, podía permanecer en el mismo lugar mientras los diferentes hábitats, por así decir, venían a ellos[14]. En comparación con los riesgos de la agricultura, un nicho de subsistencia en los humedales del sur de Mesopotamia era más estable, más resistente y renovable, con escaso trabajo anual.

Una ubicación propicia y el sentido de la oportunidad son cruciales para los cazadores-recolectores también desde otro punto de vista. La «cosecha» de cazadores y recolectores no es tanto una incierta apuesta diaria de todo o nada como un esfuerzo cuidadosamente calculado para tratar de interceptar la migración masiva y más o menos predecible (a finales de abril o mayo) de la caza mayor, tales como las enormes manadas de gacelas y onagros de la llanura aluvial. La cacería se planificaba minuciosamente con antelación. Se preparaban largos y estrechos corredores para guiar a los rebaños hacia un matadero donde podían ser despachados y preservados desecándolos y salándolos. Para estos cazadores, como para cualquiera que practica la caza, una parte crucial de su suministro anual de proteína animal procedía de una semana o más de intensos esfuerzos a lo largo de todo el día para obtener la mayor cantidad de presas posible. Dependiendo del emplazamiento, las presas migratorias podían ser grandes mamíferos (caribúes, gacelas), aves acuáticas (patos, gansos), otras aves migratorias en sus lugares de descanso o anidamiento, o peces migratorios (salmones, anguilas, pinchaguas, arenques, sábalos, eperlanos). En muchos casos el factor que limitaba la «cosecha de proteínas» no era la escasez de presas, sino la de la mano de obra para procesarla antes de que se echara a perder. Lo importante aquí es que el ritmo de la mayoría de los cazadores se rige por el pulso natural de las migraciones que representan gran parte de su más preciada fuente de alimentación. Algunas de estas migraciones masivas de presas bien pueden ser la respuesta a la depredación humana, como sugirió Herman Melville para el cachalote, pero no hay duda de que imponen un *tempo* radicalmente diferente a la vida de los pueblos cazadores y pescadores, en comparación con el de los agricultores —un ritmo que estos a menudo interpretan como indolencia—.

La ruta más común para muchísimas de estas migraciones han sido los humedales, estuarios y valles de las principales vías fluviales, gracias a la densidad de fuentes nutricionales que ofrecen. Las rutas migrato-

14. Los especialistas latinoamericanos reconocerán las similitudes entre este patrón de zonas ecológicas adyacentes y seguridad de subsistencia, y el concepto de «archipiélago vertical» de zonas ecológicas en el estado andino popularizado por John V. Murra. Véase, por ejemplo, Rowe y Murra, «An Interview with John V. Murra».

rias de las aves privilegian las marismas y los valles fluviales como lo hacen, de forma más evidente todavía, el anádromo salmón y su imagen especular, las catádromas anguilas, por mencionar solo dos de las numerosas especies de peces migratorios. Cualquier curso de agua es, por sí mismo, una fuente de nutrientes, con sus propios terrenos inundables, zonas pantanosas o abanicos aluviales. A lo largo del cual, la vida acuática no depende del cauce, sino de la invasión periódica de ese terreno inundable (el «pulso» de crecida) para el desove y el crecimiento, lo que lo hace, a su vez, atractivo para las migraciones de aves. De este modo, el florecimiento en las llanuras aluviales tal vez quedó sobredeterminado para una población ubicada en un rico humedal al borde de varios ecotonos, en un período climático favorable y junto a las intersecciones de las rutas migratorias de las presas de caza preferidas. Una buena cantidad de explicaciones sobre el sedentarismo temprano en otros lugares ha subrayado también la importancia de los recursos acuáticos como proveedores de las condiciones más favorables para una subsistencia fiable.

Un énfasis exclusivo en la superabundancia de pantanos y entornos fluviales pasa por alto otra ventaja crucial de las localizaciones costeras y ribereñas: el transporte. Los humedales pueden haber sido una condición necesaria para el sedentarismo temprano, pero el desarrollo posterior de los grandes reinos y centros de comercio dependió de una posición ventajosa en el comercio fluvial[15]. Es casi imposible exagerar la ventaja del transporte fluvial en comparación con los viajes por tierra en carreta o burro. Un edicto de Diocleciano especifica que el precio de un carro cargado de trigo se duplicaba al cabo de cincuenta millas. Al reducir la fricción drásticamente, el movimiento por barco resulta exponencialmente más eficiente[16]. Si tomamos el ejemplo de la leña, una variedad de fuentes (anteriores a las vías férreas y a las carreteras transitables durante todo el año) nos informa de que un carro cargado de leña no puede venderse de manera rentable a una distancia superior a unos quince kilómetros, ni a una todavía menor en terrenos escarpados. La importancia del carbón vegetal, a pesar de suponer un enorme desperdicio de madera, se debe exclusivamente a su mayor portabilidad, ya que su valor calorífico por unidad de peso y volumen es muy superior al de la madera «sin tratar». En la era premoderna, ninguna mercancía a

15. Sherrat, «Reviving the Grand Narrative», p. 13.

16. Heather, *The Fall of the Roman Empire*, p. 111 [hay trad. cast. de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguiba, *La caída del imperio romano*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2008].

granel —madera, menas, sal, cereal, cañas, cerámica— podía ser transportada a grandes distancias salvo por barco.

En este sentido, también la llanura aluvial meridional resultó extraordinariamente favorecida. Durante la mitad del año era un mundo acuático en el que el transporte en barcas de caña era sencillo y, al estar ubicado aguas abajo de las fuentes de muchos de los materiales que la población de los humedales requería, se podían aprovechar las corrientes. No hay que imaginar a esos tempranos poblados sedentarios como economías autárquicas, que consumen solo lo que producen. Ni siquiera sus antepasados cazadores-recolectores permanecían aislados, sino que comerciaban con obsidiana y bienes suntuarios a distancias considerables. La inmediata disponibilidad del comercio en gran parte de la llanura aluvial amplificó estos intercambios mucho más de lo que hubiera sido posible en un entorno de interior.

¿Por qué ignorados?

¿Por qué, cabría preguntarse, se han pasado por alto los orígenes de las primeras aldeas sedentarias y del urbanismo primitivo en los humedales? Por supuesto, esto se debe, en parte, a la antigua narrativa de las civilizaciones surgidas de la irrigación de tierras áridas, una narrativa que encajaba con el paisaje contemporáneo que podían contemplar los que la formularon. Creo, sin embargo, que el contexto más amplio de esta miopía histórica proviene de la asociación casi indeleble de la civilización con los principales cereales: trigo, cebada, arroz, maíz (piénsese en las «doradas ondas del trigo» de «La bella América»*). Desde esta perspectiva, los pantanos, las marismas, las turberas y los humedales han sido generalmente concebidos cómo la imagen especular de la civilización, como una zona de naturaleza indómita, una tierra no hollada, peligrosa para la salud y la seguridad. La tarea de la civilización, cuando se trataba de pantanos, era precisamente *drenarlos* y transformarlos en aldeas con ordenados y productivos campos de cereal. Civilizar territorios áridos significa irrigarlos; civilizar pantanos significa drenarlos; el objetivo es, en cada caso, conseguir tierras para el cultivo de cereal. H. R. Hall escribió que la temprana Mesopotamia se encontraba en «el estado de caos, mitad agua y mitad tierra, de los abanicos [aluviales] del sur de Babilonia antes de que la civilización comenzara su trabajo de

* Referencia a la conocida canción patriótica con letra de Katharine Lee Bates y música de Samuel A. Ward.

drenaje y canalización»[17]. La tarea de la civilización o, más precisamente del estado, como veremos, consiste en la eliminación del fango y su sustitución por sus componentes puros, la tierra y el agua[18]. Ya sea en la antigua China, en los Países Bajos, en los pantanos de Inglaterra, en las Lagunas Pontinas finalmente sometidas por Mussolini o en los pantanos del sur de Irak drenados por Saddam Hussein, el estado se ha esmerado en convertir los ingobernables humedales en campos de cereal gravables mediante la remodelación del paisaje.

El papel absolutamente central desempeñado por la abundancia de los humedales, debemos reconocerlo de pasada, no ha sido ignorado solo en el caso de Mesopotamia. Las primeras comunidades sedentarias cerca de Jericó o los primeros asentamientos en el Bajo Nilo se basaban en los humedales, y solo dependían marginalmente, si es que dependían en absoluto, de los cereales cultivados. Lo mismo podría decirse de la bahía de Hangzhou, asentamiento de la temprana cultura neolítica Hemudu, en la zona más acuática de la costa oriental de China a mediados del quinto milenio a.e.c., rica en arroz no domesticado —una planta acuática—. Los primeros asentamientos del río Indo, Harappa y Haripunchai, encajan en esta descripción, al igual que la mayoría de los asentamientos hoabinianos importantes en el sudeste asiático. Incluso los casos de sedentarismo ancestral a mayor altitud, como Teotihuacán, cerca de Ciudad de México, o el lago Titicaca en Perú, se ubicaban en extensos humedales que ofrecían abundantes peces, aves, moluscos y pequeños mamíferos procedentes de entornos fronterizos entre varias ecologías.

Los orígenes de los asentamientos de población en humedales han permanecido relativamente invisibles también por otros motivos. Después de todo, estamos tratando aquí de culturas en gran parte orales que no dejaron registros escritos para que los consultáramos. Su relativa oscuridad se ve, a menudo, magnificada por la naturaleza perecedera de sus materiales de construcción: cañas, juncos, bambú, madera, ratán. Incluso para épocas posteriores, ha sido casi imposible localizar las pequeñas sociedades que conocemos por comentarios escritos de sus vecinos alfabetizados, como Srivijaya en Sumatra, ya que sus restos han sido arrebatados por el agua, el suelo y el tiempo.

Una última y más especulativa razón de la oscuridad de las sociedades de los humedales es que eran, y siguieron siendo, ambientalmente

17. H. R. Hall, *A Season's Work at Ur, Al-Ubaid, Abu Shahrain (Eridu) and Elsewhere...*, citado en Pournelle, «Marshland of Cities», p. 129.

18. Para un agudo análisis de este proceso y de esta lógica, véase D'Souza, *Drowned and Damned*.

resistentes a la centralización y al control desde arriba. Se basaban en lo que ahora se llama «recursos de propiedad común»: plantas silvestres, animales y criaturas acuáticas a los que toda la comunidad tenía acceso. No había un solo recurso predominante que pudiera ser monopolizado o controlado desde el centro, y mucho menos gravado fácilmente. La subsistencia en estas zonas era tan diversa, variable y dependiente de una multitud de ritmos que desafiaba cualquier contabilidad centralizada elemental. A diferencia de los primeros estados que examinaremos más adelante, ninguna autoridad central podía monopolizar —y, por tanto, racionar— el acceso a la tierra cultivable, al grano o al agua de riego. Hay, por tanto, pocas pruebas de que existiera jerarquía alguna en esas comunidades (habitualmente calibrada por la diferencia en los ajuares funerarios). Una cultura bien podría desarrollarse en tales áreas, pero la probabilidad de que una red tan intrincada de asentamientos relativamente igualitarios generara grandes jefes o reinos, por no hablar de dinastías, era pequeña. Un estado —incluso un pequeño protoestado— requiere un entorno de subsistencia mucho más sencillo que el de las ecologías de los humedales que hemos examinado.

Cuidado con la brecha

La imponente brecha de cuatro milenios entre la primera aparición de los cereales y animales domesticados y la forja de las sociedades agropastoriles que hemos asociado con la civilización primitiva requiere nuestra atención. La anomalía de este tramo de la historia, cuando todos los bloques constructivos de la sociedad agraria clásica están en su lugar, pero no se unen, exige una explicación. Una suposición implícita de la narrativa estándar del «progreso de la civilización» es que, una vez que los cereales y el ganado domesticados estuvieran disponibles, generarían de forma más o menos automática y rápida una sociedad agraria plenamente formada. Como con cualquier técnica nueva, uno podría anticipar algunas vacilaciones hasta que se acomodaran las nuevas rutinas de subsistencia —quizá incluso un milenio—, pero 4000 años, o aproximadamente 160 generaciones, supone algo más que pulir los detalles.

Un arqueólogo ha caracterizado este largo período como de «producción de alimentos a bajo nivel»[19]. Sin embargo, este término parece singularmente inapropiado, ya que su énfasis en la «producción» impli-

19. Smith, «Low Level Food Production».

ca una sociedad que está «atascada» en un equilibrio inferior e insatisfactorio. Melinda Zeder, una destacada teórica de la domesticación, ha evitado esta teleología de una manera que implica, por el contrario, que es muy probable que las poblaciones que evitaban depender totalmente de los cultivos de cereales de campo fijo para cubrir la mayor parte de sus necesidades calóricas supieran bien lo que estaban haciendo: «Las economías de subsistencia estables y altamente sostenibles, basadas en una mezcla de recursos silvestres, recursos gestionados y recursos totalmente domesticados, parecen haber persistido durante 4000 años o más antes de la cristalización en Oriente Medio de las economías agrícolas basadas principalmente en cultivos domesticados y en la ganadería»[20]. En opinión de Zeder, el Próximo Oriente no era en absoluto único en esta cuestión. Citando investigaciones sobre Asia, Mesoamérica y el este de Norteamérica, afirma que «los cultivos y los animales domésticos fueron incorporados a la sucesión general de estrategias de subsistencia, algunas de ellas durante miles de años, con escasa alteración del modo de vida tradicional de los cazadores-recolectores».

En cambio, sirvieron como alimentos adicionales —y a menudo no muy importantes— que «se diferenciaban de los recursos silvestres únicamente en que requerían propagación en lugar de caza o recolección para su aseguramiento [...]. Por tanto, ni la presencia de recursos domésticos o domesticables, ni la difusión de tecnologías de producción de alimentos son suficientes para imponer la adopción de la producción de alimentos como un principio rector de la economía de subsistencia»[21].

La primera y más prudente suposición sobre cualquier actor histórico es que, teniendo en cuenta sus recursos y lo que sabe, estará actuando razonablemente para asegurar sus intereses inmediatos. En este espíritu, y porque en este caso no pueden hablar directamente por sí mismos, tiene más sentido verlos como ágiles y astutos navegantes de un entorno diverso, pero a la vez cambiante y potencialmente peligroso. Al igual que el primer sedentarismo fue iniciado por cazadores y recolectores que aprovecharon las múltiples opciones de subsistencia que les ofrecía su diverso conjunto de humedales, podemos ver este largo período como uno de experimentación y manipulación continua de este entorno. En lugar de depender solo de un pequeño margen de recursos alimentarios, parecen haber sido generalistas y oportunistas con una gran cartera de opciones de subsistencia repartidas por varias redes tróficas.

20. Zeder, «The Origins of Agriculture», pp. S230-S231.
21. Zeder, «After the Revolution», p. 99.

La llanura aluvial mesopotámica, al igual que el Levante, se caracteriza por presentar mayores variaciones en el régimen de lluvias y en la vegetación a lo largo de distancias reducidas que ningún otro lugar del mundo. También la variación estacional de las precipitaciones era excepcionalmente alta. Aunque esta diversidad ponía a disposición diferentes recursos, también exigía movilizar un amplio repertorio de estrategias de subsistencia para hacer frente a las variaciones. Además, se produjeron acontecimientos macroclimáticos mucho mayores que, a lo largo de varios milenios, antes de que surgieran los primeros reinos agrarios alrededor del año 3500 a.e.c., podrían haber dejado su huella en la memoria popular como un «gran diluvio». El período más cálido y húmedo entre aproximadamente los años 12700 y 10800 a.e.c. (en sí mismo, con muchas oscilaciones) dio paso al período extremadamente frío (Dryas Reciente) entre los años 10800 y 9600 a.e.c., durante el cual se abandonaron los asentamientos y la población superviviente buscó refugio en las tierras bajas más cálidas y en las costas. Aunque las condiciones después del Dryas Reciente fueron generalmente favorables para los cazadores-recolectores, se produjeron ciertos reveses climáticos tales como un período de un siglo de tiempo frío y seco (que comenzó en torno a 6200 a.e.c.) más severo aún que la Pequeña Edad de Hielo de 1550-1850 conocida por los historiadores de la Europa moderna. Los arqueólogos de los cinco milenios posteriores a 10000 a.e.c. coinciden en que hubo muchos ritmos de crecimiento poblacional y de sedentarismo: períodos fríos y secos en los que el sedentarismo podría haber sido el resultado del hacinamiento en los refugios disponibles, y períodos cálidos y húmedos de crecimiento y dispersión de la población. Dada esta variabilidad y sus riesgos, no habría tenido sentido que las primeras poblaciones dependieran de una estrecha franja de recursos de subsistencia.

Hasta ahora solo hemos considerado los datos climatológicos y ecológicos y su efecto sobre la distribución de la población y el sedentarismo. Es muy posible que alguna o incluso la mayor parte de esta variación pudiera haber tenido causas humanas en sentido amplio, como enfermedades, epidemias, crecimiento rápido de la población, agotamiento de los recursos y de la caza locales, conflictos sociales y violencia, no todos los cuales dejan huellas inequívocas en el registro arqueológico.

Seguramente hemos subestimado el grado de agilidad y adaptabilidad de nuestros antepasados preestatales. Esta minusvaloración se ve incorporada a la narrativa de la civilización que presenta a los cazadores-recolectores, agricultores itinerantes y pastores casi como subespecies del *Homo sapiens*, cada uno de los cuales señala una etapa del

progreso humano. Los datos históricos, sin embargo, muestran que los pueblos se movían con bastante facilidad entre todos estos modos distintivos de subsistencia y que, de hecho, en el Creciente Fértil y otros lugares los combinaban en una cantidad de imaginativos híbridos. Hay pruebas, por ejemplo, de que las poblaciones cuasi sedentarias de la llanura aluvial mesopotámica durante la ola de frío del Dryas Reciente adoptaron estrategias de subsistencia más móviles a medida que menguaba la posibilidad de recolección de subsistencia local, al igual que, mucho más tarde, los agricultores que emigraron de Taiwán al sudeste asiático (hace aproximadamente 5000 años) abandonaron a menudo la siembra para buscar alimento y cazar en su nuevo y generoso asentamiento en el bosque[22]. A principios del siglo XX, uno de los principales exponentes de una perspectiva geológica de la historia rechazó cualquier distinción categórica entre cazadores-recolectores, pastores y agricultores, haciendo hincapié en que, para mayor seguridad, la mayoría de los pueblos ha preferido combinar, al menos, dos de estos nichos de subsistencia, «manteniendo dos cuerdas en su arco en caso de necesidad»[23].

Deberíamos, por tanto, permanecer militantemente agnósticos acerca de los términos básicos que han animado las narrativas históricas sobre el surgimiento de civilizaciones y de estados. Tanto el escepticismo intelectual como la evidencia reciente apuntan en esta dirección. La mayor parte de las discusiones sobre la domesticación de plantas y sobre asentamientos permanentes, por ejemplo, asume sin más que los pueblos primitivos no podían esperar a establecerse en un solo lugar. Tal suposición es una lectura injustificada de los discursos habituales sobre los estados agrarios que estigmatiza a las poblaciones nómadas como primitivas. La «voluntad social de sedentarismo» no debe darse por sentada[24]. Y tampoco los términos «pastor», «agricultor», «cazador» o «recolector», al menos, en sus significados esencialistas. En el antiguo Oriente Medio, es preferible entenderlos referidos a un abanico de actividades de subsistencia antes que a pueblos separados. Los grupos fami-

22. Endicott, «Introduction: Southeast Asia», p. 275. Endicott y Geoffrey Benjamin llaman a esta tendencia «reespecialización».

23. Febvre, *A Geographical Introduction to History*, p. 241 [hay trad. cast. de Luis Pericot García, *La tierra y la evolución humana: introducción geográfica a la historia*, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, Barcelona, 1955].

24. La expresión aparece en Ian Hodder, *The Domestication of Europe*. Aunque me parece que el concepto de *domus* de Hodder puede ser útil, el difunto Andrew Sherratt estaba en lo cierto al observar que «la voluntad de sedentarismo» no puede ser considerada una fuerza causal en los asuntos humanos. Véase Sherratt, «Reviving the Grand Narrative», pp. 9-10.

liares y las aldeas pudieron contar con sectores de pastores, cazadores y agricultores de cereales como parte de una economía unificada. Una familia o una aldea cuyas cosechas se hubieran perdido podría dedicarse total o parcialmente al pastoreo; los pastores que hubieran extraviado sus rebaños podían dedicarse a la siembra. Áreas enteras podían cambiar radicalmente su estrategia de subsistencia durante una sequía o un período más húmedo. Tratar a quienes se dedican a estas diferentes actividades como pueblos esencialmente diferentes que habitan mundos de vida diferentes es, nuevamente, proyectar la estigmatización mucho más tardía de los pastores por parte de los estados agrarios a una época para la que no tiene sentido. Un ejemplo sorprendente del cambio puede encontrarse en la perspicaz lectura de Anne Porter de las muchas variantes de la *Epopeya de Gilgamés*[25]. En las primeras versiones, Enkidu, amigo del alma de Gilgamés, es simplemente un pastor, representante emblemático de una sociedad unida de sembradores y pastores. En versiones fechadas un milenio más tarde, aparece representado como un subhumano, criado entre bestias, que requiere sexo con una mujer para su humanización. Enkidu se convierte, en otras palabras, en un peligroso bárbaro que no conoce ni el cereal, ni las casas, ni las ciudades, ni cómo «hincar la rodilla». El Enkidu «tardío» es, como veremos, el producto de la ideología de un estado agrario maduro.

Habiendo domesticado algunos cereales y legumbres, así como cabras y ovejas, los habitantes de la llanura aluvial mesopotámica eran ya agricultores y pastores, además de cazadores-recolectores. La cuestión es que, mientras hubiera un abundante suministro de alimentos silvestres que pudieran recolectar y migraciones anuales de aves acuáticas y gacelas que pudieran cazar, no había ninguna razón terrenal por la que debieran arriesgarse a depender principalmente, y mucho menos exclusivamente, de la agricultura y la ganadería intensivas. Precisamente el rico mosaico de recursos de su entorno y su capacidad para evitar especializarse en una sola técnica o fuente de alimentos fueron la mejor garantía de su seguridad y relativa riqueza.

Entonces, ¿por qué plantar?

Pese a todo, muchos de los primeros yacimientos neolíticos contienen pruebas inequívocas del cultivo de cereales silvestres y pruebas (controvertidas) de cierta domesticación de plantas. A la luz de la presencia en

25. Porter, *Mobile Pastoralism*, pp. 351-393.

la región de densas masas silvestres de cereales y otros recursos, la pregunta no es tanto por qué nuestros antepasados no se lanzaron de cabeza a la agricultura, sino por qué se molestaron en plantar en absoluto. Una respuesta corriente ha sido que los granos de cereales podían ser cosechados, trillados y almacenados en un granero durante varios años y representar una tupida reserva de almidones y proteínas por si acaso se producía una repentina escasez de recursos silvestres. A pesar de su costo en mano de obra, según este argumento, habría representado algo así como una póliza de seguro de subsistencia para los cazadores-recolectores que también sabían cómo plantar.

En sus formas más burdas, esta explicación no resiste un análisis. Supone, implícitamente, que la cosecha de un cultivo plantado es más fiable que el rendimiento de los rodales silvestres de cereal. En todo caso, es más probable que ocurra lo contrario, en la medida en que la semilla silvestre, por definición, solo se encontrará en lugares donde pueda prosperar. En segundo lugar, esta perspectiva pasa por alto los riesgos de subsistencia que conlleva el sedentarismo, asociado con tener que plantar, cuidar y vigilar un cultivo. Históricamente, la seguridad de subsistencia para cazadores y recolectores radicaba, precisamente, en su movilidad y en la diversidad de fuentes de alimentos a la que podían recurrir. Después de todo, fue solo la rara proximidad de tantos recursos ecológicamente variados en la llanura aluvial mesopotámica —mucho más dispersos temporal y espacialmente en otros lugares— la que, para empezar, permitió el sedentarismo temprano. Si la agricultura restringió aún más los movimientos potenciales de los cazadores-recolectores sedentarios, su incapacidad para responder rápidamente, por ejemplo, a una migración temprana de aves o peces bien podría haber reducido en lugar de mejorado su seguridad alimentaria. La evidencia recurrente a lo largo de este largo período del abandono de los asentamientos en favor del pastoreo y la recolección migratoria atestigua que el sedentarismo es una estrategia antes que la ideología en que se convertiría más adelante.

Las versiones más toscas de la «hipótesis del almacenamiento de alimentos» son también singularmente miopes acerca de la gran variedad de técnicas de almacenamiento de alimentos practicada contemporáneamente en la llanura aluvial y en otros lugares[26]. El almacenaje «sobre pezuñas» que representa el ganado constituye el caso más obvio. El dicho

26. La cuestión del «almacenamiento», incluido el «almacenamiento social» y la reciprocidad como medio para hacer frente a un entorno variable, se examina desde múltiples ángulos en Halstead y O'Shea, *Bad Year Economics*.

de que «la vaca es el granero de los hausa» lo capta a la perfección. Tener a mano un suministro de grasa y proteínas siempre que se necesita puede haber hecho que los pequeños experimentos con la siembra parezcan menos arriesgados y, de hecho, algunos teóricos de la agricultura temprana especulan que fue la relativa ausencia de ganado domesticado la que ayuda a explicar por qué la siembra de cultivos se extendió mucho más tarde: sencillamente, resultaba demasiado arriesgada sin un respaldo fiable. También otros alimentos podían conservarse fácilmente durante períodos más cortos o más largos: el pescado y la carne podían salarse, secarse y ahumarse; las legumbres como los garbanzos o las lentejas podían secarse y almacenarse; las frutas y los cereales podían fermentarse y destilarse. Un tazón de cerveza de cebada fermentada era, al parecer, la ración diaria para los trabajadores del templo de Uruk. Desde una perspectiva más amplia, uno podría ver el entorno como un área de almacenamiento masivo, diversificado y vivo de peces, moluscos, aves, nueces, frutas, raíces, tubérculos, juncos y cañas comestibles, anfibios, pequeños mamíferos y caza mayor. Si uno de ellos llegaba a faltar algún año, otro podía ser abundante. En la diversidad y las variadas temporalidades de este complejo almacenamiento viviente reside su estabilidad.

Una corriente teórica, privilegiada durante un tiempo por los estudiosos de la evolución social, describía la agricultura como un salto crucial de la civilización, por ser una actividad de «rendimientos diferidos»[27]. El agricultor, afirma, es una persona cualitativamente nueva porque debe mirar hacia el futuro mientras prepara un campo para la siembra, y debe, a continuación, desmalezar y cuidar el cultivo durante su crecimiento, hasta que (según espera) le dé una cosecha. Lo que está mal aquí—radicalmente mal, en mi opinión— no es tanto su representación del agricultor como su caricatura de los cazadores-recolectores. Sugiere, por el contraste implícito, que el cazador-recolector es una criatura improvisadora, espontánea e impulsiva que recorre el paisaje con la esperanza de tropezar con la caza o de encontrar algo bueno que arrancar de un arbusto o de un árbol («ingresos inmediatos»). Nada más lejos de la realidad. Toda caza masiva —gacelas, peces y aves migratorias— implica una preparación por anticipado elaborada y cooperativa: la construcción de largos y estrechos «corredores» hasta el matadero; la elaboración de presas, redes y trampas; la construcción o excavación de instalaciones para ahumar, secar o salar la captura. Se trata de actividades de rendimientos diferidos por excelencia. Implican un vasto conjunto de herramientas y técnicas y un grado de coordinación y coope-

27. Para un cuidadoso análisis, véase Rowley-Conwy y Zvelibil, «Saving It for Later».

ración mucho mayor del que requiere la agricultura. Más allá de estas actividades de caza masiva más espectaculares, los cazadores y recolectores, como hemos visto, han venido moldeando el entorno desde antiguo: estimulando a las plantas para que produjeran alimentos y materias primas más tarde, quemándolas para hacer forraje y atraer a la caza, desmalezando los rodales naturales de apetitosos cereales y tubérculos. Excepto por el acto de gradar y sembrar, realizan las mismas operaciones para el cultivo de cereales silvestres que los agricultores para sus cosechas.

Ni el «almacenamiento de alimentos» ni el «ingreso diferido» constituyen razones remotamente plausibles para el limitado uso de cereales domesticados que encontramos en el registro histórico. Por mi parte, propongo una explicación muy diferente para los cultivos de siembra basada en una simple analogía entre el fuego y la riada. En términos generales, el problema con la agricultura —especialmente la de arado— es que exige una gran cantidad de trabajo intensivo. Existe, sin embargo, una forma de agricultura que elimina la mayor parte de esta labor: la agricultura por «inundación» (también conocida como *décrue* o recesional). En la agricultura por inundación, por lo general, las semillas se diseminan en el fértil limo depositado por la crecida fluvial anual. Este limo fértil es, por supuesto, una «transferencia por erosión» de nutrientes de aguas arriba. Esta forma de cultivo fue, casi con toda seguridad, la primera forma de agricultura en el terreno inundable del Tigris y del Éufrates, por no hablar del valle del Nilo. Todavía se practica ampliamente en la actualidad y se ha demostrado que es la forma de agricultura que ahorra una mayor cantidad de mano de obra, independientemente del cultivo del que se trate[28].

Para nuestros propósitos, las crecidas pueden ser vistas, en este caso, como un logro de la propia modificación del entorno por el fuego, desplegado por cazadores-recolectores o agricultores itinerantes (roza y quema). La crecida despeja el «campo de labor» arrasando y aneganado toda la vegetación competitiva y, al tiempo que lo hace, deposita una suave capa de limo, nutritivo y fácil de trabajar a medida que va retrocediendo. En condiciones adecuadas, el resultado es, a menudo, un campo casi perfectamente rastrillado y fértil, listo para ser sembrado sin costo de mano de obra. Así como nuestros ancestros se dieron cuenta de que los incendios despejaban el terreno, dando pie a una sucesión natural de especies rápidamente colonizadoras (las así llamadas plantas r[uderales]), también deben haber observado esa misma secuencia en

28. Park, «Early Trends Toward Class Stratification».

las crecidas[29]. Y en la medida en que los cereales primitivos son hierbas (plantas *r*), debieron de haber prosperado y aventajado a las malezas en competencia una vez diseminadas en este limo. Como se ha observado anteriormente, tampoco parece muy exagerado imaginar la posibilidad de abrir una pequeña grieta en un dique natural para provocar una ligera crecida y hacer posible la agricultura de recesión. *Voilà!* Una forma de agricultura que podría adoptar un cazador-recolector tan inteligente como haragán.

29. Como con muchas otras ideas, ¡descubrí que esta tampoco era mía! Véase Manning, *Against the Grain*, p. 28.

2

LA TRANSFORMACIÓN DEL PAISAJE MUNDIAL: EL COMPLEJO *DOMUS*

Al contrario que en la narrativa tradicional, no existe un momento mágico en que el *Homo sapiens* cruza la línea fatídica que separa la caza y la recolección de la agricultura —de la prehistoria a la historia, del salvajismo a la civilización—. El momento en que una semilla o tubérculo queda depositado en un suelo preparado se concibe más bien como un paso adicional —y en sí mismo no muy significativo para quienes lo realizan— dentro de una larga e históricamente muy profunda madeja de modificaciones del entorno que comienza con el *Homo erectus* y el fuego.

Obviamente, nosotros no somos la única especie que altera el medio ambiente a su favor. Aunque los castores son, quizá, el ejemplo más llamativo, los elefantes, los perritos de las praderas, los osos —casi todos los mamíferos, de hecho— se afanan en la «construcción de nichos», modificando así las propiedades físicas del entorno y la distribución de otras especies de flora, fauna y vida microbiana de su entorno. Los insectos, en particular los «insectos sociales» —hormigas, termitas, abejas—, hacen otro tanto. Desde un punto de vista histórico más amplio y más profundo, también las plantas participan activamente en la modificación masiva del entorno. Así, la expansión del «cinturón de roble» después de la última glaciación creó, con el tiempo, su propio suelo, sombra, otras plantas compañeras de viaje y un suministro de bellotas que fue de gran ayuda para docenas de mamíferos, entre ellos las ardillas y el *Homo sapiens*.

Mucho antes de lo que muchos considerarían una «verdadera» agricultura, el *Homo sapiens* había reorganizado deliberadamente el mundo biótico a su alrededor con consecuencias tanto intencionadas como no intencionadas. Gracias en parte al fuego, esta horticultura de baja intensidad practicada durante muchos milenios tuvo un impacto sustancial en

el mundo natural. Ya hace 11 000 o 12 000 años hay pruebas firmes de que las poblaciones del Creciente Fértil estaban interviniendo para modificar a su favor las comunidades locales de plantas «silvestres», muchos miles de años antes de que apareciera cualquier prueba morfológica clara de cereales domesticados en el registro arqueológico[1]. Podemos fechar la aparición de cereales domesticados gracias al revelador complejo de especies de maleza característico de la labranza activa y al cuidado de los campos cultivados que lo acompañan, así como por el evidente declive de la flora autóctona, menos adaptada a este ambiente modificado[2].

En ningún lugar ha tenido más impacto la evidencia de la transformación del entorno que en nuestro conocimiento de la población primitiva de los bosques de terreno inundable amazónicos. Ahora se sabe que, en ese lugar, la cuenca estaba bien poblada y se hizo habitable, en buena parte gracias a la modificación del paisaje de palmeras, árboles frutales, nueces del Brasil y bambúes que gradualmente dieron lugar a bosques culturalmente antropogénicos. Si se le otorga tiempo suficiente para obrar su magia, esta suerte de «jardinería» forestal a cámara lenta es capaz de crear los suelos, la flora y la fauna que conforman un rico nicho de subsistencia[3].

En este contexto, plantar una semilla o un tubérculo es solo una de los cientos de técnicas diseñadas para aumentar la productividad, la densidad y la salud de plantas apetecibles pero morfológicamente silvestres. Algunas de estas técnicas incluyen la quema de flora no deseada, el desmalezamiento de rodales silvestres de plantas y árboles preferidos para eliminar a sus competidores, la poda, el raleo, la cosecha selectiva, el recorte, el trasplante, el acolchado, la reubicación de insectos protectores, el anillado de troncos, la producción de vástagos, el riego y la fer-

1. Zeder, «Introduction», p. 8. Zeder afirma que hay pruebas de que los seres humanos «cultivan y cuidan activamente los rodales silvestres de escanda y centeno tanto en Abu Hureyra como en el cercano Mureybet durante el Paleolítico Tardío de los años 15 000-13 000 a.e.c.». Para una visión documentada y esclarecedora de la transición de la caza y la recolección al cultivo en campos fijos, véase Moore, Hillman y Legge, *Village on the Euphrates*.

2. Moore, Hillman y Legge, *Village on the Euphrates*, p. 387. Los autores se refieren a «las malas hierbas predominantes ahora en el cultivo de cereal seco» —tréboles, medicagos y parientes silvestres de la alholva, la cebadilla ratonera, hierbas de semillas pequeñas, grama y litospermas (de la familia de las buglosas)—, que aparecen en gran cantidad en Oriente Medio entre los restos de semillas antiguas, a los que etiquetan como signo seguro de cultivo.

3. Para que no se piense que tales heroicidades se reducen al *Homo sapiens*, el alca, que se alimenta de pequeños peces, logró, al colonizar en gran número el norte de Groenlandia, producir suficiente tierra con sus desechos como para crear un hábitat atractivo para pequeños mamíferos cuya presencia, a su vez, atrajo a depredadores de mayor tamaño, incluyendo al oso polar.

tilización[4]. En cuanto a los animales, a falta de una domesticación completa, durante largo tiempo los cazadores han provocado incendios para facilitar brotes para sus presas, han preservado a las hembras en edad reproductiva y han practicado la selección artificial, cazando en función de los ciclos vitales y de la población, pescando selectivamente, gestionando los arroyos y otras aguas para promover las zonas de desove y cría de moluscos, trasplantando las huevas y crías de aves y peces, manipulando el hábitat y criando ocasionalmente a los alevines.

A la luz de la historia profunda y de los enormes efectos de estas prácticas, la domesticación debe ser concebida de una manera mucho más amplia que como mera plantación o pastoreo. Desde los albores de la especie, el *Homo sapiens* ha estado domesticando entornos enteros, no solo especies. La herramienta preeminente para tal fin, antes de la Revolución Industrial, no fue tanto el arado como el fuego. Por su parte, la domesticación de entornos completos hizo posible otra ventaja adaptativa de nuestra especie, a saber, las altas tasas de reproducción, que nos convirtieron en el mamífero invasor de mayor éxito del mundo (asunto que abordaremos más adelante). Ya sea que prefiramos llamarlo construcción de nichos, domesticación del medio ambiente, modificación del paisaje o gestión humana de los ecosistemas, lo que es evidente es que, a largo plazo, una gran parte del mundo ha sido modelada por la actividad humana (antropogénica) mucho antes de que aparecieran en Mesopotamia las primeras sociedades basadas en el trigo, la cebada, las cabras y las ovejas totalmente domesticados. Esta es la razón por la que, en realidad, las «subespecies» convencionales de los modos de subsistencia —caza, recolección, pastoreo y agricultura— tienen muy poco sentido histórico. Los mismos pueblos han practicado las cuatro, a veces en el decurso de una sola vida; estas actividades pueden haber sido combinadas —como de hecho ha sucedido— durante miles de años, y cada una de ellas se infiltra imperceptiblemente en la siguiente a lo largo de un vasto *continuum* de reordenamientos humanos del mundo natural.

De la plantación neolítica al zoológico floral: las consecuencias del cultivo

Aunque la búsqueda de un momento decisivo en la domesticación de los cereales más tempranos carece de sentido, no cabe duda de que en

4. Véase Catherine Fowler, «Ecological/Cosmological Knowledge and Land Management Among Hunter-Gatherers», en Lee y Daly, *The Cambridge Encyclopedia of Hunters and Gatherers*, pp. 419-425.

el año 5000 a.e.c. existían cientos de pueblos del Creciente Fértil que cultivaban cereales totalmente domesticados como su principal alimento básico. La razón por la que esto debería ser así es el rompecabezas en torno al cual aún gira la discusión. Hasta hace poco, la explicación dominante era lo que se podría llamar la teoría «contra las cuerdas» de la agricultura de arado, asociada con la gran economista danesa Ester Boserup[5]. Partiendo de la premisa irrefutable de que el cultivo de arado normalmente requiere mucho más trabajo para las calorías que produce en comparación con la caza y la recolección, razonó que el cultivo completo no debía considerarse como una oportunidad, sino como último recurso cuando ninguna otra alternativa resultaba posible. Alguna combinación de aumento de población, disminución de la proteína silvestre de la caza y de la nutritiva flora salvaje recolectable, o la coacción, deben haber obligado a los pueblos, a regañadientes, a trabajar más duramente para extraer una mayor cantidad de calorías de la tierra a la que tenían acceso. Esta transición demográfica al trabajo duro ha sido interpretada como el trasunto metafórico del relato bíblico de la expulsión de Adán y Eva del Edén a un mundo de fatigas.

A pesar de su aparente lógica económica, la tesis «contra las cuerdas» no coincide con las pruebas disponibles, al menos en Mesopotamia y en el Creciente Fértil. Uno esperaría que el cultivo fuera adoptado primero en aquellas áreas donde los apurados recolectores hubieran agotado la capacidad de carga de su entorno inmediato. En cambio, parece haber surgido en áreas caracterizadas más por la abundancia que por la escasez. Si, como se ha señalado anteriormente, practicaban la agricultura por inundación, entonces, la premisa central del argumento boserupiano de que el cultivo requiere un gran esfuerzo bien podría no ser válida. Finalmente, no parece haber prueba firme que asocie el cultivo temprano con la desaparición de la recolección o de los animales de caza. Aunque esta teoría contra las cuerdas de la agricultura queda, así, hecha jirones (al menos en el Oriente Medio), no ha podido ser reemplazada por una explicación alternativa satisfactoria para la difusión del cultivo[6].

5. Boserup, *The Conditions of Agricultural Growth* [hay trad. cast. de Ángel Falder Rivero, *Las condiciones del desarrollo en la agricultura*, Tecnos, Madrid, 1967].

6. Para el estudio más notable y brillantemente ilustrado de los orígenes de la agricultura con énfasis en el comercio, véase Sherratt, «The Origins of Farming in South-West Asia».

La domus *como módulo evolutivo*

La propia pregunta podría revestir menos importancia de la que se le atribuye. Mientras no resultara tremendamente intensivo en lo que se refiere a mano de obra, el cultivo podría haber sido una de las muchas técnicas de ingeniería ambiental de las primeras comunidades sedentarias. Lo que parece más importante que explicar por qué la siembra y la labranza se hicieron más comunes son las consecuencias a largo plazo de la domesticación de los cereales y de los animales, tema que abordamos ahora.

Cualesquiera que fuesen las razones de la creciente dependencia de los cereales y de los animales domesticados para la subsistencia, tal dependencia sin duda supuso un cambio cualitativo en la modificación del entorno. Se modificaron las variedades agrícolas; se modificó el ganado; se modificaron los suelos y el forraje; y lo que no es menos importante, se modificó el *Homo sapiens*. Aquí el término «domesticación» —de *domus*, casa— debe ser tomado literalmente. La *domus* fue una concentración única y sin precedentes de campos cultivados, almacenes de grano y semillas, personas y animales domésticos, todos ellos coevolucionando con consecuencias que nadie podía haber previsto. Igualmente importante, la *domus*, como módulo evolutivo, resultó irresistiblemente atractiva para literalmente miles de parásitos no deseados que prosperaron en su pequeño ecosistema. En la parte superior del conjunto estaban los llamados comensales: gorriones, ratones, ratas, cuervos y (prácticamente, invitados) perros, cerdos y gatos, para los cuales esta nueva Arca constituía un verdadero cebadero. Cada uno de estos comensales, a su vez, traía su propio séquito de microparásitos —pulgas, garrapatas, sanguijuelas, mosquitos, piojos y ácaros—, así como sus depredadores; los perros y los gatos estaban allí en gran medida para ocuparse de ratones, ratas y gorriones. Ni una sola criatura emergió intacta de su temporada en el campamento de reasentamiento multiespecífico del Neolítico.

Los arqueobotánicos han dedicado la mayor parte de su atención a los cambios morfológicos y genéticos de los principales cereales: el trigo y la cebada. Se puede afirmar que los trigos tempranos —escanda y, sobre todo, farro—, junto con la cebada y la mayoría de las legumbres «fundadoras» —lentejas, guisantes, garbanzos, yero e incluso lino—, pertenecen, en sentido amplio, a la familia de los «cereales», ya que son autopolinizadores anuales y no se cruzan fácilmente con sus progenitores silvestres (a diferencia del centeno). Muchas plantas son muy quisquillosas con el momento y el lugar de su crecimiento. Las más aptas

para la domesticación, más allá de su valor alimentario, resultaron ser las «generalistas», que podían prosperar en suelos alterados (el campo labrado), crecer en densos rodales y ser fácilmente almacenadas. El problema para el potencial agricultor era que la presión de la selección natural de las plantas silvestres promueve características que están diseñadas para derrotarlo. Así, las espigas silvestres son típicamente pequeñas y quebradizas, por lo que se siembran solas. Maduran de manera desigual; sus semillas pueden permanecer inactivas durante mucho tiempo, y, aun así, germinar; poseen numerosos apéndices, aristas, glumas y gruesos tegumentos, todo lo cual desanima a herbívoros y aves. Todas estas características se seleccionan en estado salvaje y contra el agricultor. Es sintomático que las principales malas hierbas que plagan el trigo y la cebada —uno puede pensar en ellas como fieras comensales de autostop— tienen precisamente estas características. Les gusta el campo labrado, pero escapan por igual de la segadora y del herbívoro. Aparentemente, la avena comenzó su carrera agrícola como una mala hierba (un parásito obligatorio que imita la cosecha) en el campo de cultivo y terminó por convertirse en una cosecha secundaria.

El campo labrado, sembrado y desmalezado es un terreno de selección completamente distinto. El agricultor quiere espigas de cereal no quebradizas (indehiscentes) y que se puedan recolectar intactas, así como un crecimiento y una madurez regulares. Muchas de las características de los cereales domésticos son, simplemente, efectos a largo plazo de la siembra y la cosecha. De este modo, las plantas que producen más semillas y más grandes, con cáscaras finas (que les permiten germinar rápidamente y desbancar a las malas hierbas competidoras cuando se siembran), que maduran uniformemente, son fáciles de trillar, germinan de manera fiable y tienen menos glumas y apéndices, es lógico que contribuyan de manera desproporcionada a la cosecha, por lo que su prole se verá favorecida en la siembra del año siguiente. Con el tiempo, las diferencias morfológicas entre las variedades plantadas y continuamente seleccionadas y su progenitor silvestre se hacen enormes. En los trigos, la diferencia entre las variedades silvestres y las domesticadas es fácilmente apreciable, pero no tan llamativa como el contraste que existe entre el maíz y su antepasado primitivo, el teosinte, que parece difícil imaginar que haya podido pertenecer en modo alguno a la misma especie.

El campo agrícola primitivo estaba mucho más simplificado y «cultivado» que el mundo exterior. A la par, era mucho más complejo que la agricultura industrial, con sus híbridos estériles y sus clones producidos pensando principalmente en su rendimiento. La agricultura tempra-

na era algo así como un catálogo de variedades y especies terrestres que se cultivaban con más de un propósito, y que fueron elegidas deliberadamente no tanto por su rendimiento medio como por su resistencia a diversos ataques, enfermedades y parásitos, y por su capacidad para satisfacer con alguna fiabilidad las necesidades de subsistencia. La diversidad de cultivos y subespecies fue más elevada en entornos naturales de mayor diversidad ecológica y climática y menor en las tierras bajas aluviales que contaban con agua y condiciones de crecimiento más fiables.

El objetivo del campo cultivado y del jardín es precisamente eliminar muchas de las variables que competirían contra los cultígenos. En este ambiente artificial y protegido —en el que el resto de la flora es exterminada provisionalmente por el fuego, las inundaciones, el arado y el azadón, o arrancado de raíz; en el que se ahuyenta o aleja con cercas a las aves, los roedores y los ramoneadores— construimos un mundo casi ideal en el que florecerán nuestros favoritos, acaso cuidadosamente regados y fertilizados. Lentamente, al mimarla, vamos creando una planta completamente domesticada. «Completamente domesticada» significa, simplemente, que es, en efecto, creación nuestra y que ya no puede prosperar sin nuestras atenciones. En términos evolutivos, una planta enteramente domesticada se ha convertido en un «caso perdido» floral superespecializado, cuyo futuro depende enteramente de nosotros. Si deja de agradarnos, será desterrada y casi con total seguridad perecerá[7]. Algunas plantas y animales domésticos (avena, plátanos, narcisos, lirios de día, perros y cerdos) se han resistido, como sabemos, a su completa domesticación y son capaces, en diferentes grados, de sobrevivir y reproducirse fuera de la *domus*.

De presa del cazador a animal de corral del granjero

Sin duda, podemos entender que perros, gatos e incluso cerdos se vieran atraídos por los cazadores y por la *domus* gracias al alimento, al abrigo y a la concentración de presas disponibles que estos les prometían. En cualquier caso, algunos de ellos aparecieron en la *domus* más como voluntarios que como reclutas. Algo parecido podría decirse del ratón casero y del gorrión doméstico que, aunque tal vez no tan bienvenidos, llegaron y consiguieron evitar su completa domesticación. Sin

7. Paso por alto, en este contexto, a esas malezas prófugas que, al igual que los cerdos, logran prosperar fuera de la *domus*: avena, centeno, vezo, falso lino, zanahoria, rábano y girasol.

embargo, el caso de ovejas y cabras, los primeros animales domésticos no comensales del Oriente Medio, supone una profunda revolución en los asuntos mamíferos. Después de todo, se trata aquí de animales que, durante muchos miles de años, fueron presa del *Homo sapiens* cazador. En lugar de, simplemente, matarlos, los aldeanos neolíticos los capturaban, los cercaban, los protegían de otros depredadores, los alimentaban cuando era necesario, los seleccionaban para aumentar su descendencia, usaban la leche, la lana y la sangre del animal vivo, y se servían más tarde del cadáver del animal sacrificado como lo haría un cazador. La transición de presas a especies «protegidas» o «cultivadas» llegó preñada de enormes consecuencias para ambas partes del contrato. Si el *Homo sapiens* es considerado la especie invasora más numerosa y de mayor éxito de la historia, este dudoso logro se debe a los batallones aliados de plantas y ganado domesticados que ha llevado consigo a casi todos los rincones del planeta.

No todos los animales de presa eran candidatos adecuados. Aquí los biólogos evolutivos y los historiadores de la naturaleza observan que ciertas especies estaban «preadaptadas» al poseer en la naturaleza características que las predisponían para la vida en la *domus*. Entre las características que se han propuesto se encuentran, sobre todo, el comportamiento gregario y la jerarquía social que lo acompaña[8], la capacidad de tolerar diferentes condiciones ambientales, una dieta de amplio espectro, la adaptabilidad al hacinamiento y a las enfermedades, la capacidad de reproducirse en cautividad y, por último, una respuesta relativamente moderada de lucha o huida ante estímulos externos. Si bien es cierto que la mayoría de los animales domésticos más importantes (ovejas, cabras, vacas y cerdos) son animales gregarios como lo son los animales de tiro domesticados (caballos, camellos, asnos, búfalos de agua y renos), el comportamiento gregario no garantiza la domesticación. La gacela, por ejemplo, fue, con mucho, el animal más cazado durante varios milenios. En el norte de Mesopotamia encontramos largos muros en forma de embudo (llamados cometas del desierto) diseñados para interceptar sus manadas migratorias anuales. Sin embargo, a diferencia de ovejas, cabras y ganado vacuno, esta fuente de apetitosas proteínas no sobrevive a la domesticación.

Con todo, aquellos animales que fueron domesticados entraron en un modo de vida completamente nuevo en el que se encontraron con

8. Diamond, *Guns, Germs and Steel*, pp. 172-174 [hay trad. cast. de Fabián Chueca Crespo, *Armas, gérmenes y acero: la sociedad humana y sus destinos*, Debate, Madrid, 1998].

presiones evolutivas completamente diferentes a las que habían experimentado como presas salvajes. En primer lugar —y por hacer referencia a los animales domésticos más comunes: ovejas, cabras y cerdos—, no eran libres de ir donde quisieran. Como especies cautivas, su dieta, junto con su movilidad, se vieron restringidas, y a menudo se encontraron hacinados en recintos, uadis y cuevas en un grado sin precedentes en su historia evolutiva. El hacinamiento tuvo, como veremos, consecuencias para su salud y su organización social. Uno de los principales objetivos de sus captores era maximizar su reproducción. Normalmente esto se conseguía, como en el rebaño moderno, sacrificando tanto a los machos jóvenes como a las hembras más allá de su edad reproductiva con el fin de maximizar el número de hembras fértiles y su progenie. Cuando los arqueólogos desean saber si un gran hallazgo de huesos de oveja o cabra procede de un rebaño salvaje o domesticado, la distribución de los restos por edad y sexo constituye la prueba más clara de la gestión y la selección humanas. Mientras permanecían custodiados y atendidos por sus amos humanos, los animales domesticados, al igual que las plantas en los campos, se libraban de muchas de las presiones evolutivas de la naturaleza (depredadores, competencia por la comida, enfrentamientos por el apareamiento), pero quedaban, sin embargo, sujetos a nuevas presiones evolutivas, tanto deliberadas como no, impuestas por sus «propietarios»[9].

Este nuevo ámbito de selección no puede limitarse a los designios del *Homo sapiens*, sino que se aplica, más ampliamente, a la microecología y al microclima de todo el complejo de la *domus*: a sus campos, sus cultivos, sus refugios y a la enorme cabalgata de animales, aves, insectos y parásitos, y hasta a la vida bacteriana que allí se reunía como comensales. La prueba de la independencia del efecto del complejo de la *domus*, más allá de su gestión humana directa, es que los comensales no bienvenidos, como ratones, gorriones e incluso cerdos (que también podrían haber llegado por su cuenta para alimentarse de las ricas cosechas de los asentamientos humanos) exhiben asimismo algunos de los cambios físicos propios de los animales completamente domesticados[10].

Sujetos a las radicalmente nuevas presiones de la *domus*, los principales animales domésticos se convirtieron en animales diferentes, tanto en lo fisiológico como en lo conductual. Estos cambios, además, ocu-

9. De entre los primeros cuadrúpedos domésticos, el cerdo y la cabra pueden pasar fácilmente (y así lo han hecho) de la esfera doméstica al «salvajismo» con notable éxito.

10. Para un desarrollo amplio de la *domus* en el contexto de Europa, véase Hodder, *The Domestication of Europe*.

rrieron en lo que fue, en términos evolutivos, un abrir y cerrar de ojos. Esto lo sabemos, en parte, por comparación de los restos óseos de los animales domésticos de Mesopotamia con los de sus primos y progenitores salvajes, así como por experimentos más recientes de domesticación. El ahora famoso experimento ruso de doma de zorros plateados constituye un ejemplo llamativo. Al seleccionar a los menos agresivos (más dóciles) de entre 130 zorros plateados y cruzarlos entre sí repetidamente, los investigadores provocaron que, en solo diez generaciones, el 18 % de la progenie exhibiera un comportamiento extremadamente dócil —gimoteando, meneando sus colas y respondiendo favorablemente a las caricias y a la manipulación como lo haría un perro doméstico—. Tras veinte generaciones de semejante cría, el porcentaje de zorros extremadamente mansos casi se duplicó hasta el 35 %[11]. Esta transformación del comportamiento se vio acompañada de cambios físicos, tales como orejas gachas, pelo moteado y cola levantada, que algunos ven ligados genéticamente a la disminución en la producción de adrenalina.

La diferencia de comportamiento más distintiva entre los animales domésticos y sus contemporáneos salvajes es un umbral más bajo de reacción a los estímulos externos y una reducción general de la cautela ante otras especies —incluido el *Homo sapiens*—[12]. La probabilidad de que tales rasgos sean, en parte, un «efecto de la *domus*» en lugar de deberse enteramente a la selección humana consciente se ve, una vez más, sugerida por el hecho de que los comensales no bienvenidos, tales como las palomas urbanas, las ratas, los ratones y los gorriones, exhiben esa misma reducción en los niveles de cautela y reactividad. La selección, por ejemplo, favoreció a ratas y ratones de menor tamaño y menos molestos, mejor adaptados para vivir de los desechos humanos y evitar su detección y captura. Como criador de ovejas durante más de veinte años, siempre me he sentido personalmente ofendido cuando se utiliza a las ovejas como sinónimo del comportamiento cobarde de las multitudes y de la falta de individualidad. Durante los últimos 8000 años hemos venido seleccionando a las ovejas por su docilidad, sacrificando primero a las más agresivas que se escapaban del corral. ¿Cómo nos atrevemos, entonces, a volver la cabeza y calumniar a una especie por su combinación de comportamiento gregario normal con, precisamente, aquellas características para las que las hemos seleccionado?

11. Para los experimentos de Belyaev, véase Trut, «Early Canine Domestication».
12. Zeder, «Pathways to Animal Domestication».

Existe una variedad de cambios físicos asociada con este proceso de modificación de la conducta. Con frecuencia, ello supone una reducción de las diferencias entre machos y hembras (dimorfismo sexual). Los cuernos de los carneros, por ejemplo, se reducen o desaparecen por completo, puesto que ya no son seleccionados para protegerse de los depredadores o para competir por parejas reproductoras. Igualmente, los animales domésticos son mucho más fértiles que sus primos salvajes. Otro cambio morfológico común y sorprendente entre los animales domésticos se conoce como neotenia: el alcance relativamente temprano por parte de muchos de ellos de la edad adulta y el mantenimiento, durante su madurez, de gran parte de la morfología juvenil —especialmente del cráneo— y de las conductas juveniles de sus antepasados que vivían en libertad. Un acortamiento de cara y mandíbula trae como resultado unos molares más cortos y, por así decir, un cráneo más poblado.

La reducción del tamaño del cerebro y, de forma algo más especulativa, sus consecuencias, parecen decisivas para el conjunto de lo que podríamos llamar «mansedumbre» entre los animales domésticos en general. En comparación con sus antepasados salvajes, las ovejas han sufrido una reducción del 24 % del tamaño del cerebro en los 10 000 años de historia de su domesticación; los hurones (domesticados mucho más recientemente) tienen cerebros un 30 % más pequeños que los de los turones salvajes; y los cerdos (*sus scrofa*) poseen cerebros más de un tercio menores que los de sus antepasados[13]. En la nueva frontera de la domesticación —la acuicultura—, incluso las truchas arcoíris criadas en cautividad muestran cerebros más pequeños que las truchas salvajes.

Más sintomáticas que la reducción general del tamaño del cerebro son las áreas cerebrales que parecen verse desproporcionadamente alteradas. En el caso de perros, ovejas y cerdos, la parte del cerebro más afectada es el sistema límbico (hipocampo, hipotálamo, hipófisis y amígdala), responsable de activar las hormonas y las reacciones del sistema nervioso ante las amenazas y los estímulos externos. Esta reducción del sistema límbico está asociada, a su vez, con el aumento del umbral necesario para desencadenar la agresividad, la huida y el miedo. Por su parte, esto ayuda a explicar las características sintomáticas de casi todas las especies domesticadas: principalmente, la reducción general de la reactividad emocional. Esta debilidad emocional puede ser concebida como una condición necesaria para la vida en la abarrotada *domus* y bajo supervisión humana, donde la acción instantánea frente a

13. Zeder y otros, «Documenting Domestication», y Zeder, «Pathways to Animal Domestication».

depredadores y presas ya no se alza como sólido imperativo de la selección natural. Con una protección física y una nutrición más seguras, el animal doméstico puede permanecer menos fijamente atento a su entorno inmediato que sus primos en estado salvaje.

Del mismo modo que el sedentarismo humano representa una reducción de la movilidad y un aumento del hacinamiento en la aldea y en la *domus*, también el confinamiento relativo y el hacinamiento de los animales domésticos tiene consecuencias inmediatas para su salud. El estrés y el trauma físico del confinamiento, junto con una dieta de espectro más reducido y la facilidad con la que pueden propagarse las infecciones entre individuos de la misma especie estabulados juntos dan lugar a una variedad de patologías. Son particularmente comunes las patologías óseas debidas a infecciones recidivantes, la inactividad relativa y una dieta más pobre. Los arqueólogos han llegado a detectar casos de artritis crónica, pruebas de enfermedad periodontal y marcas óseas de confinamiento al analizar los restos de animales domésticos arcaicos. Su resultado es también una mayor tasa de mortalidad entre los animales domésticos recién nacidos. Entre las llamas confinadas, por ejemplo, la tasa de mortalidad de recién nacidos se acerca al 50%, muy superior a la de las llamas silvestres (guanacos). La diferencia puede atribuirse en gran medida a los efectos del confinamiento —corrales enfangados, llenos de heces en los que, entre otras, prospera la virulenta bacteria *Clostridium* y donde, al igual que otros parásitos, tiene a su alcance un abundante suministro de huéspedes—.

Las altas tasas de mortalidad de los animales domésticos recién nacidos parecerían frustrar el propósito de la gestión humana, que consiste en gran medida en maximizar la reproducción de proteína animal, a la par que maximiza la cosecha de cereales. Parece, sin embargo, que las tasas de fertilidad aumentan de manera tan drástica que compensan con creces las pérdidas causadas por la mortalidad. Las razones no están del todo claras, pero los animales domesticados llegan generalmente más temprano a la edad reproductiva, ovulan y conciben con mayor frecuencia y tienen una vida reproductiva más larga. Los zorros plateados mansos del experimento ruso entraron en celo dos veces al año, mientras que los zorros no domesticados lo hacían solo una. El patrón para las ratas es más llamativo, aunque como comensales incluso en su estado salvaje, solo permiten inferencias especulativas a otros animales domésticos. Las ratas salvajes capturadas tienen tasas de fertilidad bastante bajas, pero después de tan solo ocho (¡breves!) generaciones en cautiverio, su tasa de fertilidad aumenta entre un 64 y un 94% y, para la vigesimoquinta generación, la vida reproductiva de las ratas cautivas es dos

veces más extensa que la de las «no cautivas»[14]. En general, resultan casi tres veces más fecundas. Volveremos más tarde sobre, por un lado, la paradoja de la relativa mala salud y de la elevada mortalidad neonatal junto con el aumento, por el otro, de una fertilidad más que compensatoria, ya que afectan directamente a la explosión demográfica de los pueblos agricultores en comparación con los cazadores y recolectores.

Especulación sobre paralelismos humanos

¿Hasta qué punto es plausible buscar cambios análogos en la morfología y el comportamiento del *Homo sapiens* adaptado al sedentarismo, al hacinamiento y a una dieta cada vez más dominada por los cereales? Esta ruta de indagación es tan especulativa como intrigante. Pero resulta, en mi opinión, fructífera, precisamente porque toma en consideración la idea de que somos producto de la autodomesticación deliberada o impremeditada tanto como otras especies de la *domus* lo son de nuestra domesticación.

Una manera de determinar si una mujer que murió hace 9000 años estaba viviendo en una comunidad sedentaria en la que se cultivaba cereal, en comparación con la de un grupo recolector, consiste simplemente en examinar los huesos de su espalda, sus dedos de los pies y sus rodillas. Las mujeres en las aldeas cerealistas poseen unos característicos dedos de los pies montados y unas rodillas deformadas por haber pasado largas horas arrodilladas y meciéndose adelante y atrás para moler el grano. Se trata de una pequeña pero reveladora muestra de la forma en que las nuevas rutinas de subsistencia —lo que hoy se llamaría una lesión por esfuerzo repetitivo— dieron forma a nuestros cuerpos para sus nuevos propósitos, de la misma forma que, más tarde, los animales domésticos de tiro —bueyes, caballos y asnos— llevarían en sus esqueletos las marcas de sus rutinas de trabajo[15].

Las analogías son potencialmente de largo alcance. Se podría decir que la propagación del sedentarismo transformó al *Homo sapiens* en un animal mucho más gregario de lo que lo era antes. Al igual que en otros rebaños, las inéditas concentraciones de personas proporcionaron las condiciones ideales para epidemias e intercambio de parásitos. Ahora

14. R. J. Berry, «The Genetical Implications of Domestication in Animals», en Ucko y Dimbleby, *The Domestication and Exploitation of Plants and Animals*, pp. 207-217.

15. Véase T. I. Molleson, «The People of Abu Hureyra», en Moore, Hillman y Legge, *Village on the Euphrates*, pp. 301-324.

bien, esta agregación no formaba un rebaño de una sola especie, sino una suma de muchos rebaños de mamíferos que compartían patógenos y generaban enfermedades zoonóticas completamente nuevas por el mero hecho de estar reunidos por primera vez alrededor de la *domus*. De ahí el término «campamento de reasentamiento multiespecífico tardoneolítico». Todos viajábamos, podríamos decir, hacinados en la misma arca, compartiendo su microambiente, compartiendo nuestros gérmenes y parásitos, respirando su aire.

No es, pues, de extrañar que las huellas arqueológicas de una vida vivida en gran parte en la *domus* resulten sorprendentemente similares para el hombre y la bestia. Las ovejas «domiciliadas», por ejemplo, son generalmente más pequeñas que sus antepasados salvajes y poseen signos reveladores de su vida doméstica: patologías óseas típicas del hacinamiento y una dieta limitada con deficiencias típicas. Los huesos del *Homo sapiens* «domiciliado», comparados con los de los cazadores-recolectores, también resultan característicos: son más pequeños y con frecuencia muestran, como sus dientes, la marca de un desorden alimenticio, en concreto, una anemia ferropénica que se manifiesta sobre todo en las mujeres en edad reproductiva cuyas dietas se basan cada vez más en los cereales.

Por supuesto, el paralelismo surge de un entorno común que presenta una movilidad más restringida, hacinamiento y oportunidades de infección cruzada, una dieta más limitada (menor variedad para los herbívoros, menor variedad y menos proteína para los omnívoros como el *Homo sapiens*) y la relajación de algunas de las presiones evolutivas por parte de los depredadores que acechan en el exterior de la *domus*. En el caso del *Homo sapiens*, sin embargo, el proceso de autodomesticación había comenzado mucho antes (en parte, incluso antes de ser *sapiens*) con el uso del fuego, la cocina y la domesticación del grano. Por ello, la disminución del tamaño de los dientes, el acortamiento facial, la reducción en talla y robustez del esqueleto, y un menor dimorfismo sexual son efectos evolutivos con una historia que va mucho más allá del Neolítico. Pese a todo, el sedentarismo, el hacinamiento y una dieta cada vez más dominada por los cereales fueron cambios revolucionarios que dejaron una huella inmediata y legible en el registro arqueológico.

La posibilidad de que la domesticación en su sentido más amplio sea un proceso análogo que podemos ver en funcionamiento tanto entre los seres humanos como entre sus animales domesticados ha sido desarrollada enérgica y elocuentemente por Helen Leach[16], que observa desde

16. Leach, «Human Domestication Reconsidered».

el Pleistoceno tendencias similares en cuanto a tamaño, estatura (las dietas de cereales aparecen habitualmente asociadas con estaturas menores), reducción del tamaño de los dientes y acortamiento de la cara y las mandíbulas, y se pregunta directamente si podría existir un «síndrome distintivo» de la domesticación resultado de un ambiente cada vez más común y compartido. Por «entorno común» entiende no solo sedentarismo y cereal, sino todo el conjunto de la *domus*. Podríamos concebirlo como un «módulo *domus*» que con el tiempo llegaría a colonizar gran parte del mundo[17].

Al entender la domesticación en su sentido más amplio como una adaptación a la vida en el hogar, y al ampliar este concepto para incorporar la casa y los edificios anexos, patios, jardines y huertos, podemos considerar algunos de los criterios de la domesticación como cambios biológicos que se producen al vivir en el ambiente culturalmente modificado y artificial que llamamos *domus*.

> El complejo de casas y patios protegía a todos los habitantes de los asentamientos en los meses de invierno, incluidos los comensales invitados y no invitados. Las golosinas, los restos de alimento o los artículos estropeados, comidas preparadas a partir de trozos de plantas trituradas y molidas, llegaban a los perros y, más tarde, en el Neolítico, a los cerdos que se encontraban dentro del recinto de la casa. Una dieta compartida entre humanos, perros y cerdos —que se estaba volviendo de consistencia más tierna— podría explicar en parte la gracilidad compartida [pérdida de masa ósea debida a la evolución] y la reducción cráneo-facial y dental de estas especies[18].

Más allá de las consecuencias morfológicas y fisiológicas de la domesticación para el hombre y la bestia se encuentran los cambios en el comportamiento y en la sensibilidad, que resultan más difíciles de codificar. Los ámbitos físico y cultural están estrechamente relacionados. ¿Será que, al igual que sus animales domesticados, las personas sedentarias, sembradoras de cereal y refugiadas en las *domus* han experimentado una disminución comparable de su reactividad emocional y que están menos permanentemente alertas a su entorno inmediato? Si es así, ¿está ello relacionado, como en los animales domésticos, con cambios en el sistema límbico que gobierna las respuestas de miedo, agresividad

17. El teórico preeminente de la *domus* como unidad social clave de la sociedad agraria es Ian Hodder. El papel central que asigna a la *domus* en el proceso de domesticación en *The Domestication of Europe* fue anticipado por Peter J. Wilson en *The Domestication of the Human Species*.

18. Leach, «Human Domestication Reconsidered», p. 359.

y huida? No conozco ninguna prueba que se refiera directamente a esta cuestión, ni es fácil imaginar cómo podría abordarse de forma objetiva.

En lo que respecta a los cambios biológicos asociados con la propia agricultura, debemos ser doblemente cautelosos. La selección funciona mediante variación y herencia, y tan solo han transcurrido 240 generaciones humanas desde la primera adopción de la agricultura y quizá no más de 160 generaciones desde que se generalizó, por lo que difícilmente estamos en condiciones de llegar a conclusiones definitivas[19]. Si bien asuntos de este calado pueden estar más allá de nuestra capacidad para resolverlos, algo podemos añadir sobre cómo el sedentarismo, la domesticación de animales y plantas, y una dieta en gran medida a base de cereales han moldeado nuestro comportamiento, nuestras rutinas y nuestra salud.

Nuestra domesticación

Como especie tendemos a concebirnos como el «agente» en las narrativas sobre la domesticación. «Nosotros» domesticamos el trigo, el arroz, la oveja, el cerdo, la cabra. Pero si observamos el asunto desde un ángulo ligeramente diferente, se podría argumentar que somos nosotros los que hemos sido domesticados. Michael Pollan lo vio así en su repentino y memorable *aperçu* mientras trabajaba en su jardín[20]. Al tiempo que desmaleza y cava alrededor de sus prósperas plantas de patata se da cuenta de que, inconscientemente, se ha convertido en esclavo de la patata. Ahí está él, de rodillas y con sus propias manos, día tras día, desmalezando, fertilizando, desenredando, protegiendo y, en términos generales, remodelando el entorno inmediato para satisfacer las utópicas expectativas de su patatal. Mirado desde este ángulo, quién hace caso a quién se convierte casi en un problema metafísico. Si nuestras plantas domesticadas no pueden prosperar sin nuestra ayuda, es igualmente

19. Dos candidatos comunes para estas adaptaciones son la aparición del rasgo drepanocítico como protección contra el paludismo, que se había convertido en epidémico debido a los cambios humanos en entornos cultivados, y el aumento de la tolerancia a la lactosa, especialmente entre los nómadas pastores. Más controvertidas son las interpretaciones de cuándo se desarrollaron los grupos sanguíneos A, B y AB, y frente a qué enfermedades epidémicas parecen ofrecer alguna protección. Véase, en general, Boyden, *The Impact of Civilization on the Biology of Man*.

20. Pollan, *The Botany of Desire*, pp. xi-xiv [hay trad. cast. de Raúl Nagore Ucle, *La botánica del deseo. El mundo visto a través de las plantas*, Navarrorum Tabula, San Sebastián, 2007].

cierto que nuestra supervivencia como especie también depende de un puñado de variedades domésticas.

La domesticación de los animales puede verse en términos casi idénticos. Quién está sirviendo a quién no es un asunto sencillo de resolver en lo que respecta a los bovinos y otros tipos de ganado criados, llevados a pastar, alimentados de forraje y protegidos. Evans-Pritchard, en su famosa monografía sobre el último pueblo ganadero, los nuer, tenía la misma visión sobre aquellos y su ganado que Pollan sobre sus patatas.

> Se ha observado que a los nuer podría llamárselos parásitos de la vaca, pero con igual razón podría decirse que la vaca es un parásito de los nuer, quienes pasan la vida asegurando el bienestar de aquella. Construyen establos, encienden fuegos y limpian los corrales para que las vacas estén cómodas; se trasladan de las aldeas a campamentos, de un campamento a otro campamento y regresan de los campamentos a las aldeas para conservar su salud; desafían a las fieras para protegerlas y labran ornamentos para adornarlas. Las vacas pueden llevar su apacible, indolente y perezosa vida gracias a la devoción de los nuer[21].

Uno bien podría oponerse a esta línea de razonamiento observando que, en último término, Pollan se come sus patatas y los nuer se comen (comercian, truecan y curten la piel de) su ganado. Su destino final no está en duda. Pero estaríamos pasando por alto el hecho de que, mientras viven, la patata y la vaca son objeto de una rutina exigente y solícita que atiende a su bienestar y su seguridad.

Por tanto, aunque aún no lleguemos a resolver las cuestiones más importantes de cómo nuestros cerebros y sistemas límbicos han sido moldeados por la domesticación, podemos, sin embargo, decir algo sobre cómo la vida en el Neolítico tardío ha sido moldeada por nuestra relación con nuestros animales domesticados en la *domus*.

En primer lugar, comparemos, a grandes rasgos, el mundo de la vida del cazador-recolector con el del granjero, con o sin ganado. Quienes han observado de cerca la vida de los cazadores-recolectores han quedado impresionados por la forma en que esta se ve interrumpida por estallidos de intensa actividad durante breves intervalos. La actividad es en sí muy variada: caza y recolección, pesca, cosecha, fabricación de trampas y presas, y está diseñada para aprovechar al máximo de una manera u otra el ritmo natural de la disponibilidad de alimentos. *Tempo*, creo, es la palabra clave aquí. La vida de los cazadores-recolectores

21. Evans-Pritchard, *The Nuer*, p. 36 [hay trad. cast. de Carlos Manzano, *Los nuer*, Anagrama, Barcelona, 1992, p. 50].

está orquestada por una serie de ritmos naturales de los que deben ser atentos observadores: el movimiento de las manadas de caza (ciervos, gacelas, antílopes, jabalíes); las migraciones estacionales de las aves, especialmente de las acuáticas, que pueden ser interceptadas y atrapadas en sus lugares de descanso o nidificación; las corrientes de apetitosos peces aguas arriba o aguas abajo; los ciclos de maduración de las frutas y nueces, que deben ser recolectados antes de que otros competidores lleguen o antes de que se echen a perder; y, de manera menos predecible, la llegada de caza, peces, tortugas y setas, que deben ser explotados muy rápidamente. La lista podría ampliarse de forma casi indefinida, pero hay varios aspectos que destacan en esta actividad. En primer lugar, cada una exige su propia «caja de herramientas» y el aprendizaje de técnicas de captura o recolección específicas. En segundo lugar, no debemos olvidar que los recolectores, desde hace largo tiempo, han venido recolectando granos de rodales naturales y, a tal efecto, han desarrollado ya casi todas las herramientas que asociamos con la caja de herramientas neolíticas: hoces, trillos y cestas, bandejas para aventar, morteros y piedras de molienda, y similares. Tercero, cada una de estas actividades representa un problema distinto de coordinación, de manera que el grupo cooperativo y la división del trabajo para cada una de ellas son diferentes. Por último, sus actividades, como las de la primera aldea de la llanura aluvial mesopotámica, abarcan varias redes alimentarias (humedales, bosques, sabanas y zonas áridas), cada una de las cuales posee su propia estacionalidad. Aunque los cazadores-recolectores dependen vitalmente de estos ritmos, son, al mismo tiempo, generalistas y oportunistas siempre alerta para aprovecharse de la generosidad dispersa y episódica que la naturaleza pueda poner en su camino.

Botánicos y naturalistas se han visto reiteradamente sorprendidos por el grado y la amplitud de conocimientos que los cazadores-recolectores tienen del mundo natural que los rodea. Sus taxonomías de plantas no encajan en las categorías de Linneo, pero son más prácticas (bueno para comer, cura heridas, hace tintes azules) y sumamente elaboradas[22]. La codificación de los conocimientos agrícolas en América, por el contrario, ha adoptado tradicionalmente forma del *Farmer's Almanac*, en el que se indica, entre otras cosas, cuándo se debe plantar el maíz. Podríamos, en este contexto, pensar que los cazadores y los recolectores tienen toda una biblioteca de almanaques: uno para los rodales naturales de los cereales, subdividido en trigo, cebada y avena; otro para los fru-

22. Véase Conklin, *Hanunóo Agriculture* y Lévi-Strauss, *La Pensée sauvage* [hay trad. cast. de Francisco González Aramburu, *El pensamiento salvaje*, FCE, México, 1964].

tos secos y frutas del bosque, subdividido en bellotas, hayucos y bayas diversas; otro para el pescado, subdividido en mariscos, anguilas, arenques y sábalos; y así sucesivamente. Lo que es quizás igual de asombroso es que esta verdadera enciclopedia del conocimiento, incluida una historia profunda de pasadas experiencias, se conserva íntegramente en la memoria colectiva y en la tradición oral del grupo.

Para volver al concepto de *tempo*, uno podría imaginar a los cazadores y a los recolectores como atentos al distinto metrónomo de una gran diversidad de ritmos naturales. Los agricultores, especialmente los que trabajan en el cultivo de cereales en campos fijos, están confinados, en gran medida, a una sola red alimentaria, y sus rutinas se adaptan a su *tempo* particular. Llevar con éxito un puñado de cultivos hasta su cosecha constituye, sin duda, una actividad exigente y compleja, pero suele venir determinada por los requisitos de una sola planta de almidón dominante. No es exagerado decir que la caza y la recolección son, en términos de complejidad, tan diferentes de la agricultura de cereales como la agricultura de cereales lo es, a su vez, del trabajo repetitivo de una línea de montaje moderna. Cada paso supone una reducción sustancial de la atención requerida y una simplificación de las tareas[23].

De este modo, la domesticación de las plantas, representada en última instancia por la agricultura en campos fijos, nos sumergió en un conjunto anual de rutinas que pasaron a organizar nuestra vida laboral, nuestros modelos de asentamiento, nuestra estructura social, el entorno construido de la *domus* y buena parte de nuestra vida ritual. Desde el despeje del campo (con fuego, arado, rastrillo), pasando por la siembra, el desmalezamiento, el riego y la vigilancia constante a medida que madura el cultivo, la variedad dominante organiza gran parte de nuestro calendario. La cosecha, por su parte, pone en marcha otra secuencia de rutinas (en el caso de los cultivos de cereales, la siega, el atado de la mies, la trilla, el espigado, la separación de la paja, el aventado, el cribado, el secado y la clasificación), la mayor parte de las cuales se ha

23. Comparando al pastor mongol con el agricultor Han, Owen Lattimore aborda el asunto cargando más las tintas de lo que yo lo haría, pues, como granjero mediocre, he aprendido lo complejo que es llegar a dominar esa actividad. «De hecho, el mongol, entrenado desde la infancia para ser independiente y hacer todo tipo de cosas por sí mismo (trabajar el cuero y el fieltro, conducir un carro y manejar una caravana, salir con cualquier tiempo y encontrar su camino atravesando grandes distancias y, sobre todo, tomar sus propias decisiones por sí mismo, en el momento oportuno y en toda clase de circunstancias), debía estar bien situado en comparación con el colono campesino que ha vivido en una choza de barro toda su vida, asistiendo sin ninguna iniciativa a una rutina inmutable de siembra y cosecha con decisiones tomadas por su propietario y por el calendario» («On the Wickedness of Being Nomads», p. 422).

codificado, históricamente, como trabajo femenino. Además, la preparación diaria de los granos para el consumo (molido, triturado, encendido del fuego, cocinado y horneado durante todo el año) fijó el tempo de la *domus*.

Estas meticulosas, exigentes, entrelazadas y obligatorias rutinas anuales y diarias, yo diría, deben estar en el centro de cualquier relato completo del «proceso civilizador». Atan a los agricultores a una rutina de pasos de baile minuciosamente coreografiada; moldean sus cuerpos, moldean la arquitectura y la disposición de la *domus*; remachan, por así decirlo, un cierto patrón de cooperación y coordinación. En ese sentido, por continuar con la metáfora, son el bajo continuo musical de la *domus*. Una vez que el *Homo sapiens* dio el fatídico paso hacia la agricultura, nuestra especie entró en un austero monasterio cuyo prior no es otro que el exigente reloj genético de unas pocas plantas y, en Mesopotamia particularmente, el del trigo y la cebada.

Norbert Elias ha descrito convincentemente las cadenas de dependencia cada vez mayores y entre poblaciones cada vez más densas en la Europa medieval, que hicieron posible la adaptación mutua y la moderación a las que denominó «el proceso civilizador»[24]. Ahora bien, literalmente miles de años antes de los cambios sociales que Elias describe —y más allá de cualquier cambio hipotético en nuestro sistema límbico—, gran parte de nuestra especie estaba ya disciplinada y subordinada al metrónomo de nuestros propios cultivos.

Una vez que los cereales llegaron a establecerse como cultivo principal en el temprano Oriente Medio, resulta asombroso hasta qué punto el calendario agrícola pasó a determinar gran parte del ritual de la vida pública: arado ceremonial por parte de sacerdotes y reyes, ritos y celebraciones de la cosecha, oraciones y sacrificios para una cosecha abundante, dioses para cereales concretos. Las metáforas que nos sirven para razonar quedaron progresivamente dominadas por los cereales y los animales domésticos: hay «tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado», siendo «un buen pastor»*. Apenas hay un pasaje en el Antiguo Testamento que no haga uso de tales imágenes. Esta codificación de la subsistencia y la vida ritual alrededor de la *domus* constituye una prueba convincente de que con la domesticación el *Homo sapiens* había cambiado un amplio espectro de flora silvestre y de fauna salvaje por unos pocos cereales y un puñado de reses.

24. Elias, *The Civilizing Process* [*Über den Prozeß der Zivilisation*; hay trad. cast. de Ramón García Cotarelo, *El proceso de la civilización*, FCE, México, 1987].

* Eclesiastés 3,2, citado por la versión de Reina-Valera.

Estoy tentado de ver la revolución neolítica tardía, a pesar de todas sus contribuciones a las sociedades a gran escala, como una especie de labor de descualificación. El icónico ejemplo de Adam Smith de las ganancias de productividad que se pueden lograr a través de la división del trabajo fue la fábrica de alfileres, en la que cada paso de su elaboración se convertía en una tarea realizada por un trabajador diferente. Alexis de Tocqueville realizó una lectura favorable de *La riqueza de las naciones*, pero se preguntó: «¿Qué se puede esperar de un hombre que ha pasado veinte años de su vida poniendo cabezas a los alfileres?»[25].

Si nos resulta esta una visión demasiado lúgubre de un progreso al que se le ha acreditado hacer posible la civilización, digamos al menos que supuso una reducción de la atención y del conocimiento práctico de nuestra especie sobre el mundo natural, una restricción de su dieta, una contracción del espacio y, tal vez, también, un empobrecimiento de la vida ritual.

25. Tocqueville, *Democracy in America*, 2, p. 1067 [hay trad. cast. de Eduardo Nolla, *La democracia en América*, Trotta, Madrid, ²2018, p. 928].

3

LAS ZOONOSIS: UNA TORMENTA EPIDEMIOLÓGICA PERFECTA

El trabajo pesado y su historia

El agropastoreo (campos arados y animales domésticos) llegará a dominar gran parte de Mesopotamia y del Creciente Fértil mucho antes de la aparición de los estados. A excepción de las regiones favorecidas por la agricultura de recesión, este hecho supone una paradoja que, a mi modo de ver, aún no ha recibido una explicación satisfactoria. ¿Por qué unos pueblos recolectores en su sano juicio iban a preferir el enorme incremento de trabajo duro que conllevaba la agricultura en campos fijos y la cría de animales, a menos que tuviesen, por así decir, una pistola apuntando a su sien colectiva? Sabemos que hasta los cazadores-recolectores contemporáneos, forzados a vivir en entornos pobres en recursos, tan solo dedican la mitad de su tiempo a algo que se pueda llamar trabajo de subsistencia. En palabras de los estudiosos de un yacimiento arqueológico excepcional en Mesopotamia (Abu Hureyra), donde puede rastrearse la transición completa desde la caza y la recolección hasta la agricultura en completo desarrollo: «No es probable que unos cazadores-recolectores que ocupan una ubicación productiva con un abanico de alimentos silvestres capaz de cubrir sus necesidades básicas durante todas las estaciones hayan comenzado a cultivar sus calóricas plantaciones básicas voluntariamente. La inversión energética por unidad energética producida habría resultado demasiado alta»[1]. Su conclusión es que la «pistola que apuntaba a su sien», en este caso, fue la ola de frío del Dryas Reciente (10 500-9600 a.e.c.), que redujo la disponibilidad de plantas silvestres y la proximidad de poblaciones hostiles que res-

1. Moore, Hillman y Legge, *Village on the Euphrates*, p. 393. Se trata de una panorámica completa y asombrosamente valiosa del yacimiento más rico de Mesopotamia.

El campamento de reasentamiento multiespecífico tardoneolítico: una tormenta epidemiológica perfecta

Según un cálculo meticuloso, la población mundial en 10 000 a. e. c. era de unos 4 millones. Cinco milenios redondos después, en el 5000 a. e. c., solo había aumentado hasta los 5 millones. Esto difícilmente supone una explosión demográfica, pese a los logros civilizatorios de la revolución neolítica: el sedentarismo y la agricultura. Por el contrario, al cabo de los subsiguientes 5000 años, la población mundial se multiplicaría por veinte, hasta llegar a los 100 millones. Así pues, la transición neolítica, de 5000 años de duración, fue algo así como un cuello de botella demográfico, como reflejo de un nivel reproductivo casi estático. Aun suponiendo una tasa de crecimiento de la población apenas superior a los niveles de reemplazo (por ejemplo, un 0,015 %), la población mundial total se habría más que duplicado durante esos cinco milenios. Una explicación verosímil para esta paradoja del aparente progreso humano en las técnicas de subsistencia junto con un largo período de estancamiento demográfico es que, epidemiológicamente, ese habría sido el período más letal de la historia humana. En el caso de Mesopotamia, se afirma que, precisamente debido a los efectos de la revolución neolítica, se habría convertido en el foco de enfermedades crónicas e infecciosas agudas que devastarían una y otra vez a la población[2].

Resulta complicado encontrar pruebas de ello en el registro arqueológico puesto que dichas enfermedades, a diferencia de la malnutrición, raramente dejan su firma en los huesos humanos. La enfermedad epidémica constituye en mi opinión el silencio «más clamoroso» del registro arqueológico neolítico. La arqueología solo puede evaluar lo que es capaz de recuperar y, en este caso, nos vemos obligados a especular más allá de las pruebas materiales. No obstante, existen buenas razones para suponer que una gran parte de los repentinos colapsos de los primeros centros de población pudieron deberse a enfermedades epidémicas devastadoras[3]. En un caso tras otro encontramos indicios de un abandono repentino y por lo demás inexplicado de lugares bien poblados. Si se tratara de un cambio climático adverso o de la salinización del suelo, también cabría esperar el despoblamiento, pero como corresponde a dichas

2. Burke y Pomeranz, *The Environment and World History*, p. 91, que citan a Peter Christensen, *The Decline of Iranshahr*. Aunque el período al que Christensen se está refiriendo es posterior, data el origen de dichas enfermedades en la propia transición neolítica. Véanse cap. 7 y pp. 75 ss.

3. Es muy posible que los avances en la recuperación del material genético proporcionen pronto pruebas más contundentes de tales sospechas.

causas, lo más probable es que fuese de alcance regional y de carácter más bien gradual. Existen otras posibles explicaciones para la repentina evacuación o desaparición de un emplazamiento populoso: una guerra civil, la conquista o las inundaciones. Sin embargo, si tomamos en consideración la completa novedad del hacinamiento posibilitado por la revolución neolítica y los devastadores efectos de la enfermedad, una vez que tenemos acceso a los registros escritos, el principal sospechoso resulta ser la enfermedad epidémica. No debemos entender, en este contexto, por enfermedad epidémica solo las que se refieren al *Homo sapiens*. Las epidemias afectaban a los animales domésticos y a los cultivos que se concentraban igualmente en el campamento de reasentamiento multiespecífico tardoneolítico. Una población podía quedar tan fácilmente devastada por una enfermedad que barriese sus rebaños o sus campos de grano como por una plaga que la amenazase directamente.

Sin embargo, una vez que contamos con registros escritos, poseemos una amplia evidencia de epidemias letales que, con la debida precaución, podría proyectarse sobre períodos anteriores. La *Epopeya de Gilgamés* nos proporciona, quizá, la prueba más contundente cuando su héroe afirma que su fama sobrevivirá a la muerte, al tiempo que describe una escena de cuerpos abatidos, probablemente, por una peste, flotando Éufrates abajo. Los mesopotámicos, según parece, vivieron bajo la sombra siempre amenazadora de epidemias fatales. Poseían amuletos, rezos especiales, figuritas profilácticas y diosas y templos «sanadores» (el más famoso de los cuales se encontraba en Nippur) concebidos para proteger de enfermedades de masas. Por supuesto, tales acontecimientos eran escasamente comprendidos en aquella época. Se veían como «la carnicería» de un dios y como castigo por alguna trasgresión que requería un ritual compensatorio que incluía el sacrificio de una cabeza de turco[4].

Las primeras fuentes escritas también dejan claro que las antiguas poblaciones mesopotámicas comprendían el principio del «contagio» que propagaba las enfermedades epidémicas. Ahí donde resultaba posible, adoptaban medidas para someter a cuarentena los primeros casos observados, confinándolos a sus dependencias, sin dejar salir ni entrar

4. Véanse, entre otros, Porter, *Mobile Pastoralism*, pp. 253-254; Radner, «Fressen und gefressen werden»; Karen Radner, «The Assyrian King and His Scholars: The Syro-Anatolian and Egyptian Schools», en W. Lukic y R. Mattila, (eds.), *Of Gods, Trees, Kings, and Scholars: Neo Assyrian and Related Studies in Honour of Simo Parpola, Studia Orientalia* 106 (Helsinki, 2009), pp. 221-233; Walter Farber, «How to Marry a Disease: Epidemics, Contagion, and a Magic Ritual Against the 'Hand of the Ghost'», en H. F. H. Horstmanshoff y M. Stol, (eds.), *Magic and Rationality in Ancient Near Eastern and Graeco-Roman Medicine*, Brill, Leiden, 2004, pp. 117-132.

a nadie. Se daban cuenta de que los viajeros de larga distancia, los mercaderes y los soldados eran probables portadores de la enfermedad. Sus prácticas de aislamiento y de rechazo prefiguran los procedimientos de cuarentena de los *lazzaretti* de los puertos renacentistas. Había implícita una noción de contagio no solo en la voluntad de rechazar a la gente que estaba infectada, sino a la hora de evitar también sus vasos, platos, vestimenta y ropa de cama[5]. Los soldados que volvían de campaña y que eran sospechosos de portar una enfermedad estaban obligados a quemar su ropa y escudos antes de entrar en la ciudad. Cuando fallaban el aislamiento y la cuarentena, los que podían escapaban de la ciudad, dejando atrás muertos y moribundos, y regresaban, si es que regresaban, solo mucho después de que la epidemia hubiera pasado. Con este comportamiento, con frecuencia, habrán trasladado la epidemia a regiones colindantes, desencadenando una nueva ronda de cuarentenas y huidas. En mi opinión, apenas si cabe dudar de que muchos de los abandonos de regiones populosas más antiguos que no figuran en las crónicas se debieron antes a las enfermedades que a la política.

Las pruebas del papel de los patógenos en las enfermedades de humanos y de animales y cultivos domesticados antes de mediados del cuarto milenio a.e.c. son, por fuerza, especulativas. Ahora bien, a medida que proliferan los registros escritos, los indicios de la existencia de epidemias aumentan en la misma proporción. Según afirma Karen Rhea Nemet-Nejat, los textos hacen referencia a la tuberculosis, al tifus, a la peste bubónica y a la viruela[6]. Una de las más antiguas y más ampliamente atestiguadas es una epidemia devastadora acaecida en Mari, en el Éufrates, en 1800 a.e.c. La lista de otras parecidas es extensa, aunque la naturaleza de la enfermedad queda normalmente poco clara. La epidemia que destruyó al ejército de Senaquerib, hijo de Sargón II y rey asirio en 701 a.e.c., que también figura en la letanía de plagas del Antiguo Testamento, se adscribe al tifus o al cólera, azotes tradicionales de los ejércitos en campaña. Más tarde, la devastadora peste de Atenas en 430 a.e.c., memorablemente descrita por Tucídides, y las plagas antonina y justiniana de Roma desempeñaron un papel decisivo en lo que viene a ser la historia «imperial» antigua. Teniendo en cuenta el gran tamaño de las poblaciones y el crecimiento del comercio a larga distancia en esta época más tardía, poca duda cabe de que las epidemias debieron afectar a más personas y más regiones que antes. Con todo, la Mesopo-

5. Farber, «Health Care and Epidemics in Antiquity». Las pruebas aquí proceden principalmente de Mari, en el Éufrates, y de Uruk alrededor del segundo milenio a.e.c.
6. Nemet-Rejat, *Daily Life in Ancient Mesopotamia*, p. 80.

tamia de finales del cuarto milenio a.e.c. era un entorno históricamente virgen para las epidemias. Hacia el 3200 a.e.c., Uruk era la ciudad más grande del mundo, y contaba con entre 25 000 y 50 000 habitantes, junto con su ganado y cultivos, que eclipsaban a las concentraciones del anterior Período de El Obeid. Al ser la región demográficamente más densa, la llanura aluvial meridional resultaba especialmente vulnerable a las epidemias. La palabra acadia para enfermedad epidémica «significaba literalmente 'muerte segura' y podía aplicarse lo mismo a las epidemias animales que a las humanas»[7]. Una concentración de esta magnitud y un flujo comercial sin precedentes crearon, como explicaremos a continuación, una vulnerabilidad radicalmente nueva frente a las enfermedades del hacinamiento.

El sedentarismo por sí solo, mucho antes del cultivo generalizado de cosechas domesticadas, creó condiciones de hacinamiento que venían a funcionar como «cebaderos» ideales para los patógenos. El surgimiento de grandes pueblos y pequeñas ciudades en la llanura aluvial mesopotámica suponía una densidad de población entre diez y veinte veces mayor de lo que el *Homo sapiens* había experimentado hasta entonces. La lógica del hacinamiento y de la transmisión de enfermedades resulta evidente. Imagínese, por ejemplo, un corral con diez gallinas, una de las cuales está infectada por un parásito que se propaga en las deposiciones. Transcurrido algún tiempo (en función, en parte, del tamaño del corral, de la actividad de las aves y de la facilidad de transmisión), una segunda gallina se verá infectada. Ahora, en vez de diez gallinas, imagínese quinientas gallinas en el mismo corral, y las probabilidades de que otra gallina se vea rápidamente infectada subirán al menos cincuenta veces, y así exponencialmente. Ahora hay dos gallinas excretando el parásito, duplicando la probabilidad de una nueva infección. Recuérdese que hemos incrementado no solamente las aves, sino también sus deposiciones por cincuenta, por lo que pronto, cuanto más pequeño sea el corral, la probabilidad de que otros pollos eviten el contacto con el patógeno se reducirá hasta casi desaparecer.

Para nuestros propósitos actuales estamos aplicando la lógica del hacinamiento y de las enfermedades al *Homo sapiens*, pero, como en el ejemplo anterior, resulta igualmente oportuna para el hacinamiento de cualquier organismo, ya sea flora o fauna, propenso a las infecciones. Se trata de un fenómeno de hacinamiento que atañe igualmente a bandadas de aves y rebaños de ovejas, a bancos de peces, a manadas de renos

7. *Ibid.*, p. 146. Nemet-Rejat añade: «Un presagio informaba de que los dioses de la plaga marchaban junto a las tropas, muy probablemente una referencia al tifus».

o gacelas o a campos de cereales. Cuanto mayor es la similitud genética (cuanto menor la variación), tanto más elevada resulta la probabilidad de que todos resulten vulnerables al mismo patógeno. Antes de la generalización de los viajes humanos, las aves migratorias que anidaban juntas combinaban viajes de larga distancia con hacinamiento para constituirse, quizá, en el principal vector de la propagación a distancia de una enfermedad. La asociación de la infección con el hacinamiento ya se conocía y se tenía en cuenta mucho antes de que se identificara a los verdaderos vectores de transmisión de las enfermedades. Cazadores y recolectores sabían lo bastante como para mantenerse alejados de los grandes asentamientos, y la dispersión se consideraba, desde antiguo, como un modo de evitar contraer una enfermedad epidémica. Oxford y Cambridge tardomedievales disponían de lazaretos en el campo para confinar a los estudiantes ante los primeros signos de la plaga. La concentración podía ser letal. Es así que las trincheras, los campamentos de desmovilización y los barcos de tropas, al término de la I Guerra Mundial, proporcionaron las condiciones ideales para la vasta y letal pandemia de gripe de 1918. Los escenarios sociales del hacinamiento (ferias, campamentos militares, escuelas, cárceles, barrios bajos, peregrinaciones religiosas, tales como el *hajj* a La Meca) han sido, históricamente, los lugares en los que se han contraído las enfermedades infecciosas y desde donde se han irradiado posteriormente.

Difícilmente puede sobreestimarse la importancia del sedentarismo y del hacinamiento que posibilitó. Supone que prácticamente todas las enfermedades infecciosas causadas por microorganismos específicamente adaptados al *Homo sapiens* vieron la luz tan solo en los últimos 10 000 años, muchas de ellas quizá solo en los últimos 5000. Han resultado ser, en toda la extensión del término, una «consecuencia de la civilización». Estas enfermedades históricamente recientes (cólera, viruela, paperas, sarampión, gripe, varicela y quizá malaria) solo pudieron surgir como resultado del comienzo del urbanismo y, como veremos, de la agricultura y, hasta hace bien poco, representaron, en conjunto, la causa global de mortalidad humana más importante. No es que las poblaciones presedentarias no tuviesen sus propios parásitos y enfermedades, sino que dichas enfermedades no eran enfermedades de hacinamiento, sino, por el contrario, enfermedades caracterizadas por una dilatada latencia y/o un reservorio no humano: como la tifoidea, la disentería amebiana, el herpes, el tracoma, la lepra, la esquistosomiasis o la filariasis[8].

8. Véase sobre todo Groube, «The Impact of Diseases»; Burnet y White, *The Natural History of Infectious Disease*, sobre todo los capítulos 4-6 [hay trad. cast. de Fernando

Las enfermedades de hacinamiento se llaman también enfermedades dependientes de la densidad o, en la jerga de salud pública actual, infecciones extrahospitalarias agudas. Si se conoce el modo de transmisión, la duración de la infecciosidad y la de la inmunidad adquirida después de la infección, resulta posible deducir, para muchas enfermedades virales que han acabado dependiendo de un huésped humano, la población mínima requerida para evitar que la infección desaparezca por falta de nuevos huéspedes. Los epidemiólogos gustan de citar el ejemplo del sarampión en las remotas islas Feroe en los siglos XIX y XX. Una epidemia traída por marineros devastó las islas en 1781 y, teniendo en cuenta la inmunidad de por vida que confiere a los supervivientes, las islas se vieron libres del sarampión durante 65 años, hasta que volvió en 1846 infectando a todos menos a los paisanos de mayor edad que habían sobrevivido a la epidemia anterior. Otra epidemia treinta años después infectó solo a aquellos por debajo de los treinta. Concretamente para el sarampión, los epidemiólogos han calculado que se requerirían al menos 3000 huéspedes nuevamente vulnerables para mantener una infección permanente y que tan solo una población de unos 300 000 podría proporcionar tal cantidad. Con una población muy por debajo de este umbral, las islas Feroe tuvieron que hacerse «importar» el sarampión de nuevo para cada epidemia. Por la misma razón, naturalmente, esto significa que ninguna de estas enfermedades hubiera podido existir con anterioridad a las poblaciones del Neolítico. También explica, en términos generales, la radiante salud de las poblaciones del Nuevo Mundo, así como su posterior vulnerabilidad a los patógenos del Viejo Mundo. Los grupos que cruzaron el estrecho de Bering en sucesivas oleadas hacia el 13 000 a. e. c. llegaron antes de que hubiesen surgido la mayoría de dichas enfermedades y, en cualquier caso, en grupos demasiado pequeños como para mantener ninguna de estas enfermedades de hacinamiento.

No hay explicación de la epidemiología del Neolítico completa si no da cuenta del papel clave de la domesticación: ganado, comensales, granos y legumbres cultivados. El principio clave del hacinamiento vuelve a estar operativo. El Neolítico no solo supuso una congregación sin precedentes de personas, sino, al mismo tiempo, una concentración, radicalmente novedosa, de ovejas, cabras, ganado mayor, cerdos, perros, gatos, gallinas, patos, gansos. En la medida en que ya eran, de por sí,

Rodríguez Elvira, *Historia natural de la enfermedad infecciosa*, Alianza, Madrid, 1982]; y McNeill, *Plagues and People* [hay trad. cast. de Homero Alsina Thevenet, *Plagas y pueblos*, Siglo XXI, Madrid, 1984].

animales de «rebaño» o «manada», debieron ser portadores de algunos patógenos de hacinamiento específicos de su especie. Reunidos por primera vez alrededor de la *domus*, en estrecho y continuo contacto, pronto vinieron a compartir una amplia gama de organismos infecciosos. Las estimaciones varían, pero de los 1400 organismos patogénicos humanos conocidos, entre 800 y 900 lo son de enfermedades *zoonóticas* que se originaron en huéspedes no humanos. Para la mayor parte de estos patógenos, el *Homo sapiens* es un huésped final, un «callejón sin salida»: los humanos no los transmiten a otros huéspedes no humanos.

El campamento de reasentamiento multiespecífico suponía, pues, no solo una congregación histórica de mamíferos en cantidades y proximidad desconocidas hasta entonces, sino también la reunión de todas las bacterias, protozoos, helmintos y virus que se alimentaban de ellos. Los vencedores de esta, por así decir, «carrera de la peste» fueron aquellos patógenos capaces de adaptarse rápidamente a los nuevos huéspedes de la *domus* para multiplicarse. Estábamos asistiendo a la primera entrada masiva de patógenos a través de la barrera de la especie, que establecería un orden epidemiológico completamente nuevo. El relato de esta brecha se hace, naturalmente, desde la perspectiva (horrorizada) del *Homo sapiens*, aunque tampoco habría resultado más halagüeña desde la perspectiva de, digamos, la cabra o la oveja que, a fin de cuentas, no se ofrecieron como voluntarias para entrar en la *domus*. Dejo al lector imaginar la forma en que una cabra precoz y omnisciente podría haber narrado la historia de la transmisión de las enfermedades en el Neolítico.

La lista de enfermedades compartidas con los animales domesticados y comensales de la *domus* es cuantitativamente asombrosa. Según una relación ya desactualizada, hoy probablemente aún más larga, los humanos compartimos 26 enfermedades con las aves de corral, 32 con las ratas y ratones, 35 con los caballos, 42 con los cerdos, 46 con las ovejas y las cabras, 50 con el ganado mayor y 65 con nuestro muy estudiado y más antiguo animal doméstico, el perro[9]. Se sospecha que el sarampión puede haber surgido del virus causante de la peste bovina entre las ovejas y cabras, la viruela de la domesticación del camello y de un roedor primitivo portador de la viruela bovina, y la gripe de la domesticación de aves acuáticas hace unos 4500 años. La generación de nuevas zoonosis capaces de saltar la barrera de especies aumentó a medida que las poblaciones de hombres y bestias se disparaban y el contacto a través de distancias más largas se volvió más frecuente. Sigue haciéndolo hoy. Poco sorprende, pues, que la China suroriental, concretamente Guang-

9. McNeill, *Plagues and People*, p. 51.

dong, probablemente la concentración de *Homo sapiens*, cerdos, gallinas, ocas, patos y mercados de animales salvajes mayor, más hacinada e históricamente más profunda del mundo, haya funcionado como la principal placa de Petri mundial para la incubación de nuevas cepas de gripe aviar y porcina.

La ecología de las enfermedades del Neolítico tardío no fue simplemente el resultado del hacinamiento humano y de la domesticación en asentamientos estables, sino, más bien, el efecto de todo el complejo de la *domus* como módulo ecológico. El despeje del terreno para la agricultura y el pastoreo de las nuevas especies domesticadas generó un paisaje completamente novedoso y un nicho ecológico completamente diferente, con más luz solar y suelos más expuestos, a los que se mudaron nuevos paquetes de flora, fauna, insectos y microorganismos a medida que se introducían perturbaciones en el patrón ecológico anterior. Parte de esta transformación fue deliberada, como sucedió con los cultivos, pero otra aún mayor es el resultado de los efectos colaterales de segundo y tercer orden provocados por la invención de la *domus*.

Representativa de este efecto colateral fue la concentración de desechos animales y humanos: en concreto, heces. La relativa inmovilidad de los humanos y de los ganados sedentarios y de sus desechos permitió la reiteración de las infecciones a partir de las mismas variedades de parásitos. Los mosquitos y los artrópodos, a menudo vectores de enfermedades, encuentran en los desechos el lugar ideal para su reproducción y alimentación. Los grupos móviles de cazadores-recolectores, por el contrario, suelen dejar atrás sus parásitos al mudarse a un nuevo entorno en el que aquellos ya no pueden reproducirse. Una vez estacionaria, la *domus*, con sus humanos, ganados, cereales, heces y desechos vegetales, se convierte en un atractivo cebadero para muchos comensales, bajando por la cadena de depredación desde las ratas y las golondrinas hasta las pulgas y los piojos, las bacterias y los protozoos. Los pioneros en crear esta ecología históricamente novedosa no tenían modo de prever los vectores de enfermedades que estaban desencadenando inadvertidamente. De hecho, no fue hasta los descubrimientos de finales del XIX de los fundadores de la microbiología, Robert Koch y Louis Pasteur, cuando se hizo evidente qué precio tan grande en infecciones crónicas y letales estaba pagando el *Homo sapiens* por la carencia de agua limpia, de instalaciones sanitarias y de eliminación de aguas residuales. Dado que las nuevas y devastadoras enfermedades dejaban a los humanos sin saber qué era los que los había destruido, proliferarían las teorías y los remedios populares. Solo la panacea de la «dispersión» identificaba implícitamente al hacinamiento como su causa principal.

Las enfermedades dependientes de la densidad que afligían a las poblaciones del campamento de reasentamiento multiespecífico tardoneolítico representaban una nueva e inflexible presión evolutiva ejercida por patógenos nunca experimentada por sus antepasados. Cabe imaginar que no pocas concentraciones antiguas de pueblos sedentarios fueron exterminadas por enfermedades frente a las cuales no podían ofrecer, prácticamente, resistencia alguna. Para las sociedades preliterarias menores es poco menos que imposible determinar con certeza el papel de las epidemias en su mortalidad, por lo que buena parte de los indicios provenientes de los antiguos cementerios no resulta concluyente. Es probable, no obstante, que las enfermedades de hacinamiento, incluyendo sobre todo las zoonosis, fueran responsables, en buena medida, del cuello de botella demográfico del Neolítico temprano. Con el paso del tiempo (cuánto tiempo, no se sabe y varía en función del patógeno) las poblaciones hacinadas desarrollaron cierto grado de inmunidad frente a numerosos patógenos que, a su vez, se volvieron endémicos, lo que implicaba una relación patógeno-huésped más estable y menos letal. ¡Después de todo, solo los que sobreviven pueden tener descendencia! Algunas enfermedades (la tos ferina y la meningitis, por ejemplo) son todavía capaces de poner en peligro a los muy jóvenes, mientras que otras, si son contraídas en edad aún más temprana, resultan relativamente inocuas y otorgan inmunidad: poliomielitis, viruela, sarampión, paperas y hepatitis infecciosa[10].

Una vez que una enfermedad se vuelve endémica en una población sedentaria, es mucho menos letal, circulando a menudo de forma subclínica para la mayor parte de los portadores. Llegado este punto, las poblaciones no expuestas, que tienen poca o ninguna inmunidad contra el patógeno, resultarán, con toda probabilidad, especialmente vulnerables cuando entren en contacto con una población en la que sí es endémica. Así, los prisioneros de guerra, los esclavos y migrantes de pueblos alejados o aislados, que estaban previamente fuera del círculo de inmunidad del hacinamiento, poseen menos defensas, por lo que es probable que sucumban ante enfermedades a las que grandes poblaciones sedentarias se han vuelto, con el tiempo, prácticamente inmunes. Fue por esta razón, por supuesto, por la que el encuentro entre el Viejo y el Nuevo

10. La poliomielitis es un ejemplo de epidemia relacionada con el exceso de higiene. En una gran ciudad del sur global como Bombay, por ejemplo, un porcentaje abrumador de los niños menores de cinco años presenta anticuerpos de la poliomielitis en su organismo, lo que demuestra que ha estado expuesto a esta enfermedad, que se propaga por las heces y que raramente resulta fatal para los bebés. En cambio, para uno no expuesto a una edad temprana, la enfermedad contraída más tarde resulta mucho más grave.

Mundo demostró ser tan catastrófico para los nativos americanos inmunológicamente vírgenes, aislados durante más de diez milenios de los patógenos del Viejo Mundo.

Las enfermedades del sedentarismo y del hacinamiento del Neolítico tardío se vieron agravadas por una dieta cada vez más agrícola, deficiente en muchos nutrientes esenciales. Las probabilidades de sobrevivir a una enfermedad epidémica, manteniendo las demás condiciones invariables, sobre todo de un bebé o de una mujer embarazada, dependen esencialmente del estado nutricional. Las tasas de mortalidad infantil extremadamente altas (40-50%) entre la mayor parte de los agricultores primitivos son el resultado de la combinación de una dieta que debilitaba a los más vulnerables con nuevas y devastadoras enfermedades infecciosas.

La prueba de esta relativa limitación y empobrecimiento de la dieta de los granjeros primitivos proviene, en gran parte, de la comparación de los restos esqueléticos de los agricultores con los de los cazadores-recolectores que vivían en sus proximidades en el mismo período. Los cazadores-recolectores son, de media, unas cuantas pulgadas más altos. Se supone que esto refleja el carácter más variado y abundante de su dieta. Como ya hemos explicado, sería difícil exagerar esa variedad. No solo podía abarcar varias redes alimentarias (marina, lacustre, de bosque, de sabana, árida), cada una con su variación estacional, sino que, incluso cuando se trataba de alimentos vegetales, la diversidad era, para los estándares agrícolas, sencillamente pasmosa. El yacimiento arqueológico de Abu Hureyra, por ejemplo, en su fase de cazadores-recolectores, ha aportado restos de 192 plantas diferentes, de las cuales 142 han podido ser identificadas y de las que 118 se sabe que eran consumidas por los cazadores-recolectores de aquella época[11].

Un congreso dedicado a evaluar el impacto de la revolución neolítica sobre la salud humana mundial concluyó, basándose en datos paleopatológicos:

> La presión [nutricional] [...] no parece haberse vuelto habitual ni haberse difundido hasta después del desarrollo de altas tasas de sedentarismo, densidad de población y dependencia de la agricultura. En esta fase [...] aumenta en gran medida la incidencia del estrés fisiológico, y las tasas de mortalidad se incrementan perceptiblemente. La mayor parte de estas poblaciones agrícolas presentan altas frecuencias de hiperostosis porótica [crecimiento excesivo de los huesos del cráneo, de conformación defectuosa, asociado con la malnutrición, especialmente con la malnutrición con deficiencia de

11. Moore, Hillman y Legge, *Village on the Euphrates*, p. 369.

hierro] y *cribra orbitalia* [una versión localizada de la condición anterior, en las cuencas de los ojos], y se muestra un aumento considerable en el número y la gravedad de la hipoplasia del esmalte [dental] y de patologías asociadas con las enfermedades infecciosas[12].

Gran parte de la malnutrición detectada en lo que podemos llamar la «mujer agrícola» (pues las mujeres, debido a la pérdida de sangre por la menstruación, eran las más gravemente afectadas) parece haberse debido a la falta de hierro. Las mujeres preagrícolas tenían una dieta que les proporcionaba abundantes cantidades de ácidos grasos omega-6 y omega-3 procedentes de la caza, del pescado y de determinados aceites vegetales. Estos ácidos grasos son importantes porque facilitan la absorción del hierro necesario para la formación de glóbulos rojos portadores de oxígeno. Las dietas de cereales, por el contrario, no solo carecen de los ácidos grasos esenciales, sino que incluso inhiben la absorción de hierro. El resultado en el Neolítico tardío de estas primeras dietas de cereales cada vez más intensivas (trigo, cebada, mijo) fue, por consiguiente, la aparición de la anemia ferropénica, con su inconfundible huella ósea forense.

La mayor parte de la vulnerabilidad añadida a estas novedosas infecciones parece deberse a una dieta relativamente restringida y alta en hidratos de carbono, con grandes carencias en alimentos silvestres y carnes. Tendía, pues, a carecer de algunas vitaminas esenciales y a ser pobre en proteínas. Hasta la carne de los animales domésticos con los que podían ocasionalmente darse un festín contenía muchos menos ácidos grasos vitales que la caza silvestre. Mientras que pueden documentarse las enfermedades atribuibles a la dieta neolítica que, como el raquitismo, dejan su huella en los huesos, las que afectaban a los tejidos blandos resultan mucho más difíciles de demostrar (salvo, raramente, en alguna momia bien conservada). No obstante, gracias al conocimiento dietético y a los testimonios escritos antiguos de enfermedades que, precisamente, de nuevo por este conocimiento dietético, cabe suponer que hayan existido anteriormente, se han podido atribuir a los usos alimentarios neolíticos las siguientes enfermedades relacionadas con la nutrición: beriberi, pelagra, deficiencia en riboflavina y kwashiorkor.

Y ¿qué pasaba con los cultivos? Ellos también se veían sujetos a una especie de «sedentarismo» en campos fijos y bajo condiciones de hacinamiento, así como a un proceso de selección guiada por el hombre que reducía su diversidad genética para favorecer las características buscadas. También ellos, como cualquier organismo, quedaban expuestos, como veremos, a sus propias enfermedades dependientes de la densidad. Dado

12. Roosevelt, «Population, Health, and the Evolution of Subsistence».

que «tanto el pastoreo como la agricultura se ven aquejados de frecuentes epidemias, malas cosechas u otras calamidades», Nissen y Heine afirman que los granjeros primitivos preferían, siempre que era posible, depender de la caza, la pesca y la recolección[13]. Tampoco aquí el registro arqueológico resulta de gran ayuda. Sí es factible demostrar, por ejemplo, que cierta región, anteriormente populosa, quedó repentinamente abandonada. Saber, sin embargo —y con anterioridad a la existencia de registros escritos—, por qué lo fue, es ya harina de otro costal. Al igual que sucede con las enfermedades de los tejidos blandos, los hongos de los cultivos, las royas, las plagas de insectos o incluso las tormentas que destruyen una cosecha de arroz dejan poco o ningún rastro. Los documentos escritos, cuando los hay, tienden a registrar una «mala cosecha» o una hambruna antes que a especificar sus causas, que, por otra parte, en muchos casos ni siquiera eran comprendidas por los propios afectados.

Los cultivos representaban su propia tormenta epidemiológica «floral» perfecta. Considérense, como podría hacerlo un patógeno o un insecto, los atractivos del paisaje agrícola neolítico. No solo padecía de hacinamiento, sino que, en comparación con los pastizales, estaba en gran medida dedicado a solo dos granos principales: trigo y cebada. Además, se trataba de campos fijos cosechados de manera más o menos permanente en comparación, por ejemplo, con la agricultura de tala y quema (también llamada *swidden* o de roza y quema), en la que se plantaban los campos uno o dos años y se dejaban en barbecho durante, al menos, una década. En la práctica, esta repetición del cultivo anual ofrecía un cebadero permanente para las plagas de insectos y para las enfermedades vegetales (por no hablar de malas hierbas holoparásitas), que alcanzaban niveles de población que no podrían haber existido antes del monocultivo en campos fijos. Estas grandes comunidades sedentarias equivalían, necesariamente, a un gran número de campos arables en estrecha proximidad y con una variedad similar de cultivo, lo que favorecía la correspondiente acumulación proporcional de poblaciones de plagas. Igual que sucede en la epidemiología del hacinamiento humano, parece lógico suponer que muchas de las enfermedades de los cultivos que asediaban a los plantadores neolíticos procederían de patógenos nuevos que evolucionaron para aprovecharse de tan nutritiva agroecología. El significado literal de «parásito», de la raíz griega original, es «junto al grano».

Al igual que los humanos, los cultivos no están solo amenazados por enfermedades bacterianas, fúngicas y virales, sino que se enfrentan a un sinfín de depredadores grandes y pequeños (caracoles, babosas, insec-

13. Nissen y Heine, *From Mesopotamia to Iraq*.

tos, pájaros, roedores y otros mamíferos), así como a una amplia gama de malas hierbas que compite por los nutrientes, el agua y la luz con las variedades cultivadas[14]. La semilla que yace en el suelo se ve atacada por las larvas de los insectos, los roedores y los pájaros. Estas mismas plagas siguen activas durante el crecimiento y el desarrollo del grano, junto con los pulgones que chupan su savia y les transmiten enfermedades. Especialmente devastadoras resultan en esta fase las infecciones fúngicas, como el añublo, el tizón, las royas o el cornezuelo (el conocido Fuego de San Antonio cuando es ingerido por humanos). La parte del cultivo que no sucumbe a estos depredadores debe competir con un sinfín de malas hierbas que han llegado a especializarse en terrenos arados y en la imitación de determinados cultivos. Y, una vez que la cosecha está en el granero, todavía queda expuesta a gorgojos, roedores y hongos.

En el Oriente Medio actual resulta bastante frecuente que varias cosechas seguidas se pierdan por insectos, aves o enfermedades. En un experimento realizado en el norte de Europa, un cultivo de cebada moderna, fertilizado pero no protegido con los herbicidas y pesticidas actuales, quedó reducido a la mitad: un 20 % por enfermedades de cultivo, un 12 % por animales y un 18 % por malas hierbas[15]. Amenazadas por las enfermedades del hacinamiento y el monocultivo, las variedades domesticadas deben ser permanentemente defendidas por sus guardianes humanos para que lleguen a fructificar. En buena medida, es esta la razón por la que la agricultura primitiva resultaba tan abrumadoramente intensiva en trabajo. Se inventaron técnicas diversas para reducir la cantidad de trabajo necesaria y para mejorar el rendimiento, se dispersaron los campos para que no estuviesen tan próximos, se practicó el barbecho y la rotación de cultivos, y se trajo la simiente de lugares alejados para reducir la uniformidad genética. Los cultivos que maduraban permanecían rigurosamente vigilados por los granjeros, sus familias y los espantapájaros. Pero teniendo en cuenta que la agroecología del cultivo domesticado tenía tendencia a enfermar, era casi un milagro que el cultivo sobreviviese a todos sus depredadores hasta llegar a alimentar a su guardián y definitivo depredador: el granjero.

Sin duda, el viejo relato del progreso civilizatorio tiene razón en algo: la domesticación de las plantas y los animales posibilitó una tasa de sedentarismo que, efectivamente, sentó los cimientos de las primeras civilizaciones, de los primeros estados y de sus logros culturales. Pero descansa, sin embargo, sobre unos finísimos y fragilísimos cimientos ge-

14. Dark y Gent, «Pests and Diseases of Prehistoric Crops».
15. *Ibid.*, p. 60.

néticos: un puñado de cultivos, unas pocas especies de ganado y un paisaje radicalmente simplificado que exigía ser constantemente defendido contra su reconquista por parte de la naturaleza excluida. Al mismo tiempo, la *domus* nunca fue, ni por asomo, autosuficiente. Requería, por así decir, un subsidio constante de aquella misma naturaleza excluida: madera para combustible y construcción, pescado, moluscos, silvipastoreo, caza menor, verduras silvestres, frutas y nueces. Durante las hambrunas, los granjeros recurrían a todos estos recursos *extradomus* de que dependían los cazadores-recolectores.

Ahora bien, la *domus* representaba, al mismo tiempo, un verdadero festín y un lugar de peregrinación para comensales no invitados y para plagas grandes y pequeñas, incluyendo a los diminutos virus. Su mera concentración y simplicidad la hicieron singularmente vulnerable al colapso. La agricultura tardoneolítica supuso el primero de muchos pasos en el desarrollo de técnicas especiales para maximizar la producción de un pequeño número de especies vegetales y animales. Una enfermedad (de los cultivos, del ganado o de las personas), la sequía, unas lluvias excesivas, una plaga de langostas, las ratas o las aves, podía echar abajo el edificio completo en un abrir y cerrar de ojos. Fundada sobre una exigua red alimentaria, la agricultura neolítica era mucho más productiva mediante su concentración, pero también mucho más frágil que la caza y la recolección o incluso que la agricultura itinerante, que combinaba movilidad y dependencia de un amplio un abanico de alimentos. El hecho de que, pese a su fragilidad, el módulo *domus* de agricultura en campos fijos se convirtiera en un buldócer agroecológico y demográfico hegemónico que transformó buena parte del mundo a su imagen y semejanza resulta casi un milagro.

Una nota sobre fertilidad y población

La epidemiología de la *domus* difícilmente nos hubiera permitido augurar el predominio final del complejo cerealista neolítico. Por ello, el lector atento puede no ya quedar desconcertado ante el surgimiento de la civilización agraria, sino preguntarse cómo, a la luz de los patógenos a los que se enfrentaban los agricultores neolíticos, esta nueva forma de vida agraria llegó siquiera a sobrevivir y no digamos a imponerse.

La respuesta breve, creo, es el propio sedentarismo. Pese a la mala salud general y a las altas mortalidades infantil y materna, en comparación con los cazadores-recolectores, sucede que los agricultores sedentarios también poseen unas tasas de natalidad insólitamente elevadas,

lo bastante como para compensar con creces unas igualmente insólitas tasas de mortalidad. El efecto de la transición al sedentarismo sobre la fertilidad ha quedado convincentemente documentado en los trabajos recientes de Richard Lee al comparar a las mujeres bosquimanas *!kung* recién asentadas con las todavía nómadas, así como en otros estudios donde se realizan comparaciones más amplias entre la fertilidad de granjeros y recolectores[16].

Por lo general, las poblaciones no sedentarias limitan deliberadamente su reproducción. La logística necesaria para poder trasladar el campamento con regularidad vuelve engorroso, si no imposible, tener dos niños que deban ser llevados en brazos a un mismo tiempo. En consecuencia, el lapso entre hijos de los cazadores-recolectores se sitúa en el orden de los cuatro años, un espaciamiento que se logra recurriendo al destete tardío, a los abortivos, al descuido o al infanticidio. Además, una combinación de ejercicio intenso con una dieta magra y rica en proteínas implicaba que la pubertad se retrasase, que la ovulación fuese menos regular y la menopausia más temprana. Entre los agricultores sedentarios, por su parte, la carga que supone un espaciamiento de los nacimientos mucho más reducido que el de los recolectores móviles resulta, como veremos, notablemente aliviada, potenciándose el valor de los hijos como fuerza de trabajo en la agricultura. Como resultado del sedentarismo, la menarquía llega antes y, con una dieta basada en los cereales, es posible destetar tempranamente a los niños con alimentos blandos; además, en virtud de una dieta rica en carbohidratos, se estimula la ovulación y se extiende la vida reproductiva de la mujer.

Teniendo en cuenta la morbilidad y la fragilidad de una sociedad agraria, la «ventaja» demográfica de los granjeros sobre los cazadores-recolectores podría parecer bastante reducida. Pero lo que debemos recordar, en este contexto, es qué, en un período de 5000 años, la diferencia llegaría a ser (como en el «milagro» del interés compuesto) enorme. Si calculamos, por ejemplo, los tiempos de duplicación para diferentes tasas de natalidad, resulta que una tasa anual del 0,014% duplicará la población en 5000 años, mientras que una tasa del 0,028%, minúscula también, la doblará en la mitad de tiempo (2500 años); lo que, obviamente, supone que la doblará otra vez hasta un total de cuatro veces más al cabo de 5000 años. Si se da el tiempo suficiente, esta pequeña ventaja reproductiva de los granjeros resultará apabullante[17].

16. Véase Lee, «Population Growth and the Beginnings of Sedentary Life».
17. Véase Redman, *Human Impact on Ancient Environments*, pp. 79 y 169, donde apunta que un pequeño cambio en la edad de la primera concepción o una reducción de

Una expansión demográfica de la población mundial (si el orden aproximado de magnitudes que estamos utilizando es realista) desde los cuatro a los cinco millones en un intervalo de 5000 años puede parecer, ciertamente, ridícula. Ahora bien, dado que la proporción de granjeros neolíticos frente a cazadores-recolectores era mucho mayor en 5000 a. e. c. que en 10 000 a. e. c., es muy probable que, incluso en este período de cuello de botella, los agricultores cerealistas del mundo estuvieran superando demográficamente a los cazadores-recolectores. Las otras dos posibilidades son que un gran número de cazadores-recolectores estuviera adoptando la agricultura por propia elección o por la fuerza, o que los patógenos agrarios que se habían vuelto endémicos y menos letales para los granjeros estuvieran devastando a los cazadores-recolectores, todavía inmunológicamente vírgenes, con los que entraron en contacto, como sucedió cuando los patógenos europeos acabaron con la gran mayoría de la población del Nuevo Mundo[18]. No hay pruebas concluyentes para confirmar o rechazar estas posibilidades. Sea como fuere, sin embargo, las comunidades agrícolas neolíticas del Levante, Egipto y China se estaban expandiendo y se extendieron a las tierras bajas aluviales, al parecer, a costa de pueblos no sedentarios. Ya ha sonado (aunque sea en tono menor) la señal.

tres o cuatro meses en el intervalo entre embarazos puede, con el paso del tiempo, implicar una gran diferencia en las tasas de crecimiento demográfico. Una hipotética banda de 100 individuos que creciese a un ritmo del 1,4 % (esto es, duplicándose cada 50 años) podría, en apenas 850 años, ascender a 13 millones.

18. En Europa, por su parte, parece que solo un 20-28 % del ADN de los antiguos granjeros se remonta a una migración desde las cunas próximo-orientales de la agricultura. Esto implica, pues, que el grueso de los primeros granjeros era descendiente de cazadores-recolectores indígenas. Véase Morris, *Why the West Rules — for Now*, p. 112.

4

LA AGROECOLOGÍA DE LOS PRIMEROS ESTADOS

> «Quienquiera que tenga plata, quienquiera que tenga joyas, quienquiera que tenga ganado, quienquiera que tenga ovejas, tomará asiento en la puerta de quienquiera que tenga grano, y pasará allí su tiempo».
>
> Texto sumerio: *Debate entre la oveja y el grano**

> «En última instancia los hombres se doblegan ante el hombre o grupo de hombres con la capacidad y el coraje de apoderarse de las reservas, del almacén del pan y de las riquezas, para distribuirlas de nuevo entre el pueblo».
>
> D. H. Lawrence**

Si consideramos la civilización como una conquista del estado y si la civilización arcaica significa sedentarismo, agricultura, *domus*, irrigación y pueblos, entonces hay algo radicalmente erróneo en este orden histórico. Todas estas conquistas humanas del Neolítico ya habían tenido lugar mucho antes de encontrar nada parecido a un estado en Mesopotamia. Muy al contrario, basándonos en nuestro conocimiento actual, sabemos que el estado embrionario surge mediante el control del módulo cerealista y de mano de obra del Neolítico tardío, como base del control y de la apropiación. Dicho módulo era, como veremos, el único andamiaje posible para la planificación de un estado.

Las poblaciones asentadas con cultivos domesticados y los pequeños pueblos de mil o más habitantes que abrieron paso al comercio fueron una conquista autónoma del Neolítico que ya había tenido lugar casi dos milenios antes de la aparición de los primeros estados, en torno al 3300 a. e. c[1]. A estos primerísimos pueblos, según nos recuerda Jenni-

* Citado en Tate Paulette, «Grain, Storage, and State-Making», p. 85.
** Lawrence, «Prefacio» (1930) a *El gran inquisidor*, de Dostoievski.
1. Pournelle, «Marshland of Cities», p. 255.

fer Pournelle, «es más conveniente imaginárselos como islas enclavadas en una llanura pantanosa, situados en las márgenes y en el corazón de vastas marismas deltaicas». «Sus cursos de agua servían no tanto de canales de irrigación, como de vías de transporte»[2]. Aunque hubo asentamientos protourbanos anteriores en la región, fuera de la llanura aluvial meridional, parece evidente que, gracias a la riqueza de los humedales, el urbanismo resultó más persistente, resistente y duradero en la llanura aluvial que en ninguna otra parte[3].

Este complejo, sin embargo, representaba una nueva concentración singular de mano de obra, tierra arable y nutrición que, una vez «capturado» («parasitado» no parece un término excesivo), podía convertirse en un poderoso nodo de privilegios y poder político. El agrocomplejo neolítico fue la base necesaria, pero no suficiente, para la formación del estado: hizo que fuera posible la formación del estado, pero no estaba en condiciones de garantizarla. En términos weberianos, estaríamos aquí más ante una «afinidad electiva» que ante una relación de causa y efecto. Así, resultaba posible y no infrecuente en aquella época que existieran poblaciones agrícolas sedentarias en tierras aluviales que practicaban la irrigación sin estado alguno[4]. Pero lo que no había era nada parecido a un estado que no descansase sobre una población aluvial cultivadora de cereal.

¿Qué constituye un estado en este contexto? ¿Cómo podríamos reconocer, al verlo, al primer estado prístino? No existe una respuesta concluyente. En la actualidad, me inclino a considerar la «estatalidad» antes como una proposición de «más o menos» que como una alternativa estricta entre una u otra cosa. Encontramos muchos atributos plausibles de la «estatalidad» y, cuantos más posea una comunidad política concreta, con tanta más probabilidad la llamaremos «estado». Las pequeñas ciudades embrionarias de recolectores, agricultores y pastores sedentarios que administran sus asuntos colectivos y comercian con el mundo exterior no son *ipso facto* estados. Y tampoco resulta del todo adecuado el criterio weberiano estándar de unidad política territorial que monopoliza la aplicación de la fuerza coercitiva, puesto que da por hecho muchos otros rasgos de los estados. Nosotros concebimos los estados como instituciones que poseen estratos de funcionarios especializados en la li-

2. Pournelle, «Physical Geography», p. 28.
3. Pournelle y Algaze, «Travels in Edin», pp. 7-9.
4. Hoy se piensa que la irrigación sumeria, allá donde se practicase, era mucho menos centralizada de lo que se creía anteriormente, encargándose fácilmente las propias comunidades locales del trabajo en los canales más pequeños. Véase Wilkinson, «Hydraulic Landscapes and Irrigation Systems», p. 48. Lo mismo, según parece, sucedía también en Egipto.

quidación y recaudación de impuestos (sea en grano, trabajo o en metálico) y que responden ante un gobernante o gobernantes. Los imaginamos como entidades que ejercen el poder ejecutivo en una sociedad notablemente compleja, estratificada y jerárquica, y con una apreciable división del trabajo (tejedores, artesanos, sacerdotes, herreros, funcionarios, soldados, campesinos). Hay quienes aplicarían criterios aún más rigurosos: un estado debería tener un ejército, murallas defensivas, un centro ritual monumental o un palacio, y quizá un rey o una reina[5].

Teniendo en cuenta esta diversidad de atributos, señalar con precisión el nacimiento del estado primitivo supone un ejercicio relativamente arbitrario, con la limitación adicional que introduce la escasez de yacimientos de los que tenemos pruebas arqueológicas e históricas convincentes. Entre estas características, propongo privilegiar aquellas que apuntan a la territorialidad y a un aparato estatal especializado: murallas, recaudación de impuestos y funcionarios. De acuerdo con estos criterios, no cabe duda de que el «estado» de Uruk estaba firmemente establecido para el 3200 a. e. c. Nissen denomina al período que va de 3200 a 2800 a. e. c. la «era de la alta cultura» en el Oriente Próximo, durante la cual «Babilonia era, sin duda alguna, la región que producía los órdenes económico, político y social más complejos»[6]. No por casualidad el acto fundacional icónico del establecimiento de una comunidad política sumeria era la construcción de la muralla de la ciudad. De hecho, en Uruk se construyó una muralla entre 3300 y 3000 a. e. c., época en que algunos piensan que habría reinado Gilgamés. Uruk fue el pionero de la forma estado que sería replicada a lo largo de la llanura aluvial mesopotámica por unas veinte ciudades-estado rivales o «unidades políticas equivalentes». Estas comunidades políticas eran lo suficientemente pequeñas como para que resultara posible caminar desde el centro hasta su último confín en un solo día.

A finales del cuarto milenio a. e. c., la ciudad sumeria de Uruk, que ejercía su dominio político y económico sobre un modesto *Hinterland*

5. La cuestión de qué constituye exactamente un ejército no es sencilla. En la Mesopotamia antigua encontramos representaciones de batallas, armas, armaduras y, naturalmente, de botín y prisioneros de campaña. Los textos dejan claro que existía tanto el reclutamiento como intentos generalizados de evitarlo. Sin embargo, la primera referencia textual clara a un ejército permanente aparecerá más tarde, bajo el dinasta acadio Sargón (2334-2279 a. e. c.). Nemet-Rejat, *Daily Life in Ancient Mesopotamia*, p. 231.

6. Nissen, *The Early History of the Ancient Near East*, p. 127. Las pruebas arqueológicas definitivas de enterramientos de elite no aparecen hasta más tarde, en torno a 2700 a. e. c., y las de la existencia de reyes y ejércitos permanentes solo en torno a 2500 a. e. c. Ahora bien, como en cualquier caso el número de enterramientos documentados antes de 2700 a. e. c. es muy reducido, parece válido el adagio «la ausencia de pruebas no es prueba de ausencia».

agrícola y contaba con un gobierno municipal estructurado, reunía los criterios de una ciudad-estado. Al comienzo, resultaba excepcional en tamaño y poder, pero poseemos bastantes indicios como para demostrar, que, como muy tarde, en la primera mitad del tercer milenio otras ciudades importantes, tales como Kish, Nippur, Isin, Lagash, Eridu y Ur, pertenecían ya a la misma categoría que Uruk[7].

Si Uruk cobra especial importancia en este y otros exámenes de la construcción del estado primitivo no es simplemente porque parezca ser el primer estado, sino porque es, al mismo tiempo, el mejor documentado arqueológicamente. Comparado con el de Uruk, nuestro conocimiento de otros centros estatales antiguos de Mesopotamia resulta fragmentario. Para su época, era casi con toda seguridad la ciudad más grande del mundo tanto en extensión física como en población. Los cálculos demográficos van desde los 25 000 hasta los 50 000; el número de sus habitantes se triplicó en 200 años, un incremento que, teniendo en cuenta las altas tasas de mortalidad, no parece probable que podamos achacar al crecimiento demográfico natural. Puesto que los topónimos Ur, Uruk y Eridu no parecen ser de origen sumerio, ello sugiere el desalojo migratorio o la absorción de poblaciones anteriores. Los bajorrelieves que representan prisioneros de guerra con argollas al cuello sugieren medios alternativos para incrementar la población.

Las murallas de Uruk parecen haber acogido una extensión de 250 hectáreas, el doble del tamaño de la Atenas clásica casi tres milenios después. Teniendo en cuenta el cálculo de Postgate de que otra ciudad sumeria diferente, Abu Ṣalabikh, con una hipotética población de unos diez mil, tendría que haber dominado un *Hinterland* de diez kilómetros a la redonda, cabría conjeturar que la de Uruk debió de haber sido dos o tres veces mayor[8]. Existen, además, abundantes indicios de que los templos movilizaron numerosas cuadrillas de trabajo en tareas agrícolas y no agrícolas, así como miles de cuencos estandarizados utilizados, al juicio de la mayoría, para distribuir raciones de comida o cerveza. Entre otras señales de estatalidad se incluirían una clase especializada de escribas, un ejército (¿a tiempo completo?) con armadura, y los esfuerzos por estandarizar pesos y medidas. Así pues, la mayor parte de mi tratamiento del estado antiguo, salvo donde se indique lo contrario, depende de la extensa literatura existente sobre Uruk con referencias ocasionales a la cercana y bien documentada, cuanto efímera, Tercera Dinastía de Ur (Ur III) un milenio después.

7. Nissen y Heine, *From Mesopotamia to Iraq*, p. 42.
8. Postgate, «A Sumerian City», p. 83.

Si la formación del estado depende del control, la conservación y la expansión de las concentraciones de grano y de mano de obra en la llanura aluvial, surge la pregunta de cómo pudo el estado llegar a dominar dichos módulos de población y grano. Después de todo, los que habrían de convertirse en súbditos de estos hipotéticos estados gozaban de un acceso directo e inmediato al agua y a la agricultura de recesión, así como a un abanico de opciones de subsistencia más allá del cultivo. Una explicación convincente sobre cómo esta población agrícola pudo haber sido concentrada como súbditos estatales está en el cambio climático. Nissen ha demostrado que el período que va desde al menos 3500 hasta 2500 a. e. c. estuvo marcado por un pronunciado descenso en el nivel del mar y en el caudal del Éufrates. El aumento de la aridez provocó que los ríos se limitaran a sus cauces principales y que la población quedase cada vez más hacinada en torno a las corrientes de agua restantes, al tiempo que la salinización del suelo de las zonas carentes de agua reducía bruscamente la cantidad de tierra cultivable. Mientras esto sucedía, la población se concentró de modo asombroso, «urbanizándose» más. La irrigación se volvió no solo más importante, sino también más laboriosa (a menudo requería ahora extraer el agua), resultando vital el acceso a los canales. Las ciudades-estado (por ejemplo, Umma y Lagash) se enfrentaron por la tierra cultivable y por el acceso al agua para irrigarla. Con el paso del tiempo, se desarrollaría un más amplio sistema de canales reticular excavado haciendo uso de la corvea o del trabajo servil. Si se acepta este panorama de Nissen de aridez y de su consiguiente concentración demográfica —y ambas descansan sobre indicios sólidos—, se obtiene un relato plausible de la formación estatal. La escasez de agua para irrigación iba confinando cada vez más a la población en ubicaciones con riego adecuado y eliminaba o hacía disminuir muchas de las formas alternativas de subsistencia como la recolección y la caza. Tal como lo describe Nissen, «esto ya lo hemos visto pasar en el período anterior, cuando empezó a surgir la tendencia a concentrar los asentamientos en torno a los cursos de los ríos mayores, mientras que el área entre ellos se fue vaciando progresivamente»[9]. Así pues, el cambio climático, al obligar a un tipo de urbanización en el que el 90 % de la población vivía en asentamientos de treinta hectáreas o más, intensificó los módulos cerealistas y de mano de obra idóneos para la formación estatal. La aridez resultó ser la condición ancilar indispensable para la construcción del estado al proporcionar, por así decir, un conglomerado de población y una producción cerealista concentrados en un es-

9. Nissen, *The Early History of the Ancient Near East*, p. 130.

pacio estatal embrionario, lo que, en aquella época, no podría haberse logrado por ningún otro medio.

No solo en Mesopotamia, sino, según parece, prácticamente en todas partes, el estado antiguo vive a expensas de esta nueva fuente de subsistencia. Una densa concentración de grano y de mano de obra en las únicas tierras capaces de sustentarla en tales cantidades (las tierras aluviales o de *loess*) maximizaban las posibilidades de apropiación, estratificación y desigualdad. La forma estado coloniza este núcleo como su base productiva, lo agranda, lo intensifica y, ocasionalmente, le añade infraestructura (como con los canales para el transporte y la irrigación) con el objeto de engordar y proteger a su gallina de los huevos de oro. En los términos empleados anteriormente, se pueden concebir estas formas de intensificación como construcción de nichos de elite: modificando el paisaje y la ecología para enriquecer la productividad de su hábitat. Naturalmente, solo en un contexto de suelos ricos y de disponibilidad de agua pudo darse la capacidad ecológica para una ulterior intensificación de la agricultura y para el crecimiento demográfico y, por tanto, solo en estos escenarios resultaba viable el surgimiento de los primeros estados burocráticos.

El desarrollo del estado mesopotámico no fue ni por asomo lineal. Los miniestados de la llanura aluvial contaban, al igual que sus habitantes, con una esperanza de vida muy reducida. Los interregnos eran más frecuentes que los reinados, con episodios de colapso cada tanto. Como ya hemos visto, el complejo protourbano tardoneolítico solo de milagro alcanzaba a sostenerse. Estaba amenazado por las variaciones en la pluviosidad, las inundaciones, las plagas y por toda una serie de enfermedades del cultivo, del ganado y humanas capaces de barrer por completo un asentamiento o, lo que es más probable, de obligar a sus residentes a desperdigarse como cazadores, recolectores o pastores para lograr su sustento.

La superposición de los estados añadió una capa adicional de fragilidad e inseguridad a los ya considerables peligros del hacinado complejo neolítico. Los impuestos y la guerra pueden servir para ilustrar esta fragilidad adicional. Los impuestos en especie (cereal o ganado) o en trabajo suponían, como es obvio, que el granjero producía no solo para la *domus*, sino que debía proporcionar un fondo de renta del que se apropiaban las elites para su propia subsistencia y boato, si bien esas mismas elites podían, ocasionalmente, hacer entregas de cereales durante las hambrunas para mantener a salvo a su población. Es difícil determinar cuán gravoso resultaba este impuesto que, en cualquier caso, variaba con el tiempo y entre comunidades políticas. Desde la perspectiva

de la historia agraria general, no parece probable que el impuesto sobre los cereales haya sido inferior a un quinto de la cosecha. Los campesinos quedaban, así, más cerca del precipicio de la subsistencia: una mala cosecha que, sin impuestos, podía suponer el hambre, conducía fácilmente, después de que el estado recaudase sus impuestos, a la ruina total.

Hay abundantes indicios de las frecuentes confrontaciones bélicas entre las comunidades políticas de la llanura aluvial meridional. Aunque resulta difícil saber hasta dónde llegaba el derramamiento de sangre, dado el inestimable valor de la población para cualquier estado primitivo, lo más probable es que fueran más destructivas que sanguinarias. Según una de las versiones de la guerra entre comunidades políticas equivalentes en la llanura aluvial, la población vivía en el nivel de subsistencia salvo cuando un ejército victorioso regresaba con tributos y botín[10]. Las ganancias del vencedor quedaban compensadas por las pérdidas de los vencidos. La guerra implicaba, por sí misma, la quema de cosechas, la incautación de graneros y la confiscación de ganado y bienes domésticos: el ejército propio representaba seguramente una amenaza tan grande para la supervivencia como el del enemigo. Con frecuencia, el estado antiguo, un poco como el clima, actuaba antes como una amenaza añadida a la subsistencia que como su benefactor.

La geografía rural de la construcción del estado

Todos los estados antiguos eran, en su cruda realidad material, agrícolas y requerían un excedente apropiable de productos agropastoriles para alimentar a los no productores: funcionarios, artesanos, soldados, sacerdotes y aristócratas. Teniendo en cuenta la logística de transporte en el mundo antiguo, esto suponía la concentración de la mayor cantidad posible de tierra y de personas para trabajarla dentro de un radio mínimo. El campo de reasentamiento tardoneolítico, situado en rica tierra aluvial, sirvió como núcleo preexistente de población y cereales para la construcción del estado.

Podemos concretar más las condiciones geográficas de la construcción estatal. Solo las tierras más ricas eran lo bastante productivas por hectárea como para mantener una población numerosa en un área compacta y como para producir un excedente susceptible de imposición tributaria. En la práctica esto equivalía a suelos de *loess* (depositados por el viento) o aluviales (por inundación). Fueron las llanuras aluviales, ese

10. Nemet-Rejat, *Daily Life in Ancient Mesopotamia*, p. 100.

obsequio histórico de las inundaciones anuales del Tigris y del Éufrates y sus afluentes, los emplazamientos de la construcción estatal en Mesopotamia: sin tierras aluviales, no hay estado[11]. Si las inundaciones regulares y no catastróficas lo permitían, se podía practicar la agricultura de recesión en el limo nutricio y fácil de labrar (en Egipto, también a lo largo del Nilo), en cuyo caso la densidad de población podía ser aún mayor. Casi lo mismo puede decirse de los centros estatales más antiguos de China (dinastías Qin y Han) en los suelos de *loess* a lo largo del río Amarillo, en los que la densidad de población alcanzó niveles inusitados para sociedades preindustriales. Seguir el progreso del estado chino es seguir la agroecología que lo hizo posible. Como apuntaba Owen Lattimore, «la irrigación era espectacularmente gratificante en el núcleo de *loess* de la antigua China (tierra blanda, fácil de trabajar, sin piedras, un clima que permitía muchos cultivos diferentes): el complejo seguiría ampliándose mientras la tierra resultara adecuada»[12].

Naturalmente, el agua poseía una importancia vital. Su abundancia en los humedales proporcionó, como hemos visto, la base para algunas de las primeras comunidades sedentarias de consideración. Solo una llanura aluvial debidamente regada, ya sea por la lluvia regular o por disponer de agua de irrigación en las proximidades, constituía un emplazamiento posible para la construcción del estado. Ahora bien, el agua resultaba también vital en otros sentidos. Situados en o junto a una llanura inundable y especializados en la agricultura cerealista, ninguno de los primeros centros estatales de Mesopotamia era, ni por asomo, económicamente autosuficiente. Requería un sinfín de productos originarios de otras zonas ecológicas: madera para construcción, para fuego, cuero, obsidiana, cobre, estaño, oro y plata, y miel. A cambio, estos miniestados podían comerciar con cerámica, tejidos, grano y productos artesanales[13]. La mayor parte de estos bienes tenían que ser transportados por barco y no por tierra. Estoy tentado a decir «sin transporte por barco no hay estado»: es solo una ligera exageración[14]. Ya hemos enfa-

11. Conforme se fue desarrollando el comercio durante el segundo milenio a. e. c., también los puntos de estrangulamiento estratégicos de las rutas comerciales terrestres y fluviales (emplazamientos sin un *Hinterland* rural) pudieron servir como sedes de la construcción del estado. Mucho más tarde, con el transporte marítimo a granel, la construcción de estados en nodos comerciales privilegiados (Venecia, Génova, Ámsterdam) pudo dar a luz a estados marítimos que recibían una buena parte de su suministro alimentario del transporte en barco desde distancias considerables.

12. Owen Lattimore, «The Frontier in History», p. 475.

13. El cobre y el estaño debieron ser semiprocesados, puesto que la llanura aluvial carecía del combustible de alta calidad requerido para su fundición.

14. Las excepciones obvias serían los «estrangulamientos estratégicos» naturales en rutas comerciales terrestres, tales como pasos de montaña y vados o los oasis en el desier-

tizado anteriormente que el transporte por barco o pequeña embarcación resulta exponencialmente más económico que los envíos en mulas o carros. Ilustrativo de este contraste es el hecho asombroso de que hasta 1800 (antes del barco de vapor o del ferrocarril), se tardara lo mismo en viajar en barco desde Southampton, Inglaterra, hasta el cabo de Buena Esperanza que en ir en diligencia desde Londres a Edimburgo[15]. Y, por supuesto, el barco podía transportar muchísima más carga. Gracias al milagro de la supresión de toda esa fricción mediante el transporte marítimo, raro sería el estado antiguo que no dependiese de cursos de agua navegables próximos (costeros o fluviales) para obtener todo lo necesario mediante el comercio. Situados cerca de la cuenca inferior del Tigris-Éufrates, los estados aluviales más antiguos podían aprovechar la corriente para conducir por flotación artículos a granel, tales como la propia madera, con un mínimo gasto de trabajo. Tal vez no sea una coincidencia que en los pasajes centrales de la *Epopeya de Gilgamés* se narre cómo se fleta una balsa de cedro (que se convertirá en la puerta principal de la ciudad recién fundada) río abajo después de matar al gigante que vigilaba el gran bosque.

En general, evitar la fricción es importante para la construcción del estado. Esencial resulta, por ejemplo, disponer de aguas navegables y

to. El estrecho de Malaca, un importante nodo de formación estatal en el sudeste asiático que controlaba, en este caso, la antigua ruta comercial marítima entre India y China, constituye un ejemplo clásico tanto de rutas de transporte marítimo como de estrangulamiento estratégico.

15. Esta afirmación, que recuerdo con claridad haber leído en los párrafos iniciales de una historia de la Gran Bretaña del siglo XIX, fue cuestionada por uno de mis lectores como una posible «leyenda urbana». Aunque no he sido capaz de recuperar la cita original, puedo documentar esta afirmación con mayor contundencia. Una diligencia relativamente rápida (¡antes del macadán!) solía recorrer un promedio de 20 millas diarias. La distancia de Londres a Edimburgo es de unas 400 millas: por tanto, el trayecto duraría unos veinte días. Un clíper rápido en 1800 podía navegar un máximo de 460 millas en un solo día. La distancia desde Southampton hasta Ciudad el Cabo es de unas 6000 millas: por tanto, el trayecto, con vientos favorables, supondría algo más de trece días. Un clíper más lento, que recorriese 300 millas al día, tardaría veinte días. En términos más generales, según un estudioso, los costes de transporte por barco en la Europa preindustrial eran una vigésima parte de los costes de transporte por tierra. Así, un envío por tierra de carbón en el siglo XVI perdía un 10% de su valor por milla, provocando que remesas de carbón a más de 10 millas no resultasen rentables. La expedición de cereales, con mayor valor por unidad de peso y de volumen, solo perdía un 0,4% de su valor por milla recorrida, permitiendo un trayecto de hasta 250 millas antes de que se convirtiese en una inversión a pérdida. Naturalmente, la amenaza de depredación (salteadores, bandoleros, piratas) y, por tanto, el coste de escoltas armadas, reducirían notablemente estos cálculos econométricos abstractos. Véase Meir Kohn, «The Cost of Transportation in Pre-industrial Europe», cap. 5 de *The Origins of Western Economic Success: Commerce, Finance, and Government in Pre-industrial Europe*, enero de 2001, http://www.dartmouth.edu/~mkohn/orgins.html, pp. 50-51.

tranquilas. También ayuda que el territorio sea plano. Una llanura inundable es, por definición, una superficie básicamente plana, mientras que, de nuevo, la irregularidad del terreno encarece exponencialmente el coste del transporte. Ibn Jaldún, captando la ecología implícita de la formación del estado, apuntaba que los árabes podían conquistar tierras llanas, pero que quedaban detenidos ante montañas y barrancos[16].

Al concretar las condiciones de la construcción estatal elemental, podemos enjuiciar más fácilmente su contrario: aquellas condiciones en las cuales la formación del estado resulta improbable o, en realidad, imposible. Así como la concentración de población facilita la formación del estado, su dispersión la frustra. Dado que lo que permite tal concentración es la fértil y bien regada llanura aluvial, se sigue que es poco probable que las ecologías no aluviales hayan servido de emplazamiento a los estados primitivos. Los desiertos áridos y las zonas montañosas (salvo las fértiles cuencas intermontanas) prácticamente imponen estrategias de subsistencia en dispersión y difícilmente pueden servir de núcleo a un estado. Estos «espacios no estatales», debido a sus diferentes pautas de subsistencia y organización social (pastoreo, recolección y agricultura de roza y quema), son a menudo estigmatizados y etiquetados como «bárbaros» en los discursos estatales.

El «módulo» estatal requiere mano de obra concentrada, concretamente mano de obra agrícola entregada primordialmente a la agricultura en campos fijos. La mera concentración no es suficiente. La ecología de los humedales de la llanura aluvial mesopotámica meridional, donde por primera vez en el Próximo Oriente surgió un sedentarismo conside-

16. Adicionalmente, las barreras geográficas resultan importantes en otro sentido. En la medida en que el estado requiere una población abundante (cultivadores, trabajadores, soldados, contribuyentes), también ayuda que no tengan adónde salir corriendo en caso de insatisfacción. Como defendía Robert Carneiro para Mesopotamia, su población estaba cercada o, en su terminología, circunscrita (se podría decir también «atrapada») por una frontera de pantanos, mar, tierras áridas y montañas, de tal manera que los agricultores no disponían de una salida fácil al exterior del estado. Los aspirantes a constructores estatales disponían, según su argumentación, de una población prácticamente cautiva. Y algo parecido sostenía a propósito de los estados egipcio y del río Amarillo temprano, flanqueados por desiertos, en comparación, por ejemplo, con la cuenca amazónica o los bosques orientales de Norteamérica. Aunque existen abundantes indicios históricos de pueblos que pasaron de la agricultura al pastoreo, a la roza y quema, a modos de subsistencia marítimos e incluso a la caza y la recolección, la existencia de barreras tanto geográficas como ecológicas y, acaso, la presencia de pueblos hostiles, facilitó que los estados prístinos mantuvieran su población dentro de la llanura aluvial. El problema para el caso mesopotámico es que resultaba relativamente fácil para los agricultores pasarse, si así lo deseaban, al pastoreo y, ya puestos, emigrar incluso hacia el norte por la llanura aluvial, siguiendo el curso del Tigris o del Éufrates. Carneiro, «A Theory of the Origin of the State».

rable, constituye un ejemplo relevante[17]. Estaba densamente poblada y, aunque se cultivaban en ella algunas cosechas, sus primeras poblaciones no nos ofrecen restos de esos campos arados regulares que dejan una huella inconfundible en el registro arqueológico. Como se describió anteriormente, los modos de subsistencia eran aquí excepcionalmente diversos: recolección y caza en los humedales, cosecha de cañas y juncos silvestres, pasto de recesión para ovejas, cabras y vacas. A pesar de su densa y acomodada población, no estamos ante un pueblo agrícola. «Antes que servir de sustento a un modelo de transformación social impulsado por el cultivo de cereales por irrigación, esta nueva imagen del corazón del territorio de las ciudades sugiere un asentamiento progresivo que comenzó con [...] una dependencia oportunista de la biomasa litoral»[18]. Los humedales produjeron riqueza y pueblos, pero no estados, hasta más de un milenio después. A diferencia de lo que sucede en un entorno de agricultura de arado, la exuberante diversidad de modos de subsistencia de los humedales no favorecía la construcción de un estado. Como una suerte de confirmación de la sospecha de que los deltas fluviales mayores no conducen necesariamente al establecimiento de un estado primitivo, el delta del Nilo parece ofrecer un caso similar. Los estados en el Egipto antiguo surgieron aguas arriba del Delta, que, aunque bien poblado y rico en recursos de subsistencia, no constituía la base de un estado. Muy al contrario, tenía la consideración de una zona hostil y refractaria al estado. Al igual que los habitantes de los humedales mesopotámicos, la población del delta del Nilo vivía sobre *turtlebacks*, pescaba, cosechaba juncos, comía marisco y practicaba poco o nada la agricultura; no formaba parte del Egipto dinástico.

El corazón de los estados antiguos del río Amarillo estaba, igualmente, río arriba y no en la turbulenta y siempre cambiante región deltaica. La agricultura, aunque de mijo, resultaba tan vital para el núcleo constructor del estado en China como lo fueron el trigo y la cebada para los estados mesopotámicos. El proyecto de construcción estatal chino brin-

17. Una vez más no me estoy refiriendo aquí al primer sedentarismo, sino, más bien, a los primeros asentamientos poblados duraderos que dieron posteriormente lugar a los primeros estados. El primer sedentarismo en la llanura aluvial fue, aquí como en cualquier otro lugar, un sedentarismo no agrícola basado en la recolección y la caza en las fronteras entre ecosistemas adyacentes ricos en recursos. Quizás las primeras comunidades sedentarias del mundo pertenecieron a la cultura costera Jōmon del Japón nororiental, que era, en 12 000 a. e. c., contemporánea del, y probablemente anterior al, Período Natufiense en el Creciente Fértil. Como sucedía en el ecosistema descrito por Pournelle, el entorno en el que, como los americanos nativos en el Pacífico nororiental, los Jōmon practicaban la recolección se encontraba al alcance de su mano.

18. Pournelle, «Marshland of Cities», p. 202.

có, por así decir, de un rico emplazamiento de *loess* cultivable a otro, dejando al margen tanto las extensiones de terreno montañoso (los bárbaros «interiores») que quedaban entre ellos, como el complejo y diverso delta del río Amarillo.

Los cereales crean estados

Las bases de subsistencia de todos los estados agrarios más antiguos e importantes de la antigüedad (Mesopotamia, Egipto, valle del Indo, río Amarillo) muestran una notable similitud. Son todos ellos estados cerealistas: trigo, cebada y, en el caso del río Amarillo, mijo. Los estados antiguos subsiguientes siguieron el mismo patrón, si bien a la lista de cultivos básicos se añaden el arroz irrigado y, en el Nuevo Mundo, el maíz. Una excepción parcial a esta regla podría ser el estado inca, que dependía del maíz y la patata, si bien la cosecha de maíz parece haber predominado en términos fiscales[19]. En un estado cerealista, un par de granos servían tanto de principal almidón alimentario como de unidad tributaria en especie y como base para un calendario agrario hegemónico. Dichos estados quedaban confinados a los nichos ecológicos en los que lo permitían las tierras aluviales y la disponibilidad de agua. Aquí el énfasis debería recaer sobre el concepto de «posibilismo» de Lucien Febvre: tales nichos resultaban necesarios para la construcción del estado (nichos que podían expandirse a través de la gestión del paisaje mediante, por ejemplo, los canales o el abancalamiento), pero no suficientes[20]. Y, en tal caso, debería distinguirse entre concentración de población y construcción del estado. La abundancia de humedales, como hemos visto, podía conducir a un urbanismo y a un comercio incipientes, pero no a la formación del estado en ausencia de un cultivo de cereales a gran escala[21].

Pero ¿por qué deberían los granos de cereal desempeñar un papel tan desproporcionado en los estados antiguos? Después de todo, otros cultivos, en concreto legumbres, como lentejas, garbanzos y guisantes,

19. Los cultivos andinos del amaranto y la quinoa, de la misma familia de «pseudocereales», no parecen haber figurado como principales cosechas imponibles, acaso porque sus semillas maduran de forma irregular a lo largo de un extenso período. Comunicación personal, Alder Keleman, septiembre de 2015.

20. Febvre, *A Geographical Introduction to History*, parte III, pp. 171-200 [hay trad. cast. de Luis Pericot García, *La tierra y la evolución humana: introducción geográfica a la historia*, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, Barcelona, 1955].

21. Véase el argumento paralelo de Manning, *Against the Grain*, capítulos 1 y 2.

ya habían sido domesticados en el Próximo Oriente y, en China, el taro y la soja. ¿Por qué no constituyeron estos la base de la formación estatal? Y, más ampliamente, ¿por qué no han aparecido en el registro histórico «estados lentejistas», del garbanzo, del taro, del sagüero, del fruto del árbol del pan, del ñame, de la yuca, de la patata, del cacahuete o de la banana? Muchas de estas variedades de cultivo proporcionan más calorías por unidad de tierra que el trigo y la cebada, algunas requieren menos trabajo y juntas o por separado podrían haber proporcionado una nutrición básica similar. En otras palabras, muchas de ellas satisfacen las condiciones agrodemográficas de densidad de población y valor nutricional de igual forma que los granos de cereal. Solo el arroz irrigado las sobrepasa en términos de concentración bruta de valor calórico por unidad de tierra[22].

La clave del nexo entre cereales y estados reside, a mi parecer, en el hecho de que solo los granos de cereal pueden servir de base a los impuestos: son visibles, divisibles, liquidables, almacenables, transportables y «racionables». Otros cultivos (legumbres, tubérculos y plantas ricas en almidón) poseen algunas de estas deseables cualidades de adaptación al estado, pero ninguno las reúne todas. Para apreciar las excepcionales ventajas de los granos de cereal, conviene ponerse en el pellejo de un antiguo recaudador de impuestos, interesado, ante todo, en la facilidad y la eficacia de la apropiación.

El hecho de que los granos de cereal crezcan por encima del suelo y maduren más o menos al mismo tiempo, vuelve mucho más sencilla la tarea de cualquier aspirante a recaudador de impuestos. Si un ejército o los recaudadores de impuestos consiguen llegar en el momento adecuado, podrán segar, trillar y confiscar la cosecha entera en una sola operación. Si se trata de un ejército hostil, los granos de cereal simplifican enormemente su política de tierra quemada, permitiéndoles prender fuego a los campos de cereal listos para la cosecha y empujar a los agricultores a la huida o al hambre. O, mejor aún, el recaudador de impuestos o el enemigo pueden limitarse a esperar hasta que la cosecha haya sido trillada y almacenada para confiscar el contenido completo del granero. En la práctica, en el caso del diezmo medieval, se esperaba a que el agricultor reuniese en el campo el cereal no trillado en gavillas para que el recaudador del diezmo se llevara una de cada diez.

22. Dado que, en el caso del arroz irrigado, la mayor parte de los nutrientes necesarios para la planta proviene del agua y no del suelo, dicho cultivo exige, para resultar sostenible durante largos períodos, menos barbecho y abono animal que, pongamos por caso, el del trigo o el del maíz.

Compárese esta situación con la de, por ejemplo, los agricultores cuyos cultivos básicos son tubérculos como las patatas o la casava/mandioca. Dichos cultivos maduran en un año, pero pueden permanecer sin peligro en el suelo durante uno o dos más. Pueden extraerse de la tierra según se van necesitando y dejar los demás almacenados en el mismo lugar en que han crecido, bajo tierra. Si un ejército o unos recaudadores de impuestos quieren tus tubérculos, tendrán que excavarlos tubérculo a tubérculo, como lo hace el propio agricultor, y lo que habrán conseguido no será sino una carretada de patatas de mucho menor valor (ya calórico, ya en el mercado) que una carretada de trigo que, además, tendrá una mayor tendencia a estropearse rápidamente[23]. Cuando Federico el Grande de Prusia ordenó a sus súbditos plantar patatas, comprendía que, como cosechadores de tubérculos, no podrían ser dispersados tan fácilmente por los ejércitos enemigos[24].

La maduración simultánea de los granos de cereal «por encima del nivel del suelo» posee la inestimable ventaja de resultar visible y liquidable para los recaudadores de impuestos estatales. Son estas características las que convierten al trigo, a la cebada, al arroz, al mijo y al maíz en los cultivos *políticos* estrella. Típicamente, un liquidador de impues-

23. He expuesto por extenso este argumento sobre las implicaciones del cultivo de tubérculos y raíces, por un lado, y el del cultivo de cereales, por otro, en *The Art of Not Being Governed*, pp. 64-97, 178-219. Aquí he distinguido entre cultivos «estatales», como el arroz, y cultivos «evasores del estado», como la yuca y las patatas. He sostenido tanto que los estados dependían de los cultivos de cereales en campos fijos como que las poblaciones que deseaban evadir los impuestos y el control estatal adoptaban estrategias de subsistencia, como el cultivo de tubérculos, el cultivo (itinerante) de campos quemados o la caza y la recolección, para situarse al margen del control estatal. Más recientemente, J. Mayshar *et al.*, «Cereals, Appropriability, and Hierarchy» han propuesto un razonamiento parecido, pero no idéntico. Estos autores han señalado la diferencia fundamental en apropiabilidad entre cereales, raíces y tubérculos, pero sin alcanzar a ver que, en numerosos escenarios, lo que se planta puede ser resultado de una decisión política y que los estados embrionarios promueven, y a menudo exigen, el cultivo de cereales. Aunque Mayshar *et al.* asocian correctamente granos de cereal con estado y jerarquía, y cultivos de raíces con sociedades igualitarias no estatales, se equivocan al tomar las estrategias de subsistencia como un hecho primordial y dado, y no como el producto de instituciones y decisiones políticas. Siempre que se cuente con un amplio suministro de agua y un suelo decente, existirán muchas opciones. Los autores afirman, además (al parecer, a partir únicamente de la teoría de la escuela institucionalista sobre la provisión de bienes públicos) que la creación del estado es una invención benevolente impulsada por las elites para defender contra los «ladrones» el grano almacenado de la comunidad. Mi punto de vista, por el contrario, es que el estado se originó como una organización criminal de «protección» (*racket*) que una banda de ladrones logró imponer frente a otras. Aunque estoy encantado de saber que otros han detectado también la importante relación entre variedades de cultivo y estado, debo, aun a riesgo de parecer cicatero, insistir en mi reclamación de paternidad sobre este argumento, por cuanto los citados autores no parecen haber reparado en su articulación seis años antes.

24. McNeill, «Frederick the Great and the Propagation of Potatoes».

tos clasifica los campos en términos de calidad de la tierra y, sabiendo el rendimiento medio de cada cereal en ese tipo de suelo, está en condiciones de calcular el impuesto. Si se hace necesario el ajuste de año en año, se pueden supervisar los campos y tomar muestras de los cultivos de una parcela representativa justo antes de la cosecha para llegar a un rendimiento estimado para esa concreta temporada de cultivo. Como veremos, los funcionarios estatales intentaban aumentar la producción de las cosechas y los impuestos en especie, imponiendo ciertas técnicas agrícolas. En Mesopotamia esto comprendía insistir en un arado repetido para romper los grandes terrones de tierra y en rastrillar reiteradamente para mejorar el agarre y el aporte de nutrientes. La cuestión es que, gracias a los cereales y a la preparación del suelo, la plantación, el estado del cultivo y su producción final resultaban más visibles y liquidables. Compárese esto, por ejemplo, con la pretensión de liquidar y gravar la actividad comercial de compradores y vendedores en el mercado. Una razón para la desconfianza y la estigmatización oficiales de la clase mercantil en China era el simple hecho de que su riqueza, a diferencia de la del plantador de arroz, resultaba ilegible, disimulable y fugitiva. Se podría gravar un mercado o recaudar peajes en un cruce de canales o de caminos, donde los bienes y las transacciones son más transparentes, pero intentar cobrar impuestos a los mercaderes era la pesadilla del recaudador.

A efectos de medir, dividir y liquidar, el mero hecho de que la cosecha de cereal consista, en última instancia, en pequeños granos, con o sin cascarilla, posee enormes ventajas administrativas. Igual que los granos de azúcar o los de arena, los granos de cereal son casi infinitamente divisibles en fracciones cada vez menores, susceptibles de ser evaluadas en peso y volumen, con toda precisión, a efectos contables. Las unidades de grano servían como unidades de medida y de valor en el comercio y en los tributos a partir de las cuales se calculaba el valor de las demás mercancías, incluido el trabajo. La ración de alimento diaria para la clase más baja de trabajadores en Umma, Mesopotamia, era dos litros casi exactos de cebada, medida en esos cuencos biselados que se cuentan entre los hallazgos arqueológicos más difundidos.

Pero ¿por qué no hay un estado del garbanzo o de la lenteja? Después de todo, se trata de plantaciones nutritivas que pueden cultivarse de forma intensiva y cuya cosecha consta de pequeñas semillas que pueden secarse y conservarse correctamente, y que pueden dividirse y medirse en pequeñas cantidades como raciones con la misma facilidad que los granos de cereal. La ventaja decisiva de los granos de cereal es aquí su crecimiento regular y, por ende, su maduración prácticamente simul-

tánea. El problema con la mayoría de las legumbres, desde el punto de vista de un recaudador de impuestos, es que dan fruto de forma continuada a lo largo de un extenso período. Como sucede con las alubias o los guisantes, pueden recogerse (y así se hace) a medida que maduran. Si el recaudador de impuestos llega con anticipación, buena parte de la cosecha no habrá madurado todavía, y si llega tarde, el contribuyente, probablemente, habrá consumido, escondido o vendido ya la mayor parte de la producción. La recaudación en una sola visita por parte del funcionario del fisco se aviene mejor con los cultivos de maduración regular. Los cultivos de cereal del Viejo Mundo estaban, en este sentido, preadaptados a la construcción del estado. El Nuevo Mundo (salvo el caso mixto del maíz, que puede ser cogido en sazón o dejarse madurar y secar en el campo) posee pocos (si es que posee alguno) cultivos que maduren regular y simultáneamente en toda la plantación, y de ahí la ausencia de una tradición de fiestas de la cosecha, tan prominente en el calendario agrícola del Viejo Mundo. Queda para la especulación si esta maduración regular fue el resultado de su selección por parte de los primeros agricultores del Neolítico y, en tal caso, por qué, por poner un ejemplo, no fue posible seleccionar de modo análogo la maduración regular de garbanzos y lentejas.

Con todo, el gravamen del grano no es infalible. Aunque un cultivo cerealista cualquiera, una vez plantado, madura simultáneamente, la secuencia de las estaciones permite, con frecuencia, modificar las fechas de plantación, de manera que diferentes campos pueden llegar a madurar en momentos ligeramente desiguales. Tampoco es infrecuente que un agricultor defraudador coseche subrepticiamente parte del grano antes de que madure por completo a fin de evadir impuestos. Siempre que resultaba posible, los estados antiguos se esforzaban en exigirle a cada distrito una fecha concreta para la plantación. En los arrozales bajo riego por inundación, todos los campos contiguos son irrigados más o menos al mismo tiempo, lo que, de por sí, dicta el calendario de (trans)plante, por no mencionar el hecho de que el arroz es el único cultivo capaz de crecer en estas condiciones.

Los granos de cereal también se prestan bien al transporte a granel. Incluso en condiciones arcaicas, una carretada de grano podía arrojar beneficios arrastrándola distancias mayores que cualquier otro producto alimenticio. Y allí donde se disponía de transporte por barco, resultaba factible enviar grandes cantidades de grano a distancias considerables, expandiendo así enormemente el corazón agrícola que un estado antiguo podía esperar dominar y del que podría extraer impuestos. Una descripción de la Tercera Dinastía de Ur (Ur III, a finales del tercer mi-

lenio a.e.c.) afirma que las embarcaciones transportaban la mitad de toda la cosecha de cebada de la región de Ur a los almacenes reales[25]. Nuevamente, para el recaudador de impuestos de la Mesopotamia antigua y, en realidad, hasta el siglo XIX, la combinación de estado agrario y río o línea costera navegables constituía un matrimonio perfecto. Roma, por ejemplo, comprobó que era más barato enviar grano (normalmente, desde Egipto) y vino por barco atravesando el Mediterráneo, que enviarlo por tierra, en carro, a partir de una distancia superior a cien millas[26].

El grano, al tener más valor por unidad de volumen o de peso que casi cualquier otro alimento y al resultar comparativamente más adecuado para su almacenaje, constituía el cultivo gravable y de subsistencia ideal. Podía dejarse con cascarilla hasta que hiciera falta. Era idóneo para su distribución a trabajadores y esclavos, para su exacción como tributo, para aprovisionar soldados y guarniciones, para aliviar la escasez de alimentos o las hambrunas, o para alimentar a una ciudad mientras resistía un asedio. Cuesta imaginar al estado antiguo sin una base cerealista como el nervio de su fuerza.

Ahí donde no llegaban los cereales y, por tanto, los impuestos agrícolas, ahí mismo empezaba a decaer el poder del estado. El poder de los estados chinos antiguos estaba confinado a las cuencas de drenaje arables de los ríos Amarillo y Yangtsé. Más allá de este corazón ecológico y político de los campos fijos y de la labranza del arroz por inundación, se encontraban los pastores, cazadores-recolectores y agricultores itinerantes, tan móviles como difíciles de someter a los impuestos. Se los definía como bárbaros «crudos», que «todavía no habían entrado en el mapa». El territorio del Imperio romano, a pesar de todas sus ambiciones imperiales, no se extendía mucho más allá de la línea de los cereales. El dominio romano al norte de los Alpes se concentraba en lo que los arqueólogos denominan, a partir del yacimiento suizo en el que se encontraron por primera vez sus artefactos, la región de La Tène, en la que la población era más densa, la producción agrícola más robusta y las ciudades (cultura de los *oppida*) mayores; fuera de esta zona quedaba la «Europa Jastorf», tenuemente poblada y caracterizada por el pastoreo y la agricultura de roza y quema[27].

25. Adams, «An Interdisciplinary Overview of a Mesopotamian City».
26. Lewis, *The Early Chinese Empires*, p. 6.
27. Heather, *The Fall of the Roman Empire*, p. 56 [hay trad. cast. de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguiba, *La caída del imperio romano*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2008].

Este contraste debe servir como saludable recordatorio de que la mayor parte del mundo y de su población quedaba fuera de los primeros estados cerealistas. Los estados cerealistas quedaban confinados a un restringido nicho ecológico que favorecía la agricultura intensiva. Más allá de sus horizontes, aparecía una serie de prácticas de subsistencia que podría denominarse no apropiable, las más importantes de las cuales eran la caza y la recolección, la pesca y la recolección marítima, la horticultura, la agricultura itinerante y el pastoreo especializado.

Contempladas con los ojos de un recaudador de impuestos estatal, tales formas de subsistencia eran fiscalmente estériles y no compensaban el coste de su control. Los cazadores y recolectores y los recolectores marítimos estaban tan desperdigados y eran tan móviles, y sus «ingresos» tan diversos y perecederos, que seguirles la pista, y no se diga cobrarles impuestos, resultaba poco menos que imposible. Los horticultores, que perfectamente pudieron haber domesticado raíces y tubérculos mucho antes de que se plantara el primer cereal, podían ocultar una pequeña parcela en el bosque y dejar buena parte de su cosecha en el suelo hasta que la necesitasen. Aunque los agricultores de roza y quema a menudo plantaban algo de grano, una roza típica contenía varias docenas de variedades de cultivo de diferente maduración. Además, trasladaban sus campos cada pocos años y, en ocasiones, también sus viviendas. El pastoreo especializado, considerado como un subproducto de la agricultura, plantea al aspirante a recaudador de impuestos un problema semejante de dispersión y movilidad. El Imperio otomano, fundado por pastores, se encontró con dificultades excepcionales a la hora de cobrarles impuestos. Lo intentaban en el único momento del año en que se detenían para atender al parto de las ovejas y a la esquila, pero incluso esto era difícil logísticamente. Tal como concluía Rudi Lindner, un estudioso del domínio otomano, «el sueño otomano de un paraíso sedentario con ingresos predecibles procedentes de pacíficos granjeros no dejaba lugar para pastores nómadas». «Los nómadas perseguían los cambios a pequeña escala en el clima para maximizar su acceso a buenos pastos y agua dulce; por consiguiente, estaban siempre en movimiento»[28].

De un modo u otro, los pueblos no cerealistas (es decir, la mayor parte del mundo) encarnaban formas de subsistencia y de organización social que se sustraían a la fiscalidad: movilidad física, dispersión, tamaño del grupo y de la comunidad variables, artículos de primera necesidad diversos e invisibles, y pocos recursos de localización fija. Pese

28. Lindner, *Nomads and Ottomans in Medieval Anatolia*, p. 65.

a ello, tampoco es que fueran mundos separados. Muy al contrario, tal como hemos apuntado, el intercambio y el comercio fluían vigorosamente entre ellos. El intercambio, no obstante, se daba sin coacciones y dependía del trueque y del comercio de bienes deseables, de una región ecológica a otra, en beneficio mutuo. A pesar de sus relaciones comerciales, aquellos que practicaban una forma especial de subsistencia a menudo terminaban siendo considerados una clase diferente de pueblos. Para los romanos, por ejemplo, una característica clave definitoria de los bárbaros era que se alimentaban de productos lácteos y carne y no, como hacían los romanos, de cereales. Para los mesopotámicos, los «bárbaros» amorreos resultaban inaceptables porque, supuestamente, «no conocen el grano [...] comen carne cruda y no entierran a sus muertos»[29].

Las variadas formas de subsistencia antes descritas no deberían considerarse categorías estancas e impermeables. Los diferentes grupos podían alternar, y así lo hacían, entre dichas prácticas de subsistencia, y a menudo fraguaban prácticas híbridas que no resultan fáciles de categorizar. Y tampoco deberíamos pasar por alto la posibilidad de que esta elección de prácticas de subsistencia fuera, con frecuencia, el resultado de una opción política, un posicionamiento en relación al estado.

Las murallas crean estados: protección y confinamiento

Para mediados del tercer milenio a. e. c., la mayor parte de las ciudades de la llanura aluvial mesopotámica ya estaban amuralladas. El estado, por primera vez, había generado un caparazón defensivo. Aunque los emplazamientos eran generalmente modestos (oscilando, de media, entre las 10 y las 33 hectáreas), construir y mantener ese perímetro defensivo, incluso aunque pudiera erigirse por partes, resultaba muy intensivo en trabajo. Una muralla, en su sentido más elemental, nos dice que hay algo valioso que se protege o aparta de los que están fuera de ella. La existencia de murallas constituía un indicio infalible de la presencia de cultivos y almacenamiento de comida permanentes. Y, como para confirmar aún más la asociación, cuando dicha ciudad-estado colapsaba y sus murallas quedaban permanentemente transgredidas, también la agricultura permanente solía desaparecer de la región. Era una

29. Yoffee y Cowgill, *The Collapse of Ancient States*, p. 49. Seth Richardson (comunicación personal) apunta que el texto para esta cita proviene de una composición literaria dirigida a los dioses, probablemente, nada representativa.

práctica corriente que la ciudad conquistadora derribase las murallas de la ciudad que había derrotado. Evidentemente, la existencia de recursos concentrados, valiosos, susceptibles de saqueo y de localización fija generaba un poderoso incentivo para su defensa. Su concentración espacial la hacía más fácil y su valor suponía que merecía la pena el esfuerzo. Huelgan razones para explicar por qué el campesinado se esforzaba al máximo por aferrarse a sus campos y huertos, a sus casas, a sus graneros y a su ganado como si les fuese la vida en ello. No sorprende, pues, que en la *Epopeya de Gilgamés*, un rey fundador, se erigiesen las murallas de la ciudad para proteger a su pueblo. Sobre esa sola premisa, ¿cabría considerar la creación del estado como la obra conjunta (¿un contrato social, tal vez?) de súbditos agricultores y de su gobernante (y de sus guerreros e ingenieros) para defender cosechas, familias y ganado de los ataques de otros miniestados o de las razias de pueblos no estatales?

El asunto es más complicado. Del mismo modo que, quizá, un granjero se ve obligado a defender sus cultivos frente a depredadores humanos y no humanos, así las elites estatales tienen un abrumador interés en salvaguardar las bases de su propio poder: una población de agricultores y sus almacenes de grano, sus privilegios y su riqueza, y también su poder político y ritual. Como han observado Owen Lattimore y otros en relación con la(s) Gran(des) Muralla(s) China(s): se construyeron no menos para retener a los agricultores contribuyentes dentro que para mantener a los bárbaros (nómadas) fuera. Así pues, el objetivo de las murallas era fijar en su interior a los componentes esenciales para la conservación del estado. Es posible que también las así llamadas murallas antiamorreas entre el Tigris y el Éufrates se diseñaran antes para mantener a los agricultores en la «zona» estatal que para excluir a los amorreos (que, en cualquier caso, estaban ya asentados en número considerable en la llanura aluvial). Las murallas fueron, al parecer de un estudioso, resultado del vasto incremento en el proceso de centralización de Ur III, y se erigieron bien para contener a las poblaciones móviles que huían del control estatal, bien para defenderse de quienes habían sido expulsados por la fuerza. En cualquier caso, «pretendía[n] definir los límites del control político»[30]. La afirmación del control y del confinamiento de las poblaciones como causa y función de las murallas de

30. Porter, *Mobile Pastoralism*, p. 324. El término «muralla» puede inducir a confusión, por cuanto bien puede referirse a una cadena de asentamientos (fortificados o no) que señalaba el límite del control político y que se concebían como frontera o perímetro estatales.

una ciudad depende, en gran medida, de nuestra capacidad de demostrar que la huida de súbditos constituía una verdadera preocupación para el estado primitivo (asunto que se trata en el capítulo 5).

La escritura crea estados: contabilidad y legibilidad

> «Estar gobernada [la humanidad] equivale [a] estar tarifada, registrada, timbrada, medida, cotizada, licenciada, privilegiada, emendada, amonestada, violada, impedida, reformada, dirigida y corregida en cada operación, en cada transacción, en cada movimiento que emprendas».
>
> Pierre-Joseph Proudhon*

Los campesinos, con una larga experiencia a pie de calle del arte de gobernar, siempre han sabido que el estado es una máquina de documentar, registrar y medir. Por eso, apenas asoma el topógrafo del gobierno con su plancheta o el funcionario del censo con su portapapeles y sus cuestionarios para levantar el registro de los hogares, el súbdito comprende que se avecinan problemas en forma de reclutamiento, trabajo forzado, confiscación de tierras, capitación o nuevos impuestos a las tierras de cultivo. Se dan cuenta, implícitamente, de que tras la maquinaria coercitiva yacen montañas de papel (listas, documentos, censos tributarios y poblacionales, normativas, requisiciones, instrucciones), un papeleo que, en su mayor parte, les resulta desconcertante y rebasa su comprensión. La firme identificación que existe en sus mentes entre documentos escritos y la fuente de su opresión ha conllevado que, con frecuencia, el primer acto de las rebeliones campesinas haya sido incendiar las oficinas de los registros locales que los albergan. Al comprender que el estado *veía* su tierra y a sus súbditos a través de la contabilidad, el campesinado implícitamente suponía que *cegando* al estado podría terminar con sus aflicciones. Como bien dice un antiguo dicho sumerio: «Puedes tener un rey y puedes tener un señor, pero el hombre de temer es el recaudador de impuestos»[31].

La Mesopotamia meridional fue el corazón territorial no de uno, sino de varios experimentos de construcción estatal interrelacionados, entre 3300 y 2350 a. e. c. Al igual que en el Período de los Reinos Com-

* P.-J. Proudhon, *Idée générale de la Révolution au dix-neuvième siècle*, Garnier frères, París, 1851, p. 341 [hay trad. cast. de J. Comas, *Idea general de la Revolución en el siglo* XIX, t. I, Imprenta Hispana, Barcelona, 1868, p. 229].

31. Wang Haicheng, *Writing and the Ancient State*, p. 98.

batientes o en las posteriores ciudades-estado griegas, la llanura aluvial meridional fue escenario de la rivalidad entre entidades urbanas y de su voluble fortuna. Entre las mejor conocidas se encuentran Kish, Ur y, por encima de todas, Uruk. Algo excepcional y sin parangón histórico ocurría aquí. Por una parte, un grupo de sacerdotes, hombres fuertes y jefes locales estaban escalando e institucionalizando unas estructuras de poder que hasta entonces solo se habían servido del idioma del parentesco. Estaban creando, por primera vez, algo en la línea de lo que llamaríamos un estado, aunque, naturalmente, no resultaba posible que ellos lo interpretaran de esa forma. Por otra parte, miles de agricultores, artesanos, comerciantes y jornaleros estaban siendo, por así decir, reconvertidos en súbditos y, en consecuencia, se veían enumerados, sometidos al fisco, reclutados, llevados a trabajar y subordinados a una nueva forma de control.

Es más o menos en esta época cuando hace su primera aparición la escritura[32]. La coincidencia de estado y escritura prístinos lo tienta a uno a abrazar la conclusión burdamente funcionalista de que quienes habrían de convertirse en constructores del estado inventaron formas de notación esenciales para el arte de gobernar. Ahora bien, no parece muy aventurado afirmar que resulta prácticamente imposible siquiera imaginar estos primeros estados sin una tecnología sistemática de contabilidad numérica, aunque adoptase la forma inca de cuerdas de nudos (quipu). La primera condición para la apropiación por parte del estado (cualquiera que sea su fin) es el inventario de recursos disponibles: población, tierra, rendimiento de las cosechas, ganado y *stock* almacenado. Esta información, sin embargo, como cualquier encuesta catastral, no es más que una instantánea que pronto queda desactualizada. Conforme avanza la apropiación, se requiere una contabilidad permanente: libranzas de grano, trabajo de corvea realizado, requisiciones, etc. Apenas una comunidad política alcanza unos pocos miles de súbditos, se hace imprescindible alguna forma de notación y documentación más allá de la memoria y la tradición oral.

Encontramos un poderoso argumento para vincular administración estatal con escritura en el hecho de que, en Mesopotamia, parece haber sido utilizada con fines contables durante más de un milenio antes de que empezase siquiera a reflejar las glorias civilizacionales que asocia-

32. Al parecer, con anterioridad a la formación del estado, en las grandes instituciones urbanas (templos, probablemente) ya se utilizaba, desde unos siglos antes, un protocuneiforme para el registro de transacciones y repartos. David Wengrow, comunicación personal, mayo de 2015.

mos con la escritura: literatura, mitología, himnos de alabanza, listas de reyes y genealogías, crónicas y textos religiosos[33]. La magnífica *Epopeya de Gilgamés*, por ejemplo, data de la Tercera Dinastía de Ur (en torno a 2100 a. e. c.), un milenio completo después de que se hubiese empleado por primera vez el cuneiforme con fines estatales y comerciales.

¿Qué podemos deducir acerca de la forma en que se ejercía el poder a pie de calle en Sumeria, a partir del hallazgo y la traducción de las tablillas cuneiformes? Cuando menos, nos revelan el enorme esfuerzo realizado para conseguir, mediante un sistema de notación, que dicha sociedad, su mano de obra y su producción resultasen legibles para sus gobernantes y para los funcionarios del templo, y para extraer de ella grano y trabajo. Por supuesto, sabemos lo bastante sobre burocracias (incluso bastante modernas) como para darnos cuenta de que no existe una relación necesaria entre los registros, por un lado, y los hechos sobre el terreno, por el otro. Los documentos se falsifican y amañan en beneficio propio o para halagar a los superiores. Las normas y las reglamentaciones meticulosamente dictadas en la documentación pueden ser letra muerta en el mundo real. Los registros catastrales pueden ser corruptos, no existir o simplemente ser inexactos. El orden de la oficina de contabilidad, como el de una parada militar, puede, con mucha frecuencia, enmascarar un desorden rampante en la propia administración y en el campo de batalla. Lo que los registros sí pueden hacer es hablarnos sobre el orden utópico, linneano, del arte de gobernar implícito en la lógica contable, en sus categorías, en sus unidades de medida y, por encima de todo, en las cosas a las que les presta su atención. Los «ojos chispeantes» del que imagino como «estado intendente» resultan de lo más reveladores. El propio símbolo de la realeza en Sumeria, como una muestra de esta aspiración, eran «la caña y el cordel», casi con toda seguridad las herramientas del agrimensor[34]. Podemos ver en acción esta fantasía estatal mediante un breve examen de la práctica administrativa de Mesopotamia y de la antigua China.

33. Nissen, «The Emergence of Writing in the Ancient Near East». Nissen añade: «El surgimiento de la escritura, tal como se ha descrito aquí, no debería, en modo alguno, conducirnos a proclamar su invención como un gran paso adelante en la vida intelectual de la humanidad. Su impacto en ella no fue tan repentino como para justificar la diferenciación entre una edad oscura 'pre-histórica' y una luminosa historia. Para cuando apareció la escritura, se había dado ya la mayoría de los pasos hacia una forma de vida de alta cultura. La escritura aparece, meramente, como un subproducto del rápido desarrollo hacia una vida compleja en ciudades y estados» (p. 360). Véase también Pollock, *Ancient Mesopotamia*, p. 168, quien afirma, igualmente, que el cuneiforme no se utilizó para himnos religiosos, mitos, proverbios y dedicaciones de templos hasta al menos el año 2500 a. e. c.

34. Crawford, *Ur*, p. 88.

Las tablillas más antiguas de Uruk (Nivel IV), en torno a 3300-3100 a. e. c., contienen listas, listas y más listas: en especial de cereales, mano de obra e impuestos. En orden de frecuencia, los temas de las tablillas que han sobrevivido son: cebada (raciones e impuestos), prisioneros de guerra, esclavos y esclavas[35]. Otra preocupación en Uruk IV y posteriormente en otros centros es el censo de población. Como en todos los reinos antiguos, maximizar la población constituía una obsesión que, habitualmente, desbancaba incluso a la propia conquista de territorios. La población (productores, soldados y esclavos) representaba la riqueza del estado. La ciudad de Umma, dependiente de Ur, en la que se ha encontrado un enorme tesoro de tablillas datadas a partir de aproximadamente el año 2255 a. e. c., resulta especialmente precoz. Ocupaba cien hectáreas y contaba con entre 10 000 y 20 000 habitantes, una gran población que administrar. En el corazón del proyecto de legibilidad de Umma aparece un censo de población organizado por lugar, edad y género que se utilizaba para asignar la capitación, la corvea y el reclutamiento. Se trataba de su proyecto «inmanente», que quizá nunca se vio realizado en la práctica salvo para la economía del templo y su fuerza de trabajo dependiente. Las fincas, aparentemente tanto del templo como privadas, se clasificaban por extensión, calidad del suelo y rendimiento esperado de la cosecha, lo que servía de base para la liquidación de los impuestos. Algunas de las comunidades políticas sumerias, sobre todo Ur III, parecen economías de mando y control, fuertemente centralizadas (sobre el papel o, mejor dicho, sobre la tablilla), militarizadas y reglamentistas, semejantes a lo que conocemos, de entre las ciudades-estado griegas, de la militarizada Esparta. Una tablilla registra 840 raciones de cebada, probablemente distribuidas en cuencos biselados de cebada (¿producidos en masa?) de dos litros de capacidad. Otras raciones mencionan cerveza, gachas de avena mondada y harina. Las cuadrillas de trabajadores, sean de prisioneros de guerra, esclavos o trabajadores de corvea, parecen omnipresentes.

Todo el experimento de la primitiva formación estatal parece consistir en la estandarización y abstracción necesarias para tratar con unidades de trabajo, grano, tierra y raciones. Fundamental para dicha estandarización resulta la propia invención de una nomenclatura estándar, por medio de la escritura, para todas las categorías esenciales: recibos, partes y cuotas de trabajo, etc. La creación y la imposición en toda la ciudad-estado de un código escrito sustituyó a los juicios consuetudinarios y resultó, en sí misma, una tecnología de supresión de las dis-

35. Algaze, «Initial Social Complexity in Southwestern Asia».

tancias que ejerció su poder en todo el pequeño reino. Se desarrollaron estándares de trabajo para tareas tales como arar, gradar o sembrar. Se creó algo así como un «sistema de puntos laborales» que mostraba los créditos y deudas en las asignaciones. Se especificaron los estándares de clasificación y calidad para pescado, aceites y textiles, que se distinguían por pesos y trama. Se clasificaba al ganado, a los esclavos y a los trabajadores por género y edad. Resultan, así, ya evidentes, siquiera sea en forma embrionaria, las estadísticas vitales para un estado depredador, que perseguía extraer tanto valor como fuese posible de su tierra y de su pueblo. Ahora bien, cuán formidable resultara este afán reglamentista sobre el terreno es ya harina de otro costal.

La escritura aparece en la China antigua, a lo largo del río Amarillo, más de un milenio después. Puede que se haya originado en el área cultural de Erlitou, aunque no existen pruebas de ello. La conocemos mejor en la dinastía Shang (1600-1050 a.e.c.) gracias a los hallazgos de huesos oraculares utilizados en la adivinación. De ahí en adelante y durante todo el Período de los Reinos Combatientes (476-221 a.e.c.), se mantuvo en uso ininterrumpido, especialmente, con fines de administración estatal. Sin embargo, solo será en la famosa, reformadora y efímera dinastía Qin (221-206 a.e.c.) cuando el nexo entre escritura y formación estatal comience a hacerse más evidente. Los Qin, un poco, como Ur III, levantaron un orden sistematizador y obsesionado con el orden que desplegó una visión casi completa de la movilización de todos sus recursos. Al menos sobre el papel, resultaba incluso más ambicioso. Originalmente ni en China ni en Mesopotamia se concibió la escritura como un medio de representación del habla.

Una condición previa para la estandarización y la simplificación a la que aspiraban los Qin era contar con un sistema de escritura de signos gráficos reformado y único que eliminase una cuarta parte de los ideogramas, lo hiciese más rectilíneo y que pudiese aplicarse en todo su territorio. Puesto que dicho sistema de escritura no partía de la transcripción de ningún dialecto hablado, poseía, de forma inherente, una cierta universalidad[36]. Al igual que sucedió en otros estados precoces, se aplicó este proceso de estandarización a la acuñación de moneda y a las unidades de peso, distancia y volumen relativas, entre otras cosas, a los cereales y a la tierra. Su propósito era el de acabar con una multitud de sistemas de medida locales, consuetudinarios e idiosincrásicos, de manera que el gobernante pudiese tener, desde su centro, una visión

36. Esta exposición de la escritura antigua en China está básicamente extraída de Wang Haicheng, *Writing and the Ancient State*, y Lewis, *The Early Chinese Empires*.

clara de la riqueza y de los recursos productivos y de fuerza de trabajo a su disposición. Aspiraba a erigir un estado centralizado y no una mera ciudad-estado fuerte que se contentase con extraer tributos ocasionales de una constelación de ciudades-satélite cuasi independientes. Sima Qian, un historiador de corte de los Han, echaba atrás con satisfacción su mirada para contemplar el logro del emperador Qin Shang Yang a la hora de transformar su reino en una austera maquinaria de guerra: «Para los campos, abrió los *qian* y los *ma* (senderos horizontales y verticales) y erigió límites». «Igualó las levas militares y el impuesto sobre la tierra y estandarizó las medidas de capacidad, de pesos y de longitud»[37]. Posteriormente, también se estandarizarían las normas y las herramientas de trabajo.

En este contexto de competencia militar regional entre miniestados rivales, era necesario exprimir todo lo que el reino diese de sí. Esto suponía crear y actualizar, con las técnicas disponibles en el momento, un inventario de recursos tan completo como fuese posible. Un meticuloso censo de hogares para facilitar la capitación y el reclutamiento constituía un signo de poder, como también lo era una población abundante y en aumento. A los prisioneros se los asentaba cerca de la corte y la normativa restringía el movimiento de la población. Uno de los hitos del antiguo arte de gobierno en los reinos agrarios consistía en mantener estática a la población y en evitar todo movimiento no autorizado. La movilidad física y la dispersión son la pesadilla del recaudador de impuestos.

La tierra, en cambio, y para alivio del recaudador de impuestos, no se mueve. Ahora bien, como los Qin reconocían la propiedad privada de la tierra, tuvieron que elaborar una meticulosa encuesta catastral que relacionase cada trozo de tierra de cultivo con su propietario/contribuyente. La tierra se clasificaba pór calidad del suelo, cultivo sembrado y variación en las precipitaciones, lo que permitía a los funcionarios del fisco calcular el rendimiento esperado y fijar un tipo impositivo. El sistema tributario Qin también contemplaba la estimación con base anual de los cultivos sin recoger, lo que debía permitir, al menos en teoría, ajustar los impuestos en función de las cosechas reales.

Hasta aquí nos hemos concentrado en la pretensión de los funcionarios estatales de superar, mediante la escritura, las estadísticas, los censos y las mediciones, el mero saqueo y de extraer más racionalmente trabajo y alimentos de sus súbditos. Este proyecto, si bien tal vez el más importante, de ninguna forma puede considerarse la única política es-

37. Lewis, *The Early Chinese Empires*, p. 274.

tatal a través de la cual se pretende esculpir el paisaje de la comunidad para hacerlo más rico, más legible y susceptible de apropiación. Aunque el estado primitivo no inventó la irrigación ni el control de las aguas, sí que extendió la irrigación y los canales para facilitar el transporte y para ampliar las tierras de cereal. Siempre que podía, incrementaba tanto el número como la legibilidad de su población productiva por medio del reasentamiento forzoso de súbditos y prisioneros de guerra. El concepto de «campo igual» de los Qin servía, en buena medida, para asegurarse de que todos los súbditos dispusiesen de la tierra suficiente para pagar los impuestos y para servir de base poblacional al reclutamiento. Bajo los Qin, como reflejo de la importancia de la población, el estado no solo prohibía la huida, sino que instituyó una política pronatalista, con exenciones fiscales para las mujeres (y sus familias) que diesen a luz nuevos súbditos. El campo de reasentamiento tardoneolítico fue el núcleo de los estados más antiguos, pero buena parte del arte de gobernar antiguo consistió en un ingenioso paisajismo político diseñado para facilitar la apropiación: más tierra de cereal, una población mayor y más concentrada, y el *software* informacional posibilitado por los registros escritos que permitía que todo fuese más accesible para el estado. Estos esfuerzos de paisajismo político total pueden haber traído la ruina a los estados primitivos más ambiciosos. La sobrerregulada Tercera Dinastía de Ur apenas duró un siglo y la Qin tan solo quince años.

Si la escritura primitiva está tan inextricablemente ligada a la construcción del estado, ¿qué sucede, entonces, cuando este desaparece? Las pocas pruebas que tenemos sugieren que, sin la estructura de funcionarios, registros administrativos y comunicación jerárquica, la alfabetización se reduce enormemente, si es que no acaba desapareciendo. Esto no debería causar sorpresa en la medida en que, en los primeros estados, el uso de la escritura estaba confinado a una capa muy fina de la población, la mayor parte de la cual eran funcionarios. Desde más o menos el año 1200 hasta 800 a. e. c., las ciudades-estado griegas se desintegraron durante la era conocida como la Edad Oscura. Cuando reaparece la escritura, ya no adopta la antigua forma del Lineal B, sino un sistema completamente nuevo tomado en préstamo de los fenicios. Tampoco es que desapareciese toda la cultura griega en el ínterin. Por el contrario, adoptó formas orales y le debemos a este período tanto la *Odisea* como la *Ilíada*, puestas por escrito con posterioridad. Incluso la fragmentación en el siglo V e. c. del Imperio romano, con una tradición literaria aún más extensa, condujo a la práctica desaparición de la escritura en latín, si descontamos unos pocos centros religiosos. Cabe sospechar que, en los primeros estados, la escritura se desarro-

lló inicialmente como una técnica del arte de gobierno y que resultó, por consiguiente, una conquista tan frágil y evanescente como lo fue el propio estado.

Pero ¿y si concebimos la escritura en las primeras sociedades como una tecnología de comunicación, del mismo modo que la plantación de cultivos es una entre tantas técnicas de subsistencia? Las técnicas de plantación ya eran conocidas mucho antes de que alcanzaran un uso generalizado, lo que solo sucedió en circunstancias ecológicas y demográficas muy concretas. En este mismo sentido, tampoco es que el mundo estuviese «a oscuras» hasta que se inventó la escritura, momento a partir del cual todas las sociedades la adoptarían o aspirarían a adoptarla. La primera escritura fue, también, un artefacto de la construcción estatal, de la concentración de la población y de su escala. No resultaba aplicable en otros escenarios. Un estudioso de la escritura antigua en Mesopotamia ha sugerido, admitiendo un cierto grado de especulación, que en otros lugares se hizo resistencia a la escritura por su indeleble asociación con el estado y con los impuestos, así como se le hizo resistencia al arado por su indeleble asociación con el trabajo duro.

> ¿[Por qué] todas las comunidades observables de la periferia rechazaron el uso de la escritura existiendo tantas culturas arqueológicas expuestas a la complejidad de la Mesopotamia meridional? Se podría sostener que este rechazo de la complejidad fue un acto consciente. ¿Y qué razón hay para ello? [...] Quizá, lejos de estar menos capacitados intelectualmente para tratar con la complejidad, los pueblos periféricos fueron lo bastante astutos como para evitar sus opresivas estructuras de poder durante al menos otros quinientos años, hasta que les fuera finalmente impuesta mediante conquista militar. [...] En todos los casos, la periferia rechazó inicialmente la adopción de la complejidad, incluso después de haber quedado expuesta directamente a ella [...] y, al hacerlo, evitó la jaula del estado durante medio milenio más[38].

38. Algaze, «Initial Social Complexity in Southwestern Asia», pp. 220-222, que cita a C. C. Lambert-Karlovsky. Véase también Scott, *The Art of Not Being Governed*, pp. 220-237.

Fig. 10. Cuencos (¿de raciones?) de borde biselado.
Fotografía por cortesía de Susan Pollock.

Fig. 11. Tablilla cuneiforme que muestra suministros y retiradas de almacenes.
Fotografía por cortesía del Museo Británico.

5

CONTROL DE POBLACIÓN: ESCLAVITUD Y GUERRA

> «En la multitud de pueblo está la gloria del rey: Y en la falta de pueblo la flaqueza del príncipe».
>
> Proverbios 14,28*

> «Si las multitudes se dispersan y no es posible retenerlas, la ciudad-estado quedará reducida a un montón de ruinas».
>
> Antiguo manual chino de gobierno**

> «Debo admitir que es cierto que [el reino siamés] es mayor que el mío, pero usted deberá concederme que el rey de Golconda gobierna sobre hombres y el de Siam sobre bosques y mosquitos».
>
> El rey de Golconda a un visitante siamés, *ca.* 1680***

> «En una casa grande con muchos sirvientes, las puertas pueden quedar abiertas; en una pequeña con pocos criados, deben permanecer cerradas».
>
> Aforismo siamés****

La superabundancia en los epígrafes anteriores pretende mostrar hasta qué punto la preocupación por la adquisición y el control de la población ha estado en el centro del arte de gobernar temprano. Nada significaba el poder sobre una porción de tierra de la llanura aluvial, fértil

* Se cita por la edición de Reina-Valera.

** Se trata del *Guanzi jiping*, ed. de Huang Jie y Lin Boxhou, en Xiao Tianshi (ed. gen.), *Zhongguo zixue mingzhu jicheng*, 69. *Zhongguo zixue mingzhu jicheng bianyin jijinhui*, Taibei, 1978, p. 193.

*** La referencia es, aparentemente, al rey Mir Jumla de Siam y proviene del jesuita francés Nicolas Gervais, *Histoire Naturelle et Politique du Royaume du Siam*, París, 1688, cap. VI, p. 26.

**** Recogido por el viajero inglés John Bowring en su *The Kingdom and People of Siam With a Narrative of the Mission to That Country in 1855*, vol. 1, Cambridge University Press, Cambridge, 2013, p. 455.

y bien irrigada, si no se disponía de una población de agricultores que la hicieran productiva con su trabajo. Considerar los estados tempranos como «máquinas de población» no parece algo inadecuado, siempre que admitamos que la «máquina» a menudo padecía averías y falta de mantenimiento, y no solo por errores en el arte de gobernar. El estado siempre se ha preocupado del número y de la productividad de sus súbditos «domesticados» como un pastor cuida de su rebaño o un agricultor de sus cosechas.

La necesidad de obtener población, de instalarla en las proximidades del centro de poder, de mantenerla allí y de obligarla a producir un excedente por encima de sus propias necesidades domina buena parte de las técnicas del arte de gobernar antiguo[1]. Allá donde no se contaba con una población asentada preexistente que pudiera servir como núcleo para la formación de un estado, esta debía ser congregada con tal fin. Este fue el principio que guio el colonialismo español en el Nuevo Mundo, en Filipinas y en otros lugares. Las *reducciones* o asentamientos (a menudo, forzados) de pueblos nativos alrededor de un centro del que irradiaba el poder español fueron considerados parte del proyecto civilizatorio, pero servían además para lograr el nada trivial objetivo de alimentar y servir a los conquistadores. Las misiones cristianas —de cualquiera de sus sectas— en medio de poblaciones dispersas comenzaron de esa forma: reuniendo a una población productora alrededor de un punto del que irradiaban los esfuerzos de conversión.

Los mecanismos concretos en virtud de los cuales se concentra una población y se la obliga después a producir el excedente son, en este contexto, menos importantes que el hecho de que, efectivamente, procuraban este excedente para las elites improductivas. Dicho excedente no existe hasta que los estados embrionarios lo crean. O, por mejor decir, hasta que los estados no extraen y se apropian de este excedente, toda productividad adicional latente que pudiera existir es «consumida» en forma de ocio y elaboración cultural. Con anterioridad a la creación de estructuras políticas de mayor centralización como el estado, prevaleció lo que Marshal Sahlins ha denominado el modo de producción doméstico[2]. El acceso a los recursos —tierra, pastos y caza— quedaba abierto a todos en razón de su pertenencia a un grupo, ya se trate de una tribu, una banda, un linaje o de una familia, con control

1. Steinkeller y Hudson, «Introduction to Labor in Early States: An Early Mesopotamian Perspective»: *Labor in the Ancient World*, pp. 1-35.

2. Sahlins, *Stone Age Economics* [hay trad. cast. de Emma Fondevila y Emilio Muñiz, *Economía de la Edad de Piedra*, Akal, Madrid, 1987].

sobre dichos recursos. Salvo en el caso de los expulsados de la comunidad, a ningún individuo se le podía negar un acceso directo e independiente a cualesquiera medios de subsistencia de los que dispusiera el grupo. Y, en ausencia tanto de coerción como de la posibilidad de acumulación capitalista, no existían incentivos para producir por encima de los niveles habituales de subsistencia y confort. Es decir, no existían razones para incurrir en el duro trabajo de la producción agrícola más allá de la subsistencia. La lógica de esta variante de la economía campesina ha sido expuesta convincentemente en sus detalles empíricos por A. V. Chayanov que, entre otras cosas, ha demostrado que, cuando una familia disponía de más miembros productivos que dependientes sin trabajo, reducía su esfuerzo laboral global una vez que quedaba asegurada la subsistencia[3].

Lo relevante aquí es que el campesinado —dando por hecho que dispone de lo necesario para satisfacer sus necesidades básicas— no produce de forma automática un excedente susceptible de apropiación por parte de las elites, sino que debe ser obligado a producirlo. En las condiciones demográficas de las formaciones estatales tempranas, donde los medios de producción tradicional eran todavía abundantes y no habían sido monopolizados, solo a través de la imposición de alguna forma de trabajo no libre (corvea, entrega forzosa de grano o de otros productos, servidumbre por deudas, servidumbre propiamente dicha, servidumbre comunitaria o tributación, y diferentes formas de esclavitud) hacía su aparición el excedente. Como veremos, cada uno de estos primeros estados exhibe su particular fórmula de trabajo forzado, pero siempre fue preciso mantener un delicado equilibrio entre la maximización del excedente estatal, por un lado, y el riesgo de provocar una huida en masa de sus súbditos, por otro, sobre todo en aquellos lugares donde existían fronteras abiertas. Solo mucho más tarde, cuando, por así decir, el mundo quedó totalmente copado y los medios de producción bajo el control o la propiedad de las elites estatales, bastó, para lograr el excedente, con el control de esos medios de producción (la tierra) sin necesidad de recurrir a formas de servidumbre. Tal como Ester Boserup señaló en su clásico estudio, mientras existan otras opciones de subsistencia, «es imposible evitar que los miembros de las clases bajas encuentren otros medios

3. Chayanov, *The Theory of Peasant Economy*, pp. 1-28. La misma lógica se muestra en la tantas veces observada «curva de la oferta de trabajo que se vuelve hacia atrás», en la que los pueblos precapitalistas emprenden el trabajo con un cierto objetivo en mente (en ocasiones, denominado «ingreso meta»), como pueden ser los gastos de boda o la adquisición de una mula y, en contra de la lógica microeconómica al uso, trabajan menos cuando el salario es mayor, ya que llegarían mucho antes a su meta.

de subsistencia salvo que se les arrebate su libertad personal. Una vez que la población se hace tan densa que resulta posible controlar la tierra, se vuelve innecesario mantener a las clases bajas en condiciones de servidumbre; basta con privar a la clase trabajadora del derecho a ser campesinos independientes»... o recolectores, cazadores-recolectores, agricultores de roza y quema o pastores[4].

En el caso de los estados primigenios, mantener a las clases inferiores sometidas de manera segura suponía retenerlas dentro del núcleo cerealista y evitar que escaparan para evadir el trabajo duro o la propia esclavitud[5]. Fueran cuales fuesen las medidas para desalentar y castigar las fugas —y los primeros códigos legales están llenos de ellas—, los estados antiguos carecían de los medios necesarios para evitar un cierto grado de fuga de población en condiciones normales. Cuando, en cambio, una mala cosecha, unos impuestos inusualmente altos o la guerra provocaban una mala situación, esta permeabilidad se convertía fácilmente en una verdadera hemorragia. Incapaces de cortarla, la mayor parte de los estados arcaicos trataron de reemplazar sus pérdidas por diferentes medios, incluyendo las guerras de captura de esclavos, su adquisición a los tratantes o el asentamiento forzado de comunidades enteras cerca del núcleo cerealista.

La población total de un estado cerealista, asumiendo que controlara suficiente tierra fértil, resulta un indicador, si no infalible, sí fiable de su riqueza relativa y de su capacidad militar. Más allá de una posible posición ventajosa en las rutas comerciales o en las vías fluviales, o de la existencia de dirigentes particularmente hábiles, las técnicas agrícolas y la tecnología bélica se mantuvieron relativamente estáticas y dependientes de una abundante fuerza de trabajo. Los estados con mayor población eran, generalmente, los más ricos y solían imponerse militarmente a sus rivales más pequeños. Un indicio de esta realidad fundamental es el hecho de que los cautivos fueran, con mayor frecuencia que el territorio, los trofeos de guerra, lo que llevaba aparejado que las vidas de los derrotados, en especial las de las mujeres y los niños, acabaran siendo respetadas. Muchos siglos más tarde, Tucídides vendría a reconocer esta lógica de la fuerza de trabajo al elogiar al general espartano Brásidas por

4. Boserup, *The Conditions of Agricultural Growth*, p. 73 [hay trad. cast. de Ángel Falder Rivero, *Las condiciones del desarrollo en la agricultura. La economía en el cambio agrario bajo presión demográfica*, Tecnos, Madrid, 1967].

5. En las sociedades agrícolas, la familia patriarcal representa una especie de microcosmos de esta misma situación. La conservación del trabajo —físico y reproductivo— de las mujeres, además del de los niños, dentro de la familia, resulta esencial para su éxito y, sobre todo, ¡para el de su consejero delegado, el patriarca!

haber negociado rendiciones pacíficas, incrementando con ello la base laboral y fiscal de Esparta sin pérdida de vidas espartanas[6].

De igual forma, la guerra en la llanura aluvial mesopotámica que comienza en el Período Uruk Tardío (3500-3100 a.e.c.) y que se extiende durante los dos milenios siguientes no tuvo por objeto la conquista de territorio, sino la concentración de las poblaciones en torno al núcleo cerealista del estado. Gracias al meticuloso y original trabajo de Seth Richardson, sabemos que la inmensa mayoría de las guerras en la llanura aluvial no se produjo entre las comunidades urbanas más conocidas y de mayor tamaño, sino que se trató de pequeñas escaramuzas de cada una de estas comunidades con el propósito de conquistar a otras comunidades independientes menores dentro de su propio *Hinterland* para aumentar su población trabajadora y con ello su poder. Las comunidades políticas trataban de reunir pueblos «dispersos» y «belicosos» y de «pastorear por la fuerza y la persuasión a sus clientes no estatales bajo órdenes del estado»[7]. Este proceso, como señala Richardson, constituye una necesidad permanente, en la medida en que los estados están, al mismo tiempo, [adquiriendo o] perdiendo «sus propias poblaciones constitutivas a partir de o en beneficio de unidades no estatales». Aunque el estado pudiera jactarse de una meticulosa administración de sus súbditos, en realidad estaba sometido a una permanente tensión para tratar de compensar las pérdidas derivadas de las evasiones y de la mortalidad mediante una campaña esencialmente coactiva para enchiquerar nuevos súbditos procedentes de poblaciones hasta ese momento «no sometidas a normas o tributación». En los códigos legales de la Babilonia antigua se refleja esta preocupación por las fugas y las evasiones, y los esfuerzos por hacer regresar a sus protagonistas a sus lugares de trabajo y residencia establecidos.

El estado y la esclavitud

La esclavitud no es una invención estatal. Pueblos sin estado han practicado ampliamente diversas formas de esclavitud individual y comunitaria. Fernando Santos-Granero nos ofrece una abundante documenta-

6. Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, p. 221.

7. Richardson, «Early Mesopotamia», pp. 9, 20. No creo que el verbo «pastorear» sea aquí accidental, puesto que se compara a los súbditos evadidos con un «rebaño disperso de vacas» (p. 29). Hasta las guerras entre los principales estados tenían como objetivo la reducción de la mano de obra del enemigo, crucial para un arte de gobernar eficaz (pp. 21-22).

ción sobre las múltiples formas de servidumbre comunitaria practicadas en la América Latina precolombina, muchas de las cuales persistieron junto a la servidumbre colonial tras la conquista[8]. La esclavitud, aunque atemperada por la asimilación y la movilidad vertical, era algo habitual entre los pueblos nativos americanos, ávidos de fuerza de trabajo. La esclavización del hombre era, sin duda, conocida en el Oriente Medio con anterioridad a la aparición de los primeros estados. Como sucede con el sedentarismo y la domesticación de los cereales, que igualmente preceden a la formación de los estados, los estados tempranos elaboraron y redimensionaron la institución de la esclavitud, convirtiéndola en un medio esencial para maximizar su población productiva y el excedente susceptible de apropiación.

Resulta casi imposible exagerar la centralidad de la esclavitud, en una u otra forma, en el desarrollo de los estados hasta tiempos bien recientes. Como ha señalado Adam Hochschild, en una fecha tan tardía como 1800, podríamos decir que unas tres cuartas partes de la población mundial vivían en servidumbre[9]. En el sudeste asiático todos los estados tempranos fueron estados esclavistas y esclavizados. La carga más valiosa de los mercaderes malayos en el sudeste asiático insular fue, hasta finales del siglo XIX, la de los esclavos. Los ancianos de los así llamados pueblos aborígenes (*orang asli*) de la península de Malasia y de los pueblos montañeses del norte de Tailandia todavía recuerdan las historias de sus padres y abuelos sobre las temibles razias esclavistas[10].

Con la debida consideración a las diversas formas que la servidumbre puede adoptar a lo largo del tiempo, uno se ve tentado a afirmar que «sin esclavitud, no hay estado». Moses Finley se preguntaba célebremente: «¿Se basó la civilización griega en el trabajo de los esclavos?», contestando afirmativamente de forma clamorosa y bien documentada[11]. Los esclavos suponían una clara mayoría —quizá de hasta dos tercios— de la sociedad ateniense, considerándose una institución que se daba por hecho y cuya abolición nunca se planteó. Como sostenía Aristóteles, algunas personas, por carecer de facultades racionales, son, por naturaleza, esclavos y deben ser empleados, al igual que los animales

8. Santos-Granero, *Vital Enemies*.

9. Hochschild, *Bury the Chains*, p. 2 [hay trad. cast. de José Luis Gil Aristu, *Enterrad las cadenas*, Península, Barcelona, 2006].

10. Para la relación entre la construcción estatal con la esclavitud y las razias esclavistas, véase mi *The Art of Not Being Governed*, pp. 85-94.

11. Finley, «Was Greek Civilization Based on Slave Labour?» [hay trad. cast. de Alberto Prieto Arciniega, «¿Se basó la civilización griega en el trabajo de los esclavos?», en Claude Mossé *et al.*, *Clases y lucha de clases en la Grecia Antigua*, Akal, Madrid, 1985, pp. 103-127].

de tiro, como herramientas. En Esparta, los esclavos suponían una proporción incluso mayor de la población. La diferencia, sobre la que luego volveremos, es que, mientras que en Atenas la mayor parte de los esclavos eran cautivos de pueblos no grecoparlantes, los esclavos espartanos eran, en su mayoría, «ilotas», campesinos indígenas conquistados sobre el terreno por Esparta y obligados a trabajar y producir comunitariamente para los espartanos «libres». En este modelo resulta mucho más explícita la apropiación de un complejo cerealista sedentario preexistente por parte de los constructores de estados militarizados.

La Roma imperial, una organización política de una escala con la que solo podía rivalizar su contemporánea del Extremo Oriente, la China de la dinastía Han, convirtió una buena parte de la cuenca mediterránea en un gigantesco emporio esclavista. Toda campaña militar romana se veía acompañada de comerciantes de esclavos y vulgares soldados que esperaban hacerse ricos con la venta o el rescate de los cautivos que habían capturado personalmente. Según una estimación, la guerra de las Galias aportó casi un millón de esclavos, y en la Roma y la Italia de Augusto los esclavos representaban entre un cuarto y un tercio de la población. El carácter ubicuo de los esclavos como mercancía se muestra en el hecho de que en el mundo clásico el esclavo «estandarizado» se convirtiera en una unidad de medida: en cierto momento, en Atenas (aunque el mercado era fluctuante) un par de mulas de trabajo costaban tres esclavos.

Esclavitud y servidumbre en Mesopotamia

En las primeras comunidades urbanas de Mesopotamia, aunque menos documentada, la existencia de la esclavitud y de otras formas de servidumbre está fuera de toda duda. Finley afirma: «El mundo anterior a los griegos —el mundo de los sumerios, babilonios, egipcios y asirios...— era, en un sentido profundo, un mundo sin hombres libres, en el sentido en que Occidente ha entendido este concepto»[12]. Lo que, en cambio, está sometido a un intenso debate, es el alcance de la esclavitud en sí misma, las formas que adoptó y la centralidad que tuvo en el funcionamiento de la comunidad política[13]. El consenso general sostiene que, aunque la esclavitud estuvo indudablemente presente, se trataba de un

12. *Ibid.*, p. 164.

13. La argumentación que sigue está tomada de Yoffee, *Myths of the Archaic State*; Yoffee y Cowgill, *The Collapse of the Ancient States and Civilizations*; Adams, «An interdisciplinary Overview of a Mesopotamian City»; Algaze, «Initial Social Complexity in Southwestern Asia»; McCorriston, «The Fiber Revolution».

componente relativamente menor de la economía global[14]. Basándome en mi propia lectura de la que —admitámoslo— es una evidencia fragmentaria, me gustaría impugnar este consenso. La esclavitud, aunque nunca tan ostensiblemente central como en la Atenas clásica, en Esparta o en Roma, resultó crucial por tres razones: suministró el trabajo empleado en las mercancías comerciales de exportación de mayor importancia, los tejidos; puso a disposición un proletariado prescindible para los trabajos más penosos (como la excavación de canales o la construcción de murallas); y se convirtió en un signo de identidad y en una recompensa para las elites. Como trataré de demostrar, existen razones convincentes para sostener la importancia de la esclavitud en las comunidades políticas mesopotámicas. Si tenemos en cuenta también otras formas de trabajo no libre como la servidumbre por deudas, el reasentamiento forzoso o la corvea, resulta difícil negar la importancia del trabajo no libre para el mantenimiento y la expansión del módulo cereal-trabajo en el núcleo mismo del estado.

Parte de la controversia acerca de la centralidad de la esclavitud en la antigua Sumeria resulta ser una pura cuestión terminológica. La diversidad de opiniones surge por la multiplicidad de términos que pueden querer decir «esclavo», pero que también pueden significar «sirviente», «subordinado», «subalterno» o «trabajador no remunerado». Con todo, existen instancias aisladas, pero bien atestiguadas, de compraventa de personas (esclavitud en sentido estricto). Lo que no sabemos es cuán frecuentes eran.

La categoría menos ambigua de esclavos era la de los cautivos de guerra. Dada la constante necesidad de mano de obra, la mayor parte de las guerras lo fueron de captura, por lo que su éxito se medía por el número y la calidad de los cautivos, hombres, mujeres y niños. De las muchas fuentes de trabajo dependiente identificadas por I. J. Gelb —esclavos nacidos en el hogar, esclavos por deudas, esclavos adquiridos en el mercado a sus captores, pueblos conquistados, trasladados y reasentados coactivamente como grupo, y prisioneros de guerra— las dos últimas parecen ser las más significativas[15]. Ambas categorías hacen referencia al botín de guerra. En una lista de 167 prisioneros de guerra, apenas aparecen nombres sumerios o acadios (es decir, locales): la inmensa mayoría había sido capturada en las montañas y al este del río Tigris. Uno de los ideogramas para «esclava» en el tercer milenio re-

14. Para una visión más acorde con mi propia interpretación, véase Diakonoff, *Structure of Society and State in Early Dynastic Sumer*.

15. Gelb, «Prisoners of War in Early Mesopotamia».

sultaba de la combinación del signo para «montaña» con el signo para «mujer», con el sentido de mujer capturada durante una expedición militar a las montañas o, quizá, intercambiada a comerciantes de esclavos por mercancías comerciales. Otro ideograma relacionado, el de «hombre» o «mujer» más «tierra extranjera», parece también hacer referencia a los esclavos. Si el propósito de la guerra era, principalmente, la adquisición de esclavos, parece entonces razonable entender una buena parte de las expediciones militares más como razias esclavistas que como guerras convencionales.

La única institución esclavista importante que aparece documentada en Uruk parece ser la de los talleres de producción textil supervisados por el estado, en los que se ocupaban hasta nueve mil mujeres. En la mayor parte de las fuentes se las describe como esclavas, aunque puede que incluyeran también deudoras, indigentes, huérfanas y viudas, quizá como sucedía también en los talleres de la Inglaterra victoriana. Varios historiadores de este período afirman que tanto las mujeres como las jóvenes capturadas como prisioneras de guerra, complementadas por las mujeres y los hijos de los deudores, formaban el núcleo de la fuerza de trabajo de los talleres textiles. Los analistas de esta «industria» textil han puesto de relieve hasta qué punto resultaba crítica para la posición de las elites, cuyo poder dependía de un flujo constante de metales (cobre, particularmente) y otras materias primas desde fuera de la llanura aluvial, pobre en recursos naturales. Esta empresa estatal proporcionaba las mercancías comerciales esenciales para cubrir estas necesidades mediante el intercambio. Los talleres resultaban una suerte de «gulag» de trabajo cautivo que mantenía ese nuevo estrato compuesto por las elites religiosa, civil y militar. Y tampoco era insignificante demográficamente. Según diversas estimaciones, Uruk habría tenido una población de entre cuarenta mil y cuarenta y cinco mil habitantes en el año 3000 a. e. c. Solo las nueve mil trabajadoras textiles habrían supuesto al menos un 20 % de los habitantes de Uruk, sin contar el resto de los prisioneros de guerra ni los esclavos en otros sectores de la economía. Ofrecer las raciones de grano a estos trabajadores y a otros empleados dependientes del estado exigió una formidable maquinaria de avalúo, recolección y almacenamiento[16].

También otros documentos de Uruk se refieren con frecuencia a trabajadores no libres, en particular a esclavas de origen extranjero. Se-

16. Tate Paulette ha estudiado detalladamente este proceso de avalúo, recolección y almacenaje, en especial para el asentamiento del tercer milenio en la llanura aluvial de Fara, en «Grain, Storage, and State-Making in Mesopotamia».

gún Guillermo Algaze se trataba de una fuente primaria de trabajadores a disposición de la administración estatal de Uruk[17]. Los resúmenes de los escribas de los grupos de trabajo (tanto extranjeros como locales) se sirven de las mismas categorías de edad y sexo que se empleaban para describir a «los rebaños de animales domésticos bajo control estatal». «Parecería, entonces, que en la mente de los escribas de Uruk y a los ojos de las instituciones que los empleaban, tales trabajadores podían categorizarse como humanos 'domesticados', con un estatus por completo equivalente al de los animales domésticos»[18].

¿Qué podemos añadir acerca de la organización, el trabajo y el trato otorgado a los prisioneros y a los esclavos? De un examen cuidadoso de 469 esclavos y prisioneros de guerra llevados a Uruk y emplazados en una «casa de prisioneros» durante el Reino de Rīm-Anum (*ca.* 1805 a. e. c.)[19] resulta, pese a lo fragmentario de las fuentes, un cuadro excepcional y bastante detallado. «Lo más probable es que existieran casas de prisioneros en otros puntos de Mesopotamia y en otras áreas del antiguo Oriente Medio»[20]. Estas «casas» funcionarían como una especie de oficina de suministro de trabajadores. Los cautivos poseían una amplia gama de capacidades y experiencias, y podían ser transferidos a los particulares, templos y oficiales del ejército como remeros, jardineros, jornaleros para la cosecha, pastores, cocineros, artistas, cuidadores de animales, tejedores, alfareros, artesanos, cerveceros, reparadores de carreteras, moledores de grano, etc. La casa, aparentemente no en sí misma un lugar de trabajo, recibía harina a cambio del trabajo suministrado. Se tenía el cuidado de conformar pequeñas cuadrillas de trabajadores y de reubicarlas frecuentemente para minimizar el riesgo de revueltas o evasiones.

Existen pruebas, por otra parte, que indican que el trato a los esclavos y prisioneros de guerra bueno no era. Muchos aparecen con argollas al cuello o sometidos a maltrato físico. «En los sellos cilíndricos podemos encontrar numerosas variantes de una escena en la que el gobernante supervisa a sus hombres mientras apalean con bastones a pri-

17. Algaze, «The End of Prehistory and the Uruk Period», p. 81. Algaze se basa aquí en R. K. Englund, «Texts from the Late Uruk Period», en Josef Bauer, Robert K. Englund y Manfred Krebernik (eds.), *Mesopotamien: Späturuk-Zeit und frühdynastische Zeit*, Friburgo, Universitätsverlag, 1998, p. 236.

18. Algaze, «The End of Prehistory and the Uruk Period», p. 81.

19. La trascripción convencional del término cuneiforme es «E_2 asīrī».

20. Seri, *The House of Prisoners*, p. 259. La fecha es dos siglos posterior a Ur III y las circunstancias son algo excepcionales, pero estoy dando por hecho que buena parte de las prácticas que aquí se describen tienen un aire de familia con otras anteriores; el resto del párrafo sigue su argumentación.

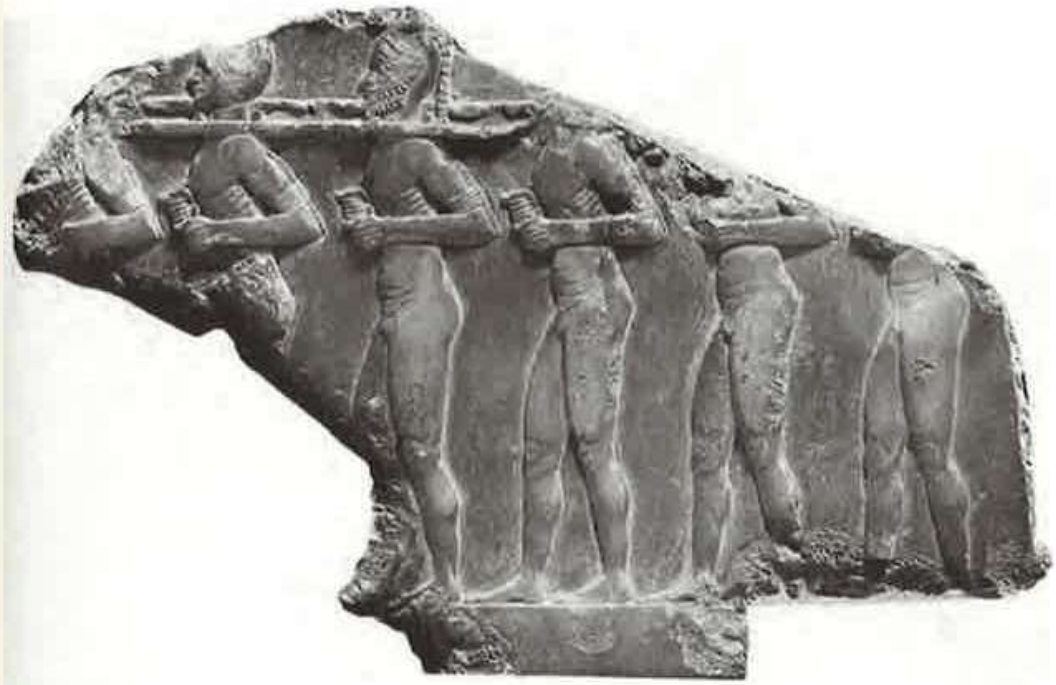

Fig. 12. Prisioneros con argollas al cuello.
Fotografía por cortesía del doctor Ahmed Kamel, Museo de Irak, Bagdad.

sioneros con grilletes»[21]. También encontramos numerosos relatos de cautivos a los que se ciega deliberadamente, aunque resulta imposible saber si se trata de una práctica común. Quizá la prueba más evidente del brutal tratamiento a que eran sometidos es la extendida conclusión entre los estudiosos de que la población servil no lograba reproducirse. En las listas de prisioneros sorprende el gran número que aparece como fallecidos, no está claro si durante su retorno forzado o por el exceso de trabajo y la mala alimentación[22]. La razón por la que se destruía de forma tan frívola la fuerza de trabajo tiene que ver, en mi opinión, más que con un menosprecio cultural a los cautivos con el hecho de que era relativamente fácil adquirir una gran cantidad de nuevos prisioneros.

Las pruebas circunstanciales más concluyentes sobre esclavos y cautivos provienen, como es lógico, de los períodos posteriores a Ur III, en los que la documentación en cuneiforme es más abundante. Es muy dudoso que podamos aplicar retrospectivamente estas evidencias a Ur III o que podamos servirnos de ellas para entender el Período Uruk (*ca.* 3000 a. e. c.). En estos períodos posteriores gran parte del apartado de «gestión» de esclavos resulta evidente. Aparecen cazadores de recompensas cuya es-

21. Nissen y Heine, *From Mesopotamia to Iraq*, p. 31.
22. Gelb, «Prisoners of War in Early Mesopotamia», 90; y más tardío, pero acaso relevante, Tenney, *Life at the Bottom of Babylonian Society*, pp. 114, 133.

Fig. 13. Sala de molienda en un palacio de comienzos del segundo milenio en Ebla. Reproducido de Postgate, *Early Mesopotamia: Society and Economy at the Dawn of History.*

pecialidad es localizar y obligar a regresar a los esclavos huidos. Estos fugados se subdividían en «recientes», «antiguos», «fallecidos» y «recobrados», aunque da la impresión de que solo unos pocos eran finalmente recuperados[23]. A lo largo de las fuentes aparecen relatos de poblaciones que escapan de una ciudad por razones tan diferentes como el hambre, la opresión, las epidemias o la guerra. Sin duda, había entre ellas muchos cautivos de guerra, aunque se desconoce si regresarían a sus lugares de

23. Tenney, *Life at the Bottom of Babylonian Society*, pp. 105, 107-118.

origen o a otras ciudades (que, sin duda, las habrían acogido gustosamente), o al pastoreo. En todo caso, estas fugas constituían un motivo de preocupación en la política de la llanura aluvial. El conocido Código de Hammurabi, de época posterior, aparece repleto de castigos para los que auxilien o consientan la fuga de esclavos.

Una curiosa confirmación de las condiciones de los esclavos y de los deudores esclavizados en Ur III se obtiene de la lectura de un himno utópico «hecha a contracorriente». Antes de comenzar la construcción de un gran templo (Eninnu), se practicaba una suspensión ritual de las relaciones sociales «normales» en favor de un momento de igualitarismo radical. Un texto poético nos describe lo que *no* sucede durante este ritual de excepción:

> La esclava era igual a su señora
> El esclavo caminaba al lado de su señor
> El huérfano no fue entregado al rico
> La viuda no fue entregada al poderoso
> El acreedor no entró en la casa de otro
> [El gobernante] deshizo la lengua del látigo y de la aguijada
> El señor no golpeó a su esclavo en la cabeza
> La señora no abofeteó el rostro de la esclava
> Canceló las deudas[24].

Esta descripción de un espacio utópico, al negar las desgracias ordinarias de los pobres, de los débiles y de los esclavos, nos ofrece un oportuno retrato de sus condiciones habituales.

Egipto y China

Existe un acalorado debate, al menos para el Imperio Antiguo (2686-2181 a.e.c.) sobre si existió o no la esclavitud en el antiguo Egipto. Aunque no estoy en condiciones de resolver esta cuestión, la solución, en todo caso, dependerá de lo que entendamos por «esclavitud» y del período del antiguo Egipto al que nos estemos refiriendo[25]. Tal como lo

24. Piotr Steinkeller, «The Employment of Labor on National Building Projects in the Ur III Period», en Steinkeller y Hudson, *Labor in the Ancient World*, pp. 137-236. Steinkeller y otros adoptan, debemos señalar, una visión edulcorada de los grandes proyectos de construcción, tratándolos como interludios festivos durante los cuales la mano de obra era bien alimentada y disfrutaba de diversiones y bebida, como si se tratara de los rituales de cosecha cooperativos que aparecen en la literatura antropológica.

25. Véase, por ejemplo, Menu, «Captifs de guerre et dépendance rurale dans l'Égypte du Nouvel Empire»; Lehner, «Labor and the Pyramids», y Goelet, «Problems of Authority, Compulsion, and Compensation».

ha denominado un autor reciente, tomando en cuenta lo gravosas que resultaban para los súbditos la corvea y las cuotas de trabajo, puede que nos encontremos ante una distinción sin diferencias. Una exhortación a convertirse en escriba nos resume las cargas de los súbditos: «Hazte escriba. Te libra de la fatiga y te exime de cualquier forma de trabajo. Te evita llevar pico y azada, y así no tendrás que cargar con la cesta. Te aparta de levantar el remo y te ahorra el tormento, pues no estarás bajo muchos señores y numerosos gobernantes»[26].

Durante la Cuarta Dinastía (2613-2494 a.e.c.) se produjeron guerras de captura que seguían el modelo mesopotámico, en las que se marcaba al rojo vivo a los prisioneros de guerra «extranjeros» y se les obligaba a reubicarse en las «plantaciones» reales o en otros templos e instituciones estatales en los que existía una gran demanda de trabajo. Hasta donde se me alcanza, aunque la frecuencia de la esclavitud antigua no es algo seguro, lo que parece claro es que durante el Imperio Medio (2155-1650 a.e.c.) existió algo muy parecido a la esclavitud propiamente dicha a gran escala. Se traían esclavos de las campañas militares que no solo eran considerados propiedades, sino que eran vendidos por los mercaderes de esclavos. «La demanda de argollas para el cuello era tan grande que los templos realizaban regularmente pedidos para su fabricación»[27]. Parece que los esclavos se incorporaban a las herencias, puesto que los inventarios de las heredades incluían ganado y personas. La servidumbre por deudas era igualmente frecuente. Más tarde, en el Imperio Nuevo (entre los siglos XVI a XI a.e.c.), las campañas militares a gran escala en el Levante y contra los así llamados «pueblos del mar» generaron miles de cautivos, muchos de los cuales fueron llevados a Egipto y reubicados en masa como campesinos o trabajadores en las, con frecuencia letales, minas y canteras. Algunos de estos cautivos se encontrarían, probablemente, entre los constructores de tumbas reales que protagonizaron, contra los funcionarios de palacio que no les habían entregado sus correspondientes raciones, una de las primeras huelgas de las que tenemos noticia. «Estamos en una pobreza total... nos faltan todos los alimentos... En verdad, nos estamos muriendo, ya no estamos vivos», escribió un escriba en su nombre[28]. A otros grupos conquistados se les obligaba a pagar tributo anual en metal, vidrio y, según parece, también en esclavos. Lo que está en duda en relación con el

26. Citado en Goelet, «Problems of Authority, Compulsion, and Compensation», p. 570.
27. Nemet-Rejat, *Daily Life in Ancient Mesopotamia*, p. 188.
28. Sucedió durante el reino de Ramsés III. Citado en Maria Golia, «After Tahrir»: *Times Literary Supplement*, 12 de febrero, 2016, p. 14.

Imperio Antiguo y el Imperio Medio no parece ser la existencia de algo similar a la esclavitud, sino su importancia global para el funcionamiento del arte de gobernar en Egipto.

Lo que sabemos de la breve dinastía Qin y del comienzo de la dinastía Han que la sucedió confirma esta impresión de que los primeros estados fueron máquinas de población que trataban de maximizar su fuerza de trabajo básica por todos los medios disponibles[29]. La esclavitud no era más que uno de ellos. La dinastía Qin estuvo por completo a la altura de su reputación como un intento temprano de gobierno sistemático y total. Poseía mercados de esclavos de la misma forma en que poseía mercados de caballos o de ganado. En los territorios fuera del control dinástico, los bandidos se apoderaban de todo aquel que encontraban y lo vendían en los mercados de esclavos o exigían un rescate. La capital de ambas dinastías estaba repleta de cautivos de guerra capturados por el estado, por los generales o por soldados particulares. Como era habitual en las guerras antiguas, las campañas bélicas se mezclaban con las andanzas «al corso», cuyo lote más valioso era el número de cautivos que podía venderse. Parece que una gran parte de la agricultura bajo la dinastía Qin dependía de cautivos, esclavos por deudas y «criminales» condenados a trabajos forzados[30].

Con todo, la principal técnica para concentrar el mayor número posible de súbditos fue el reasentamiento forzoso de poblaciones enteras de los territorios conquistados y, especialmente, de sus mujeres y niños. El centro ritual de los capturados era destruido y se construía una réplica en Xinyang, la capital Qin, que servía de nuevo centro simbólico. Como era característico del arte de gobernar en Asia y en otras latitudes, la pujanza y el carisma de un líder se medían por su capacidad de congregar multitudes en torno a su corte.

29. La descripción que sigue debe mucho a Lewis, *The Early Chinese Empires*; Keightley, *The Origins of Chinese Civilization*, y Yates, «Slavery in Early China».

30. Véase, por ejemplo, Yates, «Slavery in Early China».

La esclavitud como estrategia de «recursos humanos»

> «Finalmente, la guerra nos ha llevado a un gran descubrimiento: que los hombres, como los animales, pueden ser domesticados. En lugar de asesinar a un enemigo derrotado, se le puede esclavizar; a cambio de su vida, se le puede obligar a trabajar. Este descubrimiento es comparable al de la domesticación de los animales [...]. En los tiempos históricos primitivos, la esclavitud fue la base de la antigua industria y un poderoso instrumento de acumulación de capital».
>
> V. Gordon Childe, *Man Makes Himself*

Si adoptamos por un momento la visión puramente estratégica de un capataz encargado de las necesidades de mano de obra, comprenderemos más claramente por qué la esclavitud, en la forma que solía adoptar de cautivos de guerra, poseía diversas ventajas sobre otras formas de apropiación del excedente. La más evidente es que los conquistadores solían hacerse con cautivos mayoritariamente en edad de trabajar, criados a expensas de otra sociedad, pudiendo explotar sus años más productivos. En muchos casos, los conquistadores se desviaban de su ruta para hacerse con cautivos que poseían conocimientos especialmente útiles, como constructores, tejedores, metalúrgicos, armeros, orífices y plateros, por no mencionar a los artistas, bailarines y músicos. La captura de esclavos suponía, en este sentido, una suerte de expedición de saqueo sobre la mano de obra y las capacidades que el estado captor se evitaba tener que desarrollar por su cuenta[31].

Dado que, por lo común, los prisioneros eran capturados en diversos lugares, con diferentes antecedentes y quedaban separados de sus familias, se trataba de sujetos socialmente desmovilizados o atomizados y, consiguientemente, de fácil control y absorción. Como los cautivos de guerra provenían de sociedades que eran percibidas, desde numerosos puntos de vista, como ajenas a la de sus captores, no se les consideraba con derecho a la misma consideración social. Puesto que, al contrario que las poblaciones locales, poseían pocos o ningún lazo social, apenas eran capaces de organizar forma alguna de resistencia colectiva. La idea de contar con siervos socialmente aislados (jenízaros, eunucos, judíos de corte) ha sido desde antiguo empleada por los gobernantes como técni-

31. Quizá el lector haya caído en la cuenta de que las migraciones masivas al norte de Europa y a Norteamérica, aunque en buena medida voluntarias, han tenido el mismo resultado en términos de poner a disposición de los países en los que se han asentado las vidas productivas de personas criadas y formadas en otras latitudes.

ca para rodearse de un equipo capacitado, pero políticamente neutral. Sin embargo, llegado a un punto, si la población esclava es lo suficientemente grande, está concentrada y posee lazos étnicos, desparecerá la tan deseada atomización. Resultan sintomáticas, en este sentido, las numerosas revueltas de esclavos en Grecia y Roma, si bien parece que Mesopotamia y Egipto (al menos hasta el Imperio Nuevo) no habrían poseído esclavos en una escala comparable.

Las mujeres y los niños eran particularmente apreciados como esclavos. Las mujeres eran frecuentemente colocadas en los hogares locales como esposas, concubinas o criadas, y los niños solían ser rápidamente asimilados, aunque con un estatus inferior. En una o dos generaciones, tanto ellos como sus progenitores, quedarían con toda probabilidad incorporados a la sociedad local, acaso con un nuevo estrato de esclavos recientemente capturados, colocado por debajo de ellos en la escala social. Si podemos tomar como históricamente indicativas esas sociedades ávidas de mano de obra como, por ejemplo, las de los nativos americanos o a la sociedad malaya, entonces parecería que lo habitual es encontrar una esclavitud ampliamente difundida, junto con una asimilación cultural y una movilidad social a gran velocidad. No era raro, por ejemplo, que un cautivo en Malasia tomara una esposa local y, con el tiempo, llegara a organizar sus propias expediciones para capturar esclavos. Mientras se persistiera en la adquisición de esclavos, tales sociedades seguirían siendo consideradas sociedades esclavistas, pero, vistas desde la perspectiva de varias generaciones, los antiguos cautivos resultarían indistinguibles de sus captores.

Las cautivas eran al menos tan importantes por sus servicios reproductivos como por su trabajo. Considerando los problemas de mortalidad infantil y maternal de los estados primitivos, y la necesidad de trabajo agrícola tanto por parte de las familias patriarcales como del estado, las cautivas actuaban como un dividendo demográfico. Su reproducción puede haber desempeñado un papel de primer orden a la hora de aliviar los, por otra parte, insalubres efectos de la concentración y la *domus*. No puedo resistirme aquí a establecer el paralelismo con la domesticación del ganado, que exige hacerse con el control de su reproducción. El rebaño de ovejas domesticadas cuenta con muchas ovejas y pocos carneros, ya que de esta forma se maximiza su potencial reproductivo. Del mismo modo, las cautivas en edad reproductiva eran valoradas en gran medida como criadoras por su contribución a la maquinaria de mano de obra del estado.

La permanente absorción de esclavos en la parte baja de la escala social puede igualmente considerarse como un factor fundamental del

proceso de estratificación social, precisamente una de las características distintivas de los estados primitivos. En la medida en que los antiguos cautivos y su descendencia se iban incorporando a la sociedad, los estratos bajos se rellenaban con nuevos cautivos, volviendo a solidificar, pese a su permeabilidad a lo largo del tiempo, la línea entre los súbditos «libres» y los sometidos. Cabe suponer, igualmente, que la mayor parte de los esclavos no dedicados a los trabajos más duros quedarían monopolizados por las elites políticas de los estados tempranos. Si los hogares de las elites romanas y griegas resultan significativos, una buena parte de sus pretensiones de exclusividad se derivaría de la impresionante plantilla de criados, cocineros, artesanos, bailarines, músicos y cortesanos de la que hacían gala. Resultaría difícil imaginar la primigenia y compleja estratificación social de los estados más antiguos sin los cautivos de guerra en su parte más baja y la utilización con fines suntuarios de dichos esclavos por parte de la elite en la cúspide.

Por supuesto, también había numerosos esclavos varones fuera de los hogares. En el mundo grecorromano, aunque muchos de los combatientes enemigos, especialmente si habían opuesto una tenaz resistencia, eran ejecutados, un número mucho mayor era ofrecido a cambio de rescate o trasladado como botín de guerra. Es poco probable que un estado que depende de una población con un reducido número de productores desaproveche el principal botín de la guerra temprana. Aunque apenas sabemos nada del destino de los cautivos de guerra varones en Mesopotamia, en los territorios grecorromanos se empleaban como una suerte de proletariado prescindible en las labores más brutales y peligrosas: extracción de plata y cobre en minas, de piedra en canteras, talado de árboles o como galeotes. Su número era formidable, pero al trabajar en los emplazamientos de cada uno de estos recursos, resultaban mucho menos visibles y mucho menos peligrosos para el orden público que si hubiesen estado cerca de los centros cortesanos[32]. No parece exagerado imaginar estos trabajos como un primitivo gulag, de *gang labor* y alta mortalidad. Debemos destacar dos aspectos de este trabajo servil. En primer lugar, las minas, las canteras y los bosques eran absolutamente esenciales para las necesidades militares y monumentales de las elites estatales. Dichas necesidades eran menores en las ciudades-estado mesopotámicas, pero no menos vitales. En segundo lugar, el privilegio de disponer de un proletariado prescindible y reemplazable estriba en que permite a tus propios súbditos esquivar los trabajos más degradan-

32. Taylor, «Believing the Ancients». Para una opinión contraria, véase Scheidel, «Quantifying the Sources of Slaves».

tes, evitando así las presiones insurreccionales que dichas tareas podrían provocar y satisfaciendo al mismo tiempo unas nada despreciables pretensiones militares y monumentales. Además de la actividad en canteras, minas y bosques, que solo hombres desesperados o muy bien pagados se avendrían voluntariamente a realizar, debemos hacer mención del acarreo, el pastoreo, la fabricación de ladrillos, la excavación de canales y el dragado, la siembra de plantones, la elaboración de carbón vegetal, y el remo en lanchas y embarcaciones. Cabe la posibilidad de que los primeros estados mesopotámicos adquirieran muchas de estas mercancías mediante el comercio, externalizando así a terceros el trabajo duro y el control laboral. Sin embargo, una gran parte de la materialidad de la construcción estatal depende de este tipo de trabajo, y sin duda importa si los que lo hacen son esclavos o súbditos. Como se preguntaba Bertolt Brecht en su poema «Preguntas de un obrero que lee»*:

> ¿Quién construyó Tebas, la de las Siete Puertas?
> En los libros figuran solo nombres de reyes.
> ¿Acaso arrastraron ellos los bloques de piedra?
> Y Babilonia, mil veces destruida,
> ¿quién la volvió a levantar otras tantas?

Capitalismo de saqueo y construcción del estado

Una señal inequívoca de la obsesión de estos estados tempranos por la fuerza de trabajo, ya fuera en el Creciente Fértil, en Grecia o en el sudeste asiático es lo infrecuente que resulta que, en sus crónicas, se haga alarde de haber adquirido territorios. En vano buscaríamos nada parecido a lo que en la Alemania del siglo XX se llamó *Lebensraum*. En su lugar, en la narración triunfalista de los éxitos de campaña, después de elogiar el valor de sus generales y soldados, la pretensión suele ser la de impresionar al lector con la cantidad y el valor del botín. La victoria de Egipto sobre los monarcas de Levante en Qadesh (1274 a. e. c.) aparece no solo como un peán a la valentía de su faraón, sino como un registro del botín, en particular de grano y prisioneros: tantos caballos, tantas ovejas, tantas vacas, tantas personas[33]. Sucede aquí como en tantos otros lugares, que los prisioneros se clasifican frecuentemente por

* Se cita por la traducción de Joaquín Rábago en Bertolt Brecht, *Historias de almanaque*, Alianza, Madrid, 2018, p. 88.

33. Más que en una victoria, la batalla parece haber acabado en empate, aunque entre nosotros resuene aún el término «Armagedón».

sus habilidades y oficios, lo que nos lleva a imaginar la redacción de una suerte de inventario del talento adquirido por los conquistadores. Estos salían en busca de fuerza de trabajo genérica y, simultáneamente, de los artesanos y artistas que darían lustre a sus cortes. Por lo general, las ciudades y aldeas de los pueblos derrotados eran destruidas para que no existiera lugar alguno al que volver. En teoría, este botín pertenecía al gobernante, pero, en la práctica, se procedía a su división, adquiriendo generales y soldados individuales su parte proporcional de ganado y prisioneros para su propiedad, venta o rescate. Tucídides, en su historia de las guerras del Peloponeso, incluye varios relatos de este tipo de conquistas y añade que la mayor parte de las guerras se realizaba mientras el grano estaba en sazón para que pudiera ser confiscado como botín y para forraje[34].

El concepto weberiano de capitalismo de saqueo parece aplicable a un gran número de estas guerras, ya fuera que se dirigieran contra otros estados competidores o contra pueblos no estatales de su periferia. El «capitalismo de saqueo» no es otra cosa, cuando hablamos de una guerra, que una campaña militar cuyo propósito es el beneficio económico. En una de sus variantes, un grupo de señores de la guerra puede concebir un plan para invadir a otro pequeño reino con los ojos puestos en el botín, es decir, en el oro, la plata, el ganado y los prisioneros que podrían obtener. Estaríamos ante una «sociedad por acciones» cuyo objeto social es el botín. Dependiendo del número de soldados, caballos y armamento que cada uno de los conspiradores aportara a la compañía, los beneficios esperados se dividirían en proporción a la inversión de cada partícipe. Se trata, naturalmente, de una empresa arriesgada, ya que los conspiradores (salvo que se tratara de meros proveedores de fondos) arriesgan potencialmente sus vidas. No hay duda de que estas guerras podían tener otros objetivos estratégicos, como el control de una ruta comercial o el aniquilamiento de un rival, pero para los estados tempranos, la obtención del botín, en particular de los cautivos, no era un mero resultado colateral de la guerra, sino una de sus metas fundamentales[35]. Muchos de estos estados primitivos del Mediterráneo realizaron guerras esclavistas como parte de sus necesidades de mano de obra. En muchos casos —como en el sudeste asiático o en la Roma imperial—, la guerra era considerada una vía hacia la riqueza y el confort. Todos, desde los mandos hasta los soldados individuales, esperaban recibir como recompensa su parte del botín. Dado que, como sucedía en la Roma im-

34. Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, p. 173.
35. Cameron, «Captives and Culture Change».

perial, en las expediciones esclavistas se empleaban hombres en edad militar, ello suponía un problema para la fuerza de trabajo local dedicada a los cereales y al ganado. Con el tiempo, la enorme llegada de esclavos permitió a los terratenientes —y a los agricultores soldados— sustituir una gran parte de esta mano de obra agrícola por esclavos que no estaban sujetos a reclutamiento.

A pesar de la relativa ausencia de pruebas concluyentes acerca de la extensión de la esclavitud en Mesopotamia y en el Egipto primitivo, nos vemos tentados a especular que el sector esclavista levantado en los estados tempranos sobre el módulo cerealista aportó, incluso si su tamaño no era muy grande, un componente esencial para la creación de un estado fuerte. La llegada de cautivos alivió muchas de las necesidades de mano de obra en estados sometidos, por otro lado, a considerables desafíos demográficos. Quizá el factor más determinante es el hecho de que los esclavos, salvo para un pequeño grupo de operarios cualificados, se concentraban en los trabajos más degradantes y peligrosos, con frecuencia lejos de la *domus*, lo que resultaba esencial para el nervio material y simbólico de su poder. Si los estados hubieran tenido que extraer esta mano de obra exclusivamente de su propio núcleo de súbditos, se habrían visto sometidos a un enorme riesgo de provocar huidas, rebeliones o ambas cosas.

La particularidad de la servidumbre y de la esclavitud en Mesopotamia

A los historiadores y arqueólogos les gusta recordar que «la ausencia de prueba no es prueba de ausencia». Y no es que no haya evidencias de esclavitud y servidumbre, sino que son lo bastante exiguas como para haber llevado a un cierto número de estudiosos a la convicción de que la esclavitud y la servidumbre resultaban insignificantes. A continuación, trataré de ofrecer las razones por las que las evidencias de la esclavitud no son tan notorias y centrales en Mesopotamia como en Grecia o Roma. Y estas razones tienen que ver con la modestia en la escala y el alcance de las comunidades políticas mesopotámicas, con los orígenes de su población esclava, con la posibilidad de «subcontratar» el trabajo no libre, con la importancia de la corvea entre sus súbditos y con el papel potencial de formas de servidumbre comunitaria. Tras analizar la literatura científica dedicada al trabajo en Mesopotamia, he podido comprender que, al menos en el caso de ciertos proyectos de construcción monumental, el trabajo exigido a los súbditos (no esclavos) pudo haber sido menor de lo que con frecuencia se da por hecho, y que incluso po-

drían haberse visto acompañados de rituales festivos en el momento de la finalización del monumento[36].

Tres obvias razones por las que la Mesopotamia del tercer milenio podría parecer una sociedad menos esclavista que Atenas o Roma son la más reducida población de estas comunidades tempranas, la comparativamente escasa documentación que nos han dejado y su relativamente pequeña expansión geográfica. Atenas y Roma fueron formidables potencias navales que importaron esclavos de todo el mundo conocido, obteniendo la práctica totalidad de su población esclava de sociedades ajenas al universo lingüístico griego y romano. Este factor social y cultural explica, en buena medida, el origen de la habitual asociación entre pueblos con estado y civilización, por un lado, y pueblos sin estado y barbarie, por otro. En cambio, las ciudades-estado mesopotámicas obtenían sus cautivos en lugares mucho más próximos. Por ello mismo, es más probable que dichos cautivos fueran culturalmente más cercanos a sus captores. Si esto es así, podrían, si se lo permitían, asimilarse culturalmente de forma más rápida a las costumbres y tradiciones de sus dueños y dueñas. En el caso de las jóvenes y los niños, con frecuencia el botín más preciado, el matrimonio o el concubinato pueden perfectamente haber servido para oscurecer sus orígenes sociales en un par de generaciones.

También complica las cosas el propio origen de los prisioneros de guerra. La mayor parte de la literatura sobre la esclavitud en Mesopotamia se refiere a cautivos de guerra que no hablaban ni acadio ni sumerio. Sin embargo, es evidente que la guerra entre ciudades de la llanura aluvial era un hecho frecuente. Si una proporción considerable de los cautivos provenía de guerras entre ciudades por sus respectivos súbditos y de comunidades hasta ese momento independientes, entonces, dada su cultura compartida, resulta plausible que los cautivos se hubieran convertido en súbditos ordinarios de la ciudad-estado que los capturó sin mayores complejidades; quizá, incluso, sin llegar a ser formalmente esclavos. Cuanto mayor es la distancia cultural y lingüística entre

36. Véase, especialmente, Steinkeller, «The Employment of Labor on National Building Projects»; Richardson, «Building Larsa»; Dietler y Herbich, «Feasts and Labor Mobilization». Richardson calcula que la cantidad de trabajo necesaria para construir, digamos, una muralla de la ciudad, podría haber sido mucho menor de lo que se piensa. Por otro lado, resulta imposible determinar las condiciones cotidianas de trabajo basándose en las autocomplacientes declaraciones oficiales acerca de los suntuosos festejos preparados para el «pueblo» a la terminación de un templo. El fundamento social de estos argumentos se asienta en la relativa facilidad de huida de los súbditos descontentos. Esta perspectiva pasa por alto las medidas adoptadas contra esas fugas, así como la posibilidad de que resultase fácil lograr su sustitución por cautivos mediante la guerra o el comercio.

esclavos y señores, más fácil resulta delinear e imponer la separación social y jurídica, que trae como resultado la rígida demarcación típica de las sociedades esclavistas.

En Atenas, en el siglo V a. e. c., por ejemplo, existía una considerable clase de población (más del 10%) de *metecos*, lo que se suele traducir como «extranjeros residentes». Disfrutaban de la libertad de vivir y comerciar en Atenas y poseían las mismas obligaciones que los ciudadanos (impuestos y reclutamiento, por ejemplo), pero sin sus privilegios. Entre ellos figuraba un considerable número de esclavos. Podemos preguntarnos, sin duda, si las ciudades-estado mesopotámicas no saciarían una parte importante de su insatisfecha necesidad de mano de obra absorbiendo cautivos o refugiados de poblaciones culturalmente similares. En ese caso, estos cautivos o refugiados no aparecerían probablemente como esclavos, sino como una categoría especial de «súbditos» y, quizá con el tiempo, quedarían totalmente asimilados.

Del mismo modo que la mayor parte de los consumidores occidentales nunca tiene una experiencia directa de las condiciones materiales bajo las cuales se reproducen sus vidas, tampoco la tenían los griegos en Atenas, para los que esa mitad esclava de su población que trabajaba en las canteras, minas, bosques o galeras resultaba en gran medida invisible. En una escala mucho más modesta, también los tempranos estados mesopotámicos tenían necesidad de mano de obra masculina para extraer piedra de las canteras, cobre de las minas para sus armamentos y para proveer de madera a la construcción, a los hogares y a la fabricación de carbón vegetal. Dado que todas estas actividades se realizaban a una considerable distancia de las llanuras aluviales, habría resultado relativamente invisible para los súbditos del centro, aunque no para las elites estatales. El fenómeno conocido como la «expansión de Uruk» —el hallazgo de artefactos culturales en el *Hinterland* y en los montes Zagros— representa, según parece, una expedición para crear o proteger rutas comerciales de productos vitales no disponibles en la llanura aluvial[37]. Aunque no existen dudas de que se capturaron esclavos en esta área de expansión, lo que no está claro es si Uruk empleó directamente esclavos y cautivos de guerra para esta extracción primaria o si impuso tributos pagaderos en estos materiales a las comunidades sometidas, o incluso si intercambió por ellos cereales, tejidos o bienes suntuarios. En todo caso, este trabajo no libre se habría producido a distancia de Uruk —acaso subcontratado a socios comerciales—, por lo que podría haber dejado escaso rastro en el registro cuneiforme.

37. Algaze, «The Uruk Expansion».

Por último, existen dos formas de servidumbre comunitaria ampliamente practicadas en muchos estados tempranos y que presentan algo más que un aire de familia con la esclavitud, pese a que es poco probable que figuren como esclavos en los documentos escritos. La primera es la que podemos denominar deportación en masa combinada con reasentamientos comunitarios forzados. Nuestra mejor descripción de esas prácticas proviene del Imperio neoasirio (911-609 a.e.c.), en el que se practicó masivamente. Aunque el Imperio neoasirio es muy posterior a nuestro principal interés temporal, algunos estudiosos sostienen que tales formas de servidumbre se utilizaron mucho antes en Mesopotamia, en el Imperio Medio en Egipto y en el Imperio hitita[38].

La deportación en masa y el reasentamiento forzoso fue una práctica sistemática del Imperio neoasirio en las áreas conquistadas. La población entera y sus ganados eran trasladados desde las zonas conquistadas en la periferia del reino a una ubicación más próxima al centro, donde se les obligaba a asentarse, por lo general como agricultores. Aunque, como en otras formas de esclavitud, algunos cautivos eran objeto de apropiación «privada» y otros pasaban a integrar cuadrillas de trabajadores, lo que distingue a la deportación y al reasentamiento forzoso es que la gran mayoría de la comunidad se conservaba intacta y se trasladaba a una ubicación en la que resultaba más fácil monitorear y apropiarse de su producción. Lo que vemos aquí es la maquinaria de centralización de la mano de obra y de los cereales funcionando al por mayor, haciéndose con comunidades agrarias completas como módulos y colocándolas al servicio del estado. Incluso si admitimos cierta exageración por parte de los escribas, la escala de estas transferencias de población no tiene precedentes. Por ejemplo, más de 200 000 babilonios fueron trasladados al núcleo del Imperio neoasirio, y las deportaciones totales resultan asombrosas[39]. Había especialistas en deportaciones. Los funcionarios redactaban completos inventarios de las poblaciones capturadas, de sus propiedades, de sus capacidades, de sus ganados, y quedaban encargados de aprovisionarlos durante el camino a sus nuevos emplazamientos minimizando las pérdidas. En ciertos casos parece que los cautivos se asentaban en tierras anteriormente abandonadas por otros, lo que implicaría que los reasentamientos en masa podrían haber formado parte de ese esfuerzo por compensar éxodos masivos o epidemias. Mu-

38. Oded, *Mass Deportations and Deportees*. Para su práctica en la Mesopotamia temprana, véase Gelb, «Prisoners of War in Early Mesopotamia».

39. Oded, *Mass Deportations and Deportees*, p. 20. El escriba contabiliza 4,5 millones de deportados a lo largo de 300 años, aunque estas cifras parecen haber sido tremendamente exageradas por la jactancia imperial.

chos de estos cautivos aparecen descritos como *saknutu*, que quiere decir «cautivo obligado a asentarse en la tierra».

Esta política neoasiria no constituye una novedad histórica. Aunque no sabemos si fue frecuente en Mesopotamia, sí ha constituido una práctica común entre los conquistadores a lo largo de toda la historia, en particular en el sudeste asiático y en el Nuevo Mundo. Sin embargo, para nuestros propósitos lo que resulta más importante es que esas poblaciones reasentadas no habrían figurado necesariamente en el registro histórico como esclavos para nada. Una vez reasentados, especialmente si no existían diferencias culturales muy marcadas, perfectamente habrían podido convertirse en súbditos ordinarios, apenas distinguibles, con el paso del tiempo, del resto de súbditos campesinos. Parte de la confusión sobre si algunos términos primitivos del sumerio (como *erin*) deberían traducirse como «súbdito», como «prisionero de guerra», como «colono militar» o, simplemente, como «campesino», podría provenir de la existencia de diferentes clases de súbditos, justamente, como reflejo del origen de su «condición de súbditos».

Un último tipo de servidumbre históricamente frecuente y que podría no aparecer en el registro histórico como esclavitud es el del modelo del ilota espartano. Los ilotas eran comunidades agrícolas de Laconia y Mesenia dominadas por Esparta. Las razones de su sometimiento son debatidas. Mesenia parece haber sido conquistada bélicamente, aunque hay quien sostiene que los propios ilotas serían quienes habrían decidido no participar en la guerra o que habrían sido castigados colectivamente por una revuelta previa. Se diferenciaban, en todo caso, de los esclavos. Permanecían *in situ* como comunidades completas, eran sometidos a humillación ritual anualmente en Esparta y, al igual que los súbditos de todos los estados agrícolas arcaicos, estaban obligados a entregar grano, aceite y vino a sus señores. Salvo porque no habían sido obligados a reasentarse como deportados de guerra, eran, en todos los demás aspectos, los siervos agrícolas esclavizados de una sociedad por completo militarizada.

Encontramos, pues, aquí una nueva fórmula arcaica para poner en pie el complejo cereal-trabajo empleado como módulo de producción de excedente en la construcción estatal. Parece razonable suponer, aunque resulte imposible saberlo, que algunas de las ciudades-estado mesopotámicas tuvieran su origen en la conquista o el desplazamiento de poblaciones agrícolas *in situ* por parte de una elite militar externa. En este contexto, Nissen nos advierte de que debemos relativizar la estigmatización retórica de los pueblos no estatales y nos insta a recordar el permanente intercambio entre montaña y llanura, afirmando: «El asen-

tamiento masivo de la llanura de Mesopotamia de mediados del cuarto milenio puede haber sido también parte de este proceso».

«Seducidos por el registro histórico, hemos [...] internalizado el punto de vista de los habitantes de las tierras bajas»[40]. El hecho de que los topónimos Ur, Uruk y Eridu no sean originalmente sumerios sugiere la posibilidad de una incursión o la toma de control por una facción militar de una sociedad agrícola preexistente. También parece concebible que el núcleo cerealista se expandiera y reabasteciera gracias al reasentamiento forzado de cautivos de guerra del *Hinterland* y desde otras ciudades. En cualquiera de los dos casos, esas sociedades no aparecerían superficialmente como esclavistas. Y, efectivamente, no lo habrían sido en el sentido ateniense o romano del término, si bien el papel central de la servidumbre y la coerción en la creación y mantenimiento del nexo cereal-y-trabajo en los estados agrícolas tempranos resultaría perfectamente evidente.

Una especulación sobre la domesticación, el trabajo pesado y la esclavitud

Sabemos que los estados no inventaron ni la esclavitud ni la servidumbre, que ya existían en innumerables sociedades preestatales. Pero lo que ciertamente sí inventaron los estados fueron las sociedades a gran escala basadas sistemáticamente en el trabajo humano cautivo no libre. También allí donde la proporción de esclavos era mucho menor que en Atenas, Esparta, Roma o el Imperio neoasirio, el papel del trabajo no libre y de la esclavitud resultaba tan esencial y estratégico para el mantenimiento del poder estatal que es difícil imaginar, en su ausencia, la supervivencia de estos estados.

¿Qué pasaría si, como hipótesis fructífera, nos tomáramos en serio la afirmación de Aristóteles de que un esclavo es una herramienta de trabajo y que, como tal, debe ser considerado un animal doméstico en la misma forma en que lo es un buey? Al fin y al cabo, Aristóteles hablaba en serio. ¿Qué sucedería si examináramos la esclavitud, los campesinos cautivos de guerra, los ilotas y otros grupos semejantes como proyectos estatales de domesticación —por la fuerza— de una clase de servidores humanos, como nuestros ancestros neolíticos domesticaron a las ovejas o a las vacas? Naturalmente, este proyecto nunca se realizó por completo, pero contemplar las cosas desde este punto de vista no parece

40. Nissen y Heine, *From Mesopotamia to Iraq*, p. 80.

irrazonable. Alexis de Tocqueville se sirvió de esta analogía al hablar de la creciente hegemonía mundial de Europa: «¿No se diría al ver lo que pasa en el mundo que el europeo es a los hombres de otras razas lo que el hombre mismo es a los animales? Los hace servir para su uso y los destruye cuando no puede doblegarlos»[41].

Si sustituimos «europeo» por «primeros estados», y «otras razas» por «cautivos de guerra», no creo que hayamos distorsionado gravemente su razonamiento. Los cautivos, individual y colectivamente, pasaron a formar parte integral de los medios de producción y reproducción estatales, esto es, si se quiere, junto con los ganados y los campos de cereales de la propia *domus* estatal.

Si llevamos la analogía más lejos, adquiere un carácter aún más ilustrativo, por ejemplo, por lo que se refiere a la reproducción. En el núcleo mismo de la idea de la domesticación se asienta la afirmación del control humano sobre la reproducción del animal o planta, lo que supone su confinamiento y el cuidado de una reproducción selectiva a ciertas tasas. En las guerras de prisioneros, la marcada preferencia por las mujeres en edad reproductiva nos muestra una preocupación, de al menos igual intensidad, en relación con sus servicios reproductivos y con su trabajo. Resultaría muy ilustrativo, aunque por desgracia sea imposible, conocer, considerando los desafíos epidemiológicos de los centros estatales antiguos, la importancia de la reproducción esclava para la estabilidad demográfica y las tasas de crecimiento del estado. Análogamente, puede considerase la domesticación de las mujeres no esclavas en los estados cerealistas tempranos. La suma de la propiedad fundaria, la familia patriarcal, la división del trabajo dentro de la *domus* y el superlativo interés del estado en maximizar su población, tiene como efecto combinado la domesticación general de la reproducción de las mujeres.

Los animales domesticados de labranza y las bestias de carga alivian buena parte del trabajo duro de los hombres. Obviamente, lo mismo cabría decir de los esclavos. Más allá del duro trabajo del arado, las necesidades militares, ceremoniales y urbanas de los nuevos centros estatales

41. Tocqueville, *Democracy in America*, p. 544 [hay trad. cast. de Eduardo Nolla, *La democracia en América*, Trotta, Madrid, ²2018, p. 541]; citado en Darwin, *After Tamerlane*, p. 24 [hay trad. cast. de Antón y Federico Corriente Basús, *El sueño del imperio. Auge y caída de las potencias globales 1400-2000*, Taurus, Madrid, 2012]. Tocqueville añade: «¡La opresión arrebató de golpe a los descendientes de los africanos casi todos los privilegios de la humanidad!». Para una analogía similar entre la domesticación animal y humana, véase el importante libro de Reviel Netz, *Barbed Wire*, p. 15. Para un brillante análisis de la analogía entre animales domesticados y esclavos en el sur del Estados Unidos prebélico, véase Jacoby, «Slaves by Nature».

exigían formas de trabajo en modalidades y escalas sin precedente alguno. Las canteras, las minas, el remo en las galeras, la construcción de carreteras, el talado del bosque, la excavación de canales y otros trabajos no cualificados pueden haber sido, incluso en tiempos más contemporáneos, el tipo de tareas encomendado a los condenados, a los trabajadores vinculados por deudas o a un proletariado desesperado. Se trata del tipo de trabajo alejado de la *domus* que los hombres «libres», incluidos los campesinos, rechazan. Ahora bien, estos duros y peligrosos trabajos constituían una necesidad para la supervivencia de los estados tempranos. Si no era posible que la población agraria local propia desempeñara estos empleos sin riesgo de deserción o revuelta, entonces la población cautiva, domesticada y extranjera debería encargarse de ellos. La única forma de adquirir esta población era la esclavitud, ese persistente, aunque finalmente fracasado, intento de hacer realidad la visión de Aristóteles de la herramienta humana.

6

LA FRAGILIDAD DEL ESTADO TEMPRANO: LA DESCOMPOSICIÓN COMO COLAPSO

Cuanto más se estudia los estados tempranos, más sorprendentes resultan los prodigios del arte de gobierno y de la improvisación que consiguieron ponerlos en pie. Su vulnerabilidad y su fragilidad eran tan evidentes que lo que requiere explicación es su infrecuente aparición y su incluso menos frecuente pervivencia. La imagen que hace aparecer ante nuestros ojos la construcción de los estados tempranos es la de un *castell* de cuatro o cinco niveles levantado por una *colla* de escolares. Normalmente, se desmorona antes de completarse. Cuando, contra todo pronóstico, se alza hasta su culminación, el público contiene el aliento ante sus temblores y bamboleos, anticipando el inevitable colapso. Si los *castellers* tienen suerte, el último, la cúspide (*enxaneta*), disfrutará de un breve instante de pose triunfal ante los espectadores (*aleta*). Para seguir con la metáfora, los segmentos individuales del *castell* (*pisos*), tomados uno a uno, son notablemente estables, podemos denominarlos unidades elementales o bloques constructivos. En cambio, la compleja estructura que forman resulta temblorosa e inestable. Nada tiene de sorprendente que se vaya al suelo, lo impresionante es que se haya podido construir.

Como estructura política levantada sobre una comunidad agrícola estable, el estado comparte las vulnerabilidades generales de cualquier comunidad cerealista sedentaria. El sedentarismo, como ya indicamos antes, no fue un logro de una vez y definitivo. Durante los aproximadamente cinco milenios de sedentarismo esporádico previos a los estados (siete milenios si incluimos el sedentarismo preagrícola de Japón o Ucrania), los arqueólogos han localizado cientos de emplazamientos posteriormente abandonados, quizá reocupados, y abandonados nuevamente. Las razones de estos abandonos y reocupaciones no suelen estar claras. Entre los factores que pueden haber contribuido se cuentan los

cambios en el clima, el agotamiento de los recursos, las enfermedades, la guerra y la migración hacia áreas de mayor abundancia. La recesión general de todos los modestos asentamientos permanentes que existieron antes de 10 500 a. e. c. se debió, casi con seguridad, a la ola de frío del Dryas Reciente *the Big Freeze*. Un nuevo abandono generalizado en torno al año 6000 a. e. c. del complejo cultural asociado con asentamientos, documentado en el valle del Jordán y conocido como Neolítico Precerámico Fase B (PPNB), se ha atribuido, entre otras cosas, a un cambio climático, a las enfermedades, al agotamiento del suelo, a la escasez de fuentes de agua y a la presión demográfica. Lo importante es que, como subtipo de comunidad cerealista sedentaria, los estados estaban sometidos a los mismos riesgos de disolución que las comunidades sedentarias en general, además de verse afectados por la fragilidad particular de los estados como entidades políticas.

El consenso acerca de la fragilidad de estos primeros estados arcaicos parece unánime. En cambio, sobre las causas de dicha fragilidad no existe acuerdo, y las escasas evidencias de las que disponemos no suelen ser concluyentes. Robert Adams, cuyo conocimiento de los tempranos estados mesopotámicos no tiene igual, expresa su asombro ante el hecho de que en la Tercera Dinastía de Ur (Ur III), cinco reyes se sucedieran regularmente durante un período de 100 años. Aunque colapsaría posteriormente, constituye un récord de estabilidad en comparación con las fulgurantes idas y venidas de otros reinos. Adams cree distinguir un ciclo de centralización de recursos seguido de una decadencia irregular pero irreversible que asocia con un intento de descentralización y de «autosuficiencia local»[1]. Norman Yoffee, Patricia McAnany y George Cowgill, que han reexaminado con mucho mayor detalle que nadie el propio concepto de «colapso», creen que, «típicamente, las concentraciones de poder en las civilizaciones tempranas resultaban frágiles y de corta duración»[2]. Cyprian Broodbank, que ha estudiado de forma más general las entidades políticas de Mesopotamia, del Levante y del Mediterráneo, llega a la misma conclusión, recordando el «abracadabrante patrón de fundación, abandono, expansión y contracción, según se impusieran mejores oportunidades locales o regionales, o la adversidad»[3].

1. Adams, «Strategies of Maximization, Stability, and Resilience».
2. Yoffee y Cowgill, *The Collapse of Ancient States and Civilizations*, y McAnany y Yoffee, *Questioning Collapse*.
3. Broodbank, *The Making of the Middle Sea*, p. 354.

Ahora bien, ¿qué puede querer decir «colapso» en expresiones como el «colapso de Ur III» alrededor del año 2000 a.e.c., «el colapso del Antiguo Imperio egipcio» alrededor de 2100 a.e.c., o «el colapso del Sistema Palacial Minoico» en Creta, alrededor de 1450 a.e.c.? Cuando menos, supone el abandono o la destrucción de su centro cortesano monumental, lo que se suele interpretar no meramente como una redistribución de la población, sino como una pérdida sustancial, por no decir catastrófica, de complejidad social. Si el nivel de población permanecía, lo más probable es que se dispersara en pequeños asentamientos y aldeas[4]. Desaparecen las elites superiores, cesa la actividad de construcción monumental, suele evaporarse el uso de la escritura para fines religiosos y administrativos, se reduce drásticamente el comercio a gran escala y la redistribución, y la producción artesanal especializada para consumo de las elites y el comercio se restringe o desaparece. Tomados en su conjunto, se suele interpretar que estos cambios suponen una deplorable regresión desde formas culturales de mayor civilización. Por ello resulta esencial hacer énfasis en lo que estos acontecimientos *no* implican necesariamente. No suponen necesariamente un empeoramiento de la salud, bienestar o nutrición, sino que, como veremos, pueden implicar su mejora. Finalmente, es más probable que el «colapso» del centro suponga más una reformulación y una descentralización que la disolución de una cultura.

Merece la pena detenerse en la historia del término «colapso», con sus melancólicas connotaciones. Nuestro conocimiento inicial y nuestro asombro ante los estados arcaicos provienen de lo que podemos denominar el período heroico de la arqueología, hacia comienzos del siglo XX, cuando se localizaron y excavaron los centros monumentales de las primeras civilizaciones. Más allá de una justificada admiración ante los logros culturales, estéticos y arquitectónicos de estas tempranas culturas, se produjo una suerte de carrera competitiva imperial por apropiarse tanto de esta ilustre progenie como de sus artefactos. Al final, a través de los libros de texto y de los museos, las imágenes estandarizadas de estos estados tempranos se han convertido en iconos: las pirámides y las momias de Egipto, el Partenón ateniense, Angkor Wat, los guerreros de las tumbas de Xian. De forma que, cuando estas superestrellas

4. En lo relativo a la Grecia micénica, David Small sostiene que el «colapso» fue, en realidad, una «descentralización» a los linajes —unidades menores y más estables— de pequeña escala, que permanecían intactos y que constituían los bloques constructivos de las formaciones políticas mayores («Surviving the Collapse»).

arqueológicas se extinguieron, pareció como si un mundo entero terminara. Lo que, efectivamente, se había perdido eran los queridos objetos de la arqueología clásica: las ruinas concentradas de los relativamente escasos reinos centralizados junto con su registro escrito y su esplendor. Para volver a la metáfora de los *castells*, era como si la cúspide de la pirámide (*enxaneta*), allá donde se fija toda la atención, hubiera súbitamente desaparecido.

Una vez evaporada la cumbre, debemos estar particularmente agradecidos a la cada vez mayor proporción de arqueólogos cuya atención se concentra no en la cúspide, sino en la base y en sus unidades constitutivas. El conocimiento que han acumulado acerca de los cambiantes patrones de asentamiento, de las estructuras de comercio e intercambio, de la pluviosidad, de la estructura del suelo y de las variables combinaciones de estrategias de supervivencia nos permite ver mucho más allá de ese vértice que parece desafiar a la gravedad. Gracias a sus hallazgos, no solo podemos distinguir algunas de las probables causas de este «colapso», sino, lo que es más importante, preguntarnos qué puede haber querido decir colapso en cada caso concreto. Una de sus principales conclusiones es que una buena parte de lo que pasa por colapsos es, en realidad, la descomposición de unidades políticas mayores, pero también de mayor fragilidad, en sus componentes menores, pero con frecuencia más estables. Aunque el «colapso» suponga una reducción de la complejidad social, estos núcleos menores de poder —un pequeño y compacto asentamiento en la llanura aluvial, por ejemplo— tienen más probabilidades de sobrevivir que los breves milagros de estatalidad que los sujetan dentro de un reino o un imperio mayores. Yoffee y Cowgill han adoptado con justa causa el término «modularidad» del teórico de la administración Herbert Simon: situación en la que las unidades de un agregado mayor son, por lo general, independientes y separables; o, en términos de Simon, «casi descomponibles»[5]. En estos casos, la desaparición del centro que ocupa el vértice no tiene por qué suponer un gran desorden, y menos un trauma, para las unidades elementales autosuficientes y perdurables. Hans Nissen, haciéndose eco de esta idea de Yoffee y Cowgil, nos advierte contra la idea de confundir «el final de un período de centralización con el 'colapso', y contra pensar que la fase en la que un área anteriormente unificada se divide en pares menores fuera un período de turbulencia política»[6].

5. Yoffee y Cowgill, *The Collapse of Ancient States and Civilizations*, pp. 30, 60.
6. Nissen, *The Early History of the Ancient Near East*, p. 187.

Ni el sedentarismo ni la construcción estatal, que depende por completo de aquel, son logros de una vez y para siempre. Existen períodos —muy extensos— en los que desaparecen las grandes agregaciones de población y en los que el propio sedentarismo se ve reducido a una sombra de lo que fue. Desde aproximadamente 1800 hasta 700 a.e.c., durante más de un milenio, los asentamientos en Mesopotamia ocuparon menos de un cuarto de su extensión anterior, y los de carácter urbano supusieron solo un dieciseisavo de los que existían en el mileno precedente. Se trata de una dispersión regional que no puede asociarse solo con contingencias puramente locales, como un gobernante tiránico, una guerra local o una mala cosecha concreta. Estas dispersiones a gran escala presuponen causas regionales tales como cambios en el clima, invasiones y desplazamiento por pueblos de pastores, o una interrupción general del comercio, o bien un deterioro ambiental de acción lenta en el nivel regional que alcanza bruscamente su umbral crítico. No parece haber consenso sobre cuál de estas causas fue más importante, pero no hay duda de que la ruralización y no la urbanización dominaron Mesopotamia durante más de 1000 años desde la caída de Ur III, aparentemente como respuesta a incursiones de pueblos de pastores[7].

Más allá de un *deus ex machina* climático como el Dryas Reciente, el azote helado de dos a cuatro siglos de duración que comienza en 6200 a.e.c., o Pequeña Edad de Hielo, acontecimientos que restringen enormemente lo ecológicamente viable, debemos reconocer la esencial vulnerabilidad estructural del complejo cerealista sobre el que se apoyaban todos los estados tempranos. El sedentarismo surgió en nichos ecológicos muy especiales y circunscritos, especialmente, en las tierras aluviales o en los suelos de *loess*. Más tarde —mucho más tarde— aparecerían los primeros estados centralizados en entornos ecológicos incluso más restringidos, en los que existía un amplio núcleo de suelos ricos y bien irrigados con vías de agua navegables, capaces de mantener a un gran número de súbditos dedicado al cultivo de los cereales. Fuera de estos infrecuentes emplazamientos para la construcción estatal, la recolección, la caza y el pastoreo siguieron floreciendo.

Los entornos de construcción estatal resultaban particularmente vulnerables a crisis de subsistencia que poco tenían que ver con la capacidad o incapacidad de sus gobernantes. La primera y principal de estas debilidades estructurales resulta de su dependencia casi absoluta de una sola cosecha anual de uno o dos cereales. Si la cosecha se perdía por la sequía, una inundación, los parásitos, las tormentas o las enfermeda-

7. Brinkman, «Settlement Surveys and Documentary Evidence».

des fitosanitarias, la población quedaba en peligro mortal y también sus gobernantes, que dependían del excedente que aquella producía. Estas poblaciones estaban también, según hemos visto, expuestas, como consecuencia del hacinamiento, a un peligro mayor que los recolectores dispersos ante enfermedades infecciosas propias o de sus animales. Y, por último, como veremos después, la dependencia por parte de las elites del excedente, junto con la lógica del transporte, suponía que el estado confiaba de forma esencial en las poblaciones y recursos situados más cerca del núcleo, confianza que podía poner en jaque su estabilidad.

Los primeros estados eran, pues, delicados ejercicios de equilibrio: casi todo tenía que ir bien para que disfrutaran de una, incluso, breve existencia. En el sudeste asiático primitivo, por ejemplo, era infrecuente que un reino durara más de dos o tres generaciones, y numerosos problemas, no todos provocados por él, podían hacerlo caer fácilmente. La extinción periódica de la mayor parte de los reinos estaba «sobredeterminada», y dada la multiplicidad de dificultades que afrontaban, el arqueólogo-forense se vería en verdaderos aprietos para singularizar una sola causa de la muerte.

La morbilidad en el estado temprano: aguda y crónica

Los primeros estados prístinos en el Oriente Medio, China y el Nuevo Mundo se movían por territorio por completo desconocido. No había ninguna posibilidad de que sus fundadores y súbditos pudieran anticipar los peligros ecológicos, políticos y epidemiológicos que les acechaban. Al tratarse de problemas sin precedentes, resultaban difíciles de comprender. En algunas ocasiones, especialmente si contamos con fuentes escritas, la causa de la caída de un estado parece clara: una invasión triunfal de otra cultura que reemplaza a su rival, por ejemplo, o una guerra de destrucción entre estados o una guerra civil o una insurrección en su interior. Sin embargo, lo más común es que las razones de la desaparición de un estado sean más oscuras e insidiosas, o bien que se trate de catástrofes tales como inundaciones, sequías o pérdida de cosechas que podrían tener causas más profundas y acumulativas. Esas causas son, en mi opinión, de particular interés para nosotros por varias razones. En primer lugar, al contrario de lo que sucede con hechos más contingentes como las invasiones, tienen un carácter sistemático que puede estar directamente asociado a procesos estatales. Como tales, nos abren una ventana única a las contradicciones estructurales de los estados antiguos. En segundo lugar, es probable que la mayor parte de los

análisis históricos las hayan despreciado, en la medida en que no parecen tener un agente humano directo e inmediato y en que no dejan tras de sí un rastro arqueológico evidente que las identifique. Aunque las evidencias de su papel en la mortalidad de los estados son especulativas y circunstanciales, existen razones para creer que su importancia se podría haber subestimado grandemente.

La enfermedad: hipersedentarismo, desplazamiento y estado

Ya hemos analizado de forma detallada el surgimiento de las enfermedades infecciosas asociadas con el hacinamiento y la domesticación del ganado. Existen muchas razones para pensar que la creación de los estados apoyados en el complejo grano-animal podría haber agravado la exposición de las poblaciones arcaicas a devastadoras epidemias. Los motivos para ello se relacionan con la escala, el comercio y la guerra.

Las ciudades que aparecieron inicialmente, antes que los estados, en las riberas de los humedales de la llanura aluvial contaron, en su momento de máximo esplendor, con poblaciones del orden de los cinco mil. Por el contrario, los estados tempranos solían ser cuatro veces mayores y, en ocasiones, de hasta diez veces su tamaño. Con este incremento en el orden de magnitud se produjo también un aumento en la magnitud del riesgo. Si, como algunos creen, el repentino eclipse de la Fase B del Neolítico Precerámico (PPNB) alrededor del año 6000 a. e. c. se debió a enfermedades epidémicas, la escala mucho mayor de los estados más de dos milenios más tarde los habría hecho todavía más vulnerables a aquellas. Estas poblaciones más numerosas habrían actuado como un reservorio humano y animal mucho mayor para las enfermedades infecciosas, y el efecto tanto de su hacinamiento como de su número, dada la lógica geométrica de la transmisión, habría facilitado su rápida difusión.

Los gérmenes y los parásitos se desplazan con las personas y los animales. Aunque el comercio limitado a cierta distancia es anterior a los estados, su volumen y alcance geográfico se expandió exponencialmente con la llegada de elites expansivas y de mayor tamaño que trataban de maximizar su riqueza y de hacer ostentación de ella. Los propios estados requirieron recursos en una escala mucho mayor que las antiguas comunidades sedentarias, y recursos de diferente orden. El resultado fue una explosión del comercio por tierra y, sobre todo, por barco. Los estudiosos del comercio temprano Guillermo Algaze y David Wengrow han llegado a referirse al «sistema mundo de Uruk» hacia 3500-3200 a. e. c. como un mundo comercial y de comercio integrado que se extendía desde el Cáucaso en el norte hasta el golfo Pérsico

en el sur, y desde la meseta iraní en el este hasta el Mediterráneo oriental por el oeste[8]. Uruk y sus competidores precisaban recursos lejanos de los que no se disponía en la llanura aluvial: cobre y estaño para las herramientas, armas, armaduras, y objetos decorativos y de uso práctico; madera y carbón vegetal, caliza y sillares de piedra para la construcción; plata, oro y piedras preciosas para la ostentación suntuaria. A cambio de estos bienes, los miniestados de la llanura aluvial enviaban tejidos, cereales, cerámica y productos artesanales a sus socios comerciales. El resultado, en lo que ahora importa, de esta vasta expansión de la esfera comercial es que hizo crecer en igual forma la de las enfermedades transmitidas, poniendo en contacto, por primera vez, lo que hasta ese momento habían sido bolsas separadas de enfermedad. En este sentido, el «sistema mundo de Uruk», pese a su pomposo nombre, podría haber prefigurado, a pequeña escala, la integración del *pool* de enfermedad chino, indio y mediterráneo de hacia el año 1 a. e. c., que parece haber desencadenado las primeras y devastadoras pandemias mundiales, tales como la plaga de Justiniano del siglo VI, que acabó con la vida de entre 30 y 50 millones de personas. El comercio, responsable de una gran parte del esplendor monumental de los pequeños miniestados de la llanura aluvial, podría, irónicamente, haber desempeñado también un papel igualmente importante en su desaparición.

Los estados son también tristemente célebres por otra de sus actividades: la guerra, con sus enormes consecuencias epidemiológicas. En términos exclusivamente demográficos, no hay nada comparable a la guerra en lo relativo a movimientos de masas y reubicación de poblaciones. Un ejército o, para el caso, una masa de cautivos o de refugiados tratando de huir, supone un módulo móvil de infección que contrae y transmite muchas de las enfermedades tradicionalmente asociadas con la guerra: el cólera, el tifus, la disentería, la neumonía, las fiebres tifoideas, etc. Se sabe desde antiguo que la línea de avance de los ejércitos o de los refugiados marca también la línea de infección de la que los civiles tratan, en la medida de sus posibilidades, de alejarse. Cuando, como en el caso de las guerras antiguas, el premio principal eran los cautivos, a los que se obligaba a marchar hasta el reino del vencedor, las consecuencias para las enfermedades infecciosas son prácticamente las mismas que las del comercio, pero quizá en una escala mayor. Entre los cautivos, naturalmente, se encontraban también los rebaños del enemigo, que aportaban sus propias enfermedades y parásitos a la capital del vencedor.

8. Algaze, «The Uruk Expansion», y Wengrow, *What Makes Civilization?*, pp. 75-82.

¿Qué importancia tuvo la transmisión de enfermedades a través del comercio y de la guerra en el eclipse de los estados tempranos? Resulta imposible saberlo con seguridad, dadas las escasas evidencias conservadas en el registro arqueológico. Mi intuición es que podrían ser responsables de una buena parte de los abandonos repentinos de centros poblacionales de la antigüedad aún por explicar. Puede que, si aplicamos retrospectivamente lo que sabemos de las epidemias en el mundo romano y medieval, esta intuición resulte más plausible. Dado que estas enfermedades del hacinamiento eran nuevas, las poblaciones arcaicas no podían saber a través de qué mecanismos se difundían. Ahora bien, la idea de que los brotes de epidemias letales estaban asociados al comercio por barco, a las caravanas y a los ejércitos y a sus cautivos debió de imponerse rápidamente[9]. El primer instinto de las poblaciones urbanas amenazadas habría sido el de aislar los primeros casos y clausurar la ciudad frente a todo nuevo contacto con las presuntas fuentes de contaminación. La cuarentena y el aislamiento de los viajeros por mar (posteriormente institucionalizados como *lazzaretti*) deben de haber surgido, en una u otra forma, junto con las nuevas y temidas epidemias. Al mismo tiempo, hasta los más antiguos pobladores urbanos deben de haber comprendido que la huida y la dispersión de los lugares con epidemias letales representaban su mejor opción para evitar la infección. Su instinto sería el de dispersarse lo más rápidamente posible en el campo (donde, sin duda, se les recibiría con temor), por lo que los estados tempranos deben de haber pasado grandes dificultades para impedírselo.

Si nuestra comprensión de la respuesta a las primeras epidemias es básicamente correcta, entonces nos puede servir de escenario plausible para la desaparición de grandes asentamientos provocados por la enfermedad. Una vez que se declaraba una epidemia, y suponiendo, por el momento, que el grueso de la población hubiera permanecido en el centro urbano, podría perfectamente acabar con la vida de un número suficiente de personas como para destruir la viabilidad de la ciudad como centro estatal. En la hipótesis más realista de que la mayor parte de la población hubiese logrado huir, el resultado, aunque menos letal, habría vaciado igualmente el centro urbano del que dependía del estado. En resumen, en cualquiera de los dos escenarios el centro estatal se extinguiría como nodo de poder. Este segundo escenario, por otra parte, no tendría por qué implicar una reducción significativa de la población total, sino solo su dispersión hacia ubicaciones rurales más seguras. En uno de los ejemplos documentados, una devastadora plaga llegada

9. Véase Harrison, *Contagion*, para una historia de la cuarentena.

a Egipto vía los hititas en 1320 a. e. c. provocó la hambruna, al tiempo que los campesinos supervivientes se resistieron al pago de los impuestos y, con frecuencia, abandonaron los campos, mientras los soldados a los que no se les abonaban sus salarios se daban al bandidaje[10]. Es imposible saber con seguridad la frecuencia con la que las epidemias pueden haber acabado con los estados tempranos, pero, amplificadas por la guerra, las invasiones y el comercio, las enfermedades sí fueron, desde luego, una causa prominente en la desurbanización del Imperio romano tardío y de la Europa medieval. En 166 a. e. c. las tropas romanas que regresaban de una campaña en Mesopotamia trajeron consigo una enfermedad infecciosa que podría haber acabado con entre un cuarto y un tercio de la población de Roma[11].

Ecocidio: deforestación y salinización

En todo análisis del surgimiento y de la desaparición de los estados tempranos se debe subrayar que se trataba de creaciones prístinas. Como ya se ha dicho, era imposible que ni sus súbditos ni sus elites previeran que esta combinación única de cereales, personas y animales sobre la que presidían pudiera tener las consecuencias epidemiológicas que estaban experimentando. De igual modo, nadie podría haber anticipado que la carga sin precedentes de esta maquinaria generaría también demandas únicas y no sustentables para el medio que les rodeaba. Examinaré dos de los principales límites ambientales que, con toda probabilidad, amenazaban la existencia de los estados: la deforestación y la salinización[12]. Ambos están bien documentados en el mundo antiguo desde los tiempos más remotos. Se diferencian de las epidemias en que, por lo general, actúan a largo plazo y en que son más graduales —o, mejor dicho, más insidiosos que repentinos—. Cabe pensar que una epidemia podría devastar una ciudad en cuestión de semanas. La falta de madera para combustible o el gradual aterramiento de los canales y ríos como consecuencia de la deforestación es, en cambio, más bien una cuestión de asfixia económica gradual, igualmente letal, aunque no tan espectacular.

La llanura aluvial mesopotámica meridional es, en sí misma, el resultado de la erosión del Tigris y el Éufrates, que desplazan la tierra desde la cuenca río arriba y la depositan en las llanuras de inundación. Las

10. Morris, *Why the West Rules — for Now*, p. 217.
11. Más conocida como la peste antonina. Cunliffe, *Europe Between the Oceans*, p. 393.
12. Véase, en este sentido, la importante obra de Radkau, *Nature and Power*; Meiggs, *Trees and Timber in the Ancient Mediterranean World*, y Hughes, *The Mediterranean*.

sociedades agrarias tempranas dependen, en este sentido, del dividendo de nutrientes transportado corriente abajo durante milenios por los ríos. Sin embargo, con el surgimiento de los grandes asentamientos, este proceso entró en una nueva fase, en la medida en que apareció una necesidad de madera para construcción y combustible no disponible en los humedales de la llanura aluvial. Tenemos abundantes pruebas de la deforestación de la cuenca alta del Éufrates desde Mari, a comienzos del tercer milenio, como consecución de una cierta combinación de deforestación para construcción y combustible, y sobrepastoreo[13].

El apetito de madera de estos estados tempranos era casi insaciable y superaba con creces lo que incluso una gran comunidad sedentaria podría haber necesitado. Además de despejar las tierras para la agricultura y el pastoreo, y de la necesidad de madera para cocinar o como fuente de calor, para la construcción de casas y para los hornos de cerámica, los estados tempranos requerían enormes cantidades de madera para la metalurgia, la fundición del hierro, la cocción de ladrillos, la salazón, el entibado de las minas, la construcción de barcos, la arquitectura monumental y la cal viva (esta última exige enormes cantidades de combustible de madera para su preparación). Dadas las dificultades para trasladar madera desde lugares alejados, el centro estatal consumió rápidamente las modestas cantidades disponibles a su alrededor. Localizados, como la práctica totalidad de los estados tempranos lo estaban, en la ribera de vías navegables, generalmente ríos, podían hacer uso de sus exuberantes reservas de madera y de la corriente para hacer sus talas en las orillas, río arriba.

Nuevamente, por razones prácticas de tala y transporte, para minimizar el trabajo, los árboles debían cortarse lo más cerca posible del río. En la medida en la que las riberas río arriba más próximas quedaban deforestadas, la madera debía traerse desde zonas cada vez más altas o procedente de árboles más pequeños y fáciles de transportar hasta la orilla, desde donde podían llevarse flotando río abajo. Poseemos abundantes pruebas de la deforestación en el mundo clásico, desde la búsqueda ateniense de madera para barcos en Macedonia hasta la escasez de madera en la República romana[14]. Mucho antes, hacia 6300 a.e.c., en la ciudad neolítica de Ain Ghazal los árboles accesibles a pie desde el asentamiento desaparecieron y el combustible de madera comenzó a es-

13. McMahon, «North Mesopotamia in the Third Millennium BC». Para una descripción de la unidad boscosa en el alto Éufrates, véase Moore, Hillman y Legge, *Village on the Euphrates*, pp. 51-63.

14. Deacon, «Deforestation and Ownership».

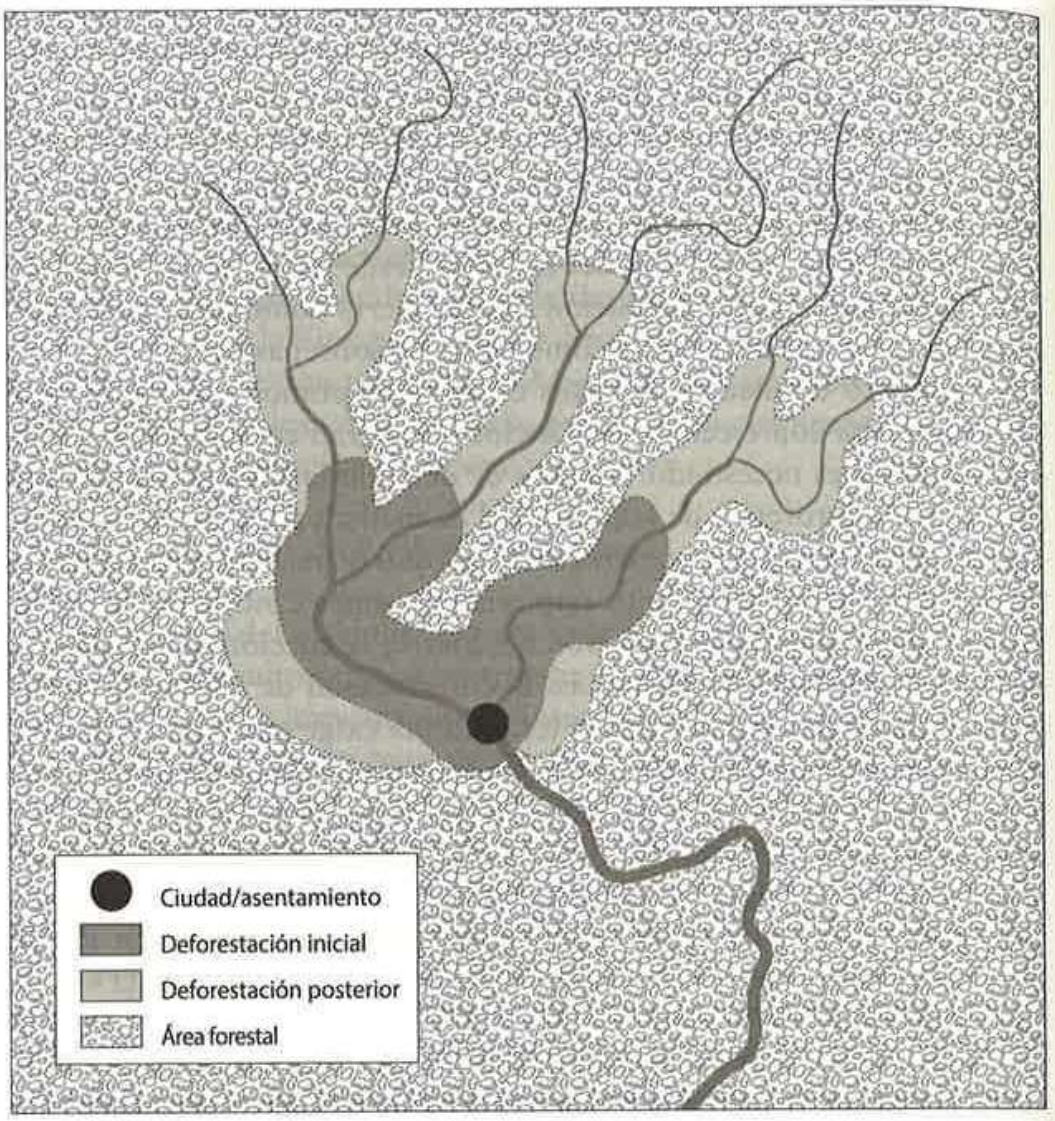

Fig. 14. Patrón de deforestación río arriba desde un hipotético centro estatal.

casear. El resultado fue que la comunidad se fagmentó en aldeas dispersas, como también hicieron muchos otros asentamientos neolíticos en el valle del Jordán, una vez que superaron la capacidad de carga de sus parcelas arboladas locales[15].

Un signo casi infalible de que una ciudad-estado está experimentando escasez de madera para combustible en su entorno es la proporción de sus necesidades que se cubre con carbón vegetal. Aunque el carbón vegetal es esencial para aplicaciones que exigen altas temperaturas, como la cocción de la cerámica, el apagado de la cal y la fundición, no es probable que se utilice para usos domésticos, a menos que la madera

15. Mithen, *After the Ice*, p. 87.

cercana se haya terminado. La ventaja específica del carbón vegetal es que contiene mucho más valor calórico por unidad de peso y volumen que la madera sin tratar, lo que hace que resulte rentable transportarlo a distancias mucho mayores. Su desventaja, obviamente, es que hay que quemarlo dos veces y que supone un gran desperdicio de madera. Cuanta menos madera hay localmente disponible a distancias reducidas, más probabilidades habrá de que de que sea sustituida por carbón vegetal proveniente de lugares alejados.

La escasez de madera como combustible puede limitar el crecimiento de una ciudad-estado, pero la deforestación de la cuenca río arriba de la ciudad plantea otros problemas más serios. El primero de ellos es la erosión y el aterramiento. Aunque los estados tempranos son hijos de la llanura aluvial y de la sedimentación, el ritmo de aterramiento de una cuenca fluvial privada de vegetación o, sencillamente, despejada para poder cosechar, implica unos riesgos excepcionales de erosión que no pudieron preverse fácilmente. Dado que los estados tempranos estaban ubicados en una llanura aluvial sin apenas gradiente, sus corrientes de agua se desplazaban lentamente durante la mayor parte del año; esto supone que los sedimentos tenderían a depositarse con la reducción de la velocidad de la corriente. Dado que la ciudad-estado dependía en gran medida de la irrigación, y en la medida en que sus canales serían propensos a colmatarse con sedimentos —ralentizando aún más la corriente—, ello exigiría, cuando menos, días de corvea para dragarlos si se quería evitar que los campos que regaban quedaran inservibles para la producción.

Otro de los riesgos de la deforestación es de carácter catastrófico y no progresivo. Los bosques —que en la antigua Mesopotamia incluían robles, hayas y pinos, especialmente— tenían el efecto de retener las lluvias del invierno anterior y liberar lentamente su humedad por filtración hacia comienzos de mayo. El efecto de la deforestación o del despeje agrícola fue que las cuencas fluviales liberaron mucho más rápidamente las lluvias y los sedimentos que transportaban, convirtiéndose en una corriente de curso veloz y mucho más violento[16]. Esto podía tener diferentes efectos con capacidad de amenazar la viabilidad de la ciudad-estado. Si, como a menudo sucedía, el proceso de aterramiento había levantado el lecho del río hasta un nivel próximo al de la tierra circundante, el río se volvía extraordinariamente errático, saltando

16. Véanse los datos comparativos de pérdida de suelo y de escorrentía relativa para «suelo desnudo», «plantado con mijo», «pastizales» y «matorral no expuesto al pastoreo», en Redman, *Human Impact on Ancient Enviroments*, p. 101.

de un canal a otro, conforme se iban colmatando. El aterramiento gradual en combinación con una inundación y la marea alta podía desencadenar una inundación catastrófica. Históricamente, el río Amarillo chino es el ejemplo clásico de inundaciones masivas y recorridos radicalmente fluctuantes hasta el mar, responsable de millones de muertes. Hasta Jericó, uno de los asentamientos preestatales neolíticos de mayor tamaño, parece haber sucumbido a los daños en su cuenca fluvial a mediados del noveno milenio a. e. c. Steven Mithen nos explica: «El enemigo eran las inundaciones y los ríos de barro. Jericó estaba en permanente peligro, en la medida en que una mayor pluviosidad y el despeje de vegetación desestabilizaron los sedimentos de las colinas palestinas que podían, a continuación, ser trasladados hasta el borde de la ciudad por los uadis cercanos»[17]. Sin llegar a una inundación catastrófica capaz de destruir buena parte de una ciudad-estado y sus cosechas, el río también podía cambiar su curso al desbordarse dejando a una ciudad existente en dique seco, secuestrada de su principal arteria de transporte y comercio.

Una última y más especulativa consecuencia de la deforestación y el aterramiento es su papel en la propagación de la malaria. Se ha sugerido que la malaria es «una enfermedad de la civilización», en el sentido de que surgió con el despeje de tierras para la agricultura. J. R. McNeill propone intrigantemente que ello podría estar relacionado con la deforestación y la morfología de los ríos. Un río portador de sedimentos que atraviesa una llanura ribereña sin apenas gradiente los deposita, al irse ralentizando, en mayor cantidad. Con su acumulación, levantan sus propios diques o crestas, bloqueando su paso hasta el mar y provocando que retroceda y se expanda lateralmente, creando los humedales de la malaria que son, a un tiempo, antropogénicos y, acaso, inhabitables[18].

La salinización y el agotamiento del suelo son dos resultados antropogénicos adicionales del estado cerealista-irrigador que pueden llegar a amenazar su propia existencia. Todas las aguas de riego contienen sales. Como las plantas no las absorben, con el tiempo se acumulan en el suelo y, salvo que se filtren mediante el lavado del suelo, terminarán por matarlas. Se trata de una solución solo a corto plazo, el lavado eleva el nivel freático, y como la sal permanece, el propio lavado la llevará, antes o después, más cerca de la superficie, entrando en contacto con las raíces de las plantas. La cebada es más tolerante a la sal que el trigo, por lo que una adaptación a la mayor salinización es plantar

17. Mithen, *After the Ice*, p. 50.
18. McNeill, *Mountains of the Mediterranean World*, pp. 73-75.

cebada en lugar del, en general, más deseado trigo. Incluso con la cebada, sin embargo, si el nivel freático y, con él, las sales se acercan a la superficie, su rendimiento se desploma drásticamente[19]. La falta de gradiente y la reducida pluviosidad de la Mesopotamia meridional agravan el problema, por lo que Adams, el experto en esas materias, está convencido de que la progresiva salinización fue un factor fundamental del declive ecológico de la región desde 2400 a. e. c.[20]. Los campesinos mesopotámicos se vieron obligados a dejar sus campos de cereal en barbecho cada dos o tres años para mantener una producción viable. Los textos de agricultura del Período Ur III se refieren a los campos cercanos como «ubicados en aguas salobres», en «lugares salinos» o en «suelos salinos», que contienen «montones de sal» para explicar su escasa producción de cereales[21].

Es muy probable que incluso en la próspera llanura aluvial, en la que la salinización inducida por la irrigación no constituía el principal problema, el rendimiento de los cereales también decayera paulatinamente. A fin de cuentas, en ese momento apenas se tenía experiencia en relación con la obtención de cosechas anuales de forma continuada en un mismo pedazo de tierra. Ain Ghazal ya experimentaba rendimientos decrecientes incluso antes de que existieran los primeros estados, y si tenemos en cuenta la intensidad del cultivo del grano en el núcleo de estos estados cerealistas, cabe sospechar que la producción media debió de reducirse de idéntica forma. También cabe la posibilidad de que se sobreexplotaran las tierras de pastoreo, reduciendo su capacidad de mantener ganado.

Para entender la fragilidad de los estados y las causas de su desaparición, podemos servirnos de la distinción entre causas de «muerte instantánea» (por ejemplo, la desaparición de Larsa en 1720 a. e. c.) y de debilitamiento y eventual desaparición. Las epidemias y las grandes inundaciones, aunque puedan derivarse de la acumulación de causas subyacentes, serían ejemplos de las primeras. Los estados que desaparecen de este modo se extinguen como la llama de una vela, incluso si una gran parte de su población puede sobrevivir gracias a la huida y la dispersión. Los casos de aterramiento, disminución de las cosechas y salinización pueden aparecer en el registro histórico como una mengua permanente o irregular —un éxodo de población— o como un incremento de las malas cosechas. En estos casos, no tiene por qué producirse un mo-

19. Artzy y Hillel, «A Defense of the Theory of Progressive Salinization».
20. Adams, «Strategies of Maximization, Stability, and Resilience».
21. Nissen y Heine, *From Mesopotamia to Iraq*, p. 71.

mento cumbre, basta un casi imperceptible ocaso. El término «colapso» es demasiado teatral como para aplicarlo a dichos procesos. Puede que resultaran tan habituales que no supusieran, para los estados afectados, más que una conocida rutina de dispersión y de reajuste de asentamientos y rutinas de subsistencia. Solo las elites de los estados los habrían vivido como la tragedia del colapso.

Víctimas de la política: guerras y explotación del núcleo

Que se haya planteado la cuestión del «colapso» no es más que un artefacto provocado por el levantamiento de asentamientos amurallados con centros monumentales, junto con la equivocada creencia general de que tales lugares centrales son, en sí mismos, la «civilización». Como ya se ha dicho, las comunidades sedentarias preestatales fueron abandonadas por una u otra razón de forma temporal o permanente en numerosas ocasiones. Estos hechos, tal como los registran los arqueólogos, pueden afectar a un número sustancial de personas, pero raramente, salvo que dichas comunidades cuenten con un centro estatal amurallado, se convierten en «noticias históricas». Las piedras y las ruinas importan: nos aportan un impresionante yacimiento para su excavación, artefactos para los museos y, a menudo también, unos antepasados icónicos para el glorioso pasado de la nación. Las civilizaciones que, como Srivijaya en Sumatra, se construyeron con materiales perecederos que hoy prácticamente han desaparecido apenas aparecen en los libros de historia, mientras que Angkor Wat y Borobudur perduran como faros resplandecientes.

El estado no fue el inventor de las guerras más que lo fue de la esclavitud. Pero, de nuevo, lo que sí hizo fue escalar estas instituciones hasta convertirlas en actividades estatales de primer orden, transformando así lo que habían sido unas modestas y constantes razias preestatales en busca de cautivos en algo parecido a una guerra con otros estados con idénticas intenciones. En una guerra por cautivos entre dos estados, el perdedor quedaba, por definición, arrasado. Y *voilà!*... ¡El «colapso»! La práctica habitual era asesinar o trasladar a la mayor parte de la población, destruir sus templos, quemar sus casas y cosechas y, en general, asolar por completo al estado derrotado. Excepcionalmente, encontramos capitulaciones pacíficas de una parte, seguidas de tributos y, a veces, de la ocupación por colonos del vencedor del territorio derrotado. Una versión más amistosa, pero que igualmente eliminaba al estado original. Cuando las entidades políticas en guerra eran numerosas, de tamaño similar y próximas unas a otras, como sucedía en la llanura aluvial

mesopotámica, en los Reinos Combatientes de la China pre-Qin, en las ciudades-estado griegas o en los estados mayas —las así llamadas «entidades políticas rivales»—, los miniestados aparecían y desaparecían en rápida sucesión. El colapso era lo habitual.

Esta guerra permanente y la competición por la mano de obra contribuyeron igualmente a la fragilidad de los estados tempranos. En primer lugar, y como es obvio, suponía dedicar recursos laborales a la construcción de murallas, obras defensivas y operaciones de ataque que podrían haberse reservado a la producción de alimentos para una población no muy por encima del nivel de subsistencia. En segundo lugar, forzaba a los fundadores y constructores de las ciudades-estado a elegir emplazamientos y diseños en los que las consideraciones castrenses de la defensa podían prevalecer sobre las de la abundancia material. Ello pudo haber provocado la existencia de estados que, aunque más fáciles de defender, resultaban económicamente precarios.

Pese a las potenciales recompensas materiales de la guerra para los vencedores, siempre existía el riesgo de la muerte o la captura. Cabe imaginar que muchos de los súbditos de estas comunidades políticas rivales hicieron todo lo posible para evitar su reclutamiento, incluyendo su huida del estado. Si un estado parecía estar perdiendo la guerra, se encontraría con que se le escapaba su fuerza de trabajo. (Cabe recordar las deserciones masivas de los blancos pobres de la Confederación en las últimas fases de la guerra civil americana, en 1864). Tucídides nos describe la descomposición de la coalición ateniente conforme se producía el fracaso de la campaña contra Siracusa: «Los esclavos, toda vez que nuestras fuerzas están empatadas, están desertando, y los extranjeros, aquellos que habían embarcado a la fuerza, se están retirando al punto a diversas ciudades»[22]. Dado que la mano de obra era el sustento mismo de estos estados, una derrota decisiva podía perfectamente presagiar el colapso del propio estado[23].

Finalmente, la ciudad-estado podía fácilmente quedar destruida por el conflicto interno: las luchas de sucesión, las guerras civiles y las insurrecciones. Quizá lo que distinga a estas luchas internas es la existencia de un nuevo y valioso premio para los vencedores: un núcleo amuralla-

22. Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, VII 13.2. Tucídides se refiere igualmente a las deserciones de los soldados descontentos, que creyeron que podrían hacer dinero en las campañas sin necesidad de luchar.

23. La confederación ateniense, cabría sostener, ya había sido puesta en peligro una década antes con la adopción de medidas desesperadas. En 425 a.e.c. los atenienses triplicaron las cuotas materiales y humanas de sus sometidos aliados, incrementando de este modo las probabilidades de deserción.

do, productor de grano, con su población, sus ganados y sus almacenes. Los enfrentamientos por el control de una localización ventajosa nunca fueron cosa menor, ni siquiera entre las sociedades preestatales, pero la llegada de los estados tempranos hizo subir las apuestas, en buena medida, porque representan un depósito de capital fijo: canales, obras defensivas, archivos, almacenes y, con frecuencia, una ubicación favorable en términos de suelo, agua y rutas comerciales. Estos activos eran nodos de poder a los que, suponemos, no se renunciaría fácilmente, lo que conduciría a luchas más encarnizadas y del todo vale por el poder local.

Ya fuera como trofeo de las guerras interestatales o del conflicto civil, el complejo cereal-población ocupaba siempre el núcleo del poder político. En las guerras interestatales y en las razias contra pueblos no estatales, el vencedor trataba de destruir dicho complejo y de trasladar sus bienes muebles a su propio núcleo o, en su defecto, de convertirlo en un núcleo tributario. En el caso de las guerras internas, la lucha era por los derechos de apropiación monopolista de los recursos que el núcleo representaba.

Recordar, una vez más, las limitaciones básicas del transporte y la apropiación nos ayudará a comprender por qué los estados tempranos podrían haber cavado con tanta frecuencia sus propias tumbas mediante la sobreexplotación de su núcleo regional en torno a la corte. Como nos ilustra el caso del veloz incremento de los costes del combustible de madera y, en consecuencia, del uso doméstico del carbón vegetal, la apropiación por tierra de mercancías a granel resulta exponencialmente más costosa y se vuelve rápidamente prohibitiva conforme aumenta la distancia. Esta lógica dibuja, en términos prácticos, el alcance de cada estado, siempre que permanezca estable la tecnología de transporte. Si partimos de animales de tiro y carros en una llanura aluvial plana, el alcance de los estados tempranos para las requisas no podría haberse extendido, probablemente, mucho más allá de un radio de unos 48 kilómetros. Naturalmente, la excepción fundamental son las vías de agua, que gracias a la radical reducción del rozamiento extienden enormemente el área de influencia del estado para mercancías pesadas como los cereales. El núcleo agrícola puede, pues, definirse como la zona desde la cual las mercancías pesadas pueden ser llevadas hasta el centro sin que los costes de transporte resulten prohibitivamente elevados. Lo principal, con todo, es que la zona de control más lucrativa es la más cercana a la capital o la más fácilmente alcanzable por barco. De ahí que sea dentro de esta zona donde se encuentran los símbolos y las fuentes del poder: los almacenes de grano, los principales templos, el personal administrativo, la guardia pretoriana, los mercados centra-

les, las tierras agrícolas mejor irrigadas y más productivas y, lo que no es menos importante, el lugar de residencia del palacio y de las elites del templo.

Era esta zona nuclear la que resultaba esencial para el poder y la cohesión estatales. Pero era también su talón de Aquiles, puesto que se traba de la zona en que, probablemente, antes y con más intensidad se hacían sentir las crisis[24]. Precisamente porque esta zona era la más cercana, la más valiosa y la de mayor densidad de recursos, se convertía, cuando llegaban los aprietos, en la principal proveedora de mano de obra y de grano. Un gobernante audaz o con ambiciones militares o monumentales, o amenazado por la invasión o los enemigos internos, se vería tentado, como punto de menor resistencia, a obtener sus recursos de ese núcleo. Dos hechos, sin embargo, hacen que se trate de una apuesta muy arriesgada, capaz de acabar con el estado. En primer lugar, para un estado agrícola, siempre sometido a los caprichos de la lluvia, del clima, de los parásitos, y de las enfermedades humanas y de las cosechas, la producción anual, incluso en la más segura de las ecologías agrarias, resultaba extremadamente variable. En condiciones normales, la «producción» que las elites podían extraer de esta zona resultaría ser enormemente desigual. Si las elites insistían en una extracción continuada —y no digamos creciente— de esta zona en términos de grano y trabajo —prescindiendo de las fluctuaciones normales en el rendimiento—, entonces las poblaciones agrícolas del núcleo quedaban obligadas a soportar el grueso de las fluctuaciones de la cosecha pese a sus tenues niveles de subsistencia. Como en toda economía agrícola, la cuestión fundamental en las relaciones de clase es cuál de ellas absorberá el inevitable impacto de los años malos. Dicho en otros términos, qué clase se asegura su seguridad económica a expensas de cuál.

Un segundo factor que conviene recordar en el caso de los estados prístinos es el conocimiento notablemente rudimentario que los estados tenían de la verdadera dimensión del área cultivada y de las cosechas previstas y reales, distrito a distrito, de trigo y cebada. Aunque el estado sabía mucho más de su núcleo que de las regiones que lo circundaban, resultaba más que probable que confiscara demasiado grano en un mal año, dejando a sus súbditos al borde de la muerte por inanición. Es decir, más allá de la rapacidad de los primeros estados, carecían del conocimiento detallado necesario como para poder modificar su nivel de apropiación en línea con la capacidad de pago de sus súbditos. Se produ-

24. Debo esta idea a Victor Lieberman; véase su *Strange Parallels*, I, pp. 1-40.

cía, como dijo uno de mis colegas en cierta ocasión: *all thumbs and no fingers for fine-tuning*[25]. Los resultados de estos errores de cálculo venían a sumarse a la incapacidad de controlar sobre el terreno la codicia de sus propios recaudadores de impuestos en su deseo de apropiarse de ellos para su propio beneficio.

En caso de emergencia, cuando la maximización de los ingresos tributarios se convierte en una cuestión de supervivencia, la presión sobre la región nuclear resultaba prácticamente insoportable, aunque provocara el riesgo de huida o rebelión. Las áreas más periféricas no constituían una alternativa realista. Lo normal es que fueran marginales en términos agrícolas, con cosechas peores y más irregulares; que los beneficios que podían obtenerse de su apropiación quedaran parcialmente anulados por los costes de transporte, y que el conocimiento acerca de estos recursos y el control sobre el aparato administrativo que podría apropiarse de ellos disminuyera radicalmente con la distancia al centro. Las elites, si creían encontrarse en peligro de muerte o investidas de celestiales ambiciones, no tenían el menor problema en adoptar estrategias de supervivencia que podían suponer matar a la gallina de los huevos de oro: su núcleo cerealista. Lo que retrospectivamente leemos como un «colapso» pudo haber sido, en mi opinión, el resultado de la resistencia y la huida del núcleo, en situaciones como estas, de unos súbditos desesperados.

Los estudiosos de lo que el «colapso» pudo haber significado para los estados mesopotámicos en el tercer milenio a. e. c. apuntan hacia esta misma cuestión de quién asume el riesgo: «Dado que es improbable que la autoridad central redujera sus costes en proporción a la disminución del ingreso obtenido en algunos sectores de la población, es más que probable que la presión fiscal se incrementara para el resto»[26]. Las evidencias provenientes de lás últimas fases de la dinastía acadia (*ca.* 2200 a. e. c.) indican que el núcleo del reino era exprimido periódicamente, puesto que suponía la fuente más jugosa y cercana de ingresos. Los funcionarios del núcleo podían, y así lo hacían, exigir que se plantaran más cereales y que se acortaran los barbechos para maximizar la producción inmediata a costa del rendimiento a largo plazo. Dos siglos más tarde, cuando Ur se vio amenazada, según parece, por las incursiones amorreas, los generales encargados de la defensa presionaron de tal

25. Una conocida metáfora de mi antiguo colega Ed Lindblom [lit. «intentando hacer un ajuste fino solo con los pulgares y sin ningún dedo», equivalente a «Gato con guantes no caza ratones», para denotar falta de habilidad o de sutileza. *N. de los T.*]

26. Yoffee y Cowgill, *The Collapse of Ancient States and Civilizations*, p. 260.

forma a los campesinos de Ur que estos se rebelaron o huyeron. El colapso de este estado de mano de obra-grano se recoge en un pasaje de la famosa lamentación sobre Ur: «El hambre llenó la ciudad como el agua [...] Su rey en su propio palacio respiraba amargamente, *completamente solo*; su gente dejó caer las armas»[27].

A finales del tercer milenio a.e.c., Egipto, un estado mucho mayor y mejor consolidado que la veintena de entidades políticas rivales en competencia de Mesopotamia, era también, según parece, un estado que presionaba sin tregua a su población agrícola del núcleo para obtener más grano y más trabajo, lo que provocó un descenso en sus niveles de vida[28]. El hecho de que la franja de tierra fértil del Nilo estuviera encajonada entre desiertos hizo que fuera más fácil presionar a la población de forma más intensa de lo que habría sido posible con un campesinado con más oportunidades de fuga. Algunos comentaristas han insistido en el exiguo «equipamiento» de los súbditos campesinos y en las leyes suntuarias que impedían al 90 % de la población vestir ciertas prendas, poseer ciertos bienes o celebrar ciertos rituales reservados a las elites[29].

A falta de la clase de información demográfica que nos permitiría dar seguimiento a los movimientos de población, resulta, lamentablemente, imposible descubrir si las dimensiones de la huida del núcleo se incrementaron conforme se extraía más grano y trabajo de su población. Asumiendo que fuera factible y habitual, ¿podían los estados compensar, mediante la adquisición de cautivos de guerra y su reasentamiento forzoso en el núcleo, las fugas —veloces o paulatinas— de sus oprimidos súbditos que huían del núcleo?

Elogio del colapso

¿Por qué deberíamos lamentarnos del «colapso» cuando la situación que describe es habitualmente la desagregación de un estado complejo, frágil y típicamente opresor en fragmentos menores y descentralizados[30]? Una explicación sencilla y no enteramente superficial de por qué lo ha-

27. Citado en Morris, *Why the West Rules — for Now*, p. 194.
28. David O'Connor, «Society and Individual in Early Egypt», en Richards y Van Buren, *Order, Legitimacy, and Wealth in Ancient States*, pp. 21-35.
29. *Ibid.*; Broodbank, *The Making of the Middle Sea*, p. 277.
30. A continuación, elaboro esa línea general de escepticismo originalmente concebida en Yoffee y Cowgill, *The Collapse of Ancient States and Civilizations*, y McAnany y Yoffee, *Questioning Collapse*.

cemos es porque priva a todos esos estudiosos y profesionales dedicados a documentar las civilizaciones antiguas de la materia prima que necesitan. Nos deja con menos yacimientos importantes para los arqueólogos, con menos textos para los historiadores y con menos baratijas —grandes y pequeñas— con los que rellenar las vitrinas de los museos. Podemos encontrar maravillosos e instructivos documentales sobre la Grecia arcaica, sobre el Antiguo Imperio egipcio y sobre el Uruk de mediados del tercer milenio, pero en vano buscaríamos un retrato de los períodos oscuros que les sucedieron: la «Edad Oscura» de Grecia, el «Primer Período Intermedio» de Egipto o el declive de Uruk en el Impero acadio. Y, sin embargo, existen buenas razones para sostener que estos períodos «vacantes» representaron un grito de libertad de muchos súbditos estatales y una mejora del bienestar humano.

Lo que pretendo poner en cuestión aquí es un prejuicio raramente examinado conforme al cual las agregaciones de población en la cúspide de los centros estatales son vistas como triunfos de la civilización, mientras que la descentralización en unidades políticas menores se considera una ruptura o fracaso del orden político. En mi opinión, deberíamos «normalizar» el colapso y verlo, más bien, como la inauguración de una reformulación periódica y probablemente saludable del orden político. En el caso de los estados más centralizados con economías de planificación y racionamiento, tales como Ur III, Creta o la China Qin, los problemas parecen más intrincados y los ciclos de centralización, descentralización y reagregación parecen haber sido habituales[31].

El «colapso» de un centro estatal arcaico aparece implícitamente —pero con frecuencia, erróneamente— asociado a un sinfín de tragedias humanas, como la alta mortalidad. Sin duda, una invasión, una guerra o una epidemia pueden provocar un gran número de bajas, pero resulta igualmente frecuente que el abandono de un centro estatal suponga una pequeña o inexistente pérdida de vidas humanas. Tales casos deberían ser considerados, más bien, como redistribuciones de la población y, en el caso de las guerras o las epidemias, a menudo sucede que el abandono de la ciudad en beneficio del campo sirve para salvar muchas vidas que, de otro modo, se habrían perdido. Gran parte de la fascinación por el «colapso» nos viene de la *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano* de Edward Gibbon. Pero, incluso en este caso clásico, se ha sostenido que no se produjo pérdida, sino redistribución de la población con la absorción de diversos pueblos no latinos como los

31. Tainter, *The Collapse of Complex Societies*.

godos[32]. Desde una perspectiva más amplia, la «caída» del imperio restauró el «antiguo mosaico regional» que había prevalecido hasta que se pergeñó el imperio a partir de sus unidades constitutivas[33].

Qué es lo que se pierde cuando se abandona o se destruye un gran centro estatal es, pues, una cuestión empírica. Sin duda, afectará a la división del trabajo, a la escala del comercio o a la arquitectura monumental. Pero, por otra parte, es igualmente probable que la cultura subsista —y se desarrolle— en múltiples centros menores no sometidos ya a la batuta del centro. No deberíamos confundir nunca cultura con centros estatales, o la cumbre de una cultura cortesana con sus cimientos más amplios. Y, sobre todo, nunca deberíamos confundir el bienestar de la población con el poder de la corte o del centro estatal. No resulta infrecuente que los súbditos de los estados tempranos abandonaran tanto la agricultura como los centros urbanos para evadir los impuestos, el reclutamiento, las epidemias o la opresión. Desde cierto punto de vista podría parecer que han regresado a formas más rudimentarias de subsistencia como la de los pastores o los recolectores. Pero, desde otro, más general en mi opinión, podrían haber escapado de los impuestos sobre el grano y sobre el trabajo, y de las epidemias, sustituyendo una opresiva servidumbre por una mayor libertad y movilidad física, evitando, quizá, la muerte en combate. En estos casos, el abandono del estado podría haber sido percibido como emancipación. Obviamente, esto no significa en modo alguno que la vida fuera del estado no estuviera a menudo caracterizada por la depredación y las agresiones de otro tipo, sino, sencillamente, que no tenemos ninguna razón para dar por hecho que el abandono del centro urbano es, por sí mismo, un descenso a la brutalidad y a la violencia.

Estos ciclos irregulares de agregación y dispersión nos recuerdan patrones de subsistencia anteriores a la aparición de los primeros estados. Así, las condiciones radicalmente más frías y secas del Dryas Reciente habrían obligado a poblaciones anteriormente dispersas a dirigirse hacia tierras bajas más templadas y húmedas, donde se habrían agrupado para sacar provecho de una mayor disponibilidad de alimentos. En Mesopotamia, alrededor de 7000 a. e. c. (al final del Neolítico Precerámico Fase A), el descenso en la producción y, quizá, las enfermedades provocaron, en cambio, una dispersión general de la población.

32. Véase G. W. Bowersock, «The Dissolution of the Roman Empire», en Yoffee y Cowgill, *The Collapse of Ancient States and Civilizations*, pp. 165-175. Bowersock afirma que el imperio solo llegaría a desaparecer con la posterior invasión árabe.

33. Cunliffe, *Europe Between the Oceans*, p. 364.

Dada la alta variabilidad de la temporada y el volumen de las lluvias de una estación a otra, es razonable pensar que los pueblos agrícolas desarrollarían un repertorio de conductas para tiempos de persistentes hambrunas que conduciría a la dispersión de los grandes asentamientos hasta que las condiciones mejorasen[34]. Un estudioso de Mesopotamia ha sugerido que deberíamos extender la noción de un campesinado anfibio por encima de las sagradas e impermeables fronteras entre agricultores y pastores. Tan radical como la sugerencia de Owen Lattimore sobre la frontera Han-Mongol en China, es la idea de Adams de que «la conexión entre nómadas y sedentarios es una calle de doble sentido, en la que los individuos y los grupos se mueven de un lado a otro de este continuo como respuesta a las presiones ambientales y sociales»[35]. Lo que para muchos es un retroceso y una herejía civilizatoria podría, visto más de cerca, no ser más que una prudente y largamente experimentada adaptación a la variabilidad ambiental.

El tipo de ajustes necesarios para hacer frente, digamos, a la sequía, debe de haber caracterizado a todas las comunidades agrarias establecidas en cualquier momento de la historia. Podemos denominarlas oscilaciones no vinculadas al estado para distinguirlas de los efectos estatales. En mi opinión, en la era de los primeros estados el abandono de su centro fue, con la mayor frecuencia, resultado directo o indirecto de su propia formación. Dada la concentración sin precedentes de cosechas, habitantes, ganados y actividad económica urbana propiciada por los estados, toda una serie de efectos —agotamiento del suelo, aterramiento, inundaciones, salinización, epidemias, incendios o malaria (ninguno de los cuales existía en niveles ni remotamente parecidos antes del estado y cualquiera de los cuales podría, paulatina o repentinamente, vaciar una ciudad o destruir un estado)— se hicieron más habituales.

Finalmente, y lo que quizá sea más importante para nuestros efectos, llegamos a la causa política directa de la extinción estatal: ¡víctimas de la política! Los abrumadores impuestos sobre el grano y el trabajo, las guerras civiles y de sucesión en la capital, las guerras entre ciudades, las medidas opresivas de castigo corporal y el maltrato arbitrario pueden considerarse efectos del estado y, juntos o por separado, pueden provocar su colapso. La fuga de población en el núcleo cerealista y un patrón persistente de «echarse al monte» y al pastoreo en momentos de inquietud, pueden haber actuado, en un estado con una preocupación

34. Riehl, «Variability in Ancient Near Eastern Environmental and Agricultural Development».

35. Adams, «Strategies of Maximization, Stability, and Resilience», p. 334.

crucial por la mano de obra, como un dispositivo homeostático. Es de suponer que un estado, sabedor de que numerosos de sus súbditos se estaban escapando, debería tomar medidas para aliviar sus cargas y cortar la sangría. Sin embargo, la frecuencia del colapso sugiere que dichas señales o no eran recibidas o fueron ignoradas.

A los episodios de colapso les sucede con frecuencia lo que se ha dado en denominar una «edad oscura». Al igual que debemos someter a revisión crítica el significado del colapso, del mismo modo el término «edad oscura» debe ser cuestionado: ¿oscura para quién y en qué sentido? Las edades oscuras son tan frecuentes como las tan cacareadas cimas dinásticas de consolidación. El término es, con frecuencia, una forma de propaganda con el que una dinastía centralizadora compara sus logros con lo que presenta como la desunión y descentralización que le precedió. Como mínimo, no parece justificado que la mera despoblación de un centro estatal y la ausencia de construcciones monumentales y de registros cortesanos puedan llamarse una edad oscura y considerarse como equivalentes a la extinción de la luz de la civilización. Sin duda, ha habido períodos en los que, efectivamente, las invasiones, las epidemias, la sequía y las inundaciones han acabado con miles de personas y dispersado (o esclavizado) a los supervivientes. En estos casos, el término «edad oscura» parece justificado como punto de partida. En todo caso, la «oscuridad» de cada edad es una cuestión de investigación empírica, no una etiqueta que podamos imponer gratuitamente. El problema para el historiador o el arqueólogo que pretende iluminar una edad oscura es que nuestro conocimiento es muy limitado; no en vano por eso se llaman, precisamente, «edades oscuras». Hay, al menos, dos obstáculos, que oscurecen nuestra visión. El primero es que no contamos con la cúspide de la formación política urbana en su autocontemplación y autocomplacencia. Si queremos saber qué es lo que pasa, tenemos que salir a buscarlo a la periferia, en ciudades más pequeñas, aldeas y campamentos de pastores. En segundo lugar, los hallazgos de registros escritos y de bajorrelieves escasean, si es que no han desaparecido, y nos dejan, si no exactamente «a oscuras», como mínimo en el reino de la cultura oral, con sus dificultades de seguimiento y datación. El tan conveniente para los historiadores y arqueólogos centro cortesano, encargado de su propia documentación, que ofrecía una cómoda ventanilla única para historiadores y arqueólogos, se ve sustituido por una «edad oscura» fragmentada, dispersa y básicamente sin documentación.

Tras el «colapso» de Ur III, hacia finales del tercer milenio a. e. c., el consenso afirma que la llanura aluvial sumeria entró en una «edad oscura» cuya duración es objeto de discusión. Numerosas comunida-

des asentadas quedaron abandonadas. «Al tiempo que la vida sedentaria estuvo a punto de desvanecerse, los anales y archivos locales que podrían haber registrado este proceso parecen haber estado ausentes por completo»[36]. Sobre la magnitud del despoblamiento caben pocas dudas. Broodbank escribió: «Según una estimación, la población del Levante meridional se derrumbó hasta una décima o una vigésima parte de su nivel anterior». «La mayor parte de los grandes asentamientos se vaciaron, siendo sustituidos por una pléyade de diminutos emplazamientos de escasa duración»[37].

La razón que suele aducirse para este colapso es la de la «invasión» de los amorreos, un pueblo pastor, acaso expulsado de su tierra natal por la sequía. Sin embargo, no parece haber habido gran derramamiento de sangre —en coherencia con nuestro entendimiento de la importancia de la mano de obra— y la hegemonía amorrea parece haberse impuesto como un proceso progresivo. Constituye un misterio qué es lo que pudo haber pasado con la población. Quizá se dispersó por una amplia zona, pero no hay pruebas de que se produjeran matanzas. Otra posibilidad es que la sequía o las epidemias se cobraran muchas vidas y dispersaran a los supervivientes. El dominio amorreo parece haber sido más benigno que el de Ur III. Los gobernantes amorreos parecen haber suprimido la mayoría de los impuestos y del trabajo forzado —quizá para contener la hemorragia de población— y haber estimulado una sociedad de grandes agricultores, comerciantes y súbditos libres. En todo caso, nada parecido a una historia de atrocidades y saqueo bárbaro.

Gran parte de la historia de Mesopotamia que ha llegado hasta nosotros proviene del período más ampliamente documentado de tres siglos considerado «la época dorada» de Ur III, Acad y la breve hegemonía babilónica. Sin embargo, Seth Richardson nos recuerda que se trata de un período anómalo, y que siete de los nueve siglos entre 2500 y 1600 a. e. c. fueron épocas de división y descentralización[38]. No tenemos indicio alguno de que este período, aunque «oscuro» en el sentido de que careció de un luminoso estado que elaborara sus propias crónicas, lo fuera en términos de hambre o violencia.

La «edad oscura» de Egipto, denominada Primer Período Intermedio, duró algo más de un siglo (2160-2030 a. e. c.), entre los Imperios Antiguo y Medio. No parece haberse producido un cataclismo entre la población, ni siquiera una dispersión radical de los patrones de asenta-

36. Adams, *The Land Behind Bagdad*, p. 55.
37. Broodbank, *The Making of the Middle Sea*, p. 349.
38. Richardson, «Early Mesopotamia», p. 16.

miento. En su lugar, lo que parece haberse dado es un hiato en la continuidad del gobierno central. El resultado aparente fue el surgimiento de gobernantes locales —*nomarcas*— que solo nominalmente reconocían a la corte central. Es probable que se redujeran los impuestos, al tiempo que las elites provinciales se apropiaron del derecho a imitar los rituales antes reservados exclusivamente a la elite central. Supuso, pues, una pequeña democratización de la cultura. En resumen, el Primer Período Intermedio se parece menos a una edad oscura que a un breve episodio de descentralización desencadenado, casi con seguridad, por una etapa de bajo caudal en el Nilo que provocó pérdida de cosechas y el relajamiento del control del estado central sobre sus súbditos. Las inscripciones de este período hablan tanto de la revolución en las relaciones sociales —del saqueo, del asalto a los almacenes de grano, del ascenso de los pobres y de la caída de los ricos— como de las privaciones en general[39].

La Edad Oscura de Grecia se extendió desde aproximadamente 1100 a 700 a. e. c. Muchos de sus centros palaciales fueron abandonados y, con frecuencia, físicamente destruidos o quemados, el comercio disminuyó radicalmente y desapareció la escritura en Lineal B. Se han sugerido muchas causas no comprobadas: la invasión doria, la invasión de los misteriosos «pueblos del mar» del Mediterráneo, la sequía y, quizá, las enfermedades. En términos culturales, parece ser una edad oscura previa a las subsiguientes glorias de la cultura clásica griega. Ahora bien, como ya hemos señalado, las epopeyas orales *Odisea* e *Ilíada* datan precisamente de esta edad oscura de Grecia y solo más tarde se transcribirían en la forma en que hemos llegado a conocerlas. Cabría argumentar, de hecho, que estas epopeyas orales que perviven gracias a su repetida ejecución pública y a su memorización constituyen una forma mucho más democrática de cultura que los textos que no dependen tanto de su representación como de una pequeña clase de elites alfabetizadas capaz de leerlos. Si bien la Edad Oscura griega supone un largo y completo eclipse de las ciudades-estado anteriores, apenas sabemos nada de la vida en los centros autónomos, fragmentados y de pequeño tamaño que sobrevivieron ni del papel que pueden haber desempeñado a la hora de sentar las bases del subsiguiente florecimiento de la Grecia clásica.

Puede, por tanto, que haya mucho que decir en favor de las edades oscuras en términos de bienestar humano. Gran parte de la dispersión que las caracteriza no es probablemente otra cosa que una huida de la

39. «No hay duda de que el país está dando vueltas como la rueda del ceramista. El ladrón es el dueño de las riquezas...» (Bell, «The Dark Ages in Ancient History», p. 75).

guerra, de los impuestos, de las epidemias, de las malas cosechas y del reclutamiento forzoso. Como tal, pudo restañar las principales pérdidas derivadas del sedentarismo concentrado bajo control estatal. La descentralización resultante, quizá, no solo sirvió para reducir las cargas estatales, sino que pudo haber promovido un modesto grado de igualitarismo. Por último, siempre que no asimilemos necesariamente la creación cultural con la cúspide estatal, la descentralización y la dispersión, podrían haber provocado tanto una reformulación como una diversificación de la producción cultural.

Me gustaría, cuando menos, dejar una indicación de otra variedad de verdadera edad oscura, ni reconocida, ni documentada, lejos de los centros estatales. La mayor parte de la población mundial en la época de los estados tempranos estaba compuesta por cazadores y recolectores. William McNeill supone que pudieron quedar demográficamente diezmados al entrar en contacto con las nuevas enfermedades generadas por las concentraciones en los núcleos cerealistas, enfermedades que, en las poblaciones urbanas, se estaban haciendo endémicas y, consiguientemente, menos letales[40]. Si ello es así, una gran parte de esta población no estatal podría haber fallecido al margen de todo registro histórico, como sucedió con la devastación epidémica de las poblaciones del Nuevo Mundo que sucumbieron a las enfermedades que se adentraban en su territorio, mucho antes de que cayeran bajo la mirada de los europeos. Si añadimos al saldo de estas enfermedades la sustracción de las poblaciones no estatales como esclavos, práctica que continuaría hasta el siglo XIX, nos encontraremos ante una «edad oscura» de épicas proporciones entre los pueblos «sin historia» que ha pasado desapercibida para esta.

40. McNeill, *Plagues and People*, pp. 58-71 [hay trad. cast. de Homero Alsina Thevenet, *Plagas y pueblos*, Siglo XXI, Madrid, 1984]. David Wengrow (comunicación personal) cree que el contacto a través del comercio y el intercambio en toda esta área podría haber actuado contra el aislamiento de la población que hace posible las epidemias entre poblaciones inmunológicamente «vírgenes». Aunque sin duda esto es cierto para los grandes centros de población y para las rutas comerciales que los unían, podría no serlo tanto para los pueblos no estales alejados de las principales rutas comerciales y que habitaban poblaciones lo suficientemente pequeñas como para que muchas de estas enfermedades infecciosas comunes no se hubieran hecho endémicas. La conjetura de McNeill no es más que eso y deberá aguardar a ulteriores investigaciones.

7

LA EDAD DORADA DE LOS BÁRBAROS

> La historia de los campesinos la escriben los habitantes de las ciudades.
> La historia de los nómadas la escriben los sedentarios.
> La historia de los cazadores-recolectores la escriben los agricultores.
> La historia de los pueblos no-estatales la escriben los escribas de corte.
> Todas ellas aparecen catalogadas en los archivos como «Historias de los bárbaros».

Si en 2500 a.e.c. echáramos una mirada desde el espacio, los primeros estados de Mesopotamia, de Egipto y del valle del Indo (como Harappa) apenas serían visibles. En 1500 a.e.c. por ejemplo, quizá hubiera algunos centros más (los mayas y el río Amarillo), pero su presencia geográfica conjunta puede haber hasta menguado. Aun en el momento culminante de los «superestados» romano y Han antiguo, su ámbito de control efectivo habría resultado sorprendentemente modesto. Con respecto a la población, la gran mayoría a lo largo de este período (y puede argumentarse que hasta, al menos, 1600 e.c.) estaba constituida por pueblos no estatales: cazadores y recolectores, recolectores marinos, horticultores, agricultores de roza y quema, pastores y un buen número de agricultores que no estaban sometidos ni al gobierno ni a los impuestos de estado alguno[1]. Las fronteras, incluso en el Viejo Mundo, eran todavía lo suficientemente espaciosas como para resultar atractivas para quienes quisiesen mantener lejos al estado[2].

1. Entiendo por «impuestos» un gravamen más o menos regular sobre la producción, el trabajo o la renta de los súbditos. En los estados antiguos, «los impuestos» suelen adoptar la forma de impuestos en especie (por ejemplo, sobre la cosecha de los campesinos) o la de trabajo (corvea).

2. Mi colega Peter Perdue, un experto en la China de frontera y en poblaciones no estatales en general, situaría la fecha final más tardía a finales del siglo XVIII, cuando, se-

Al tratarse de fenómenos fundamentalmente agrarios, los estados, salvo en algunos valles intermontanos, se nos aparecen como pequeños archipiélagos aluviales, situados en las llanuras inundables de un puñado de grandes ríos. Por muy poderosos que llegaran a ser, su influencia quedaba ecológicamente restringida a esos suelos fértiles y convenientemente irrigados, capaces de soportar la concentración de trabajo y grano que constituía la base de su poder. Más allá de este «punto ideal» ecológico, no eran capaces de gobernar en las tierras áridas, en ciénagas y marismas o en lo alto de las montañas. Podían, sí, organizar expediciones de castigo y ganar un par de batallas, pero gobernar era ya otra cuestión. La mayor parte de los estados, independientemente de su duración, estaban formados, probablemente, por un núcleo central gobernado directamente, una zona de penumbra de pueblos cuya incorporación dependía del variable poder y riqueza del estado, y un área completamente fuera de su alcance. Por lo general, los estados no tenían la pretensión de gobernar regiones fiscalmente estériles y exteriores a su núcleo central que, en condiciones normales, no habrían compensado los costes necesarios. En cambio, los estados sí trataban de encontrar aliados militares y asociados en su *Hinterland*, y comerciaban con ellos para obtener las materias primas imprescindibles que escaseaban.

El *Hinterland* no era meramente una zona *no* gobernada (o, mejor dicho, todavía no gobernada), sino, más bien, una zona gobernada, desde el punto de vista del centro estatal, por «bárbaros» y «salvajes». Aunque lejos de constituir categorías linneanas precisas, «bárbaros» a menudo denotaba un pueblo pastor hostil que suponía una amenaza militar para los estados, pero que podía, en ciertas circunstancias, llegar a ser incorporado; a los «salvajes», por su parte, se los veía como bandas de cazadores-recolectores incapaces de servir como materia prima para la civilización, y que podían ser ignorados, aniquilados o esclavizados. Cuando Aristóteles describía a los esclavos como herramientas, podemos imaginar que tenía en mente a los «salvajes» y no a todos los bárbaros (a los persas, por ejemplo).

En general, el prisma de la «domesticación» resulta útil para entender a los «bárbaros» desde el punto de vista de los centros estatales. Los campesinos cerealistas y los siervos del centro estatal son súbditos domesticados, mientras que los recolectores, cazadores y nómadas son pueblos salvajes, primitivos y sin domesticar: son bárbaros. Los bárba-

gún observa, «casi todas las fronteras del globo quedaron ocupadas por colonos y mercaderes y los comerciantes globales de mercancías extraían recursos de todos los grandes continentes» (comunicación personal).

ros son a los súbditos lo que la fauna salvaje, los parásitos y las alimañas son al ganado domesticado. En el mejor de los casos, siguen pendientes de captura, y en el peor, constituyen una molestia y una amenaza que deben ser exterminadas. Además de una molestia, tanto ellos como las aves, ratones y ratas que se presentan sin invitación al festín de la cosecha en los campos de labor representan un peligro para el estado y la civilización. Las malas hierbas, las alimañas, los bichos y los bárbaros (lo «no domesticado») amenazan a la civilización en el estado cerealista. Deben ser dominados y domesticados o, si ello no es posible, exterminados o rigurosamente excluidos de la *domus*.

Una vez más, debo dejar bien claro que empleo el término «bárbaro» en un sentido irónico y como un guiño al lector. Los «bárbaros» y toda su abundante parentela («bestias», «salvajes», «primitivos», «gentes del bosque», «montañeses») son términos inventados en los centros estatales para describir y estigmatizar a aquellos que no han sido convertidos en súbditos estatales. En la dinastía Ming el término «cocinado», referido a bárbaros en proceso de asimilación, significaba, en la práctica, aquellos que se habían asentado, habían sido registrados en los censos tributarios y que estaban, en principio, bajo el gobierno de magistrados Han. Es decir, aquellos que se decía que habían «entrado en el mapa». Un grupo idéntico en lengua y cultura quedaba a menudo dividido en sus fracciones «cocinada» y «cruda» dependiendo, únicamente, de si caían dentro o fuera de la administración estatal. Tanto para los chinos como para los romanos, los bárbaros y las tribus empezaban justo allí donde no llegaban los impuestos y la soberanía. Entiéndase, pues, de aquí en adelante, que cuando empleo el término «bárbaro», lo hago como una suerte de abreviatura irónica de «pueblos no estatales».

Las civilizaciones y su penumbra bárbara

Hemos visto con gran detalle como el estado primitivo resultaba radicalmente inestable por causas estructurales, epidemiológicas y políticas, y que también se mostraba vulnerable a la depredación por parte de otros estados. Lo que quisiera argumentar ahora es que la amenaza que suponían los bárbaros fue, tal vez, el factor individual más importante a la hora de limitar el crecimiento de los estados durante un período que no es posible medir en siglos, sino en milenios. Desde las incursiones amorreas en Mesopotamia, pasando por la «Edad Oscura» en Grecia, la fragmentación del Imperio romano y la dinastía Yuan (mongol) de China, y tal vez más allá, la presencia de los bárbaros constituía el mayor

peligro para la subsistencia del estado y, en todo caso, la limitante esencial de su crecimiento[3]. No me refiero tanto a los bárbaros «protagonistas» (mongoles, manchúes, hunos, mogoles, osmantíes) como a las innumerables bandas de pueblos no estatales que corroían con sus incesantes incursiones las comunidades sedentarias cultivadoras de grano. Muchos de estos pueblos no estatales que los asaltaron eran ellos mismos, al menos, semisedentarios: por ejemplo, pastunes, kurdos o bereberes.

A mi juicio, el mejor modo de conceptualizar esta actividad es concebirla como una forma lucrativa y sofisticada de caza y recolección. Las comunidades sedentarias representaban, para los recolectores móviles, un emplazamiento irresistible para practicar una cosecha concentrada. El siguiente inventario del botín procedente de una importante (¡y, en última instancia, fracasada!) razia montañesa en época colonial tardía sobre un asentamiento en las tierras bajas de India occidental nos da una cierta idea de los réditos que ofrecía: 72 bueyes, 106 vacas, 55 terneros, 11 búfalas, 54 ollas de latón y de cobre, 50 vestidos, 9 mantas, 19 arados de hierro, 65 hachas, adornos y cereal[4].

En mi opinión, el período entre la primera aparición de los estados y su hegemonía sobre pueblos no estatales supuso algo así como la «edad dorada de los bárbaros». Lo que quiero decir es que, en muchos sentidos, era «mejor» ser un bárbaro *porque* había estados (siempre que esos estados no fuesen demasiado fuertes). Los estados actuaban como jugosos emplazamientos para el saqueo y los tributos. Así como el estado requería una población sedentaria cultivadora de grano para su depredación, del mismo modo esta concentración de pueblos asentados, con su grano, su ganado, su mano de obra y sus mercancías, servía como un lugar de extracción para esos otros depredadores de mayor movilidad. Cuando esta se vio potenciada por camellos, caballos, estribos o embarcaciones ligeras de poco calado, el alcance y la efectividad de sus razias se amplió enormemente. El regreso a la vida bárbara hubiera resultado mucho menos atractivo en ausencia de estos lugares de recolección concentrada. Mi argumento es que, si tomamos en consideración la capacidad de carga de la ecología bárbara, esta se vio incrementada por la existencia de esos pequeños estados, de igual modo que lo hubiera sido por una producción propicia de cereales salvajes o por una migración de animales de caza. Sería difícil decir si fueron los microparásitos

3. J. N. Postgate distingue, para el caso de Mesopotamia, entre razias «montañesas» y razias «pastoralistas», considerando estas últimas como las más susceptibles de destruir el estado; *Early Mesopotamia*, p. 9 [hay trad. cast. de Carlos Pérez Suárez, *La Mesopotamia arcaica. Sociedad y economía en el amanecer de la historia*, Akal, Madrid, 1999].

4. Skaria, *Hybrid Histories*, p. 13.

de las comunidades sedentarias o los brotes de asaltantes macroparasitarios los que contribuyeron más a limitar el crecimiento de los estados y sus poblaciones.

Sin duda, sería absurdo tratar de poner fechas exactas a la «edad dorada de los bárbaros». Lo más probable es que la historia y la geografía concretas de cada región nos ofrezcan una configuración diferente de las relaciones entre bárbaros y estado, relación que, en todo caso, tendería a modificarse con el paso del tiempo. Puede que las «incursiones» amorreas en Mesopotamia de en torno a 2100 a.e.c. representaran un pico notable de «problemas» bárbaros, pero, desde luego, no fue esa la única ocasión en que las ciudades-estado mesopotámicas tuvieron que afrontarlos en su *Hinterland*. Y aquí deberíamos recordar que prácticamente todo nuestro conocimiento acerca de las «amenazas» bárbaras proviene de fuentes estatales, fuentes que bien pudieran tener sus propias razones para rebajar o, más verosímilmente, para exagerar la amenaza y para definir el término «bárbaro» en un sentido más amplio o más estricto.

Consciente de tales complejidades, Barry Cunliffe se aventura audazmente a proponer que, al menos en el Mediterráneo, la alteración bárbara del mundo estatal antiguo duró más de un milenio, hasta 200 e.c., identificando especialmente, dentro de este período, al siglo entre 1250 y 1150 a.e.c. como la época en que «el edificio del intercambio centralizado, burocrático y de base palaciega se desmoronó por completo»[5]. El abandono prácticamente total de numerosos centros estatales en esta época se atribuye habitualmente a la invasión de los así llamados «pueblos del mar», tal vez de origen micénico o filisteo, de los que muy poco se sabe[6]. Asaltaron Egipto en 1224 a.e.c. y, junto con nómadas procedentes del desierto al oeste del Nilo, de nuevo, en 1186 a.e.c. En torno a esa misma época proliferan las fortificaciones y las torres en el Mediterráneo septentrional, presumiblemente para defenderse de incursiones por tierra y por mar. En el transcurso de este largo milenio, una buena parte de la población mediterránea se vio desplazada no en una, sino en numerosas ocasiones. A juicio de Cunliffe, para el siglo II a.e.c. «había remitido en gran medida ese *ethos* omnipresente de las incursiones», pero no antes de que los celtas hubiesen asaltado el mismo Delfos[7].

Al final de este período, al otro lado del continente euroasiático, las dinastías Qin y Han estaban experimentando sus propios proble-

5. Cunliffe, *Europe Between the Oceans*, p. 229.
6. Para un útil resumen de los que conocemos como «pueblos del mar» y de los términos del debate, véase Gitin, Mazar y Stern, *Mediterranean Peoples in Transition*.
7. Cunliffe, *Europe Between the Oceans*, p. 331.

mas con el control de las tierras abarcadas por el gran «meandro de Ordos» del río Amarillo, con la confederación tribal Xiongnu. En lo que se refiere a la parte central del continente, Bennet Bronson afirma que la relativa ausencia de estados fuertes en el subcontinente indio se debió fundamentalmente a la abundancia de poderosos grupos nómadas de saqueo que impidieron toda consolidación estatal. Bronson explica que, desde el siglo IV a.e.c. hasta 1600 e.c., «los dos tercios septentrionales del subcontinente no produjeron más que, exactamente, dos estados de moderada duración y que ejerciesen control regional: el [Chandra] Gupta y el Mogol». «Ninguno de ellos ni ninguno de los otros pequeños estados duró más de dos siglos, con prolongados y severos interregnos anárquicos por todas partes»[8].

Owen Lattimore, el pionero de los estudios fronterizos en el contexto de la relación de China con su poderosa, militarizada y nómada franja septentrional, cree distinguir una pauta continental más general. Se refiere a las murallas y fortificaciones estatales contra pueblos no estatales que se levantaron desde Europa occidental pasando por Asia central hasta China, y que permanecieron en pie hasta las invasiones mongolas de Europa en el siglo XIII. Pudiera parecer una afirmación algo extravagante, pero, viniendo de Lattimore, merece una reflexión. «Existió una cadena interconectada de fronteras fortificadas al norte del mundo civilizado antiguo desde el Pacífico hasta el Atlántico. Las primeras murallas fronterizas parecen haber estado en el sector iranio. Las fronteras amuralladas del Imperio romano de Occidente en Britania, y en el Rin y el Danubio, se alzaron frente a tribus de los bosques, montañas y praderas, para ese momento, de pastores nómadas»[9].

Con todo, el principal beneficio que la aparición de estados reportaba a los bárbaros no era tanto en forma de lugares de depredación como de puestos comerciales. Como los estados presentaban agroecologías tan limitadas, dependían, para su supervivencia, de una plétora de productos de fuera de la llanura aluvial. Los pueblos estatales y los no estatales resultaban ser socios comerciales por naturaleza. Tanto crecía un estado en población y riqueza, tanto igualmente lo hacía su intercambio comercial con sus vecinos bárbaros. En el primer milenio a.e.c. se produjo una auténtica explosión del comercio marítimo en el Mediterráneo que incrementó exponencialmente el volumen y el valor del intercambio. En este contexto, la mayor parte de la «economía bárbara» se dedicaba al suministro de las materias primas y de los bienes que

8. Bronson, «The Role of Barbarians in the Fall of States», p. 208.
9. Lattimore, «The Frontier in History», p. 486.

requerían los mercados de las tierras bajas, muchos de los cuales se destinaban, a su vez, a la reexportación hacia otros puertos. Una gran proporción de lo que suministraban los bárbaros era ganado, en el más amplio sentido del término: ganado mayor, ovejas y, sobre todo, esclavos. A cambio, obtenían textiles, grano, artículos de hierro y de cobre, cerámica y producciones artesanales suntuarias, también, en buena medida, procedentes del comercio «internacional». Los grupos bárbaros que controlaban al menos una de las grandes rutas comerciales (normalmente un río navegable) hasta un gran centro de las tierras bajas podían cosechar enormes ingresos, convirtiéndose, a su vez, en llamativos focos del lujo, el talento y, si se quiere, de la «civilización».

Así pues, saquear al estado y comerciar con él convirtieron la vida económica en sus márgenes en algo mucho más viable y lucrativo de lo que podía haber resultado en su ausencia. Pero, como veremos, saquear y comerciar no eran simplemente formas alternativas de apropiación, sino que se combinaban con eficacia en modos que imitaban ciertas variantes de la estatalidad.

Geografía bárbara, ecología bárbara

Los «bárbaros» no son, en ningún caso, ni una cultura ni la falta de ella. Tampoco constituyen un «estadio» del progreso histórico o evolutivo, cuyo escalón más alto sería, a tenor del discurso histórico de incorporación compartido por romanos y chinos, la vida dentro de un estado como contribuyente. Para César, «incorporación» significaba el paso de tribal (amistoso u hostil) a «provincial» y, quizás en última instancia, a romano. Para los Han implicaba progresar desde «crudo» (hostil) a «cocinado» (amistoso) y, quizás en última instancia, a Han. Los estadios intermedios «provincial» y «cocinado» constituían categorías específicas de incorporación administrativa y política a las que seguiría, en circunstancias ideales, la asimilación cultural. Dicho fría y estructuralmente, es más fácil concebir lo «bárbaro» como una posición frente al estado o al imperio. Los bárbaros son un pueblo adyacente a, pero no dentro de, un estado. En palabras de Bronson, están simplemente «ahí fuera, mirando hacia dentro»[10]. Los bárbaros no pagan impuestos; si hubiesen tenido algún tipo de relación fiscal con el estado, se esperaría que aportasen tributo como colectivo.

10. Bronson, «The Role of Barbarians in the Fall of States», p. 200.

Resulta relativamente fácil describir la geografía y la ecología estatales en el mundo antiguo partiendo de los requisitos agrarios y demográficos de la construcción estatal. Los estados solo aparecían habitualmente en los fértiles suelos de las tierras bajas con buen acceso al agua. Hasta la segunda mitad del primer milenio a. e. c., cuando las embarcaciones de vela de mayor calado podían transportar cargamentos mayores a distancias más largas, los estados tenían que aferrarse a su núcleo cerealista. La geografía y la ecología de los bárbaros resulta, en cambio, más difícil de describir concisamente porque constituye una categoría amplia y residual; básicamente, se extiende por todas las geografías inadecuadas para la construcción estatal. Las zonas bárbaras a las que se hace referencia con mayor frecuencia son las montañas y las estepas. Pero, de hecho, casi cualquier región de difícil acceso, ilegible y sin caminos transitables, e inadecuada para el cultivo intensivo, puede considerarse como zona bárbara. Por consiguiente, los densos bosques sin talar, las ciénagas, marismas, los deltas fluviales, marjales, páramos, desiertos, brezales, yermos áridos y hasta el propio mar han sido relegados a esta categoría por parte del discurso estatal. Muchísimos nombres aparentemente étnicos resultan no ser, traducidos literalmente, más que la descripción geográfica de pueblo impuesta por el discurso estatal: «pueblos del monte», «habitantes de los pantanos», «pueblos del bosque», «pueblos de las estepas». La única razón por la que los pastores nómadas de la estepa, los pueblos de las montañas y los pueblos del mar figuran tan prominentemente en el discurso estatal sobre los bárbaros es porque dichas gentes no solo estaban fuera de su alcance, sino porque eran también los que con mayor probabilidad podían suponerle una amenaza militar.

Con frecuencia, el límite figurado y a menudo también literal del alcance de un estado quedaba dibujado por una barrera física erigida por un estado entre zonas «civilizadas» y «bárbaras». La primera gran muralla de este tipo fue la «muralla de la tierra» de 250 kilómetros de longitud erigida hacia 2000 a. e. c. entre el Tigris y el Éufrates por orden del rey sumerio Sulgi. Aunque suele aparecer descrita como una muralla para mantener fuera a los bárbaros amorreos (tarea en la que fracasó), Anne Porter y otros creen que tenía la finalidad adicional de mantener dentro a los contribuyentes mesopotámicos[11]. Para el primitivo Imperio romano, los bárbaros «empezaban» en la margen oriental del Rin, más

11. Porter, *Mobile Pastoralism*, p. 324. Como también ha demostrado Porter, los amorreos eran más una rama de la sociedad mesopotámica que «bárbaros». Eran, desde luego, rivales y usurpadores, pero no «forasteros» (p. 61).

allá de la cual los romanos no se aventurarían después de su catastrófica derrota en la batalla del bosque de Teutoburgo (9 a. e. c.). Los Balcanes, «un país de montañas y valles surcado por innumerables arroyos y con pocas zonas amplias de tierra llana», estaban igualmente delimitados por una frontera (*limes*) de fortificaciones[12].

La geografía de los bárbaros se correspondía con los rasgos distintivos de su ecología y demografía. Como categoría residual, describe modos de subsistencia y asentamiento diferentes de los del núcleo estatal cerealista. En un mito sumerio, se advierte del siguiente modo a la diosa Adniĝkidu que no se case con un dios nómada, Martu: «Aquel que habita en las montañas [...] que ha sostenido numerosos enfrentamientos [...] no conoce la sumisión, come comida sin cocinar, no tiene casa donde vivir, no es enterrado cuando muere...». Difícilmente puede concebirse una imagen especular más elocuente de la vida de un súbdito estatal productor de grano y con base en la *domus*[13]. El *Libro los Ritos* (*Liji*) de la dinastía Zhou establece el contraste entre las tribus bárbaras que comen carne (cruda o cocinada) y el «nutritivo cereal» de los civilizados. Entre los romanos, el contraste entre su dieta de grano y la dieta gala de carne y productos lácteos era un elemento clave de su pretensión de pertenencia al estatus civilizado. Los bárbaros estaban dispersos, se desplazaban permanentemente y vivían en pequeños asentamientos. Podían ser agricultores itinerantes, pastores, pescadores, cazadores-recolectores, recolectores o recolectores-comerciantes a pequeña escala. Podían incluso plantar y comer algo de grano, pero difícilmente constituirían los cereales su alimento básico como sí lo era para los súbditos estatales. Eran, en virtud de su movilidad, de la diversidad de sus modos de vida y de su dispersión, materia prima inadecuada para la apropiación y la construcción estatales, y era precisamente por estas razones por lo que se les llamaba bárbaros. Tales distinciones admitían diferencias de grado, lo que, a su vez, permitía al estado distinguir entre aquellos bárbaros candidatos plausibles para la civilización y los que consideraban un caso perdido. A ojos de los romanos, los celtas, que desbrozaban la tierra, producían algo de grano y levantaban enclaves comerciales (*oppida*), eran bárbaros «de gama alta», mientras que las bandas de cazadores, acéfalas y móviles, eran irrecuperables. Las sociedades bárbaras pueden, como los *oppida* celtas, ser notablemente jerárquicas, pero su jerarquía no se basa, por lo general, en la propiedad heredada y suele ser menos acusada que la de los reinos agrarios.

12. Burns, *Rome and the Barbarians*, p. 150.
13. Citado en el volumen 1 de Coatsworth *et al.*, *Global Connections*, p. 76.

A menudo los caprichos de la geografía hacían que el territorio del núcleo cerealista central estuviese fragmentado por, pongamos por caso, colinas y ciénagas, lo que suponía que dicho núcleo estatal podía incluir en su interior varias regiones bárbaras «no incorporadas». Con frecuencia, los estados, a la hora de empalmar regiones arables próximas, soslayaban o pasaban por encima de las zonas recalcitrantes. Los chinos, por ejemplo, diferenciaban entre «bárbaros internos», en cuarentena en el interior de dichas regiones, y «bárbaros externos», en las fronteras del estado. Las narrativas civilizatorias de los estados primitivos dan por hecho, si es que no lo afirman sin más, que algunos de estos pueblos primitivos, por azar o por habilidad, domesticaron cultivos y animales, establecieron comunidades sedentarias y llegaron a fundar ciudades y estados. Habían dejado atrás el primitivismo en pos del estado y la civilización. De acuerdo con este relato, los bárbaros serían quienes no hicieron esta transición, los que se quedaron fuera. A partir de esta escisión existirían dos esferas: la esfera civilizada del asentamiento, las ciudades y los estados, por un lado; y la esfera primitiva de los cazadores, recolectores y pastores móviles y dispersos, por el otro. La membrana entre ambas era permeable, pero solo en una dirección. Los primitivos podían entrar en la esfera de la civilización (ese era, al fin y al cabo, el tema de ese gran relato), pero resultaba inconcebible que los «civilizados» pudieran revertir al primitivismo.

Hoy sabemos, a partir de los datos históricos, que esta visión es por completo errónea. Lo es por tres razones al menos. En primer lugar, ignora los milenios de fluctuación y vaivén entre los modos sedentarios y no sedentarios de subsistencia y sus muchas opciones mixtas intermedias. Aunque el asentamiento permanente y la agricultura de arado fueron requisitos para la construcción del estado, tan solo eran una parte de un amplio abanico de opciones entre diferentes modos de vida que podían adoptarse o abandonarse conforme cambiaban las condiciones. En segundo lugar, el propio acto de fundar un estado y su subsiguiente expansión era, de por sí, un típico acto de desplazamiento. Puede que una parte de la población preexistente fuera absorbida, pero otra, tal vez la mayoría, corrió fuera de su alcance. Muchas de las poblaciones bárbaras adyacentes a un estado bien pudieron haber estado, en realidad, compuestas por refugiados del propio proceso de construcción estatal. En tercer lugar, tal como hemos visto, una vez que se crearon los estados, con frecuencia existían tantas razones para entrar como para salir huyendo de él. Aunque, como sugiere el discurso estándar, la población se sintiera atraída hacia el estado por las oportunidades y la seguridad que ofrecía, es igualmente cierto que las altas tasas de morta-

lidad combinadas con la huida de la esfera estatal la neutralizaban lo bastante como para que la esclavitud, las guerras de captura y el reasentamiento forzado apareciesen como parte integral de las necesidades de mano de obra del estado primitivo.

El punto clave para nuestros propósitos es que, una vez establecido, el estado expulsaba súbditos además de incorporarlos. Los motivos para la huida eran enormemente variados (epidemias, malas cosechas, inundaciones, salinización, impuestos, guerra y reclutamiento), y conducían tanto a un goteo constante como, ocasionalmente, a un éxodo masivo. Algunos de los fugitivos se retiraban a estados adyacentes, pero buena parte de ellos (quizá, especialmente, los cautivos y esclavos) se dirigían hacia la periferia y hacia otros modos de subsistencia, convirtiéndose, de este modo, en bárbaros por decisión voluntaria. Con el paso del tiempo, una proporción creciente de los pueblos no estatales no eran ya esos «primitivos prístinos» que tozudamente rechazaban la *domus*, sino ex súbditos estatales que habían escogido, si bien a menudo en circunstancias desesperadas, mantenerse apartados del estado. Este proceso, explicado en detalle por muchos antropólogos entre los que Pierre Clastres sea tal vez el más famoso, ha sido denominado «primitivismo secundario»[14]. Cuanto mayor era la duración de los estados, tantos más refugiados salían expulsados hacia la periferia. Los lugares de refugio en los que se acumularon, se convirtieron, al cabo del tiempo, en *shatter zones**, pues su complejidad lingüística y cultural reflejaba el hecho de que habían sido pobladas por varias oleadas de refugiados a lo largo de un extenso período.

El proceso de primitivismo secundario, o lo que podría llamarse «pasarse a los bárbaros», es mucho más común de lo que cabría deducir de cualquiera de las narrativas civilizatorias estándar, y resulta especialmente pronunciado en tiempos de colapso estatal o en los interregnos marcados por la guerra, las epidemias y el deterioro medioambiental. En tales circunstancias, lejos de haber sido considerado una lamentable recaída en las privaciones, bien podría haberse experimentado como una evidente mejoría en la seguridad, la nutrición y el orden social. Hacerse bárbaro era, a menudo, una forma de intentar mejorar tu suerte.

14. Clastres, *La Société contre l'État* [hay trad. cast. de Ana Pizarro, *La sociedad contra el estado*, Monte Ávila, Barcelona, 1978].

* El término *shatter zone* hace referencia en geología a una zona de rocas fracturadas o con fisuras que, con frecuencia, se rellena con depósitos minerales. Como metáfora ha pasado a designar en la antropología y ciencia política anglosajonas a una zona de frontera entendida como área de refugio y resistencia frente al capitalismo y al dominio estatal.

De los nómadas señala Christopher Beckwith:

> Estaban, en general, mucho mejor alimentados y tenían vidas más fáciles y longevas que los habitantes de los grandes estados agrícolas. Se producía un constante drenaje de pueblos que huían de China hacia los reinos de la estepa oriental, donde no dudaban en proclamar la superioridad del estilo de vida nómada. De modo semejante, muchos griegos y romanos se unieron a los hunos y a otros pueblos euroasiáticos centrales, entre quienes vivían y se les daba un trato mejor que en casa[15].

Esta autonomadización voluntaria no era un fenómeno raro ni aislado. Como ya hemos señalado anteriormente, para la frontera mongola de China es Owen Lattimore quien ha defendido con mayor contundencia que la finalidad de la(s) Gran(des) Muralla(s) no era menos la de mantener a los contribuyentes chinos dentro que la de frenar las incursiones bárbaras y que, aun así, una gran cantidad de campesinos han, obligados a pagar impuestos, se habrían «distanciado» del espacio estatal (especialmente en tiempos de desorden político y económico) y «ligado resueltamente a gobernantes bárbaros»[16]. Lattimore, en calidad de estudioso de las fronteras en general, cita a un erudito del Imperio romano occidental tardío que descubrió ese mismo patrón. También aquí «la inmisericorde recaudación de impuestos y la desesperación de los ciudadanos ante opulentos malhechores» empujó a los ciudadanos romanos a buscar la protección de los hunos de Atila[17]. «En otros términos», añade Lattimore, «hubo tiempos en los que la ley y el orden de los bárbaros eran superiores a los de la civilización»[18].

Precisamente porque esta práctica de pasarse a los bárbaros contradice plenamente el relato *expedito* de la civilización, no es algo que uno pueda encontrar en las crónicas de corte y en las historias oficiales. Resulta subversiva en el más profundo de los sentidos. La atracción que ejercieron los godos en el siglo VI e.c. fue, al menos, tan poderosa como lo había sido antes la de los hunos. Totila (rey de los ostrogodos, 541-552 e.c.) no solo aceptó esclavos y colonos en su ejército godo, sino que hasta consiguió que se alzaran contra sus señores senatoriales prometiéndoles la libertad y la propiedad de la tierra. «Al hacerlo, permitió (y proporcionó una excusa para) algo que las clases bajas de Roma

15. Beckwith, *Empires of the Silk Road*, p. 76.
16. Lattimore, «The Frontier in History», pp. 476-481.
17. *Ibid.*, citando a E. A. Thompson, *A History of Attila and the Huns*, Oxford University Press, Oxford, 1948, pp. 185-186.
18. Lattimore, «The Frontier in History», p. 481.

habían querido hacer desde el siglo III: hacerse godos por desesperación ante su situación económica»[19].

Gran cantidad de bárbaros, pues, no eran pueblos primitivos que se habían quedado o que habían sido dejados atrás, sino, más bien, refugiados políticos y económicos que habían huido a la periferia para escapar de la pobreza inducida por el estado, de los impuestos, de la esclavitud y de la guerra. Al tiempo que los estados proliferaban y crecían, se les amontonaba la cantidad de personas que ponía los pies en polvorosa. La existencia de una extensa frontera (como sucedió con la migración al Nuevo Mundo para los europeos pobres de los siglos XIX y XX) proporcionó una vía de alivio menos peligrosa que la rebelión[20]. Sin idealizar la vida en la franja bárbara, Beckwith, Lattimore y otros han dejado claro que el abandono del espacio estatal en favor de la periferia se sentía menos como una expulsión a *las tinieblas de afuera* que como una mejora de las condiciones, cuando no como una emancipación. A medida que el estado se debilitaba y se veía amenazado, surgía la tentación de ejercer una mayor presión sobre el núcleo para compensar las pérdidas, lo que, a su vez, incrementaba el riesgo de ulteriores defecciones, creando un círculo vicioso. Parece que el colapso del estado palacial centralizado cretense y micénico (*ca.* 1100 a. e. c.) podría achacarse, en parte, a un escenario de este tipo. «Sometido a presión burocrática para que aumentase su producción, el campesinado, tal como sugieren los datos arqueológicos, debió de caer en la desesperación, y huyó para intentar valerse por sí mismo, dejando despoblado el territorio dominado por el palacio», escribe Cunliffe. «Rápidamente sobrevendría el colapso»[21].

Regresemos brevemente a la necesidad de mano de obra. El estado primitivo tenía éxito en la medida en que era capaz de amasar una zona de apropiación de productores de grano concentrados sobre un suelo productivo. Mantener esa población en su lugar o, en caso negativo, reponer las pérdidas era la clave para el gobierno del estado. El confinamiento podía ayudar. «El único modo de evitar perder población, poder y riqueza frente a la Eurasia central era construir murallas, limitar

19. Herwig Wolfram, *History of the Goths*, trad. de Thomas J. Dunlap, University of California Press, Berkeley, 1988, p. 8 [hay trad. cast. de Julia García Lenberg, *Los godos y su historia*, Acento, Madrid, 2002], citado en Beckwith, *Empires of the Silk Road*, p. 333.

20. Debe señalarse que Espartaco y sus rebeldes pretendían salir de Italia, pero fueron frenados por una traición y, después, por el ejército de Sila. Para una historia de las prácticas de huida del estado en las tierras altas del sudeste asiático, véase mi *The Art of Not Being Governed*.

21. Cunliffe, *Europe Between the Oceans*, p. 238.

el comercio en las ciudades fronterizas y atacar a los pueblos esteparios para destruirlos o mantenerlos alejados siempre que fuese necesario»[22].

Las tribus eran, en primera instancia, una ficción administrativa del estado; las tribus empiezan donde acaba el estado. El antónimo de «tribu» es «campesino», o sea, un súbdito estatal. Esa tribalidad es, ante todo, una relación con el estado que se resume a la perfección en la práctica romana de revertir al empleo de los anteriores nombres tribales para describir a las poblaciones provinciales que se habían desgajado, rebelándose contra Roma. El hecho de que los bárbaros que amenazaron los estados e imperios y que, por consiguiente, han logrado entrar en los libros de historia aparezcan con nombres reconocibles (amorreos, escitas, xiongnu, mongoles, alamanos, hunos, godos, zúngaros) da una impresión de cohesión e identidad cultural que, por lo común, resulta manifiestamente incompatible con los hechos. Todos estos grupos eran confederaciones informales de pueblos heterogéneos, reunidos brevemente con propósitos militares y solo *a posteriori* caracterizados por el estado amenazado como «pueblos». En particular, los pastores poseen estructuras de parentesco notablemente flexibles que les permiten incorporar y excluir miembros del grupo dependiendo de asuntos tales como los pastos disponibles, la cantidad de ganado o las tareas pendientes, incluidas las militares. Como les sucede a los estados, también ellos suelen andar a la busca y captura de mano de obra y, por tanto, admiten con facilidad refugiados y prisioneros en la estructura de parentesco de su linaje.

Para los romanos y para la dinastía Tang, las tribus eran unidades administrativas territoriales que poco o nada tenían que ver con las características del pueblo así designado. Gran cantidad de los que se tienen por nombres tribales no son sino topónimos: un valle concreto, un macizo montañoso, un tramo de un río, un bosque. En algunos casos, el término podía hacer referencia al presunto carácter del grupo. Como en el caso del que los romanos llamaban cimbros, que significa «ladrones» o «bandoleros»*. El objetivo, así de romanos como de chinos, era en-

22. Beckwith, *Empires of the Silk Road*, pp. 333-334.

* Tanto el origen de los cimbros, como la etimología y significado de su etnónimo, son poco claros, habiéndose propuesto múltiples hipótesis con una base más o menos remota en términos y raíces germánicos o celtas. En todo caso, la idea de que los romanos llamasen a ese pueblo a partir de un vocablo cuyo significado fuera «ladrón» parece una reconstrucción tardía. Las fuentes más antiguas (en griego) como Estrabón (7.293) se limitan a decir que se trataba de un pueblo viajero que practicaba la piratería (διότι λῃστρικοὶ ὄντες καὶ πλάνητες). Plutarco (*Mar.* 11,3), por su parte, señala que los germanos llamaban cimbros a los ladrones (καὶ ὅτι Κίμβρους ἐπονομάζουσι Γερμανοὶ τοὺς λῃστάς). Esta afirmación no puede tomarse como que los germánicos creyeran que la palabra «cim-

contrar o, en su defecto, simplemente, designar un líder o jefe que, en lo sucesivo, sería responsable del buen comportamiento de su pueblo. Bajo el sistema chino (*tusi*) de «utilizar bárbaros para gobernar sobre bárbaros», se nombraba un jefe sometido a ellos, se le daban títulos y privilegios y se le hacía responsable de «su pueblo» ante los funcionarios Han. Naturalmente, con el paso del tiempo esta ficción administrativa podía adquirir una existencia autónoma propia. Una vez establecidas, estas ficciones eran institucionalizadas por los tribunales, el pago de tributos, los funcionarios inferiores nativos, los registros catastrales y las obras públicas, estructurando la parte de la vida nativa que involucraba contacto con el estado. Un «pueblo» originalmente creado sin base alguna por una decisión administrativa podía llegar a adoptar conscientemente esa identidad, incluso como una forma de desafío. Según el esquema evolutivo de César, descrito anteriormente, las tribus precedían a los estados. Teniendo en cuenta lo que sabemos, sería más exacto decir que los estados precedían a las tribus y que, de hecho, en buena medida las inventaron como instrumento de gobierno.

Incursiones

Tras la incursión de un pueblo de más allá de la llanura aluvial, un adinerado habitante de Ur escribió el siguiente lamento:

> Aquel que vino del altiplano se ha llevado mis bienes a las tierras altas [...] El pantano se ha tragado mis bienes [...] Hombres que no conocían la plata se han llenado las manos con mi plata. Hombres que no conocían las gemas se han abrochado mis gemas alrededor del cuello[23].

Aunque la densidad de grano, población y ganado en un espacio reducido es la fuente de poder de un estado, también lo es de su vulnerabilidad, potencialmente fatal, frente a asaltantes móviles[24]. Sin duda, el

bro» significa ladrón, sino que parece un caso más de gentilicio difamatorio (como cretino, vándalo, cafre o chichimeca). Los lexicógrafos griegos y latinos tardíos habrían simplificado la explicación señalando «ladrón» como «significado» de la voz «cimbro». Así, Festo (*ep. p. 43 M*): *Cimbri lingua Gallica latrones dicuntur* o la Suda (*s. v.*): Κίμβρος ὁ λῃστής.

23. Wengrow, *What Makes Civilization?*, p. 99.

24. Se podría argumentar, por analogía, que los grandes animales gregarios, al ser relativamente sedentarios y congregarse en grandes cantidades en ciertas épocas del año, resultaban especialmente vulnerables a las «incursiones», o sea, a la «caza», con perros, jabalinas y arcos por parte del *Homo sapiens* y, por ende, se contaban, probablemente, en-

estado no era, con frecuencia, más rico que su periferia, pero, como hemos visto, la diferencia decisiva estriba en que la riqueza del estado, o de cualquier comunidad sedentaria, está convenientemente almacenada en un espacio limitado. Los asaltantes móviles, especialmente si van a caballo, llevan la iniciativa militar. Pueden llegar en el momento y al lugar de su elección y en número suficiente como para desbordar el punto más débil de una comunidad asentada o como para interceptar una caravana comercial. Si son lo bastante numerosos, pueden tomar una comunidad fortificada. Su ventaja radica en las razias relámpago. No es probable, entonces, que traten de asediar una ciudad fortificada, puesto que, cuanto más tiempo estén quietos, más tiempo tendrá el estado para movilizarse en su contra, anulando así su ventaja estratégica. En condiciones premodernas y quizás incluso hasta la época de los cañones, los ejércitos móviles de pastores han resultado, por lo general, superiores a los ejércitos aristocráticos y campesinos de los estados[25]. Hasta en regiones sin pastores ni caballos, la pauta general parece ser que los pueblos con mayor movilidad (cazadores-recolectores, agricultores de roza y quema, y pueblos marineros) tienden a dominar y a imponer tributos a los horticultores y agricultores sedentarios[26].

El bien conocido dicho bereber «El saqueo es nuestra agricultura», citado en la Introducción, resulta significativo. Apunta, a mi ver, en la dirección de una importante verdad sobre la naturaleza parasitaria de las incursiones. Los graneros de una comunidad sedentaria pueden representar dos o más años de trabajo agrícola del que los asaltantes pueden apropiarse en un abrir y cerrar de ojos. El ganado cercado en redil o en un corral es, en un sentido análogo, un granero viviente que puede ser confiscado. Y, puesto que el botín de una incursión también solía incluir esclavos para su conservación, venta o rescate, también ellos representaban un depósito concentrado de valor y productividad (criados a unos costes considerables) que podía desaparecer en un día. Ahora bien, desde una perspectiva todavía más amplia, se podría decir, sin embargo, que un parásito estaba desplazando a otro, en el sentido de que los asaltantes estaban confiscando y dispersando los bienes acumulados de lo que, hasta ese momento, había sido un emplazamiento concentrado de apropiación reservado exclusivamente al estado[27].

tre los primeros en verse amenazados de extinción tan pronto como la población de tales cazadores se volvió numerosa.

25. Beckwith, *Empires of the Silk Road*, p. 321.

26. Santos-Granero, *Vital Enemies*.

27. Perdue me recuerda que la relación entre asaltantes móviles y criaturas sedentarias también puede encontrarse en el reino de los animales y de los insectos. Se trata de estrategias de subsistencia diferentes y, en cierta medida, competitivas.

Por su parte, los asaltantes bárbaros estaban relativamente a salvo de represalias por parte del estado. Móviles y dispersos, en la mayoría de los casos les bastaba con desvanecerse entre los montes, las ciénagas y los pastizales carentes de caminos, por los que los ejércitos debían internarse a su propio riesgo y ventura. Los ejércitos estatales pueden resultar eficaces contra objetivos estáticos y comunidades sedentarias, pero se mostraban impotentes en sus campañas contra bandas acéfalas sin autoridad central, ya fuera para negociar con ellas o para derrotarlas en combate.

Otra forma de mostrar la relativa inmunidad frente a los contrataques chinos de, por ejemplo, los asaltantes mongoles es poner de relieve, como ha hecho Lattimore, la ausencia de centros neurálgicos en los pastizales[28]. Si hemos de prestar fe a las palabras que Heródoto pone en labios de un interlocutor escita, los asaltantes nómadas eran completamente conscientes de las ventajas militares de no tener activos fijos. «Nosotros[, los escitas,] no poseemos ni ciudades ni tierra cultivada, por lo que, sin temer que [aquellas] sean conquistadas o [esta] arrasada, podemos enfrentarnos más velozmente a vosotros en combate»[29].

En el Mediterráneo de finales del segundo milenio a.e.c., el peligro para los estados provenía menos de los pastizales y desiertos que del mar. Al igual que la estepa o el desierto, los mares navegables ofrecen oportunidades únicas a los incursores marítimos para sorprender y saquear a las comunidades costeras o, en algunos casos, para conquistarlas a título de gobernantes. Los nómadas marinos también se alimentaron del enorme crecimiento del comercio mediterráneo por medio de la piratería, el equivalente a la depredación de los pastores de las caravanas terrestres. El rey de Ugarit, cerca de la actual Latakia en Siria, describe un ataque sobre su reino cuando sus propios carros y barcos estaban ausentes: «He aquí que llegaron los barcos enemigos; mis ciudades fueron incendiadas y cometieron iniquidades en mi país»; «Los siete barcos del enemigo que aquí vinieron nos infligieron grave daño»[30]. Además de los conocidos ataques sobre Egipto y el Levante, los asaltantes navales fueron probablemente responsables también de la destrucción de la Creta palacial y del corazón del Imperio hitita[31]. Fueron los precursores de

28. Owen Lattimore, «On the Wickedness of Being Nomads».
29. Citado en Beckwith, *Empires of the Silk Road*, p. 69 [Heródoto, IV 127.2].
30. Paul Äström, «Continuity and Discontinuity: Indigenous and Foreign Elements in Cyprus Around 1200 BC», en Gitin, Mazar y Stern, *Mediterranean Peoples in Transition*, pp. 80-86, cita en p. 83.
31. Susan Sherratt, «'Sea peoples' and the Economic Structure of the Late Second Millennium in the Eastern Mediterranean», en Gitin, Mazar y Stern, *Mediterranean Peoples in Transition*, pp. 292-313, cita en p. 305.

otros famosos asaltantes marítimos: los vikingos y los «gitanos de mar» (*orang laut*) del Asia sudoriental. La piratería contemporánea en el mar de Arabia sugiere que aun hoy la velocidad, la movilidad y la sorpresa pueden prevalecer tácticamente, al menos por un tiempo, sobre los buques portacontenedores «cuasi sedentarios».

Poco se sabe de estos «piratas de mar». Quizá tomaron Chipre como base de operaciones y podrían haber sido responsables de varias oleadas de ataques durante más de un siglo. Como los asaltantes pastorales, formaban un conjunto extremadamente heterogéneo en lo relativo a sus antecedentes culturales y lingüísticos. Aparecen en documentos y crónicas estatales como una fuente de inquietud y de pánico. La investigación moderna, no obstante, los ha rehabilitado no ya solo como asaltantes, sino como constructores de ciudades en muchos de los reinos que capturaban.

Existe una profunda contradicción inherente a las propias incursiones, que, una vez comprendida, nos muestra por qué se trata de un modo de subsistencia radicalmente inestable que en la mayoría de circunstancias suele evolucionar hacia algo completamente distinto. Llevadas a su conclusión lógica, las incursiones resultan autodestructivas. Si, por poner un ejemplo, los asaltantes atacan una comunidad sedentaria, llevándose su ganado, su grano, su gente y sus objetos de valor, el asentamiento quedará destruido. Conociendo su destino, otros se mostrarán reacios a asentarse en dicho lugar. Si los asaltantes convirtieran en práctica habitual tales ataques, y tuvieran éxito, pronto habrían acabado con toda la «caza» en las proximidades o, mejor dicho, habrían «matado a la gallina de los huevos de oro». Tres cuartos de lo mismo sucede con los asaltantes o con los piratas que atacan caravanas o rutas marítimas. Si se lo llevan todo, o bien se extingue el comercio o, lo que es más probable, buscará otra ruta más segura.

Sabiéndolo, es muy probable que los asaltantes reajusten su estrategia hacia algo parecido a un «*racket* de protección» [red mafiosa]. A cambio de una porción de las mercancías, de la cosecha, del ganado y de otros objetos de valor, estos asaltantes «protegen» a los mercaderes y a las comunidades frente a los demás asaltantes y, naturalmente, de sí mismos. La relación es análoga a la de las enfermedades endémicas en las que el patógeno se procura una subsistencia permanente a partir del huésped en vez de acabar con él. Como lo normal es que exista una pluralidad de grupos asaltantes, cada uno suele tener sus propias comunidades propias a las que protege y «cobra impuestos». Se seguirán produciendo incursiones, con frecuencia devastadoras, pero lo más probable es que se trate de ataques por parte de una comunidad de asaltantes so-

bre una localidad protegida por otra diferente. Tales ataques representaban una forma de guerra indirecta entre grupos rivales. Los *rackets* de protección que se vuelven rutinarios y persistentes en el tiempo constituyen una estrategia a más largo plazo que el saqueo de una sola vez y, por tanto, dependen de un entorno político y militar razonablemente estable. En su tarea de extraer un excedente sostenible de las comunidades sedentarias y de mantener a raya los ataques externos para proteger su base, no resulta fácil distinguir un *racket* de protección como este del propio estado arcaico[32].

En general, los estados antiguos, además de erigir murallas y reunir ejércitos propios, a menudo pagaban a los poderosos bárbaros para que *se abstuvieran* de incursionar. Estos pagos podían tomar muchas formas. Podían, por salvar las apariencias, aparecer descritos como «regalos» a cambio de una sumisión y entrega de tributos meramente formales. Podían consistir en la concesión a un grupo asaltante del monopolio sobre el control del comercio en un lugar o sobre un artículo concretos. Podían disimularse como pagos a una milicia para que asegurase la paz en la frontera. A cambio, los incursores aceptarían expoliar solo a enemigos del estado aliado. Este, a su vez reconocería a menudo la independencia del incursor en un territorio concreto. Con el tiempo, si el acuerdo se mantenía, la zona protegida por el asaltante podía llegar a asemejarse a un gobierno provincial cuasi autónomo[33].

Las relaciones entre la dinastía Han (oriental) en torno a 200 a. e. c. y sus vecinos incursores nómadas, los xiongnu, constituye un eximio ejemplo de acomodación política. Los xiongnu comenzaban por realizar incursiones relámpago, retirándose a las estepas antes de que las fuerzas estatales pudieran tomar represalias. Poco después, los xiongnu enviaban embajadas a la corte prometiendo paz a cambio de términos favorables para el comercio fronterizo o de subsidios directos. El acuerdo solía quedar sellado mediante un tratado en el cual los nómadas aparecían como tributarios y en el que escenificaban su sometimiento a vasallaje, a cambio de enormes subsidios. Este tributo «inverso» era enorme: una tercera parte de la nómina estatal se destinaba a comprar a los nómadas. Siete siglos después, bajo los Tang, los funcionarios entregaban medio millón de rollos de seda al año a los iugures en términos análogos. Sobre el papel, podría parecer que los nómadas eran pueblos tributarios subordinados al emperador Tang, pero el flujo de

32. Esta lógica aparece bien desarrollada en Charles Tilly, «War Making and State Making as Organized Crime».
33. William Irons, «Cultural Capital, Livestock Raiding».

rentas efectivo sugiere, en la práctica, todo lo contrario. Efectivamente, los nómadas estaban aceptando sobornos de los Tang a cambio de no atacarlos[34].

Cabe imaginar que tales *rackets* de protección fueron más corrientes de lo que muestran los documentos, puesto que lo más probable es que se tratara de secretos de estado que, si llegaban a hacerse enteramente públicos, podrían desmentir la fachada pública de un estado todopoderoso. Heródoto apunta que los reyes persas pagaban tributos anuales a los cisios (habitantes de Susa en las estribaciones de los montes Zagros, al borde de la llanura aluvial mesopotámica) para que no saquearan el corazón del territorio persa, poniendo en peligro su comercio de caravanas terrestres. Los romanos, después de varias derrotas en el siglo IV e. c., entregaron a los celtas mil libras de oro para evitar sus incursiones, práctica que retomarían con los hunos y con los godos.

Si damos un paso atrás y ampliamos el foco, las relaciones bárbaros-estado pueden concebirse como una competición entre dos facciones por el derecho de apropiación sobre el excedente del módulo sedentario de grano y mano de obra. Dicho módulo constituye la base para la formación del estado y resulta, de igual modo, esencial para la acumulación bárbara. Es el premio que se obtiene. Las incursiones que saquean de una sola vez suelen terminar acabando con el huésped, mientras que los *rackets* de protección estable imitan el proceso de la apropiación estatal y resultan compatibles con la productividad a largo plazo del núcleo cerealista.

Rutas comerciales y núcleos cerealistas susceptibles de tributación

Ya las comunidades más antiguas de cierta magnitud dependían del comercio y del intercambio con otras zonas ecológicas. La consolidación de estados mayores no hizo sino incrementar esta dependencia. Dadas las antiguas limitaciones del transporte, fue la yuxtaposición en Mesopotamia y en el Creciente Fértil de una alta meseta, de valles intermontanos, de una estepa de pie de monte y de la llanura aluvial, además del agua navegable, la que posibilitó una «economía vertical» de intercambio beneficioso[35]. Ur y Uruk solo fueron posibles gracias a los productos provenientes de altitudes superiores: piedras, menas, aceites, madera,

34. Barfield, «Tribe and State Relations», pp. 169-170.
35. Flannery, «Origins and Ecological Effect of Early Domestication».

piedra caliza, esteatita, plata, plomo, cobre, piedras de molino, gemas, oro y, la guinda del pastel, los esclavos y los prisioneros. La mayor parte de estos productos se traían por barco siguiendo cursos de agua. Cuanto más largo y más navegable el río, mayor era, potencialmente, la comunidad política. Las que se desarrollarían en el Mediterráneo fueron réplicas en miniatura de dicho patrón. Solían estar situadas en la llanura aluvial de un río, junto a la costa y en las tierras altas adyacentes, lo que les permitía controlar desde allí el comercio y el intercambio de toda la cuenca. «Con el paso del tiempo, esta particular combinación se vio favorecida gracias a su inigualable capacidad para encauzar e integrar las oportunidades de transporte de alimentos y de adquisición de riquezas, tanto de la tierra como del mar»[36].

Los bárbaros «protagonistas» —los más conocidos para la historia— no eran cualitativamente distintos a otros pueblos no estatales menores y más antiguos (cazadores y recolectores, agricultores de roza y quema, recolectores costeros, pastores) que incursionaban en pequeños estados y comerciaban con ellos. Lo singular era la magnitud sin precedentes de la escala: la de las confederaciones de guerreros a caballo, la de la riqueza de los estados de las tierras bajas, y la del volumen y alcance del comercio. A la luz del terror que suscitaban entre las elites de los estados amenazados, que son, después de todo, las que nos han transmitido las fuentes escritas, resulta comprensible el hincapié que pone la mayor parte de las historias sobre estas incursiones. Ahora bien, esta perspectiva ignora la centralidad del comercio y hasta qué punto las incursiones constituían, a menudo, un medio antes que un fin en sí mismas. Resulta clarificador, en este sentido, el énfasis que pone Christopher Beckwith sobre las rutas comerciales:

> Las fuentes históricas chinas, griegas y árabes concuerdan en que los pueblos de la estepa estaban fundamentalmente interesados en el comercio. El cuidado con que los centroeuroasiáticos emprendían habitualmente sus conquistas resulta revelador. Trataban de evitar el conflicto e intentaban que las ciudades se sometiesen pacíficamente. Solo cuando se resistían o se rebelaban se hacía necesaria la respuesta [...] Las conquistas de los centroeuroasiáticos tenían por objeto la adquisición de rutas o ciudades comerciales. Ahora bien, el motivo de dicha adquisición era garantizar que el territorio ocupado pudiera ser gravado fiscalmente con el fin de sufragar la infraestructura sociopolítica de los gobernantes. Si todo esto suena exacta-

36. Broodbank, *The Making of the Middle Sea*, p. 358. Véase también la elegante aplicación de esta lógica esquemática a los miniestados ribereños tradicionales del mundo malayo en Bronson, «Exchange at the Upstream and Downstream Ends».

mente igual a lo que estaban haciendo los estados sedentarios periféricos es porque, efectivamente, era lo mismo[37].

Los primeros estados agrarios y las comunidades políticas bárbaras compartían aproximadamente los mismos objetivos; ambos pretendían dominar el núcleo cerealista y de mano de obra, y su excedente. Los mongoles, entre otros asaltantes nómadas, comparaban a la población agraria con los *ra'aya*, «rebaños»[38]. Ambos pretendían dominar el comercio que tenían a su alcance. Ambos eran estados esclavistas y asaltantes cuyos principales botines de guerra y artículos de comercio eran los seres humanos. En este sentido, se trataba de *rackets* de protección rivales.

El vínculo existente entre las incursiones y el comercio se muestra en la franja celta del Imperio romano, especialmente en la Galia. Como hemos señalado, en la Roma republicana, a menudo, a los celtas se les pagaba con oro para que se abstuvieran de realizar incursiones. De hecho, con el tiempo, las ciudades celtas (*oppida*) se convirtieron en puestos comerciales multiétnicos situados a lo largo de rutas fluviales que conducían al imperio, dominando el comercio en ese sector. A cambio de grano, aceite, vino, telas de calidad y bienes suntuarios, podían hacer llegar a los romanos materias primas, tejidos de lana, cuero, panceta, perros amaestrados y quesos[39].

A medida que se expandía el comercio terrestre y marítimo, también lo hacían, exponencialmente, las potenciales recompensas derivadas de su control. Dicha expansión tenía que ver, en parte, con factores técnicos como el progreso en la construcción de barcos, en sus aparejos y en la navegación en alta mar. Y, ante todo, naturalmente, dependía del considerable crecimiento tanto en población como en número de las comunidades políticas alrededor del Mediterráneo, del mar Negro y de los principales ríos que conducían a ellos. Aunque intentar datar la expansión del comercio puede ser relativamente arbitrario, Barry Cunliffe señala que, alrededor de 1500 a. e. c., los centros de población más importantes de Egipto, Mesopotamia y Anatolia se habían convertido en ávidos consumidores de productos procedentes de mercados lejanos, y que Creta se había erigido como una importante potencia naval en el Mediterráneo gracias a dicho comercio[40]. Trescientos años más tarde,

37. Beckwith, *Empires of the Silk Road*, pp. 328-329. Véase también Di Cosmo, *Ancient China and Its Enemies*.
38. Fletcher, «The Mongols», p. 42.
39. Cunliffe, *Europe Between the Oceans*, p. 378.
40. *Ibid.*, sobre todo el capítulo 7.

los tristemente célebres «pueblos del mar» parecían dominar los centros urbanos costeros de Chipre y haber eclipsado a los viejos estados agrarios en el control del comercio. En su origen, el comercio de artículos tan afanosamente buscados como el oro, la plata, el cobre, el estaño, las piedras preciosas, los textiles de calidad, la madera de cedro y el marfil fue monopolizado, en la medida de sus posibilidades, por las elites de los estados agrarios. Sin embargo, en torno a 1500 a. e. c., dicho monopolio se había quebrado y, en cualquier caso, el volumen y la variedad de los bienes se habían incrementado hasta hacerlo irreconocible.

El comercio a larga distancia ni siquiera era nuevo. Aun antes del Neolítico, siempre que fuesen pequeños y ligeros, se producía el intercambio a larga distancia de artículos de valor: obsidiana, piedras preciosas y semipreciosas, oro, cuentas de cornalina. Lo que era nuevo no era tanto el radio del comercio como el hecho de que, progresivamente, había ido incluyendo cada vez más artículos a granel, transportados largas distancias por todo el Mediterráneo. Egipto se convirtió en el «granero» del Mediterráneo oriental, suministrando cereales por barco a Grecia y luego a Roma. Lo que, además, resulta también crucial es que los bienes cultivados, obtenidos y recolectados *fuera* del núcleo agrario poseían, a su vez, un mercado potencial exponencialmente mayor. Con bienes procedentes de las montañas, de las altas mesetas, de las franjas costeras y de las marismas, que anteriormente pudieron haber circulado localmente, se comerciaba, ahora, «por todo el mundo». Existía una gran demanda de cera de abeja o de pez, empleada para calafatear barcos. Las maderas aromáticas, como la del alcanforero o la del sándalo, así como las resinas aromáticas, como el incienso y la mirra, alcanzaban un enorme valor. Sería difícil sobreestimar la importancia de esta transformación. Súbitamente, la periferia y la semiperiferia de los estados antiguos se habían convertido en el emplazamiento de artículos de valor para los que, ahora, existía un considerable mercado. La recolección, la caza y la recolección marina se habían convertido en lucrativas actividades comerciales.

Unas simples analogías nos ayudarán a clarificar lo que significó este cambio. En el siglo IX e. c., con el crecimiento de los vínculos comerciales entre China y el sudeste asiático, la caza y la recolección en los bosques de Borneo se dispararon. Algunos afirman que la isla, hasta entonces prácticamente deshabitada, fue poblada por recolectores forestales que intentaban aprovecharse de las oportunidades comerciales que ofrecían la madera del alcanforero, el oro, el marfil de cálao, el cuerno de rinoceronte, la cera de abeja, las especias exóticas, las plumas, los nidos de pájaro comestibles, los caparazones de tortuga, etc.

Una segunda analogía, muy posterior, podemos encontrarla en la demanda mundial de marfil (en el Atlántico norte, principalmente, para teclas de piano y bolas de billar), que originó un sinfín de guerras intertribales por controlar su comercio y, no lo olvidemos, acabó con gran parte de la población de elefantes. Otro caso sería el del comercio de pieles de castor en Norteamérica. Hoy la demanda en los mercados chino y japonés de raíz de *ginseng*, de hongo de oruga y de setas *matsutake* ha convertido su recolección en una actividad comercial que se asemeja, a veces, a la fiebre del oro de Klondike[41]. A una escala menor, pero no menos revolucionaria para su época, las diversas periferias de los estados agrarios se convirtieron en valiosos paisajes comerciales (en algunos sentidos más valiosos que la propia llanura aluvial) insertados por completo en las redes comerciales panmediterráneas. Las posibilidades para los cazadores, los recolectores y los recolectores marinos nunca habían sido más prometedoras.

Eurasia central, especialmente desde el momento en que la navegación abrió los mercados a larga distancia, disponía de abundantes productos para comerciar a cambio de los bienes de los estados agrarios. Beckwith nos ofrece una larga lista de dichos productos registrada por antiguos viajeros. Aunque la relación es enorme, una versión abreviada nos ilustrará sobre su variedad: cobre, hierro, caballos, mulas, pieles, cuero, cera, ámbar, espadas, armaduras, telas, lana, alfombras, mantas, fieltro, tiendas de campaña, estribos, arcos, maderas nobles, linaza, nueces y, nunca ausentes de la lista, esclavos[42]. Es preferible entender las incursiones de los grupos nómadas, semejantes a las guerras de los estados agrarios, como un medio para adquirir comunidades tributarias y para dominar el comercio que circulaba a través de ellas. No era el resultado de la pobreza de los nómadas y, menos aún, fruto de su deseo de objetos relucientes. Todas las sociedades nómadas eran sociedades complejas en el sentido de que practicaban alguna forma de agricultura, además del pastoreo, y de que poseían una considerable clase artesana, de forma que, por lo general, no necesitaban ni los cereales ni la capacidad técnica de los estados agrarios.

Los bárbaros, considerados en sentido amplio, estaban quizá en una posición única para sacar provecho (y en muchos casos, directamente, encargarse) de la explosión del comercio. Después de todo, en virtud de su movilidad y de su dispersión a través de varias zonas ecológicas, constituían el tejido conjuntivo que unía los diversos estados sedentarios de

41. Tsing, *The Mushroom at the End of the World*.
42. Beckwith, *Empires of the Silk Road*, pp. 327-328.

cultivo cerealista intensivo. Conforme crecía el comercio, los pueblos no estatales móviles fueron capaces de dominar sus arterias y sus capilares, y de exigir tributo por ello. La movilidad resultó, si es que es posible, incluso más importante para el comercio marítimo a través del Mediterráneo. Según explica un arqueólogo, estos nómadas del mar fueron, en su origen, con toda probabilidad, marineros que ofrecían sus servicios al «comercio oficial» de los reinos agrarios establecidos. Conforme fue aumentando la escala del comercio y de sus oportunidades, se convirtieron en una fuerza cada vez más independiente, capaz de imponerse como comunidades políticas costeras, realizando incursiones, comerciando y exigiendo tributo al modo de sus contrapartidas terrestres[43].

Gemelos malvados

Pueblos estatales y no estatales, agricultores y recolectores, «bárbaros» y «civilizados», son gemelos, tanto en la realidad como semióticamente. Cada miembro de la pareja evoca al otro. Y, a pesar de los abundantes datos históricos en sentido contrario, los pueblos que, históricamente, se han identificado como pertenecientes al miembro ostensiblemente más «evolucionado» de cada pareja (pueblo estatal, agricultores, «civilizados») han entendido su identidad como algo esencial, permanente y superior. La más tendenciosa de estas parejas, la pareja civilizado-bárbaro, ve la luz como gemelos. Lattimore ha sido el que de manera más clara ha articulado esta tesis del «gemelo malvado»:

> No solo la frontera entre civilización y barbarie, sino las propias sociedades bárbaras fueron en buena medida creadas por el crecimiento y la dispersión geográfica de las grandes civilizaciones antiguas. Solo tiene sentido tratar de «primitivos» a los bárbaros en aquella remota época en la que no existía todavía ninguna civilización y en la que los precursores de los pueblos civilizados eran también primitivos. A partir del momento en que la civilización empezó a evolucionar [...], incorporó a la civilización a una parte de la población que poseía tierras y desplazó a otros; y el efecto sobre aquellos que resultaron desplazados [fue] que [...] modificaron sus propias prácticas económicas y que experimentaron con nuevos tipos de especialización, desarrollando también nuevas formas de cohesión social y de organización política, y nuevas formas de lucha. Fue la propia civilización la que creó su propia plaga bárbara[44].

43. Artzy, «Routes, Trade, Boats and 'Nomads of the Sea'», pp. 439-448.
44. Lattimore, «The Frontier in History», p. 504.

Aunque Lattimore pasa por alto a los millones de recolectores, agricultores itinerantes y recolectores marinos que no eran pastores, sí consigue captar la evolución paralela del nomadismo y de los estados. Estos nómadas, muy especialmente aquellos a lomos de caballo que «azotaban» los centros estatales, deben ser considerados, simplemente, como sus más vigorosos competidores por el control del excedente agrario[45]. Los cazadores y recolectores o los agricultores de roza y quema podían sisar al estado, pero la movilización de las grandes confederaciones de pastores a caballo se habían creado para extraer riqueza de los estados sedentarios; eran un «estado en expectativa de destino» o, en palabras de Barfield, un «imperio en la sombra»[46]. En los casos más poderosos, como el estado itinerante fundado por Genghis Khan, el imperio terrestre contiguo más grande de la historia mundial, o el «Imperio comanche» del Nuevo Mundo, haríamos mejor en considerarlos como «estados a lomos de caballo»[47].

La relación entre periferia nómada y estado adyacente podía adoptar toda una serie de formas y resultaba, en cualquier caso, altamente volátil. En el extremo depredador, podía consistir simplemente en un cierto número de incursiones ocasionales intercaladas con expediciones de represalia por parte de los ejércitos estatales. Las brutales campañas de César en la Galia pueden considerarse como un raro ejemplo de expedición de éxito, ya que, pese a los muchos levantamientos subsiguientes, consiguió ampliar el dominio romano. En otros casos, como los de los xiongnu, los iugures y los hunos, la relación podía incluir sobornos, subsidios y una especie de tributo inverso. Este tipo de acuerdos, por los que los bárbaros recibían parte de los ingresos del complejo cerealista sedentario a cambio de abstenerse de sus incursiones, podría considerarse como una forma de soberanía compartida *de facto* entre estado y bárbaros. En condiciones relativamente estables, un equilibrio así podría asemejarse al modelo de *racket* de protección fronterizo descrito anteriormente. Las condiciones, no obstante, rara vez alcanzaban dicha estabilidad, ya fuera con respecto a las entidades estatales o con la, a menudo, fragmentada y turbulenta comunidad política nómada.

45. Fletcher distingue entre, por un lado, los nómadas «esteparios», que interactúan mucho menos con pueblos asentados y estados agrarios y para los cuales las incursiones son tan importantes como el comercio, y, por el otro, nómadas «del desierto», que suelen mantener relaciones comerciales rutinarias con comunidades sedentarias y con la sociedad urbana (Fletcher, «The Mongols», p. 41).

46. Barfield, «The Shadow Empires».

47. Véase, en conexión con esto, Ratchnevsky, *Genghis Khan*, y Hämäläinen, *Comanche Empire* [hay trad. cast. de Ricardo García Pérez, *El imperio comanche*, Península, Barcelona, 2010].

Existían otras dos posibles «soluciones», cada una de las cuales, de hecho, disolvía la propia dicotomía. La primera era que los bárbaros nómadas conquistasen el estado o el imperio y se convirtiesen en una nueva clase dominante. Tal fue el caso, al menos en dos ocasiones, en la historia de China (con las dinastías Yuan y Manchú/Qing), y con Osman, fundador del Imperio otomano. Los bárbaros pasaban a convertirse en la nueva elite del estado sedentario, vivían en la capital y manejaban el aparato estatal. Como dice el proverbio chino, «Puedes conquistar un reino a lomos de caballo, pero, para gobernarlo, tienes que apearte». La segunda, aunque mucho más corriente, ha merecido menos atención, a saber, que los nómadas se conviertan en la caballería/los mercenarios del estado, patrullando las marcas y manteniendo a raya a los demás bárbaros. De hecho, es raro el estado o el imperio que no haya reclutado unidades de entre los bárbaros, a menudo a cambio de privilegios comerciales y de autonomía local. La pacificación de la Galia por parte de César fue llevada a cabo, en buena medida, con tropas galas. En este caso, en lugar de conquistar el estado, los bárbaros acabaron formando parte del brazo militar de un estado existente del mismo modo que, por poner un caso, lo hicieron los cosacos o los gurkhas. Este patrón, dentro del marco colonial, ha sido denominado «subimperialismo indígena»[48]. A gran escala, el empleo de mercenarios presenta sus propios riesgos para un estado sedentario, como descubrirían los Tang cuando, efectivamente, contrataron iugures túrquicos para sofocar la formidable Rebelión de An Lushan.

El consenso entre la mayoría de los «especialistas en bárbaros» parece coincidir en que los pastores nómadas requieren comunidades sedentarias como almacenes de mano de obra e ingresos, y como puntos de venta comerciales. Sabemos que los pastores nómadas han reasentado a la fuerza poblaciones agrícolas para crear tales almacenes. Más aún, de acuerdo con esta visión, las confederaciones bárbaras operarían como «imperios en la sombra» adyacentes a, y parasitarios de, grandes comunidades políticas sedentarias. Su estatus cuasi derivativo queda subrayado por el hecho de que tienden a desaparecer cuando su huésped se colapsa. En palabras de Nikolay Kradin, «el grado de centralización entre los nómadas está en proporción directa a la extensión de la civilización agrícola vecina...».

> La organización imperial y cuasi imperial de los nómadas en Eurasia se desarrolló por primera vez después de la «era axial», desde mediados del pri-

48. Ferguson y Whitehead, «The Violent Edge of the Empire», p. 23.

> mer milenio a. e. c., en la época de los poderosos imperios agrícolas (Qin en China, Maurya en India, los estados helenísticos de Asia Menor, el Imperio romano en Europa) y en aquellas regiones [...] en las que los nómadas se vieron obligados a entrar en contacto con sociedades urbanas, agrícolas y profundamente organizadas[49].

Kradin, entre otros, incluye entre estas parejas que se alzan y se derrumban juntas a los Xiongnu y a los Han, al Kanato Túrquico y a los Tang, a los hunos y a los romanos, a los «pueblos del mar» y a los egipcios y, quizás, a los amorreos y a las ciudades-estado mesopotámicas. Es de suponer que las dinastías Yuan y Manchú no figuren en esta serie por haber fagocitado al correspondiente reino sedentario en lugar de desaparecer.

Es harto característico, pero no menos deplorable, que se hayan dedicado tantas páginas a los estados bárbaros y a los imperios a los que asediaban. Como sucede con la capital del país, que domina las noticias, así también ellos parecen dominar la cobertura histórica. Una historia más equitativa debería contener la crónica de las relaciones entre cientos de pequeños estados y miles de los pueblos no estatales próximos a ellos, por no mencionar la relación de depredación y alianza entre esos mismos pueblos no estatales. Tucídides, por ejemplo, en su relato sobre Atenas en la *Guerra del Peloponeso*, menciona docenas de pueblos diversos de montes y valles, con reyes y sin reyes, con los que Atenas tiene relaciones de alianza, de tributo o de enemistad. De conocerse sus historias, cada una de estas parejas supondría una aportación inconmensurable a nuestra comprensión de las relaciones entre los estados y sus vecinos no estatales.

¿Una edad dorada?

Existe, a mi juicio, un largo período, medido no en siglos, sino en milenios (entre la primera aparición de estados hasta, quizá, hace apenas cuatro siglos) que podríamos denominar la «edad dorada de los bárbaros» y de los pueblos no estatales en general. Para buena parte de esta época todavía no existía el movimiento político de cercamiento representado por el estado-nación moderno. La movilidad física, las fusiones, una frontera abierta y estrategias mixtas de subsistencia serían el sello

49. Kradin, «Nomadic Empires in Evolutionary Perspective», p. 504. Véase también Barfield, «Tribe and State Relations», para una visión similar.

distintivo de todo este período. Ni siquiera los imperios (tan excepcionales como, a menudo, efímeros) de este largo tramo histórico (los romanos, los Han, los Ming y, en el Nuevo Mundo, las comunidades políticas rivales entre los mayas, y los incas) pudieron impedir movimientos de población a gran escala tanto dentro como fuera de su órbita política. Se formaron cientos y cientos de miniestados que florecieron brevemente para descomponerse en sus unidades sociales elementales de pueblos, linajes o bandas. Sus poblaciones eran expertas en la modificación de sus estrategias de subsistencia, abandonando, cuando así lo dictaban las circunstancias, el arado por el bosque, el bosque por la agricultura de roza y quema, y la agricultura de roza y quema por el pastoreo. A pesar de que el incremento demográfico podría, de por sí, haber estimulado estrategias de subsistencia más intensivas, la fragilidad del estado, su exposición a las epidemias y una gran periferia no estatal no nos habría permitido discernir nada parecido a la hegemonía estatal, como pronto, hasta aproximadamente 1600 e. c. Hasta ese momento, una gran parte de la población mundial nunca había visto a un recaudador de impuestos (regular) o, de haberlo hecho, todavía contaba con la opción de volverse fiscalmente invisible.

No hay por qué insistir particularmente en la fecha más o menos arbitraria de 1600 e. c. Sirve para señalar, aproximadamente, el fin de las grandes oleadas bárbaras eurasiáticas: los vikingos del mar de entre los siglos VIII y XI, el reino del gran Tamerlán de finales del XIV, y las conquistas de Osman y sus sucesores inmediatos. Entre todos ellos destruyeron, saquearon y conquistaron cientos de grandes y pequeñas comunidades políticas y desplazaron a millones de personas. Fueron también grandes expediciones esclavistas; entre los principales premios de tales campañas se contaban los metales preciosos y los seres humanos para su venta. No se trata tanto de que tales incursiones (mezcladas con el comercio) desapareciesen después de 1600 e. c. como de su fragmentación. Edward Gibbon, una de las escasas voces con algo que decir a favor de los paganos, se preguntaba si todavía quedaban «bárbaros» en Europa a finales del siglo XVIII (podía haber tenido en cuenta a los piratas de la Berbería, a Macedonia y a los escoceses de las *high-lands*, o haber señalado que los europeos se habían unido a los árabes para peinar los puertos esclavistas del continente africano a la búsqueda de esclavos). Fuera de Europa y del Mediterráneo, el patrón de incursiones, comercio y esclavización continuó siendo una actividad importante en el mundo malayo y entre los pueblos de montaña de las tierras altas del sudeste asiático. Al multiplicarse los estados y los duraderos imperios de la pólvora, la capacidad de los pueblos no estatales para realizar incur-

siones y dominar pequeños estados menguó a un ritmo que dependía, en buena medida, de cada región y de su geografía.

Los primeros estados, por las oportunidades que brindaban para el comercio, complementado con incursiones y *rackets* de protección, representaron un entorno cualitativamente nuevo para los pueblos no estatales. Desde ese momento, buena parte del mundo a su alrededor se había vuelto valioso. Podían participar plenamente de esas nuevas oportunidades comerciales sin convertirse en súbditos del estado. Sin duda, habrán existido períodos en los que, para un súbdito estatal, dejar el arado para adoptar la recolección, el pastoreo y la recolección marina supusiera un cálculo económico racional, así como una puerta a la libertad. En tales momentos, es probable que haya aumentado la proporción de bárbaros respecto a la de súbditos estatales, puesto que la vida en la periferia se habría vuelto no menos, sino más atractiva.

En conjunto, la vida de los «bárbaros tardíos» fue bastante aceptable. Su subsistencia seguía confiando en diversas redes alimentarias y, gracias a su dispersión, resultaban menos vulnerables a la escasez en una sola de ellas. Probablemente tuvieron mejor salud y vivieron más, especialmente en el caso de las mujeres. Un comercio más ventajoso dejó mayor lugar al ocio, ampliando así el diferencial en la relación ocio-trabajo duro entre recolectores y campesinos. Por último, y asunto nada trivial, los bárbaros no estaban subordinados o domesticados al orden social jerárquico de la agricultura sedentaria y del estado. Eran, en casi todos los sentidos, más libres que el celebrado pequeño agricultor. No es este un mal balance para unos bárbaros que, supuestamente, habrían quedado barridos hace largo tiempo por la ola de la historia.

Hay, sin embargo, dos aspectos profundamente melancólicos de la edad de oro de los bárbaros. Ambos tienen directamente que ver con la fragmentación política ecológicamente condicionada de la vida bárbara. Una gran parte de las mercancías que aportaban a sus socios comerciales estatales estaba constituida, naturalmente, por otros pueblos no estatales para su venta como esclavos en el núcleo estatal. Tan extendida estaba esta práctica en el sudeste asiático continental que puede equipararse a una cadena trófica de depredación en la que los grupos más poderosos y mejor situados estratégicamente asaltaban a sus vecinos más débiles y dispersos. De este modo, no hacían sino reforzar el núcleo estatal a expensas de sus colegas bárbaros.

El segundo aspecto melancólico de estos nuevos modos de vida de la periferia que trajeron los estados fue, según se ha señalado previamente, la venta, como mercenarios, de sus habilidades marciales. Uno se las vería y se las desearía para encontrar un solo estado antiguo que

no alistase (a veces al por mayor) a pueblos no estatales en sus ejércitos para capturar esclavos fugitivos y para reprimir revueltas provocadas por el descontento entre sus propias poblaciones. Las levas bárbaras tienen tanto que ver con el saqueo de los estados como con su construcción. Al reponer sistemáticamente la base de mano de obra de los estados por medio de la esclavización, y al protegerlos y ampliarlos con sus actividades militares, los bárbaros cavaron voluntariamente su propia tumba.

BIBLIOGRAFÍA

Adams, Robert McC., «Agriculture and Urban Life in Early Southwestern Iran»: *Science* 136/3511 (1962), pp. 109-122.

—, *The Land Behind Bagdad: A History of Settlement on the Diyala Plains*, University of Chicago Press, Chicago, 1965.

—, «Anthropological Perspectives on Ancient Trade»: *Current Anthropology* 15/3 (1974), pp. 41-160.

—, *Heartland of Cities: Surveys of Ancient Settlements and Land Use on the Central Floodplain of the Euphrates*, University of Chicago Press, Chicago, 1974.

—, «Strategies of Maximization, Stability, and Resilience in Mesopotamian Society, Settlement, and Agriculture»: *Proceedings of the American Philosophical Society* 122/5 (1978), pp. 329-335.

—, «The Limits of State Power on the Mesopotamian Plain»: *Cuneiform Digital Library Bulletin* 1 (2007).

—, «An Interdisciplinary Overview of a Mesopotamian City and Its Hinterland»: *Cuneiform Digital Library Journal* 1 (2008), pp. 1-23.

Algaze, Guillermo, «The Uruk Expansion: Cross Cultural Exchange in Early Mesopotamian Civilization»: *Current Anthropology* 30/5 (1989), pp. 571-608.

—, «Initial Social Complexity in Southwestern Asia: The Mesopotamian Advantage»: *Current Anthropology* 42/2 (2001), pp. 199-233.

—, «The End of Prehistory and the Uruk Period», en Crawford, *The Sumerian World*, pp. 68-94.

Appuhn, Karl, «Inventing Nature: Forests, Forestry, and State Power in Renaissance Venice»: *Journal of Modern History* 72/4 (2000), pp. 861-889.

Armelagos, George J. y Alan McArdle, «Population, Disease, and Evolution»: *Memoirs of the Society of American Archaeology* 30 (1975), *Population Studies in Archaeology and Biological Anthropology: A Symposium*, pp. 1-10.

Armelagos, George J. *et al.*, «The Origins of Agriculture: Population Growth During a Period of Declining Health»: *Population and Environment Journal of Interdisciplinary Studies* 13/1 (1981), pp. 9-22.

Artzy, Michal, «Routes, Trade, Boats and 'Nomads of the Sea'», en Gitin *et al.*, *Mediterranean Peoples in Transition*, pp. 439-448.

Artzy, Michal y Daniel Hillel, «A Defense of the Theory of Progressive Salinization in Ancient Southern Mesopotamia»: *Geoarchaeology* 3/3 (1988), pp. 235-238.

Asher-Greve, Julia M., «Women and Agency: A Survey from Late Uruk to the End of Ur III», en Crawford, *The Sumerian World*, pp. 345-358.

Asouti, Eleni y Dorian Q. Fuller, «A Contextual Approach to the Emergence of Agriculture in Southwest Asia: Reconstructing Early Neolithic Plant-food Production»: *Current Anthropology* 54/3 (2013), 299-345.

Axtell, James, «The White Indians of Colonial America»: *William and Mary Quarterly*, 3.ª serie, 32 (1975), pp. 55-88.

Bairoch, Paul, *Cities and Economic Development: From the Dawn of History to the Present* (trad. de Christopher Braider), University of Chicago Press, Chicago, 1988.

Baker, Paul T. y William T. Sanders, «Demographic Studies in Anthropology»: *Annual Review of Anthropology* 1 (1972), pp. 151-178.

Barfield, Thomas J., «Tribe and State Relations: The Inner Asian Perspective», en Philip S. Khoury y Joseph Kostiner (eds.), *Tribes and State Formation in the Middle East*, University of California Press, Berkeley, 1990, pp. 153-182.

—, «The Shadow Empires: Imperial State Formation Along the Chinese Nomad Frontier», en Susan E. Alcock, Terrance N. D'Altroy *et al.* (eds.), *Empires: Perspectives from Archaeology and History*, Cambridge University Press, Cambridge, 2001, pp. 11-41.

Beckwith, Christopher, *Empires of the Silk Road: A History of Central Eurasia from the Bronze Age to the Present*, Princeton University Press, Princeton, 2009.

Bell, Barbara, «The Dark Ages in Ancient History: I. The First Dark Age in Egypt»: *American Journal of Archaeology* 75/1 (1971), pp. 1-26.

Bellwood, Peter, *First Farmers: The Origins of Agricultural Societies*, Blackwell, Oxford, 2005.

Bennet, John, «The Aegean Bronze Age», en Scheidel *et al.*, *Cambridge Economic History*, pp. 175-210.

Berelov, Ilya, «Signs of Sedentism and Mobility in Agro-Pastoral Community During the Levantine Middle Bronze Age: Interpreting Site Function and Occupation Strategy at Zahrat adh-Dhra I»: *Journal of Anthropological Archaeology* 25 (2006), pp. 117-143.

Bernbeck, Reinhard, «Lasting Alliances and Emerging Competition: Economics Developments in Early Mesopotamia»: *Journal of Anthropological Archaeology* 14 (1995), pp. 1-25.

Blanton, Richard y Lane Fargher, *Collective Action in the Formation of Pre-Modern States*, Springer, Nueva York, 2008.

Blinman, Eric, «2000 Years of Cultural Adaptation to Climate Change in the Southwestern United States»: *AMBO: A Journal of the Human Environment* 37, n.º esp. 14 (2000), pp. 489-497.

Bocquet-Appel, Jean-Pierre, «Paleoanthropological Traces of a Neolithic Demographic Transition»: *Current Anthropology* 43/4 (2002), pp. 637-650.

—, «The Agricultural Demographic Transition (ADT) During and After the Agricultural Inventions»: *Current Anthropology* 52, n.º S4 (2011), 497-510.

Boone, James L., «Subsistence Strategies and Early Human Population History: An Evolutionary Perspective»: *World Archaeology* 34/1 (2002), pp. 6-25.

Boserup, Ester, *The Conditions of Agricultural Growth: The Economics of Agrarian Change Under Population Pressure*, Aldine, Chicago 1965 [hay trad. cast. de Ángel Falder Rivero, *Las condiciones del desarrollo en la agricultura. La economía en el cambio agrario bajo presión demográfica*, Tecnos, Madrid, 1967].

Boyden, S. V., *The Impact of Civilisation on the Biology of Man*, University of Toronto Press, Toronto, 1970.

Braund, D. C. y G. R. Tsetkhladze, «The Export of Slaves from Colchis»: *Classical Quarterly*, n. s., 39/1 (1988), pp. 114-125.

Brinkman, John Anthony, «Settlement Surveys and Documentary Evidence: Regional Variation and Secular Trends in Mesopotamian Demography»: *Journal of Near Eastern Studies* 43/3 (1984), pp. 169-180.

Brody, Hugh, *The Other Side of Eden: Hunters, Farmers, and the Shaping of the World*, Douglas and McIntyre, Vancouver, 2002.

Bronson, Bennett, «Exchange at the Upstream and Downstream Ends: Notes Toward a Functional Model of the Coastal State in Southeast Asia», en Karl Hutterer (ed.), *Economic Exchange and Social Interaction in Southeast Asia: Perspectives from Prehistory, History, and Ethnography*, Center for South and Southeast Asian Studies, University of Michigan, Ann Arbor, 1977, pp. 39-52.

—, «The Role of Barbarians in the Fall of States», en Yoffee y Cowgill, *Collapse of Ancient States*, pp. 196-218.

Broodbank, Cyprian, *The Making of the Middle Sea: A History of the Mediterranean from the Beginning to the Emergence of the Classical World*, Thames and Hudson, Londres, 2013.

Burke, Edmund y Kenneth Pomeranz (eds.), *The Environment and World History*, University of California Press, Berkeley, 2009.

Burnet, Sir Macfarlane y David O. White, *The Natural History of Infectious Disease*, Cambridge University Press, Cambridge, ³1972 [hay trad. cast. de Fernando Rodríguez Elvira, *Historia natural de la enfermedad infecciosa*, Alianza, Madrid, 1982].

Burns, Thomas S., *Rome and the Barbarians*, 100 BC-AD 400, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2003.

Cameron, Catherine M., «Captives and Culture Change»: *Current Anthropology* 52/2 (2011), pp. 169-209.

Cameron, Catherine M. y Steve A. Tomka, *Abandonment of Settlements and Regions: Ethnoarchaeological and Archaeological Approaches*, New Directions in Archaeology, Cambridge University Press, Cambridge 1996.

Carmichael, G., «Infection, Hidden Hunger, and History», en *Hunger and History: The Impact of Changing Food Production and Consumption Patterns on Society: Journal of Interdisciplinary History* 14/2 (1983), pp. 249-264.

Carmona, Salvador y Mahmoud Ezzamel, «Accounting and Forms of Accountability in Ancient Civilizations: Mesopotamia and Ancient Egypt» [borrador de trabajo], en *Annual Conference of the European Accounting Association*, Goteborg, Suecia, 2005.

Carneiro, R., «A Theory of the Origin of the State»: *Science* 169 (1970), pp. 733-739.
Chakrabarty, Dipesh, «The Climate of History: Four Theses»: *Critical Inquiry* 35 (2009), pp. 197-222.
Chang, Kwang-chih, «Ancient Trade as Economics or as Ecology», en Jeremy Sabloff y C. C. Lamberg-Karlovsky (eds.), *Ancient Civilization and Trade*, School of American Research, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1975, pp. 211-224.
Chapman, Robert, *Archaeology of Complexity*, Routledge, Londres, 2003.
Chayanov, A. V., *The Theory of Peasant Economy*, ed. De Daniel Thorner, Basile Kerblay y R. E. F. Smith, publicado por Richard D. Irwin para la American Economic Association, Homewood (Ill.), 1966.
Christensen, Peter, *The Decline of Iranshahr: Irrigation and Environments in the History of the Middle East, 500 BC to AD 1500*, Museum Tusculanum, Copenhague, 1993.
Christian, David, *Maps of Time: An Introduction to Big History*, University of California Press, Berkeley, 2004.
Clarke, Joanne (ed.), *Archaeological Perspectives on the Transmission and Transformation of Culture in the Eastern Mediterranean*, Levant Supplementary Series 2, Oxbow, Oxford, 2005.
Clastres, Pierre, *La Société contre l'État*, Minuit, París, 1974 [hay trad. cast. de Ana Pizarro, *La sociedad contra el estado*, Monte Ávila, Barcelona, 1978].
Coatsworth, John, Juan Cole *et al.*, *Global Connections: Politics, Exchange, and Social Life in World History*, vol. I: *To 1500*, Cambridge University Press, Cambridge, 2015.
Cockburn, I. Aiden, «Infectious Diseases in Ancient Populations»: *Current Anthropology* 12/1 (1971), pp. 45-62.
Conklin, Harold C., *Hanunóo Agriculture: A Report on an Integral System of Shifting-Agriculture in the Philippines*, Food and Agriculture Organization of the United Nations, Roma, 1957.
Cowgill, George L., «On Causes and Consequences of Ancient and Modern Population Changes»: *American Anthropologist* 77/3 (1975), pp. 505-525.
Crawford, Harriet, (ed.), *The Sumerian World*, Routledge, Londres, 2013.
—, *Ur: The City of the Moon God*, Bloomsbury, Londres, 2015.
Cronon, William, *Changes in the Land: Indians, Colonists, and the Ecology of New England*, ed. rev., Hill and Wang, Nueva York, 2003.
Crossley, Pamela Kyle, Helen Siu y Donald Sutton (eds.), *Empire at the Margins: Culture and frontier· in Early Modem China*, University of California Press, Berkeley, 2006.
Crouch, Barry A., «Booty Capitalism and Capitalism's Booty: Slaves and Slavery in Ancient Rome and the American South»: *Slavery and Abolition: A Journal of Slave and Post-Slave Studies* 6/1 (1985), pp. 3-24.
Crumley, Carol L., «The Ecology of Conquest: Contrasting Agropastoral and Agricultural Societies' Adaptation to Climatic Change», en Carol L. Crumley (ed.), *Historical Ecology: Cultural Knowledge and Changing Landscapes*, School of American Research Advanced Seminar Series, School of American Research Press, Santa Fe (NM), 1994, pp. 183-201.

Cunliffe, Barry, *Europe Between the Oceans: Themes and Variations: 9000 BC-AD 1000*, Yale University Press, New Haven, 2008.

Dalfes, H. Nüzhet, George Kukla y Harvey Weiss, *Third Millennium BC Climate Change and Old World Collapse*, NATO Advanced Science Institutes Series, Series I, Global Environmental Change 49 (2013).

Dark, Petra y Henry Gent, «Pests and Diseases of Prehistoric Crops: A Yield 'Honeymoon' for Early Grain Crops in Europe?»: *Oxford Journal of Archaeology* 20/1 (2001), pp. 59-78.

Darwin, John, *After Tamerlane: The Rise and Fall of Global Empires, 1400-2000*, Penguin, Londres, 2007 [hay trad. cast. de Antón y Federico Corriente Basús, *El sueño del imperio. Auge y caída de las potencias globales 1400-2000*, Taurus, Madrid, 2012].

Deacon, Robert T., «Deforestation and Ownership: Evidence from Historical Accounts and Contemporary Data»: *Land Economics* 75/3 (1999), pp. 341-359.

Di Cosmo, Nicola, «State Formation and Periodization in Inner Asian History»: *Journal of World History* 10/1 (1999), pp. 1-40.

—, *Ancient China and Its Enemies: The Rise of Nomadic Power in East Asian History*, Cambridge University Press, Cambridge, 2011.

Diakonoff, M., *Structure of Society and State in Early Dynastic Sumer*, Monographs of the Ancient Near East 1/3, Malibú (CA) (1974).

Diamond, Jared, *Guns, Germs, and Steel: The Fates of Human Societies*, Norton, Nueva York, 1977 [hay trad. cast. de Fabián Chueca Crespo, *Armas, gérmenes y acero: la sociedad humana y sus destinos*, Debate, Madrid, 1998].

Dickson, D. Bruce, «Circumscription by Anthropogenic Environmental Destruction: An Expansion of Carneiro's (1970) Theory of the Origin of the State»: *American Antiquity* 52/4 (1987), pp. 709-716.

Dietler, Michael, «The Iron Age in the Western Mediterranean», en Scheidel *et al.*, *Cambridge Economic History*, pp. 242-276.

Dietler, Michael e Ingrid Herbich, «Feasts and Labor Mobilization: Dissecting a Fundamental Economic Practice», en M. Dietler y Brian Hayden (eds.), *Feasts: Archaeological and Ethnographic Perspectives on Food, Politics, and Power*, Smithsonian Institution Press, Washington (D.C.), 2001, pp. 240-264.

Donaldson, Adam, «Peasant and Slave Rebellions in the Roman Republic» [tesis doctoral], University of Arizona, Tucson, 2012.

D'Souza, Rohan, *Drowned and Dammed: Colonial Capitalism and Flood Control in Eastern India*, Oxford University Press, Nueva Delhi, 2006.

Dyson-Hudson, Rada y Eric Alden Smith, «Human Territoriality: An Ecological Reassessment»: *American Anthropologist*, n. s., 890/1 (1973), pp. 21-41.

Eaton, S. Boyd y Melvin Konner, «Paleolithic Nutrition»: *New England Journal of Medicine* 312/5 (1985), pp. 283-290.

Ebrey, Patricia Buckley, *The Cambridge Illustrated History of China*, Cambridge University Press, Cambrdige, 1996.

Elias, Norbert, *The Civilizing Process: Sociogenic and Psychogenic Investigations*, ed. rev., Blackwell, Oxford, 1994 [hay trad. cast. de Ramón García Cotarelo, *El proceso de la civilización*, FCE, México, 1987].

Ellis, Maria de J., «Taxation in Ancient Mesopotamia: The History of the Term Miksu»: *Journal of Cuneiform Studies* 26/4 (1974), pp. 211-250.

Elvin, Mark, *Retreat of the Elephants: An Environmental History of China*, Yale University Press, New Haven, 2004.

Endicott, Kirk, «Introduction: Southeast Asia», en Richard B. Lee y Richard Daly (eds.), *The Cambridge Encyclopedia of Hunters and Gatherers*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999, pp. 275-283.

Eshed, Vered *et al.*, «Has the Transition to Agriculture Reshaped the Demographic Structure of Prehistoric Populations? New Evidence from the Levant»: *American Journal of Physical Anthropology* 124 (2004), pp. 315-329.

Evans-Pritchard, E. E., *The Nuer: A Description of the Modes of Livelihood and Political Institutions of a Nilotic People*, Clarendon, Oxford, 1940 [hay trad. cast. de Carlos Manzano, *Los nuer*, Anagrama, Barcelona, 1992].

Evin, Allowen *et al.*, «The Long and Winding Road: Identifying Pig Domestication Through Molar Size and Shape»: *Journal of Archaeological Science* 40 (2013), pp. 735-742.

Farber, Walter, «Health Care and Epidemics in Antiquity: The Example of Ancient Mesopotamia» [conferencia], Oriental Institute, 26 de junio de 2006, CHIASMOS, https://www.youtube.com/watch?v=Yw_4Cghic_w.

Febvre, Lucien, *A Geographical Introduction to History* (trad. de E. G. Mountford y J. H. Paxton), Routledge Kegan Paul, Londres, 1923 [hay trad. cast. de Luis Pericot García, *La tierra y la evolución humana: introducción geográfica a la historia*, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, Barcelona, 1955].

Feinman, Gary M. y Joyce Marcus, *Archaic States*, School of American Research, Santa Fe (NM), 1998.

Fenner, Frank, «The Effects of Changing Social Organization on the Infectious Diseases of Man», en Boyden, *Impact of Civilisation*, pp. 48-68.

Ferguson, R. Brian y Neil L. Whitehead, «The Violent Edge of Empire», en R. Brian Ferguson y Neil L. Whitehead (eds.), *War in the Tribal Zone: Expanding States and Indigenous Warfare*, School of American Research, Santa Fe (NM), 1992, pp. 1-30.

Fiennes, R. N., *Zoonoses and the Origins and Ecology of Human Disease*, Academic Press, Londres 1978.

Finley, M. I., «Was Greek Civilization Based on Slave Labour?»: *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte* 8/2 (1959), pp. 145-164 [hay trad. cast. de Alberto Prieto Arciniega, «¿Se basó la civilización griega en el trabajo de los esclavos?», en Claude Mossé *et al.*, *Clases y lucha de clases en la Grecia Antigua*, Akal, Madrid, 1985, pp. 103-127].

Fiskesjo, Magnus, «The Barbarian Borderland and the Chinese Imagination: Travelers in Wa Country»: *Inner Asia* 5/1 (2002), pp. 81-99.

Flannery, Kent V., «Origins and Ecological Effect of Early Domestication in Iran and the Middle East», en Ucko y Dimbleby, *Domestication and Exploitation*, pp. 73-100.

Fletcher, Joseph, «The Mongols: Ecological and Social Perspectives»: *Harvard Journal of Asiatic Studies* 46/1 (1986), pp. 11-50.

French, E. B. y K. A. Wardle (eds.), *Problems in Greek Prehistory: Papers Presented at the Centenary Conference of the British School of Archaeology at Athens*, Bristol Classical Press, Mánchester, 1986.

Friedman, Jonathan, «Tribes, States, and Transformations: An Association for Social Anthropology Study», en Maurice Bloch (ed.), *Marxist Analyses and Social Anthropology*, Wiley, Nueva York, 1975, pp. 161-200.

Fukuyama, Francis, *The Origins of Political Order: From Prehuman Times to the French Revolution*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2011.

Fuller, Dorian Q. *et al.*, «Cultivation and Domestication Has Multiple Origins: Arguments Against the Core Area Hypothesis for the Origins of Agriculture in the Near East»: *World Archaeology* 43/4, n.º esp., Debates in World Archaeology (2011), pp. 628-652.

Gelb, J. J., «Prisoners of War in Early Mesopotamia»: *Journal of Near Eastern Studies* 32/12 (1973), pp. 70-98.

Gibson, McGuire y Robert D. Briggs, «The Organization of Power: Aspects of Bureaucracy in the Ancient Near East»: *Studies in Ancient Oriental Civilization* 46, Oriental Institute of the University of Chicago, Chicago, 1987.

Gilbert, Allan S., «Modern Nomads and Prehistoric Pastoralists: The Limits of Analogy»: *Journal of the Ancient Near Eastern Society* 7 (1975), pp. 53-71.

Gilman, A., «The Development of Social Stratification in Bronze Age Europe»: *Current Anthropology* 2 (1981), pp. 1-23.

Gitin, Seymour, Amihai Mazar y Ephraim Stern (eds.), *Mediterranean Peoples in Transition: Thirteenth to Early Tenth Centuries BCE. In Honor of Professor Trude Dothan*, Israel Exploration Society, Jerusalén, 1998.

Goelet, Ogden, «Problems of Authority, Compulsion, and Compensation in Ancient Egyptian Labor Practices», en Steinkeller y Hudson, *Labor in the Ancient World*, pp. 523-582.

Goring-Morris, A. Nigel y Anna Belfer-Cohen, «Neolithization Processes in the Levant: The Outer Envelope»: *Current Anthropology* 52, n.º S4, The Origins of Agriculture: New Data, New Ideas (2011), pp. S195-S208.

Goudsblom, Johan, *Fire and Civilization*, Penguin, Londres 1992 [hay trad. cast. de Óscar Luis Molina S., *Fuego y civilización*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1995].

Graeber, David, *Debt: The First 5,000 Years*, Melville House, Londres, 2011.

Greger, Michael, «The Human/Animal Interface: Emergence and Resurgence of Zoonotic Infectious Diseases»: *Critical Reviews in Microbiology* 33 (2007), pp. 243-299.

Grinin, Leonid E. *et al.* (eds.), *The Early State, Its Alternatives and Analogues*, Uchitel, Volgogrado, 2004.

Groenen, Martien A. M. *et al.*, «Analysis of Pig Genome Provides Insight into Porcine Domestication and Evolution»: *Nature* 491 (2012), pp. 391-398.

Groube, Les, «The Impact of Diseases upon the Emergence of Agriculture», en D. R. Harris (ed.), *The Origins and Spread of Agriculture and Pastoralism in Eurasia*, Smithsonian Institution Press, Washington (D.C.), 1996, pp. 101-129.

Halstead, Paul y John O'Shea (eds.), *Bad Year Economics: Cultural Responses to Risk and Uncertainty*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989.

Hamalainen, Pekka, *Comanche Empire*, Yale University Press, New Haven, 2009 [hay trad. cast. de Ricardo García Pérez, *El imperio comanche*, Península, Barcelona, 2010].
Harari, Yuval Noah, *Sapiens: A Brief History of Humankind*, Harvill Secker, Londres, 2011 [hay trad. cast. de Joan Domènec, *Sapiens. De animales a dioses. Breve historia de la humanidad*, Debate, Madrid, 2015].
Harlan, Jack R., *Crops and Man*, American Society of Agronomy, Crop Science Society of America, Madison (WI), ²1992.
Harris, David R., *Settling Down and Breaking Ground: Rethinking the Neolithic Revolution*, Kroon-Voordrachte 12, Ámsterdam, 1990.
Harris, David R. y Gordon C. Hillman (eds.), *Foraging and Farming: The Evolution of Plant Exploitation*, Unwin Hyman, Londres, 1989.
Harrison, Mark, *Contagion. How Commerce Has Spread Disease*, Yale University Press, New Haven, 2012.
Headland, T. N., «Revisionism in Ecological Anthropology»: *Current Anthropology* 38/4 (1997), pp. 43-66.
Headland, T. N. y L. A. Reid, «Hunter-Gatherers and Their Neighbors from Prehistory to the Present»: *Current Anthropology* 30/1 (1989), pp. 43-66.
Heather, Peter, *The Fall of the Roman Empire: A New History of Rome and the Barbarians*, Oxford University Press, Oxford, 2006 [hay trad. cast. de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguiba, *La caída del imperio romano*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2008].
Hendrickson, Elizabeth e Ingold Thuesen (eds.), *Upon This Foundation: The Ubaid Reconsidered*, Museum Tusculanum, Carsten Niebuhr Institute of Ancient Near Eastern Studies, Copenhague.
Hillman, Gordon, «Traditional Husbandry and Processing of Archaic Cereals in Recent Time: The Operations, Products, and Equipment Which Might Feature in Sumerian Texts»: *Bulletin of Sumerian Agriculture* 1 (1984), pp. 114-172.
Hochschild, Adam, *Bury the Chains: Prophets and Rebels in the Fight to Free an Empire's Slaves*, Houghton Mifflin, Nueva York, 2015 [hay trad. cast. de José Luis Gil Aristu, *Enterrad las cadenas*, Península, Barcelona, 2006].
Hodder, Ian, *The Domestication of Europe: Structure: and Contingency in Neolithic Societies*, Blackwell, Oxford, 1990.
Hole, Frank, «A Monumental Failure: The Collapse of Susa», en Robin A. Carter y Graham Philip (eds.), *Beyond the Ubaid: Transformation and Integration of Late Prehistoric Societies of the Middle East*, Studies in Oriental Civilization 653, Oriental Institute of the University of Chicago, Chicago, 2010, pp. 221-226.
Houston, Stephen, *The First Writing: Script Invention as History and Process*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004.
Hritz, Carrie y Jennifer Pournelle, «Feeding History: Deltaic Resilience Inherited Practice and Millennia-scale Sustainability», en H. Thomas Foster II, David John Goldstein y Lisa M. Paciulli (eds.), *The Future in the Past: Historical Ecology Applied to Environmental Issues*, University of South Carolina Press, Columbia, 2015, pp. 59-85.
Hughes, J. Donald, *The Mediterranean: An Environmental History*, ABC-CLIO, Santa Bárbara (CA), 2005.

Ingold, T., «Foraging for Data, Camping with Theories: Hunter-Gatherers and Nomadic Pastoralists in Archaeology and Anthropology»: *Antiquity* 66 (1992), pp. 790-803.

Irons, William G., «Livestock Raiding Among Pastoralists: An Adaptive Interpretation», en *Papers of the Michigan Academy of Science, Arts, and Letters*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1965, pp. 383-414.

—, «Cultural Capital, Livestock Raiding, and the Military Advantage of Traditional Pastoralists», en Grinin *et al.*, *The Early State*, pp. 466-475.

Jacobs, Jane, *The Economy of Cities*, Vintage, Nueva York, 1969.

Jacoby, Karl, «Slaves by Nature? Domestic Animals and Human Slaves»: *Slavery and Abolition* 18/1 (1994), pp. 89-98.

Jameson, Michael H., «Agriculture and Slavery in Classical Athens»: *Classical Journal* 73/2 (1977), pp. 122-145.

Jones, David S., «Virgin Soils Revisited»: *William and Mary Quarterly*, 3.ª serie, 60/4 (2003), pp. 703-742.

Jones, Martin, *Feast: Why Humans Share Food*, Oxford University Press, Oxford, 2007.

Kealhofer, Lisa, «Changing Perceptions of Risk: The Development of Agro-Ecosystems in Southeast Asia»: *American Anthropologist*, n. s., 104/1 (2002), pp. 178-194.

Keightley, David N. (ed.), *The Origins of Chinese Civilization*, University of California Press, Berkeley, 1983.

Kennett, Douglas J. y James P. Kennett, «Early State-Formation in Southern Mesopotamia: Sea Levels, Shorelines, and Climate Change»: *Journal of Island and Coastal Archaeology* 1 (2006), pp. 67-99.

Khazanov, Anatoly M., «Nomads of the Eurasian Steppes in Historical Retrospective», en Grinin *et al.*, *The Early State*, pp. 476-499.

Kleinman, Arthur M. *et al.*, «Introduction: Avian and Pandemic Influenza: A Bio-Social Approach»: *Journal of Infectious Diseases* 197, supl. 1 (2008), pp. S1-S3.

Kovacs, Maureen Gallery (trad.), *The Epic of Gilgamesh*, Stanford University Press, Stanford, 1985.

Kradin, Nikolay N., «Nomadic Empires in Evolutionary Perspective», en Grinin *et al.*, *The Early State*, pp. 501-523.

Larson, Gregor, «Ancient DNA, Pig Domestication, and the Spread of the Neolithic into Europe»: *Proceedings of the National Academy of Sciences* 104/39 (2007), pp. 15276-15281.

—, «Patterns of East Asian Pig Domestication, Migration, and Turnover Revealed by Modern and Ancient DNA»: *Proceedings of the National Academy of Sciences* 107/17 (2010), pp. 7686-7691.

Larson, Gregor y Dorian Q. Fuller, «The Evolution of Animal Domestication»: *Annual Review of Ecology, Evolution, and Systematics* 45 (2014), pp. 115-136.

Lattimore, Owen, «The Frontier in History» y «On the Wickedness of Being Nomads», en *Studies in Frontier History: Collected Papers, 1928-1958*, Oxford University Press, Londres, 1962, pp. 469-491 y 415-426, respectivamente.

Leach, Helen M., «Human Domestication Reconsidered»: *Current Anthropology* 44/3 (2003), pp. 349-368.

Lee, Richard B., «Population Growth and the Beginnings of Sedentary Life Among the !Kung Bushmen», en Brian Spooner (ed.), *Population Growth: Anthropological Implications*, MIT Press, Cambridge (MA), 1972, pp. 301-324. http://www popline.org/node/517639.

Lee, Richard B. y Richard Daly, *The Cambridge Encyclopedia of Hunters and Gatherers*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999.

Lefebvre, Henri, *The Production of Space*, Wiley-Blackwell, Nueva York, 1992.

Lehner, Mark, «Labor and the Pyramids: The Hietel-Ghurab 'Workers Town' at Giza», en Steinkeller y Hudson, *Labor in the Ancient World*, pp. 396-522.

Lévi-Strauss, Claude, *La Pensée sauvage*, Plon, París, 1962 [hay trad. cast. de Francisco González Arambur, *El pensaminto salvaje*, FCE, México, 1964].

Lewis, Mark Edward, *The Early Chinese Empires: Qin and Han*, Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge (MA), 2007.

Lieberman, Victor, *Strange Parallels: Southeast Asia in Global Context, c. 800-1830*, vol. 1, *Integration on the Mainland*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003; vol. 2, *Mainland Mirrors: Europe, Japan, China, Southeast Asia and the Islands*, Cambridge University Press, Cambridge, 2009.

Lindner, Rudi Paul, *Nomads and Ottomans in Medieval Anatolia*, Indiana University Uralic and Altaic Series 144, ed. de Stephen Halkovic, Research Institute for Inner Asian Studies, Indiana University, Bloomington 1983.

Mann, Charles C., *1491: New Revelations of the Americas Before Columbus*, Knopf, Nueva York, 2005 [hay trad. cast. de Miguel Martínez-Lage y Federico Corriente, *1491: una historia de las Américas antes de Colón*, Taurus, Madrid, 2006].

Manning, Richard, *Against the Grain: How Agriculture Has Hijacked Civilization*, Northpoint, Nueva York, 2004.

Marston, John M., «Archaeological Markers of Agricultural Risk Management»: *Journal of Archaeological Anthropology* 30 (2011), pp. 190-205.

Matthews, Roger, *The Archaeology of Mesopotamia: Theories and Approaches*, Routledge, Oxford, 2003.

Mayshar, Joram, Omer Moav, Zvika Neeman y Luigi Pascali, «Cereals, Appropriability, and Hierarchy», CEPR Discussion Paper 10742 (2015). www.cepr.org/active/publications/discussion_papers/dp.php?dpno=10742.

McAnany, Patricia y Norman Yoffee (eds.), *Questioning Collapse: Human Resilience, Ecological Vulnerability, and the Aftermath of Empire*, Cambridge University Press, Cambridge, 2009.

McCorriston, Joy, «The Fiber Revolution: Textile Extensification, Alienation, and Social Stratification in Ancient Mesopotamia»: *Current Anthropology* 38/4 (1997), pp. 517-535.

McKeown, Thomas, *The Origins of Human Disease*, Blackwell, Oxford, 1988.

McLean, Rose B., «Cultural Exchange in Roman Society: Freed Slaves and Social Value» [tesis doctoral], Princeton University Press, Princeton, 2012.

McMahon, Augusta, «North Mesopotamia in the Third Millennium BC», en Crawford, *The Sumerian World*, pp. 462-475.

McNeill, J. R., *Mountains of the Mediterranean World: An Environmental History*, Cambridge University Press, Cambridge 1992.
—, «The Anthropocene Debates: What, When, Who, and Why?», ponencia presentada al Program in Agrarian Studies Colloquium, Yale University, New Haven, 11 de septiembre, 2015.
McNeill, W. H., *Plagues and People*, Monticello, History Book Club, Nueva York, 1976 [hay trad. cast. de Homero Alsina Thevenet, *Plagas y pueblos*, Siglo XXI, Madrid, 1984].
—, *The Human Condition: An Ideological and Historical View*, Princeton University Press, Princeton, 1980.
—, «Frederick the Great and the Propagation of Potatoes», en Byron Hollinshead y Theodore K. Rabb (eds.), *I Wish I'd Have Been There: Twenty Historians Revisit Key Moments in History*, Vintage, Nueva York, 2007, pp. 176-189.
Meek, R., *Social Science and the Ignoble Savage*, Cambridge University Press, Cambridge, 1976.
Meiggs, Russell, *Trees and Timber in the Ancient Mediterranean World*, Oxford University Press, Oxford, 1982.
Menu, Bernadette, «Captifs de guerre et dépendance rurale dans l'Égypte du Nouvel Empire», en Bernadette Menu (ed.), *La Dépendance rurale dans l'Antiquité égyptienne et proche-orientale*, Institut Français d'archéologie orientale, El Cairo, 2004.
Mitchell, Peter, *Horse Nations: The Worldwide Impact of the Horse on Indigenous Societies Post 1492*, Oxford University Press, Oxford, 2015.
Mithen, Steven, *After the Ice: A Global Human History, 20,000-5000 BC*, Harvard University Press, Cambridge (MA), 2003.
Moore, A. M. T., G. C. Hillman y A. J. Legge, *Village on the Euphrates*, Oxford University Press, Oxford, 2000.
Morris, Ian, «Early Iron Age Greece», en Scheidel *et al.*, *Cambridge Economic History*, pp. 211-241.
—, *Why the West Rules — for Now: The Patterns of History and What They Reveal About the Future*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2010.
Mumford, Jeremy Ravi, *Vertical Empire: The General Resettlement of the Andes*, Duke University Press, Durham (NC), 2012.
Nemet-Rejat, Karen Rhea, *Daily Life in Ancient Mesopotamia*, Hendrickson, Peabody (Mass.), 2002.
Netz Reviel, *Barbed Wire: An Ecology of Modernity*, Wesleyan University Press, Middeltown (CT), 2004.
Nissen, Hans J., «The Emergence of Writing in the Ancient Near East»: *Interdisciplinary Science Reviews* 10/4 (1985), pp. 349-361.
—, *The Early History of the Ancient Near East, 9000-2000 BC*, University of Chicago Press, Chicago, 1988.
Nissen, Hans J., Peter Damerow y Robert S. Englund, *Ancient Book-keeping: Early Writing and Techniques of Administration in the Ancient Near East*, University of Chicago Press, Chicago, 1993.
Nissen, Hans J. y Peter Heine, *From Mesopotamia to Iraq: A Concise History* (trad. de Hans J. Nissen), University of Chicago, Chicago Press, 2009.

O'Connor, Richard A., «Agricultural Change and Ethnic Succession in Southeast Asian States: A Case for Regional Anthropology»: *Journal of Asian Studies* 54/4 (1995), pp. 968-996.

Oded, Bustenay, *Mass Deportations and Deportees in the Neo-Assyrian Empire*, Reichert, Wiesbaden, 1979.

Ottoni, Claudio *et al.*, «Pig Domestication and Human-Mediated Dispersal in Western Eurasia Revealed Through Ancient DNA and Geometric Morphometrics»: *Molecular Biology and Evolution* 30/4 (2012), pp. 824-832.

Padgug, Robert A., «Problems in the Theory of Slavery and Slave Society»: *Science and Society* 49/1 (1976), pp. 3-27.

Panter-Brick, Catherina, Robert H. Layton y Peter Rowley-Conwy (eds.), *Hunter-Gatherers: An Interdisciplinary Perspective*, Cambridge University Press, Cambridge, 2001.

Park, Thomas, «Early Trends Toward Class Stratification: Chaos, Common Property, and Flood Recession Agriculture»: *American Anthropologist* 94 (1992), pp. 90-117.

Paulette, Tate, «Grain, Storage, and State-Making in Mesopotamia, 3200-2000 BC», en Linda R. Manzanilla y Mitchel S. Rothman (eds.), *Storage in Complex Societies: Administration, Organization, and Control*, Routledge, Londres, 2016, pp. 85-109.

Perdue, Peter C., *Exhausting the Earth: State and Peasant in Hunan, 1500-1850 AD*, Harvard University Press, Cambridge (MA), 1987.

—, *China Marches West: The Ching Conquest of Central Eurasia*, Harvard University Press, Cambridge, 2005.

Pinker, Steven, *The Better Angels of Our Nature: Why Violence Has Declined*, Penguin, Nueva York, 2011.

Pollan, Michael, *The Botany of Desire: A Plant's-Eye View of the World*, Random House, Nueva York, 2001 [hay trad. cast. de Raúl Nagore Ucle, *La botánica del deseo. El mundo visto a través de las plantas*, Navarrorum Tabula, Donosti, 2007].

Pollock, Susan, «Bureaucrats and Managers, Peasants and Pastoralists, Imperialists and Traders: Research on the Uruk and Jemdet Nasr Periods in Mesopotamia»: *Journal of World Prehistory* 6/3 (1992), pp. 297-336.

—, *Ancient Mesopotamia: The Eden That Never Was*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999.

Ponting, Clive, *A Green History of the World: The Environment and the Collapse of Great Civilizations*, Penguin, Nueva York, 1993.

Porter, Anne, *Mobile Pastoralism and the Formation of Near Eastern Civilization: Weaving Together Societies*, Cambridge University Press, Cambridge, 2012.

Possehl, Gregory L., «The Mohenjo-Daro Floods: A Reply»: *American Anthropologist* 69/1(1967), pp. 32-40.

Postgate, J. N., *Early Mesopotamia: Society and Economy at the Dawn of History*, Routledge, Londres, 1992 [hay trad. cast. de Carlos Pérez Suárez, *La Mesopotamia arcaica. Sociedad y economía en el amanecer de la historia*, Akal, Madrid, 1999].

—, «A Sumerian City: Town and Country in the 3rd Millennium B.C.»: *Scienze dell'Antichità: Storia, Archeologia, Antropologia* 6-7 (1996), pp. 409-435.

Pournelle, Jennifer, «Marshland of Cities: Deltaic Landscapes and the Evolution of Early Mesopotamian Civilization» (tesis doctoral), University of California at San Diego, San Diego (CA), 2003.

—, «Physical Geography», en Crawford, *The Sumerian World*, pp. 13-32.

Pournelle, Jennifer y Guillermo Algaze, «Travels in Edin: Deltaic Resilience and Early Urbanism in Greater Mesopotamia», en H. Crawford *et al.* (eds.), *Preludes to Urbanism: Studies in the Late Chalcolithic of Mesopotamia in Honour of Joan Oates*, Archaeopress, Oxford, 2010, pp. 7-34.

Pournelle, Jennifer, Nagham Darweesh y Carrie Hritz, «Resilient Landscapes: Riparian Evolution in the Wetlands of Southern Iraq», en Dan Lawrence, Mark Altaweel y Graham Philip (eds.), *New Agendas in Remote Sensing and Landscape Archaeology in the Near East*, Oriental Institute of the University of Chicago, Chicago (en prensa).

Price, Richard, *Maroon Societies: Rebel Slave Communities in the Americas*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, ²1979.

Pyne, Stephen, *World Fire: The Culture of Fire on Earth*, University of Washington Press, Seattle, 1977.

Radkau, Joachim, *Nature and Power: A Global History of the Environment*, Cambridge University Press, Cambridge, 2008.

Radner, Karen, «Fressen und gefressen werden: Heuschrecken als Katastrophe und Delikatesse im altern Vorderen Orient»: *Welt des Orients* 34 (2004), pp. 7-22.

Ratchnevsky, Paul, *Genghis Khan: His Life and Legacy* (trad. de T. N. Haining), Wiley-Blackwell, Londres, 1993.

Redman, Charles, *Human Impact on Ancient Environments*, University of Arizona Press, Tucson, 1999.

Reid, Anthony, *Southeast Asia in the Age of Commerce*, vol. I, *The Lands Below the Winds*, Yale University Press, New Haven, 1988.

Renfrew, Colin y John F. Cherry (eds.), *Peer Polity Interaction and Socio-Political Change*, New Directions in Archaeology, Cambridge University Press, Cambridge, 1986.

Richards, Janet y Mary van Buren, *Order, Legitimacy, and Wealth in Ancient States*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000.

Richardson, Seth (ed.), *Rebellions and Peripheries in the Cuneiform World*, American Oriental Series 91, American Oriental Society, New Haven, 2010.

—, «Early Mesopotamia: The Presumptive State»: *Past and Present* 215 (2012), pp. 3-48.

—, «Building Larsa: Labor-Value, Scale, and Scope-of-Economy in Ancient Mesopotamia», en Steinkeller y Hudson, *Labor in the Ancient World*, pp. 237-328.

Riehl, S., «Variability in Ancient Near Eastern Environmental and Agricultural Development»: *Journal of Arid Environments* 86 (2011), pp. 1-9.

Rigg, Jonathan, *The Gift of Water: Water Management, Cosmology, and the State in Southeast Asia*, School of Oriental and African Studies, Londres, 1992.

Rindos, David, *The Origins of Agriculture: An Evolutionary Perspective*, Academic Press, San Diego (CA), 1984.
Roosevelt, Anna Curtenius, «Population, Health, and the Evolution of Subsistence: Conclusions from the Conference», en M. N. Cohen y G. J. Armelagos (eds.), *Paleopathology and the Origins of Agriculture*, Academic Press, Orlando (FL), 1984, pp. 259-283.
Rose, Jeffrey I., «New Light on Human Prehistory in the Arabo-Persian Gulf Oasis»: *Current Anthropology* 51/6 (2010), pp. 849-883.
Roth, Eric, «A Note on the Demographic Concomitants of Sedentism»: *American Anthropologist* 87/2 (1985), pp. 380-382.
Rowe, J. H. y John V. Murra, «An Interview with John V. Murra»: *Hispanic American Historical Review* 64/4 (1984), pp. 633-653.
Rowley-Conwy, Peter y Mark Zvelibil, «Saving It for Later: Storage by Prehistoric Hunter-Gatherers in Europe», en Halstead y O'Shea, *Bad Year Economics*, pp. 40-56.
Runnels, Curtis *et al.*, «Warfare in Neolithic Thessaly: A Case Study»: *Hesperia* 78 (2009), pp. 165-194.
Sahlins, Marshall, *Stone Age Economics*, Aldine, Chicago, 1974 [hay trad. cast. de Emma Fondevila y Emilio Muñiz, *Economía de la Edad de Piedra*, Akal, Madrid, 1987].
Saller, Richard P., «Household and Gender», en Scheidel *et al.*, *Cambridge Economic History*, pp. 87-112.
Sallers, Robert, «Ecology», en Scheidel *et al.*, *Cambridge Economic History*, pp. 15-37.
Santos-Granero, Fernando, *Vital Enemies: Slavery, Predation, and the Amerindian Political-Economy of Life*, University of Texas Press, Austin, 2009.
Sawyer, Peter, «The Viking Perspective»: *Journal of Baltic Studies* 13/3 (1982), pp. 177-184.
Scheidel, Walter, «Quantifying the Sources of Slaves in the Early Roman Empire»: *Journal of Roman Studies* 87/19 (1997), pp. 156-169.
—, «Demography», en Scheidel *et al.*, *Cambridge Economic History*, pp 38-86.
Scheidel, Walter, Ian Morris y Richard Saller (eds.), *The Cambridge Economic History of the Greco-Roman World*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007.
Schwartz, Glenn M. y John J. Nichols (eds.), *After Collapse: The Regeneration of Complex Societies*, University of Arizona Press, Tucson, 2006.
Scott, James C., *The Art of Not Being Governed: An Anarchist History of Upland Southeast Asia*, Yale University Press, New Haven, 2009.
Seri, Andrea, *The House of Prisoners: Slaves and State in Uruk During the Revolt Against Samsu-iluna*, de Gruyter, Boston, 2013.
Serratt, Andrew, «Reviving the Grand Narrative: Archaeology and Long-term Change»: *Journal of European Archaeology* 3/1 (1995), pp. 1-32.
—, *Economy and Society in Prehistoric Europe: Changing Perspectives*, Edinburgh University Press, Edimburgo, 1997.
—, «The Origins of Farming in South-West Asia»: *Archatlas* 4.1 (2005), http://ww.warchatlas.dept.shef.ac.uk/OriginsFarming/Farming.php.

Shipman, Pat, *The Invaders: How Humans and Their Dogs Drove Neanderthals to Extinction*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge (MA), 2015.

Skaria, Ajay, *Hybrid Histories: Forests, Frontiers, and Wildness in Western India*, Oxford University Press, Oxford, 1999.

Skrynnikova, Tatanya D., «Mongolian Nomadic Society of the Empire Period», en Grinin *et al.*, *The Early State*, pp. 525-535.

Small, David, «Surviving the Collapse: The Oikos and Structural Continuity Between Late Bronze Age and Later Greece», en Gitin *et al.*, *Mediterranean Peoples in Transition*, pp. 283-291.

Smith, Adam T., «Barbarians, Backwaters, and the Civilization Machine: Integration and Interruption Across Asia's Early Bronze Age Landscapes», presentación en *Keynote* en la Asian Dynamics Conference, Universidad de Copenhague, Copenhague, 22-24 de octubre de 2014.

Smith, Bruce D., *The Emergence of Agriculture*, Scientific American Library, Nueva York, 1995.

—, «Low Level Food Production»: *Journal of Archaeological Research* 9/1 (2001), pp. 1-43.

Smith, Monica L., «How Ancient Agriculturalists Managed Yield Fluctuations Through Crop Selection and Reliance on Wild Plants: An Example from Central India»: *Economic Botany* 60/1 (2006), pp. 39-48.

Starr, Harry, «Subsistence Models and Metaphors for the Transition to Agriculture in Northwestern Europe»: *Michigan Discussions in Anthropology* 15/1 (2005), pp. 7-48.

Steinkeller, Piotr y Michael Hudson (eds.), *Labor in the Ancient World*, vol. 5, International Scholars Conference on Ancient Near Eastern Economies, LISLET, Dresde, 2015.

Tainter, Joseph A., *The Collapse of Complex Societies*, Cambridge University Press, Cambridge 1988.

—, «Archaeology of Overshoot and Collapse»: *Annual Review of Anthropology* 35 (2006), pp. 59-74.

Taylor, Timothy, «Believing the Ancients: Quantitative and Qualitative Dimensions of Slavery and the Slave Trade in Later Premodern Eurasia»: *World Archaeology* 33/1 (2001), pp. 27-43.

Tenney, Jonathan S., *Life at the Bottom of Babylonian Society: Servile Laborers at Nippur in the 14th and 13th Centuries BC*, Brill, Leiden, 2011.

Tilly, Charles, «War Making and State Making as Organized Crime», en Peter Evans, Dietrich Rueschmeyer y Theda Skocpol (eds.), *Bringing the State Back In*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985, pp. 169-191.

Tocqueville, Alexis de, *Democracy in America*, vol. 2, Vintage, Nueva York, 1945 [hay trad. cast. de Eduardo Nolla, *La democracia en América*, Trotta, Madrid, ²2018].

Trigger, Bruce G., *Understanding Early Civilizations: A Comparative Study*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003.

Trut, Lyudmilla, «Early Canine Domestication: The Farm Fox Experiments»: *American Scientist* 87/2 (1999), pp. 160-169.

Tsing, Anna Lowenhaupt, *The Mushroom at the End of the World: On the Possibility of Life in Capitalist Ruins*, Princeton University Press, Princeton, 2015.

Tucídides, *The Peloponnesian War* (trad. de Rex Warner), Penguin, Nueva York, 1972 [hay distintas eds. en cast., p. ej.: trad. de Juan José Torres Esbarranch, *Historia de la guerra del Peloponeso*, Gredos, Madrid, 4 vols., 2015].

Ucko, Peter J. y G. W. Dimbleby (eds.), *The Domestication and Exploitation of Plants and Animals, Proceedings of a Meeting of the Research Seminar in Archaeology and Related Subjects held at the Institute of Archaeology, London University*, Aldine, Chicago, 1969.

Vansina, Jan, *How Societies Are Born: Governance in West Central Africa before 1600*, University of Virginia Press, Charlottesville, 2004.

Walker, Phillip L., «The Causes of Porotic Hyperostosis and Cribra Orbitalia: A Reappraisal of the Iron-Deficiency-Anemia Hypothesis»: *American Journal of Physical Anthropology* 139 (2009), pp. 119-125.

Wang, Haicheng, *Writing and the Ancient State: Early China in Comparative Perspective*, Cambridge University Press, Cambridge, 2014.

Weber, David, *Barbaros: Spaniards and Their Savages in the Age of Enlightenment*, Yale University Press, New Haven, 2005.

Weiss, H. *et. al.*, «The Genesis and Collapse of Third Millennium North Mesopotamian Civilization»: *Science* 261 (1993), pp. 995-1104.

Wengrow, David, *The Archaeology of Early Egypt: Social Transformation in North-East Africa, 10,000 to 2,650 BC*, Cambridge University Press, Cambridge, 2006.

—, *What Makes Civilization?: The Ancient Near East and the Future of the West*, Oxford University Press, Oxford, 2010.

Wilkinson, Toby C., Susan Sherratt y John Bennet (eds.), *Interweaving Worlds: Systemic Interactions in Eurasia, 7th to 1st Millennia BC*, Oxbow, Oxford, 2011.

Wilkinson, Tony J., «Hydraulic Landscapes and Irrigation Systems of Sumer», en Crawford, *The Sumerian World*, pp. 33-54.

Wilson, Peter J., *The Domestication of the Human Species*, Yale University Press, New Haven, 1988.

Woods, Christopher, *Visible Writing: The Invention of Writing in the Ancient Middle-East and Beyond*, University of Chicago Press, Chicago, 2010.

Wrangham, Richard, *Catching Fire: How Cooking Made Us Human*, Basic, Nueva York, 2009 [hay trad. cast. de Pablo Hermida, *En llamas. Cómo la cocina nos hizo humanos*, Capitán Swing, Madrid, 2019].

Yates, Robin D. S., «Slavery in Early China: A Socio-Cultural Approach»: *Journal of East Asian Archaeology* 5/1-2 (2001), pp. 283-331.

Yoffee, Norman, *Myths of the Archaic State: Evolution of the Earliest Cities, States, and Civilizations*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005.

Yoffee, Norman y George L. Cowgill (eds.), *The Collapse of Ancient States and Civilizations*, University of Arizona Press, Tucson, 1988.

Yoffee, Norman y Brad Crowell (eds.), *Excavating Asian History: Interdisciplinary Studies in History and Archaeology*, University of Arizona Press, Tucson, 2006.

Yoffee, Norman y Andrew Sherratt (eds.), *Archaeological Theory: Who Sets the Agenda*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993.

Zeder, Melinda A., *Feeding Cities: Specialized Animal Economy in the Ancient Middle East*, Smithsonian Institution Press, Washington (D.C.), 1991.

—, «After the Revolution: Post Neolithic Subsistence in Northern Mesopotamia»: *American Anthropologist*, n. s., 96/1 (1994), pp. 97-126.

—, «The Origins of Agriculture in the Near East»: *Current Anthropology* 52, n.º S4 (2011), pp. S221-S235.

—, «The Broad Spectrum Revolution at 40: Resource Diversity, Intensification, and an Alternative to Optimum Foraging Explanations»: *Journal of Anthropological Archaeology* 321 (2012), pp. 141-264.

—, «Pathways to Animal Domestication», en P. Gepts, T. R. Famula, R. L. Bettinger *et al.* (eds.), *Biodiversity in Agriculture: Domestication, Evolution, and Sustainability*, Cambridge University Press, Cambridge, 2012, pp. 227-259.

Zeder, Melinda A., Eve Emshwiller, Bruce D. Smith y Daniel Bradley, «Documenting Domestication: The Intersection of Genetics and Archaeology»: *Trends in Genetics* 12/3 (2016), pp. 139-155.

ÍNDICE ANALÍTICO*

1491 (Mann): 13

Abu Hureyra (yacimiento): 95-96, 107
Abu Ṣalabik: 118
Acad: 30, 192-193, 194, 198
ácaros: 77
ácidos grasos: 108; omega-6 y omega-3: 108
acolchado: 74
Adams, Robert: 174, 187, 196
Adán y Eva: 26, 76
Adniĝkidu (diosa sumeria): 209
afinidad electiva: 116
África: 21
Agassiz, lago: 52
agotamiento del suelo: 174, 186-187, 196
agricultura: abandono de la: 195; cambios biológicos vinculados con la: 88; caza y recolección combinada con la: 67, 224; comienzos de la: 20-21, 55, 65, 78-79; de recesión: 34, 71-72, 76, 95, 119, 124; despejar la tierra para la: 36, 49, 71, 91, 105, 183, 185, 186; dificultades de la: 26, 33-35, 42-43, 45-46, 60, 70, 95, 147, 171-172; en Europa: 131; en Mesopotamia: 122; enfermedades vinculadas con la: 102, 105, 107, 108-109, 113; formación del estado dependiente de la: 12, 210; fragilidad de la: 97, 111; intensiva en trabajo: 71, 97, 110, 124, 148; migración frente a sedentarismo y: 26, 44-45, 67; modificaciones en la dieta de la: 26, 107-108; necesidad de suelo y agua para la: 120; pastoreo y: 132; perspectiva del evolucionismo social de la: 70; rituales vinculados con la: 92, 130; tasas de fertilidad vinculadas con la: 111-112; teoría «contra las cuerdas» de la: 76; trabajo duro en la: 76, 95, 96, 142, 147, 148, 230; trabajo no libre empleado en la: 40, 118, 169-170; transporte fluvial vinculado con la: 130-131; visión tradicional: 23-26, 53, 55, 73, 92, 96-97
agricultura de recesión (*décrue*): 34, 71-72, 76, 95, 119, 124
agricultura de roza y quema (*v. t.* agricultura de tala y quema)
agricultura de tala y quema: 35, 44, 131-132, 201, 229; estigmatización de la: 24; incursiones vinculadas con la: 216, 221, 226; intermitencia de la: 109; paisaje configurado por la: 71; prohibición de la: 36, 148
agrimensura: 35, 129, 135, 136, 137, 140
Ain Ghazal: 183-184, 187
ajuares funerarios: 64

* Los números de página en cursiva hacen referencia a las ilustraciones; los números en superíndice remiten a las notas a pie de página.

alamanos: 214
alces: 48
alfabetización: 31, 141-142, 175
Algaze, Guillermo: 28, 154, 179
almidones: 50, 69, 91, 96, 126, 127
Amara: 56
amaranto: 126[19]
Amazonía: 49, 74
América Latina: 159
amígdala: 83
amorreos: 192, 203, 205, 208, 214, 228; colapso de Ur III atribuidos a los: 198; defensas amuralladas frente a los: 134, 208
An Lushan, rebelión de: 227
Anatolia: 27, 222
Andes: 60
anemia: 86, 108
anfibios: 70
Angkor Wat: 178, 188
anguilas: 60, 61, 91
anillado de troncos: 74
antílope: 90
Antropoceno: 19-20, 33-34
anublo: 110
arco y la flecha, el: 48
ardillas: 73
arenques: 60, 91
Aristóteles: 40, 150, 170, 172, 202
arroz: 28, 36, 62, 88; impuestos sobre el: 128-129; irrigado: 35, 127, 128, 130, 131
Art of not Being Governed, The: 12
artritis: 84
artrópodos: 105
asnos: 80, 85
Atenas: 118
Atila: 212
Australia: 49
avena: 78, 79, 90
aves: 52, 75, 79, 81, 96, 111; caza de las: 47, 50, 56, 58, 60-61, 69, 70, 90; cosechas y grano consumidos por las: 78, 97, 110, 203; domesticación de las: 101; en los humedales: 27, 56, 58, 60; enfermedades de las: 101, 105; migración de las: 27, 61, 68, 69, 70, 90, 102
aves de corral: 104
Awash, Azzam: 57[13]
Babilonia: 151, 168, 198
babosas: 109
bacterias: 32, 81, 84, 104, 105, 109
bahía de Hangzhou: 63
Balcanes: 209
bambú: 29, 63, 74
bárbaros: 13, 15, 124, 126, 166, 214; comercio con los: 45, 206-207, 224-225; como gemelos de los «civilizados»: 45, 225-226; como mercenarios: 46; dieta de los: 136, 209; edad dorada de los: 43-44, 45-46; en China: 42, 131, 134, 203, 205-206, 207, 209, 210, 212, 215, 219-220, 227; geografía y ecología de los: 208-209; jerarquía de los: 209; migración hacia los: 211-213; omnipresencia de los: 30, 43-44; «salvajes» frente a: 202 (*v. t.* caza y recolección; nomadismo, nómadas; pastoreo, pastores)
barbecho: 110
Barfield, Thomas J.: 226
Basora: 14
batalla de Qadesh: 162, 163
batalla del bosque de Teutoburgo: 209
bayas: 32, 48, 91
Beckwith, Christopher: 212, 213, 221, 224
bellotas: 73, 91
bereberes: 44, 204, 216
beriberi: 108
bisones: 58
Borneo: 223
Borobudur: 188
Boserup, Esther: 34, 76, 148
bosque de Teutoburgo, batalla del (*v.* batalla)
Brásidas (general espartano): 148
Brecht, Bertolt: 163
Bronson, Bennett: 206, 207
Broodbank, Cyprian: 174
brotes: 32, 48, 75
bueyes: 49, 170
búfalos de agua: 80

caballos: 80, 85, 104, 159, 164
cabras: 28, 34, 53, 58, 80-81; como fuente de alimento: 32; en Mesopotamia: 68, 75, 125; enfermedades de las: 104

cacahuetes: 36
cachalotes: 60
cambio climático: 31, 42, 98-99, 119-120, 173-174, 177
camellos: 80, 104
campamentos de reasentamiento multiespecífico del Neolítico tardío: 33, 77, 86, 98-111
canales: de irrigación: 119, 120; colmatado de los: 185, 186; en Mesopotamia: 62-63; formación del estado y: 36, 126; para el transporte: 116, 120; trabajo no libre empleado en los: 39, 55, 152, 163, 172
canteras: 39, 158, 162-163, 167, 172, 180
cañas: 58, 63, 70, 125
capacidad de carga: 76, 96-97, 184, 187, 204
«capitalismo de saqueo»: 164
caracoles: 96, 109
carbón vegetal: 52, 61, 163, 167, 180, 184-185
Carlomagno, emperador: 30
Carneiro, Robert: 124[16]
carreteras: 39, 61
casava: 35, 128
castores: 48, 49, 73
caza y recolección: 21-23, 33, 34, 49, 62, 102, 105, 111, 131, 148, 204, 226; adaptabilidad de la: 66-72, 132; agricultura combinada con: 67-68, 224; ausencia de registro arqueológico de la: 29; concepción tradicional de la: 23, 25-26, 70; dieta y: 86, 107-108; durabilidad de la: 65, 111; herramientas usadas en la: 90; incompatibilidad de la formación del estado con: 35-36, 56; por los bárbaros: 209; recursos para la: 58, 60, 95, 97; relativa facilidad de la: 33, 75-76; resistencia al sedentarismo mediante la: 25; saqueo combinado con: 204, 216, 221; sedentarismo combinado con la: 69, 97; tasa de fertilidad relacionada con la: 85, 111-112; *tempo* y ritmo de la: 60, 89-90, 91; ubicuidad de la: 30, 200, 201-202 (*v. t.* bárbaros; nomadismo, nómadas; pastoreo, pastores)
cebada: 28, 32, 36, 62, 75, 109, 191; cambios genéticos en la: 77; en Mesopotamia: 75, 125; estacionalidad de la: 90-91; fermentación de la: 70; impuestos sobre la: 128; para el trabajo no libre: 40; tolerancia a la sal de la: 186; transporte de: 131; valor nutricional de la: 108, 127; vulnerabilidad de la: 78, 110
celtas: 25, 45, 205, 209, 220, 222
centeno: 77
cera de abeja: 223
cerámica: 52, 56, 122, 180, 183, 184, 207
cerdos: 53, 87, 88; dieta de los: 58, 77; domesticados: 79, 80-81; enfermedades de los: 103, 104, 105; tamaño del cerebro de los: 83
cerveza: 40, 70, 118, 138
César, Julio: 25, 207, 215, 226, 227
cestas: 27, 50, 90
Chandra Gupta: 206
Chayanov, A. V.: 147
Childe, V. Gordon: 160
chimpancés: 50
China: 15, 21, 53, 175, 178, 201; autonomadización en: 212; bárbaros en: 42, 131, 134, 203, 206, 207, 209, 210, 212, 215, 219, 227; cronología de: 41; domesticación de cosechas en: 127; enfermedades infecciosas en: 105; esclavitud en: 160; formación del estado en: 30, 37, 122, 125-126; Gran Muralla de: 42, 134, 212; incursiones de los xiongnu en: 219-220; inundaciones en: 186; racionamiento en: 194; reasentamientos forzados en: 159; registros escritos en: 139-141; reingeniería de los humedales en: 63; Reinos Combatientes en: 135-136, 139, 189; rivalidades políticas en: 135-136; tributación en: 129, 131, 134, 140-141, 203, 212; vínculos comerciales del sudeste asiático con: 223
chinches: 33
Chipre: 218, 223
ciervo rojo: 96
ciervos: 48, 90, 101
cimbros: 214

«cinturón de roble»: 73
cisios: 220
Clastres, Pierre: 211
coacción: calibrado de la: 147-148; formación estatal dependiente de la: 38, 39, 170; llevanza de registros subyacente a la: 135; perspectiva weberiana sobre la: 116 (*v. t.* trabajo forzado)
cobre: 122, 180, 204, 221, 224; comercio del: 207, 223; elites dependientes del: 159; trabajo empleado para las minas de: 162, 167
cocina: 32, 50-52, 86, 92, 183
Código de Hammurabi: 157
codornices: 48
colapso, de los estados: 111, 173, 189, 192-195; asentamientos amurallados y: 133-134; ausencia de documentación del: 31; autoinfligido: 196-197, 213; cambio climático vinculado con el: 42-43; de la III dinastía de Ur: 175; de los mayas: 42, 120; «edades oscuras» vinculadas con el: 13-14, 197; en Mesopotamia: 120; enfermedades vinculadas con el: 15, 35, 98; frecuencia del: 38-39, 189, 197; tipos de: 42-43, 175-177
cólera: 102, 180
colmatado: 34, 36, 43, 182, 185, 186, 187, 196
colonialismo: 146
comanches: 25
combustibles fósiles: 19, 20
comensales: 33, 77, 81, 82, 103, 104, 105
cometas del desierto: 80
comportamiento gregario: 80
condenados: 39, 172
conquistadores: 146
construcción de nichos: 49, 73, 75
contagio: 99-100
contrato social: 38
cornezuelo: 110
corvea: 36, 43, 138, 147, 152, 158; en Mesopotamia: 165; excavado y mantenimiento de canales mediante: 119, 185; registros de la: 136
cosacos: 227
Cowgill, George: 174, 176
Creta: 37, 175, 194, 213, 217, 222
cribra orbitalia: 108
Crutzen, Paul: 20[1]
cuarentenas: 99-100, 191
cuero: 45, 224
cuervos: 77
«cultivos fundadores»: 53
Cunliffe, Barry: 205, 213, 222

darwinismo social: 25
décrue (agricultura de recesión): 34, 71-72, 76, 95, 119, 124
deforestación: 34, 43, 182-186
Delfos: 205
desgranabilidad: 27, 32, 78
desmalezamiento: 27, 33, 70-71, 91
dientes: 47, 51, 86, 108
difteria: 35
dimorfismo sexual: 34, 83, 86
dinastía Han: 15, 122, 151, 159, 201 229; bárbaros frente a la: 207, 212, 215; Xiongnu frente a la: 219-229
dinastía Manchú: 227, 228
dinastía Ming: 203, 229
dinastía Qin: 15, 21, 30; bárbaros durante la: 205-206, 227; densidad de población durante la: 122; esclavitud durante la: 159; gobierno fuerte durante la: 42, 159, 194; reclutamiento en la: 141; registros escritos durante la: 139-140
dinastía Qing: 227
dinastía Shang: 139
dinastía Tang: 214, 219-220, 227, 228
dinastía Yuan: 203, 227, 228
dinastía Zhou: 209
dióxido de carbono: 49
disentería: 102, 180
docilidad: 82
domesticación: bárbaros frente a: 210, 230; de animales: 12, 27, 33, 34, 53, 58, 68, 75, 79-85, 161, 170, 171, 179; de entornos completos: 75; de plantas: 12, 27, 32, 35-36, 37, 53-54, 67, 74, 75-79, 91-92, 115, 126-127, 132, 150; de súbditos humanos no libres: 150, 154, 160, 161, 170-172, 202-203; definiciones de la: 13-14, 27, 33, 75; del *Homo sapiens*: 33, 85-91; efectos epidemiológicos de la: 103-105, 108, 110; estados caracte-

rizados por la: 23, 32, 33; formación estatal precedida de: 23, 65, 150; impacto de la: 34; medioambiental del fuego: 47-52; sedentarismo seguido de: 11, 54, 101
drenaje: 55, 131

edades oscuras: 13, 14, 197-200, 203
Edén: 26, 76
Egipto: 15, 42, 53, 63, 71, 122, 125-126; cronología de: 40, 198; esclavitud en: 41, 157-158, 161, 165; exportación de grano desde: 223; formación estatal en: 29, 37; invasión de los pueblos del mar de: 205; leyes suntuarias en: 193; nomarcas en: 198-199; peste en: 181-182; pirámides y momias de: 175; reasentamiento forzoso en: 168; registros de: 194
elefantes: 48, 73
Elias, Norbert: 92
embarcaciones de vela: 19
energía hidráulica: 19
enfermedad periodontal: 84
enfermedades dependientes de la densidad: 103
Engels, Friedrich: 25
Eninnu, templo de: 157
ensayos nucleares: 20, 33-34
eperlanos: 60
Eridu: 53, 118, 170
Erlitou, área cultural de: 139
erosión: 71, 185
escanda: 77
escitas: 214, 217
esclavitud, esclavos: alimentación de los: 131, 154; como botín de guerra: 148, 152-153, 158, 163-164, 166, 172, 216; como domesticación: 13, 28, 160; comunitaria: 39; documentación de la: 31, 39, 138, 139, 153-154, 166, 169, 224; en China: 159; en Egipto: 41, 157-159, 161, 165; en el Imperio romano: 40-41, 151, 165, 166, 170; en Grecia antigua: 40, 150-151, 161, 166-167; en Mesopotamia: 40-41, 151-153, 154, 161, 165-170, 221; enfermedades que atacan a los: 106; formación estatal dependiente de la: 150, 162-163; fugitivos: 155-156, 189, 211, 212, 231; jerarquía de los: 161-162; los bárbaros como: 43, 46, 207; moderna: 150, 200, 229; mujeres como: 157, 161, 171; número de: 149-151, 153; preestatal: 149-150, 170, 188; rebeliones de: 41-42, 161; tipos de: 147-148, 149-150, 151, 152, 168-170; trabajo de los: 119, 162, 167; visión aristotélica de la: 40, 170, 172, 202
escritura: 135-137, 138-139, 142; cuneiforme: 29, 37, 137, *143*, 155, 167
Escuela de los Anales: 21
España: 146
Esparta: 39, 41, 138, 148-149, 151, 169
esperanza de vida: 26, 120
esquistosomiasis: 102
estandarización: 118, 138, 139-140, 151
estaño: 122, 180, 223
estrangulamientos estratégicos: 122[14]
estrecho de Malaca: 123[14]
«Europa Jastorf»: 131
Evans-Pritchard, E. E.: 89

Farmer's Almanac: 90
farro: 77
Febvre, Lucien: 126
Federico el Grande, rey de Prusia: 128
fenicios: 43, 141
fermentación: 50, 70
ferropenia: 88, 108
fertilidad: 40, 84-85, 111-113
fertilizantes: 74-75
fiebre tifoidea: 102, 180
Filipinas: 146
filisteos: 205
Finlay, Moses: 150, 151
Fletcher, Joseph: 226[45]
focas: 58
frutas: 50, 74, 111; estacionalidad de las: 90, 91; fermentación de: 70; fuego y: 32, 48; sedentarismo ligado a las: 58
fuego: 13; accidental: 31-32; cocinar con: 32, 50-52, 86, 92, 183; domesticación del: 13, 32, 47-52; para remodelar el paisaje: 32, 48, 49, 51, 71, 73-74, 75, 91, 109; usos tempranos del: 20, 27, 34
fuego de San Antonio: 110

gacela: 58, 60, 68, 80, 90, 102
Galia: 208-209, 222, 226, 227
gallinas: 32, 101, 103, 105
ganado: 19, 21, 33, 48, 53-54, 64, 68, 70, 77, 80, 89, 161, 190, 196, 207, 214; asalto al: 44, 215, 216, 218; como forma de riqueza: 40; crianza temprana del: 53; enfermedades del: 34-35, 43, 103, 105, 111, 120, 178, 179, 180; fauna salvaje desplazada por el: 92; guerras y: 120, 134, 164, 165, 168, 170-171, 204; registros del: 136, 139, 158, 168; sobreexplotación del: 187; trabajo requerido para criar el: 96, 97
ganado vacuno: 53, 80, 89, 103, 104
ganso: 32, 60
garrapatas: 33, 77
Gelb, I. J.: 152
Genghis Khan: 226
germanos: 25
Gibbon, Edward: 194, 229
Gilgamés: 117; *Epopeya de*: 68, 99, 123, 134, 137
gitanos (romaníes): 25[5]
glaciación: 73
godos: 194-195, 212-213, 214, 220
golondrinas: 105
gorgojos: 33, 110
gorriones: 33, 77, 79, 81
gracilidad: 87
Gran Muralla china: 42, 134, 212
granos (de cereal): agotamiento del suelo y: 187; almacenamiento de los: 69, 120, 131, 134, 190-191; cambios genéticos en los: 77-78; comercio de: 45, 61-62, 122-123, 129, 167, 180, 222, 223; como marcador de civilización: 132-133, 209; cultivo en los humedales de los: 56, 62-63; dependencia de la formación del estado de los: 115-116, 119-120, 121, 126, 128; domesticación de los: 27-28, 32, 53, 63, 64, 74, 75-76, 77, 150; efectos dietéticos de los: 86-87, 112; enfermedad y parásitos de los: 99, 105, 109, 111, 179, 182; estacionalidad de los: 91, 127-130; fermentación de los: 70; impuestos sobre los: 13-14, 35-37, 44, 63, 115, 116-117, 120-121, 126-131, 136, 195, 196; incautación de los: 44-45, 127, 164, 199, 204, 218; medida de los: 127, 128-129, 138; mitología de los: 23, 92; poder político basado en los: 190-193, 202, 204, 213-214; procesamiento de los: 85, 92, 97, 154, *156*; recolección de los: 27, 71, 89-90; roza y quema y: 132; salinización y: 186; trabajo esclavo y: 147-148, 150-151, 152, 165, 168, 169-170, 171; transporte de: 61-62, 130-131, 190
grasas: 33, 70
Grecia: 15, 31, 37, 42, 141-142, 163; «autonomadización» en: 212; ciudades-estado combatientes en: 189; «Edad Oscura» en: 199, 203; en las guerras del Peloponeso: 164, 228; esclavitud en: 40-41, 151, 152, 161, 165-166, 189; registros de: 194; tributación en: 149, 167
grévoles engolados: 48
gripe: 102, 104
gripe aviar: 105
gripe porcina: 105
grupos sanguíneos: 88[19]
guanaco: 84
Guangdong, China: 105
guerra civil americana: 189
guerra de las Galias: 151
guerras del Peloponeso: 164, 228
guisantes: 36, 53, 77, 126, 130
gurkhas: 227

hacinamiento: 34, 86; clima y: 66; de cosechas: 108-110; enfermedades vinculadas con el: 78, 86, 99, 101-103, 105, 106, 107, 109-110, 179, 181; entre animales: 80-81, 84, 178; entre humanos: 84, 85, 178
Hall, H. R.: 62
Hammurabi: 157
Harappa: 30, 63, 201
Haripunchai: 63
Harlan, Jack: 27
hayucos: 91
heces: 84, 105
Heine, Peter: 109
helmintos: 104

Hemudu: 63
hepatitis: 108
Heródoto: 217, 220
herpes: 102
hidratos de carbono: 108, 112
hierbas: 72
hiperostosis porótica: 107
hipocampo: 83
hipófisis: 83
hipoplasia: 108
hipotálamo: 83
Historia de la decadencia y caída del Imperio romano (Gibbon): 194
hititas: 168, 182, 217
hoabinianos: 63
Hobbes, Thomas: 25, 38
hoces: 90
Hochschild, Adam: 150
Hodder, Ian: 67[24], 87[17]
Homo erectus: 32, 47, 73
hongos: 51, 97, 109, 110
hormigas: 73
humedales: 53, 183, 186; diversidad de los: 37, 56, 58, 60, 63, 90, 124-125; formación estatal incompatible con los: 64, 125, 126; reingeniería de los: 63; sedentarismo en los: 27, 55, 60, 61, 122, 124-125
hunos: 204, 212, 214, 220, 226, 228
Hussein, Sadam: 63

Ibn Jaldún: 124
Ilíada (Homero): 141, 199
ilotas: 39, 41, 151, 169, 170
Imperio neoasirio: 168-169, 170
Imperio otomano: 132, 227
Imperio romano: 15, 45, 222, 228, 229; alfabetización en el: 141; autonomadización en el: 212-213; declive del: 141, 194, 203; dieta en el: 133, 209; epidemias en el: 100, 181, 182; esclavitud en el: 41, 151, 164-165, 166, 170; grano importado por el: 131; guerra glorificada en el: 164-165; límites del: 131, 201, 206, 208-209
impuestos: 30, 45, 207, 218; administración de los: 29, 117, 127-128, 129-130, 135, 138, 192; dificultades para obtenerlos: 132; en China: 129, 131, 134, 141, 203, 212; en Grecia antigua y en Roma: 148-149, 167, 212; en Mesopotamia: 23, 130-131, 138, 192, 208; no recaudados: 148; resistencia a los: 43, 142, 182, 195, 198, 200, 211, 213; sobre cereales: 14, 35-37, 44, 63, 117, 120-121, 126-131, 136, 195, 196, 212; sobre la tierra: 140
incas: 126, 136, 229
India: 53
Indo, valle del: 37, 53, 126, 201
infecciones extrahospitalarias agudas: 103
Inglaterra: 63
inmunidad: 103, 106-107, 217
insectos: 73, 74, 81, 97, 105, 109-110
inundaciones: asentamientos vulnerables a las: 99, 120, 177, 178, 185-186, 187, 196, 197, 211; cultivo de arroz e: 130; deforestación ligada a las: 43; en Mesopotamia: 56-58; memoria popular de las: 66; suelos depositados por: 121 (*v. t.* precipitaciones)
Irak: 63
Irán: 52, 206
irrigación: 64, 115, 116, 120, 141; del arroz: 35, 126, 127, 130, 131; efectos de la: 43, 186-187; formación del estado ligada a la: 13, 55, 62, 122, 185; natural: 57-58; surgimiento de la: 36; trabajo intensivo en la: 121
Isin: 118
islas Feroe: 103

iugures: 219, 226, 227
Japón: 125[17], 184, 224
Jericó: 37, 186
Jōmon: 125[17]
juncos: 29, 58, 62, 63, 125
juncos lacustres: 58
junquillos: 58

Kanato Túrquico: 228
Kish: 118, 136
Koch, Robert: 105
Kolbert, Elizabeth: 13
Kradin, Nikolay: 228
kurdos: 204
kwashiorkor: 108

La Tène: 131
Laconia: 169
Lagash: 118
Lagunas Pontinas: 63
lamentación sobre Ur: 193
lana: 33, 40, 80
langostas: 111
Larsa: 187
Latakia: 217
Lattimore, Owen: 42, 91[23], 122, 134, 196, 206, 212, 217, 225
Lawrence, D. H.: 115
Leach, Helen: 86-87
leche: 33, 80
Lee, Richard: 112
legumbres: 27, 32, 36, 50, 77, 103, 126, 127, 130
lentejas: 28, 36, 53, 70, 77, 126, 129, 130
leña: 61, 167, 183, 190
lepra: 102
Levante: 53; agricultura en el: 113; campañas militares en el: 158, 163, 217; fragilidad estatal en el: 174, 198; *Homo sapiens* en el: 21; precipitaciones y vegetación en el: 66; retraso de la formación del estado en el: 37; sedentarismo en el: 52
leyes suntuarias: 193
liebres: 48
Lindner, Rudi: 132
Lineal B: 141, 199
lino: 53
lirios de día: 79
llamas: 84
Locke, John: 25, 38
loess: 33, 120, 121-122, 177
longue durée: 21

Macedonia: 183
madera: 45, 62, 122-123, 162, 167, 180, 183-184, 220-221
maíz: 36, 62, 78, 90, 126, 128, 130
malaria: 88[19], 102, 186, 196
Malasia, península de: 150, 229
malnutrición: 98
manchúes: 204
mandioca: 35, 128
Mann, Charles: 13
marfil: 223, 224
Mari: 100
mariscos: 44, 58, 63, 75, 91, 96, 125
Martu (divinidad sumeria): 209
mayas: 15, 30, 37, 42, 53, 189, 201, 229
Mayshar, Joram: 128[23]
McAnany, Patricia: 174
McNeil, William: 200
mejillones: 96
Melville, Herman: 60
meningitis: 106
menopausia: 112
Mesenia: 169
Mesopotamia: 12, 14, 27, *38*, *54*, 76, 90, 139, 222; agricultura de recesión en: 71; agropastoreo en: 95; animales domesticados en: 80; asentamiento forzoso en: 167-170; ciudades amuralladas en: 133; conflictos bélicos en: 154, 158, 162, 189, 203, 205; cronología de: 39; cuasi sedentarismo en: 67-68; cultivo de grano en: 92, 125, 129, *156*, 187, 195; deforestación en: 185; enfermedades infecciosas en: 98, 99, 101, 182; esclavitud en: 40-42, 151-153, 154, 161, 165-170, 220; estabilidad gubernamental en: 174, 198; formación estatal en: 19, 20-21, 29, 36-37, 42, 75, 115, 117, 120, 122, 135-138, 201; impuestos en: 23, 131, 138, 192, 208; necesidades de trabajo en: 162-163, 165-167; raciones alimenticias en: 129; recursos acuáticos en: 55-58, 63, 66, 97, 124-125, 182-183, 187, 220-221; ruralización frente a sedentarismo en: 177; yacimientos arqueológicos en: *54*
México: 63
Micenas: 30, 205, 213
miel: 45, 122
migración: de aves: 27, 61, 68, 69, 70, 90, 102; de la caza: 58, 60-61, 70, 80; de peces: 27, 61, 69, 70; humana: 67, 118, 213
mijo: 35, 108, 125-126, 128
minerales metálicos: 45, 62, 220
minería: 39, 162-163, 167, 172, 183
Mithen, Steven: 186
mogoles: 204, 206
moluscos: 58, 63, 111

mongoles: 23[4], 203, 206, 212, 214, 217, 222
Morgan, Lewis Henry: 25
mortalidad: entre animales domesticados: 84; humana: 96, 102, 106, 107, 118, 149, 162, 194, 210; infantil: 107, 111, 161; materna: 111, 161
morteros: 27, 90
mosquitos: 77, 105
murallas: construcción de: 39, 152, 189; en China: 42, 134, 206, 212; estatalidad marcada por: 23, 37, 117, 188, 189-190; funciones de las: 42, 134-135, 213; primeras: 206, 298
Murra, John V.: 60[14]
Mussolini, Benito: 63

Nansen, Fridtjof: 25[5]
narcisos: 79
Nasiriya: 56
nativos americanos: 25, 44, 48, 107
navajos: 25
neandertales: 51
Nemet-Nejat, Karen Rhea: 100
nenúfares: 58
neotenia: 83
neumonía: 180
Nippur: 99, 118
Nissen, Hans J.: 109, 117, 119, 169-170, 176
nomadismo, nómadas: 23, 25-26, 132, 134, 202, 206, 208, 226-227; ausencia de documentación sobre el: 29; China amenazada por el: 196, 206, 219; del mar: 217, 225; Egipto invadido por: 205; en el subcontinente indio: 206; objetivos comerciales del: 222, 224-225, 226; ventajas del: 212 217 (*v. t.* bárbaros; caza y recolección; pastoreo, pastores)
nueces: 32, 48, 50, 58, 74, 111
nueces del Brasil: 74

Odisea (Homero): 141, 199
olmecas: 30
onagros: 60, 96
oppida: 45, 131, 209, 222
oro: 52, 122, 160, 180, 220-224
Osmán I, sultán de los turcos: 204, 227, 229
osos: 73
ostrogodos: 212-213
ovejas: 25, 28, 125, 163, 207; dieta de las: 58, 81; dimorfismo sexual de las: 34, 83; domesticación de las: 32, 34, 53, 68, 75, 80, 81, 82-83, 86, 88, 161, 170; evolución cerebral de las: 83; hacinamiento y enfermedades de las: 101, 103, 104
ovulación: 114

paisajismo estatal: 36
Países Bajos: 63
palmeras: 74
paloma urbana: 82
palomas: 82
paperas: 35, 102, 106
Partenón: 175
partos: 204
Pasteur, Louis: 105
pastoreo, pastores: 33, 120, 148, 157, 196, 229, 230; bárbaros ligados al: 44, 124, 131, 209, 227; campañas militares y: 216; como cuasi estados: 226; errores sobre el: 66-67, 69, 75, 124, 196; especializado: 132; estructuras de parentesco de los: 214; imposición tributaria incompatible con el: 136, 195, 201; invasiones por: 177, 198, 217-218; orígenes del: 20; persistencia del: 30; por nativos americanos: 25 (*v. t.* bárbaros; caza y recolección; nomadismo, nómadas)
patatas: 126, 127
patos: 32, 60, 103, 105
Paulette, Tate: 153[16]
pavos: 48
peces: 27, 101; comercio de: 45; consumo humano de: 56, 58, 60, 63, 69, 70, 75, 89-91, 108, 109, 125, 132; nutrientes en: 108; procesado de los: 139
pelagra: 108
Pequeña Edad de Hielo: 49, 66, 177
pérdida de cosechas: 109, 121, 148, 177, 178, 187, 199, 200, 211
periodización: 14, 22
Período de El Obeid: 14, 56
Período de los Reinos Combatientes: 135-136, 139, 189
Período de Uruk: 14, 149, 155

Período del Dryas Reciente: 66, 67, 95, 174, 177, 195
Periodo Natufiense: 52
Período Paleobabilónico: 14
perritos de las praderas: 73
perros: 33, 77, 79, 83, 87, 103, 104
persas: 43, 202, 220
Perú: 63
pesos y medidas: 116, 129, 140, 151
peste: 31, 99, 100, 181
peste antonina: 35, 100
peste bubónica: 100
Peste Negra: 35
pez: 223
piedras de moler: 27, 90, *156*, 221
pinchaguas: 60
piojos: 77, 105
piratas de la Berbería: 229
pirófilas: 48, 51
plaga de Justiniano: 35, 100, 180
plantas *r*: 72
plata: 122, 162, 164, 180, 221, 223
plátanos: 79
población: control de la: 145-172; crecimiento de la: 19, 24, 66, 96, 98, 111-113; de las ciudades preestatales: 179
poda: 74
poliomielitis: 106
Pollan, Michael: 88-89
Pollock, Susan: 137[33]
Porter, Anne: 68, 208
Postgate, J. N.: 118
Pournelle, Jennifer: 55, 115-116
preadaptación: 80
precerámica neolítica: fase A (PPNA): 195; fase B (PPNB): 174, 179
precipitaciones: 176, 186; en Mesopotamia: 66, 120, 187, 196; estados dependientes de las: 43, 122, 191; impuestos y: 140; irrigación complementaria a las: 55 (*v. t.* sequía; inundaciones)
presas: 50, 70, 89
primitivismo secundario: 211
prisioneros de guerra: 118, 152-157, 158, 162-164
proteínas: 86, 108; efectos del cocinado sobre las: 50; fertilidad reducida por las: 112; fuentes animales de: 32-33, 58, 60, 70, 76, 80, 84, 96; fuentes vegetales de: 32, 69
protozoos: 104, 105
pubertad: 112
pueblo nuer: 89
«pueblos del mar»: 158, 199, 205, 208, 223, 228
puercoespines: 48
pulgas: 77, 105
pulgones: 110

quinoa: 126

radiactividad: 20, 33
raíces: 35, 44, 70, 132
raquitismo: 108
ratán: 63
ratas: 77, 82, 84, 104, 105
ratones: 33, 74, 77, 81, 82, 104
reasentamientos: 39, 121, 141, 148, 152, 159, 211; ausencia de registros sobre: 31, 169; en China: 159; en Egipto: 168; en Mesopotamia: 168-170; multiespecíficos: 33, 77, 86, 98-111
reclutamiento: 35, 36, 135, 165; durante la dinastía Quin: 141; en Grecia: 167; huida del: 43, 189, 195, 200, 211; necesidad de registros para el: 138
redes alimentarias: 35, 56, 58, 69, 91, 107, 111, 230
Redman, Charles: 112-113[17]
reducciones: 37
religión: 23
rendimientos diferidos, teoría de los: 70-71
renos: 80, 101
República romana: 15, 37, 214-215, 226; celtas contra la: 209, 220, 222; escasez de madera en la: 183; esclavitud en la: 161, 162-163; jerarquía en la: 25, 207, 209
Revolución Industrial: 20, 21
riboflavina: 108
Richardson, Seth: 149, 166[36], 198
Rift, valle del: 50
Rīm-anum: 154
Riqueza de las naciones, La (Smith): 93
roedores: 50, 79, 97, 110

romaníes (*v.* gitanos): 25[5]
rotación de cultivos: 110
roya: 97, 109, 110

sábalos: 60, 91
sacrificios: 99
Sahlins, Marshall: 146
salinización: 43, 98, 119, 182, 186-187, 196, 211
salmones: 60
sanguijuelas: 77
Santos-Granero, Fernando: 149
sarampión: 35, 102, 103, 104, 106
Sargón II, rey de Asiria: 100, 117[5]
sedentarismo: 12, 33, 66, 77, 88, 97, 132, 150, 200, 210, 222, 224; agricultura precedida por el: 12-13, 53; comienzos del: 20, 21; domesticación precedida por el: 12-13, 53, 101; en Mesopotamia: 27, 58, 63, 67, 69, 124-125; enfermedades vinculadas al: 105, 106, 107, 109; entre cazadores-recolectores: 69, 97; hacinamiento provocado por el: 14, 19, 84, 85, 86, 101, 102, 106; idealización del: 25; nomadismo y: 196, 210; recursos para el: 61, 62, 63, 65, 122, 179, 183; resistencia al: 25; sin formación estatal: 23, 116, 117; tasas de fertilidad vinculadas al: 112; transitoriedad del: 173-174, 177, 188, 198; visión tradicional del: 23, 25-26, 27, 53-54, 55, 110-111; vulnerabilidad del: 44-45, 69, 151, 173-174, 177-178, 203-204, 216-220, 226-228, 230
Seeing like a State (Scott): 12
selección natural: 34
semillas: 27, 32, 48, 57-58, 69, 74, 110; almacenamiento de: 77, 97; cocinado de: 50; de grano silvestre: 78; de legumbres: 129; en la agricultura de recesión: 71; vulnerabilidad de las: 110
Senaquerib, rey de Asiria: 100
sequía: 42, 68, 111, 177, 178, 196-199
servidumbre bajo contrato: 39
setas: 48, 90
Shang, Yang: 140
Sherratt, Andrew: 67[25]
Shipman, Pat: 51[7]
Sicilia: 41
Sima, Qian: 140
Simon, Herbert: 187
Siria: 52, 217
sistema límbico: 83, 87-88
sistema *tusi*: 215
siux: 25
Sixth Extinction, The (Kolbert): 13
Small, David: 175[4]
Smith, Adam: 93
sobrepastoreo: 183, 187
soja: 36, 127
Spencer, Herbert: 25
Spengler, Oswald: 25
Srivijaya: 63, 188
Steinkeller, Piotr: 157[24]
Sudáfrica: 47
sudeste asiático: campañas militares en el: 163, 164, 169; esclavitud en el: 150, 229, 230; fragilidad del estado en el: 30-31, 178; «gitanos de mar» del: 218; humedales en el: 63; migración al: 67; vínculos comerciales chinos con el: 223
Sulgi, rey de Ur: 208
Sumatra: 63, 188
Sumeria: 14, 30; «edad oscura» en: 197-198; esclavitud en: 151-152; formación estatal en: 117-118; ideas erróneas acerca de: 55; prisioneros de guerra en: 166, 169; registros escritos en: 137-139
Susa: 220

Tailandia: 150
Taiwán: 67
tamaño del cerebro: 32, 51, 83-84
Tamerlán: 229
taro: 127
taxonomía: 90
tejido: 40, 50
tejidos: 44, 45, 139, 189, 207, 223; en Mesopotamia: 41, 152, 153
teosinte: 78
Teotihuacán: 63
Tercera Dinastía de Ur: 118, 130-131, 155, 198; colapso de la: 174, 197-198; esclavitud durante la: 157; fiscalidad durante la: 130-131; fuer-

za y estabilidad de la: 37, 134, 138, 139, 141, 174, 194; salinización durante la: 187
termitas: 73
tifus: 100, 180
Titicaca, lago: 63
Tocqueville, Alexis de: 93, 171
tortugas: 56, 58, 90, 96
tos ferina: 106
Totila, rey de los ostrogodos: 212-213
trabajo forzado: 15, 39, 118, 147-148, 151-152, 167, 169-170 (*v. t.* esclavitud, esclavos)
tracoma: 102
trasplante: 74
trigo: 28, 32, 36, 77, 88, 109, 128, 191; asentamientos humanos favorecidos por el: 35, 62; en Mesopotamia: 75, 92, 126; estacionalidad del: 90, 92; intolerancia a la sal del: 186; precio del: 61, 128; tipos de: 77, 78; valor nutricional del: 27, 108, 127
trucha: 83
trucha arcoíris: 83
tubérculos: 35, 44, 70, 127, 128, 132
tuberculosis: 100
Tucídides: 100, 148, 164, 189, 228
tumbas de Xian: 175
turones: 83
Turquía: 52
turtlebacks: 58, 125

Ucrania: 173
Ugarit: 217
Último Máximo Glacial: 21
Umma: 53, 119, 138
Ur: 53, 56, 118, 136, 170, 192-193
uro: 96
Uruk: 28, 53, 117, 136, 167, 170, 194; como enclave comercial: 179, 220-221; murallas de: 118; población de: 101, 138, 153; trabajadores en: 70, 153, 154

varicela: 102
vástagos: 74
Vico, Giambattista: 25
víctimas de la política: 196-197
vikingos: 218, 229
vino: 131, 169, 222
viruela: 100, 102, 106
viruela bovina: 104
virus: 102, 104, 109, 111

Weber, Max: 164
Wengrow, David: 179
Wrangham, Richard: 51

xiongnu: 206, 214, 219, 226, 228

yero: 53
Yoffee, Norman: 174, 176
yuca: 35

Zagros, montes: 167, 220
Zeder, Melinda: 65
zoonosis: 86, 95, 103-105, 106
zorros: 82, 84
zorros plateados: 82, 84
zúngaros: 214

Este libro rompedor revisa, a contracorriente de la opinión establecida, lo que se creía saber de las primeras civilizaciones en la llanura aluvial mesopotámica y en otros lugares. Las civilizaciones tempranas eran vistas como imanes que atraían a las personas con el lujo, la cultura y las oportunidades que ofrecían. En realidad, los primeros estados se vieron obligados a capturar y retener a gran parte de su población con diferentes formas de servidumbre y estaban transidos por las epidemias del hacinamiento; eran frágiles y propensos al colapso. En cambio, las «edades oscuras» que los sucedieron podrían haber supuesto, con frecuencia, una mejora real en el bienestar humano. Parece razonable sostener que, al menos fuera de las elites, la vida en el exterior de los estados —la vida del «bárbaro»— pudo haber sido más sencilla en términos materiales, y más libre y saludable, que la vida dentro de las civilizaciones.

James C. Scott (1936), politólogo y antropólogo estadounidense especializado en política comparada, es Sterling Professor de Ciencia Política en la Universidad de Yale y director en dicha universidad del Programa de Estudios Agrarios. En el campo comparativo ha estudiado las sociedades agrarias y preestatales, una dedicación que ha combinado con su interés por las políticas subalternas y el anarquismo. Su trabajo de campo etnográfico se ha ido depositando sucesivamente en libros como *Weapons of the Weak* (1985), fruto de su estancia en una aldea de Malasia. La indagación sobre los modos de resistencia a la dominación en poblaciones rurales ha tenido continuación en posteriores trabajos como *Seeing Like a State* (1998) y *The Art of Not Being Governed* (2009).

ISBN 978-84-1364-083-9